

RESERVOIR BOOKS

**Sorj Chalandon**

# El día antes

Novela



D.J.57

RESERVOIR BOOKS

**Sorj Chalandon**  
**El día antes**

Traducción de Palmira Feixas



SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@reservoirbooks



@reservoirbooks



@reservoirbooks

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*En memoria de los cuarenta y dos mineros muertos en el pozo de  
Saint-Amé de Liévin-Lens el 27 de diciembre de 1974*

1

## Joseph, mi hermano

(Liévin, jueves 26 de diciembre de 1974)

Joseph, pegado a mí. Él sobre el portaequipajes, con las piernas separadas por las alforjas como un cowboy de rodeo. Yo inclinado sobre el manillar, con la mano derecha empuñando el acelerador. Él tenía los brazos levantados. Cantaba a voz en cuello. Canciones suyas, sin letra ni música, palabras al revés inspiradas por la cerveza.

Los alaridos del motor despertaban a la ciudad dormida.

Mi hermano gritó:

—¡La vida es así!

Yo nunca había estado tan orgulloso.

\*

Antes de aquella noche, solo había conducido el ciclomotor de Jojo una vez. En círculos por el patio de la granja, como un caballo de tiovivo inmovilizado por el cabestro. Jojo se había comprado aquel Motobécane para sustituir al viejo Renault que ya no utilizaba. No reparaba su coche, lo reanimaba. Y lo dejaba envejecer en la acera.

—Lo utilizaremos el domingo.

A los veintisiete años, mi hermano también había abandonado su vieja

bicicleta por el ciclomotor.

—El Rolls de la gente honrada —decía.

A cambio de una moneda, yo frotaba los cromados, quitaba el barro que salpicaba las horquillas, limpiaba los faros, engrasaba el piñón y el plato. Me permitía guardar las herramientas debajo del sillín. Todo el mundo lo llamaba «el Azul». Mi hermano lo había bautizado con el nombre de Gulf, como el Porsche 917 que conduce Steve McQueen en *Le Mans*, una película que Jojo me había llevado a ver en francés al Majestic.

Steve McQueen interpretaba al piloto de coches Michael Delaney.

—Aquí, Michael Delaney se llama Michel Delanet —me había explicado mi hermano.

Me quedé turulato. Delanet y yo teníamos el mismo nombre.

Steve McQueen era el héroe americano de mi infancia. Lo había visto en *Los siete magníficos*, *La gran evasión* y *Bullitt*. Frente al espejo, imitaba su sonrisa, su manera de fruncir el ceño. En el colegio, cuando alguien me provocaba, apretaba los labios como él. Le copiaba un poco la expresión. Mi hermano juraba que Steve McQueen y yo teníamos la misma sombra en la cara. Y que mi silencio se parecía al suyo.

—Es increíble, tiene los mismos ojos que tú —había murmurado incluso.

*Le Mans* era una película rara. Sin guion, con una música enervante. No parecía cine. Menos el principio. Un minuto de silencio, justo antes de la carrera.

El coche número 20 de Michel Delanet estaba parado. Acababan de cerrar la portezuela. Ni un solo ruido en el habitáculo. La muchedumbre rugía pero nosotros no oíamos nada. El piloto se había tapado la boca y la nariz con un

pañuelo blanco. Se había puesto el casco, se había abrochado el cinturón y había adoptado una mirada impenetrable. Tenía la mano derecha apoyada en el volante. Destensaba los dedos con gestos lentos. Le latía el corazón. Lo oíamos. Primero lejano, como un tambor de marcha. Luego con fuerza, martilleando, acercándose hasta golpearnos las sienes. En la oscuridad, le apreté la mano a mi hermano. Me acuerdo. Aquellos gritos del corazón se parecían a mis terrores nocturnos.

*Le Mans* no gustó en la colonia minera. Una semana después de su estreno, el Majestic empezó a poner otra película. Mi hermano le preguntó a la acomodadora si el cartel estaba a la venta. Acababa de quitarlo del escaparate. Ella vaciló. Él le sonrió. Yo clavé el póster con chinchetas encima de mi cama. Por la noche, antes de apagar la lámpara de la mesilla, miraba a Michel Delanet, con el casco en la mano, mis labios y mis ojos. Había escrito «Gulf» en una cinta adhesiva y la había pegado al guardabarros del ciclomotor.

\*

De niño, Joseph soñaba con ser piloto de carreras. Imaginaba que sería mecánico de box, que formaría parte del ballet de cambiadores de neumáticos. Luego, piloto en un gran equipo. Y campeón, al fin, regándonos con champán desde lo alto del podio.

Pero mi padre nunca creyó en ello.

—Los establos cobijan ganado, no coches —decía.

Nuestra comarca hablaba de la tierra y el carbón, no los de circuitos automovilísticos. Al igual que todos los campesinos de la región, abrigaba la esperanza de que su hijo se hiciera cargo de la granja y temía que la mina se lo arrebatara.

Entonces mi hermano consiguió el certificado de estudios primarios, el



diploma. Entró en un instituto profesional, y por la noche reparaba el tractor de la granja cronometrándose, como si se afanara en un *paddock* de Fórmula 1. Cuando se convirtió en mecánico, entró como aprendiz en un taller de Lens. Un año perdido, diría más tarde. Jamás llegó a pisar el asfalto de un circuito automovilístico. Jamás se acercó a un podio. Nuestro padre tenía razón.

Y como a todos los muchachos de aquí, acabó devorándolo la mina.

Cada día pasaba por delante del pozo de Saint-Amé. De camino al taller mecánico, veía a los hombres apiñados ante las puertas de metal, entrando, saliendo, caminando juntos sin decir palabra. Le parecían un pueblo aparte. Un ejército de gente sencilla. Él desmontaba filtros de aire y arreglaba carburadores. Ellos excavaban la tierra para alumbrar el país, calentar a las familias, producir cemento, hormigón, alquitrán para las carreteras. Él taponaba una fuga de aceite, ellos trabajaban para nuestro confort. Se había imaginado en una línea de salida y había acabado inclinándose sobre los motores. El niño glorioso había muerto. El héroe había desistido. Ya ni siquiera jugaba a mecánico del Grand Prix mientras cambiaba las pastillas de freno.

Por la noche, con las manos avergonzadas por la grasa, aparcaba la bici frente al portón del pozo 3bis y alzaba la vista hacia el cielo. Las ruedas de los castilletes giraban lentamente. Hablaban del mineral que salía a la luz del día y de los hombres que bajaban al fondo. Había aprendido a imitar el resoplido de las torres de acero. Se había entrenado, con la mirada clavada en las poleas. Juraba que aquel estruendo era uno de los más difíciles de reproducir. Y uno de los más hermosos.

—Cualquiera puede imitar el canto del gallo. Pero el canto del trabajo es harina de otro costal —decía Jojo.

Y a medida que transcurrían los meses su imitación era cada vez más perfecta. Al pie de la maquinaria ya no se oía el fragor, sino el resoplido que envolvía la ciudad. Era la mina de lejos. No su grito, sino su rumor. Ese ruido sordo que

recorría los tejados, las puertas cerradas y la cocina a la hora de comer cuando el hombre había vuelto. Era la música de los días sin historia, la que tarareaban en la superficie cuando todo iba bien en el fondo. El silencio de las ruedas era la señal del drama, de la huelga. Precedía a las sirenas que, en plena noche, dejaban helado.

Jojo me había desvelado su truco. Con mucha paciencia, me había enseñado a deslumbrar a los imitadores de gallos. Primero cerraba los ojos. Hinchaba ligeramente las mejillas. Luego emitía un quejido metálico, un estertor mecánico, un chirrido de la garganta y los dientes. Se lo había pasado en grande cantando el ruido del castillete en la barra de Chez Madeleine, como si fuera una broma, entre dos cervezas. En el bar, algunos clientes habían aplaudido. Poco a poco, su número se había vuelto una atracción, incluso entre los mineros. Y yo me enorgullecía.

Un domingo, dos tipos del pozo le preguntaron a mi hermano si también sabía imitar el estrépito de la jaula de extracción mientras subía, el chirrido de las cremalleras, la brutal mordedura del pico en la veta, el golpeteo del martillo neumático, el grito del capataz exigiendo un último metro antes de que terminara el turno.

Yo estaba allí, entre las piernas de mi hermano. Jugaba con otros críos mientras los padres tiraban los dados. Jojo acababa de cumplir veinte años, yo tenía seis. Aquellos obreros no se mofaban de él. Frecuentaban su taller mecánico y se reían con su número en el bar. Pero no entendían por qué un tipo tan recio no los ayudaba a extraer el carbón.

—La vida es así —contestó mi hermano.

Dijo que no sabía nada de la mina, aparte de que un pariente suyo se había dejado la juventud allí diecisiete años antes. Muerto el 16 de marzo de 1957 en el pozo 3 de Lens. El pozo de ellos. El que estaba a la vuelta de la esquina. Liévin, Lens, nuestra fosa común.

—Un marinero también puede perder la vida en el mar —replicó sonriendo el de más edad.

Le explicó a Jojo que la Compañía de Minas de Lens necesitaba brazos. Podía aprender el oficio en el centro de formación, tras la jornada laboral. Iría a la escuela de talla. Se lo enseñarían todo. Perforar, extraer, cargar. ¿Quería convertirse en un obrero cualificado? ¿Ascender? ¿Ser útil para el país?

Mi hermano observaba al minero. Y me vigilaba. Los críos armábamos jaleo en la calle, en la acera, arruinábamos las partidas de cartas. Nuestros gritos infantiles sacaban de quicio a los que tiraban dardos. Joseph me llamó con un gesto.

—¿Nos vamos? —le pregunté.

Lucía su traje de domingo y su ademán del lunes.

Me puso la mano en el hombro.

—Vámonos.

Al viejo minero le contó que no tenía valor para empezar de nuevo. Le dijo que imitar el resoplido de un castillete no significaba bajar al pozo. Y también que no sabía nada del trabajo en la mina.

—Ya es tarde —añadió.

Además, yo estaba allí, esperándolo. Su hermanito, que se aburría con su agua de menta. Su «pequeño» Michel, que habría jugado otra partida de fútbol si el hijo del dueño, un crío sucio con el pelo rubio, no hubiera gritado a los niños que entraban por la puerta:

—¡Esta es mi casa, no la vuestra!

Y les hubiera robado el diminuto balón de madera para impedirles que ganaran.

Íbamos a despedirnos. Joseph dio las gracias a los extractores de carbón. De verdad. Era genial que le hubieran dedicado un rato.

—Tienes razón, hijo. ¡No escuches a esos mineros! —terció un tipo trajeado.

Su compañero de barra nos miró riéndose.

—¡Y poned pies en polvorosa cuanto antes, que no se os lleve santa Bárbara!

Joseph no los conocía.

—Lucien Dravelle —dijo con una sonrisa el hombre encorbatado.

—A mí me llaman Miná —respondió el que estaba aposentado en la barra.

Yo ya había oído ese nombre en la colonia minera. Miná, un ave cantora que imita la voz humana. Y un tipo de aquí que se iba de la lengua.

Miná era albañil. Y Dravelle, capataz en el pozo 3bis de Liévin-Lens. Dos amigos. El primero tenía la tez curtida por el viento marino. El otro, la piel gris.

Una vida bajo tierra, otra al aire libre.

Lucien Dravelle quiso invitar a Jojo a una última cerveza.

—¡Brindemos juntos! —propuso Miná.

Jojo rehusó con una sonrisa y un gesto. Se inclinó hacia mí.

—Vamos. Nos marchamos.

Nos encaminamos hacia la puerta.

El joven minero nos cerró el paso.

—¿Cómo te llamabas?

—Joseph.

El otro asomó la cabeza por un lado, con un vaso en la mano.

—¿No hay trenes de engranajes en los coches?

Mi hermano sonrió. Eran su especialidad.

—¿Y piñones? ¿Y cremalleras? Entonces también conoces el dentado recto, ¿no?

—¿Qué relación tiene eso con su trabajo?

El joven obrero conducía una rozadora, que sangraba la veta con fuerza. El más viejo vigilaba la pala de las cargadoras.

—Hoy en día los mineros son mecánicos —contestó el mayor.

—Como en *Germinal*, pero robotizados —sentenció su compañero riéndose, mientras nos abría la puerta.

Jojo estrechó las manos que le tendían durante unos segundos. Como si cerrara un pacto.

Cuando salimos, Miná hizo un gesto victorioso, sin soltar la cerveza.

—¡Un nuevo fichaje para las Minas de Hulla de Francia!

Al cabo de unos días, Joseph se decidió por la mina.

\*

Durante toda nuestra infancia, mi padre nos repitió que el carbón se había agotado, que los pozos pertenecían a la historia del país. Que acabarían rellenándolos, uno tras otro. Mi hermano replicaba que la tierra también estaba muerta. Las ciudades la cercaban, la devoraban, los hombres la sembraban de ladrillos. Ya no habría campesinos. Él, Jean Flavent, su mujer, sus tíos y sus primos, labradores de arcilla, desaparecerían uno tras otro. Traerían la remolacha de otro lugar, las endivias y las patatas. Sus vacas y sus gallinas dejarían de alimentar a sus familias.

Mi hermano acababa de anunciarnos su partida. Era por la noche. Ya habíamos terminado de cenar.

En casa, nadie reñía jamás. Ni siquiera Braf, el pastor belga, enseñaba los colmillos. Solo expresábamos la ira y la angustia por medio del silencio y de simples miradas. Mi madre me había dado permiso para quedarme en la mesa. Quería que las preguntas de mi padre y las respuestas de mi hermano me sirvieran de lección. A mi edad, ya lo entendía todo. El otro hombre de la casa nos abandonaba. Mi padre perdía dos brazos y el hombro en el que había albergado la esperanza de descansar. Su hijo mayor había reflexionado a conciencia. Prefería la máscara de carbón a las manos de arcilla y de grasa. Ninguno de nosotros levantó la voz.

Papá apartó la mirada de su taza de achicoria. Con la cucharilla, señaló el retrato de Philippe Flavent, su hermano, que había muerto en el pozo número 3.

Víctima del grisú junto con diez compañeros, porque los cabrones de la superficie habían exigido que aceleraran el ritmo.

Llevaban días quejándose del polvo, pero los ingenieros les habían pedido que aumentaran el rendimiento. En cada turno, la talla debía alcanzar los dos metros y medio. Así que obligaron a los mineros a hacer horas extras. Y a cometer imprudencias. El botafuego encendió los explosivos sin respetar las consignas de seguridad.

—Así murió tu tío.

Mi padre observaba a su hijo mayor. Acrecentaba la emoción con largos silencios. Se bebía su café de raíces, hablaba entre dos sorbos tibios. ¿Morir por el beneficio de la Compañía Nacional de Yacimientos de Hulla? ¿Eso es lo que quieres, Jojo? ¿Palmarla como tu tío a los veintiún años, con las gafas derretidas en la cara y los dedos soldados por el calor? ¿Sudar en las entrañas de la tierra para que los jefes engorden en sus despachos? ¿Pasarte la vida perforando durante la noche? ¿Ese es tu sueño, hijo mío? Y si caes en el pozo, ¿qué habrás ganado? ¿Quién te rendirá homenaje? ¿Dos autoridades de otra ciudad, un viceministro llegado de París, un discurso vergonzoso sobre la mala suerte, tres flores pagadas por el sindicato y una guardia de honor de compañeros que ni siquiera se atreverán a mirar a la cara a vuestra pobre madre?

«Vuestra madre», había dicho mi padre. También se dirigía a mí.

Pasaba de mi hermano a mí. Sus hijos, su mundo. Sabía que algún día su pequeño tendría la tentación de cruzar aquel umbral. Que yo también podría elegir entre la tierra y la hulla.

—¿Sabes qué? —decía mi padre—. Tu tajo no será el carbón, sino la desolación. Aunque no te mueras. Aunque sobrevivas al polvo, a las galerías mal apuntaladas, a la vagoneta que descarrila, a la violencia del martillo perforador, a la pasarela helada cuando vuelvas a la luz del día. Aunque te jubiles con las dos piernas, te llevarás la porquería del carbón. Te habrás dejado una parte del corazón en el fondo. Vas a padecer silicosis, Joseph. Podrás encender las estufas con los pulmones. Estarás envenenado. Estarás medio sordo, medio muerto.

Como los primos de mamá, como los ancianos que se arrastran a la sombra de los escoriales, escupiendo la mina que los devora. ¿Y sabes qué, Jojo? Nadie va a reconocer tu enfermedad. Adivina qué les aconsejan los médicos a los mineros que tosen. Que dejen de fumar. Falsean el chequeo médico. Si tu silicosis es del veinte por ciento, en la ficha apuntan diez por ciento. ¿Sabes por qué?

Mi hermano miraba a mi padre, erguido contra el respaldo de la silla.

No lo sabía, no. Negó con la cabeza.

—Para que puedas volver a bajar, por eso. ¡El moribundo todavía vale para el servicio!

Mi madre se puso en pie. Braf, el perro, se había tumbado debajo de la mesa. Rellenó las tazas de los hombres. Luego acercó su silla a la mía y me abrazó. Me caía de sueño. Apoyé la cabeza en su hombro. Me acariciaba el cuello.

—Y si el tipo muere, hay que demostrar que ha sido por la silicosis. Hay que desenterrarlo. Hay que hacerle una autopsia. Hay que fastidiarlo una última vez para que sus pulmones vomiten la verdad. Todo eso para que los Yacimientos de Hulla acepten pagarle tres francos de pensión a la viuda.

Mi padre observaba a nuestro tío en su marco de luto. Vestido de gala, con un traje azul planchado y un casco blanco en la cabeza.

—¿Has visto la cantidad de polvo de carbón que recubre la ciudad, Jojo?

Mi hermano asintió con la cabeza.

—¿Sabes que hay que lavar cinco veces una lechuga del huerto para que el agua salga clara?

Sí, lo sabía.

—¿Te has dado cuenta de que hasta las palomas de los mineros están cubiertas de hollín?

Jugaba con el tenedor.

—¿Te has fijado en los mineros viejos?

Mi hermano no contestó.

—¿Los reconoces?

Jojo tenía la cabeza gacha, nuestro padre estaba inclinado hacia él. Un pecador

y su confesor.

—Dime que los reconoces cuando te los cruzas por la calle. Dímelo.

Mi hermano se encogió de hombros. Sí, claro que los reconocía. Si un hombre andaba a trompicones, todo el mundo sabía que se había pasado la vida en la talla. Lo identificaban por su respiración de pez boqueando en la playa, por sus temblores, sus gestos lentos, su espalda destrozada, su mirada desolada, sus oídos muertos.

—Y también por su orgullo —añadió mi hermano sin darse por vencido.

Nuestro padre se quedó atónito. Miró a su hijo con tristeza. Orgullo contra orgullo. Había perdido. Lo sabía. Cuando Joseph tenía mi edad, lo llevaba a la tierra como si visitaran una catedral. Los surcos recién cavados, las raíces recubiertas de tierra, los brotes delicados cuando la lluvia se hacía esperar. Y también los árboles, las flores, las mariposas en primavera. Decía que proteger todo eso era una cuestión de dignidad humana. Pero aquella noche se levantó de la mesa sin decir palabra. Pesadamente, como un minero molido por los puntales de un pozo. Con el mismo paso dolorido. Rozó la espalda de mi madre con la palma. Pasó por detrás de mí, me puso las manos en los hombros, como hacía siempre con sus hijos. Acto seguido, le acarició el pelo a mi hermano, como si quisiera protegerlo de las heridas que sufriría.

—Un minero ve su propia sangre a diario —dijo mi padre.

Y luego salió. Se dirigió a sus tierras, con el perro Braf pisándole los talones. Cada noche, antes de acostarse, contemplaba sus labores como quien vela a un niño.

Al cabo de unas semanas, mi hermano hizo la maleta. No quería que lo alimentara un padre a quien ya no ayudaría. Nos abrazamos en el patio. Nos rodeó con sus brazos, primero a mí y luego a nuestra madre y a nuestro padre. Se estrecharon como si se despidieran antes de empezar la jornada.

—La vida es así —bromeó mi hermano.



No, replicó mi padre. Se marchaba para empezar una vida distinta a la nuestra.

Mi hermano montó en su vieja bici. Se zafó de Braf y zigzagueó entre las gallinas canturreando «C'est ne qu'un au revoir». El lunes siguiente vendría a visitarme después de la escuela.

Dejó atrás Saint-Vaast-les-Mines y pedaleó todo recto, hacia los escoriales gemelos de Loos, nuestro horizonte de la infancia. En secreto, ya había conocido a Sylwia, su casi mujer, y había encontrado un piso. Dos habitaciones en una buhardilla que los Yacimientos de Hulla le alquilarían por casi nada. Así apenas tendría que desplazarse para ir a trabajar. Resultaba provechoso para el patrono, resultaba práctico para el obrero. La compañía acogió a aquel hijo de campesinos. Había ganado el carbón, la tierra estaba derrotada. Joseph Flavent, mi hermano, se convirtió en minero a los veinte años.

\*

Aquel año de 1974 Sylwia y Joseph celebraron la Navidad en la granja. Y mi madre me dejó pasar algunos días en su casa de Liévin por Año Nuevo. En su nuevo piso había un cuarto para mí.

—El palacio del *galibot* —decía Joseph.

Me llamaba como a los niños que trabajaban en el pozo, antes de la guerra.

Los mineros del pozo 3 y 3bis habían librado del 21 al 26 de diciembre, día de San Esteban y festivo en Polonia. Mi hermano estaba de permiso.

El 26, después de cenar, se presentaron dos de sus compañeros para terminarse una botella juntos.

—¡Por san Esteban! —gritaron, golpeando los postigos con los puños.

Eran hijos de mineros, originarios de las cuencas hulleras de Katowice, que

habían venido para abrir las venas del Pas-de-Calais. Mi cuñada protestó. Conocía perfectamente a los hombres de su país. Entran, se instalan y se olvidan de volver a casa. O bien se duermen acurrucados en una acera helada. Además, su marido debía levantarse a las cuatro y media de la madrugada para bajar al pozo. Ya había bebido cerveza con la cena, aquello era un disparate.

—Por san Esteban —se disculpó mi hermano, franqueándoles el paso.

Ellos también tenían que ir a trabajar al día siguiente en Saint-Amé. Así que no se alargarían, prometido.

Ella suspiró y fue a la cocina a preparar el morral de su marido, con la cantimplora y las rebanadas de pan para la pausa de la mañana. Luego subió a acostarse.

Yo me dirigí a mi cuarto.

Jojo se puso un dedo en los labios, sonriendo.

—Quédate un rato con nosotros.

Los muchachos entraron pero no tomaron asiento. Mi hermano sacó cuatro vasitos del aparador. Un polaco los llenó de licor de cereza. Después se bebió la mitad del mío antes de alargármelo. Estábamos de pie, cuatro hombres en la noche del 26 de diciembre de 1974, conmemorando dignamente al primer mártir de la cristiandad.

—*Na zdrowie* —dijeron los invitados.

—A vuestra salud —contestó mi hermano.

Bebimos con la cabeza echada hacia atrás, de un trago, en círculo y sin decir ni una palabra más, como los pobres que vacían una botella al abrigo de un parque público.

Y luego los polacos se marcharon, tambaleándose por los adoquines mojados.

Me acerqué a mi hermano, que estaba en la puerta, observando la niebla que los envolvía.

El frío me mordisqueaba la nuca como un cachorro.

—¿Vamos a pasear el Gulf antes de acostarnos?

Salté de alegría. ¿Un paseo en plena noche? Eso sí que no me lo esperaba.

Joseph ya llevaba el chaquetón.

—Ponte mi casco —dijo.

Era un Bell, un Jet 500 blanco sin visera que había transformado en casco de minero, con una linterna frontal fijada con una goma negra y la batería anudada al cinturón.

«¡Aquí viene el lamparero!», se reían sus compañeros, en invierno, cuando llegaba al pozo 3bis de Liévin, con su lucecita amarillo pálido parpadeando en la oscuridad.

Pero aquella noche el lamparero era yo. El casco me quedaba demasiado grande. Antes de calármelo, mi hermano me encasquetó un gorro viejo. También me prestó sus gafas de ir en moto y me anudó una bufanda blanca alrededor de la nariz. Antes de salir, me miré en el espejo de la entrada. El casco, las gafas y la bufanda blanca.

—¡Michael Delaney! —se rio Jojo.

—¡Michel Delanet! —repetí.

La alianza del piloto de carreras y el minero.

Encendió la linterna frontal.

—Ida y vuelta al pozo y luego a la cama.

Iba a sentarme en el portaequipajes, pero Joseph me agarró por el brazo.

—No. Esta noche conduce Michael Delaney.

Lo dijo en susurros. El ruido de la calle se oía desde los cuartos, y no quería despertar a Sylwia. Me henchí de alegría. Nunca había estado tan orgulloso como aquella noche. Iba a llevar en moto a mi hermano. Iba a pasearlo por la ciudad. Me rodearía la cintura con sus grandes brazos, se pegaría a mí, pondría la frente contra mi espalda. Si lo deseaba, también podría cerrar los ojos, dormir un poco, soñar tal vez. Habría un antes y un después de aquel paseo nocturno.

Mi hermano empujó el ciclomotor hasta el cruce, para no molestar a los vecinos. No llevaba casco ni guantes. Debajo del chaquetón gris, una camisa a rayas

finas, un jersey de cuello alto y su bufanda negra. Puse en marcha el ciclomotor. Él se sentó pesadamente detrás de mí. Y luego salimos pitando en dirección a la mina. La tormenta de Navidad había amainado, pero el viento seguía soplando a rachas. El suelo brillaba a causa del hielo. Yo conducía procurando salvar las irregularidades de la calzada. Liévin dormía. Un grito a lo lejos, la bocina de un coche que se despide. Las ventanas estaban a oscuras. Nadie presenciaba mi triunfo. Choqué ligeramente contra la acera, crucé un charco de lluvia, me atreví a tocar el claxon. Nuestro vehículo resonaba en la colonia minera. No era el ronquido de un motor de dos tiempos, sino el fragor de un V8. Rugía. Yo era Michel Delanet. A la cabeza en el circuito de Mónaco, en la *chicane* de Beau Rivage. Las callejuelas, los pequeños patios, los modestos jardines, los callejones sin salida, los ladrillos que subían hasta el infinito, los setos, las vallas, los postigos cerrados, todo devolvía el eco de nuestra potencia.

Giré delante de la iglesia de Saint-Amé, la escuela de mi infancia, dejando atrás los muros altos, las rejas herrumbrosas, el pozo. Mi hermano se dio la vuelta para mirar la puerta de hierro y el castillete. Se quedó agarrotado. Había dejado de cantar. Por un instante pensé que le daba miedo volver a bajar al fondo de la tierra. Tras todos estos años, ahora estoy convencido. Se estremeció. Me abrazó más fuerte, poniéndome las manos en las axilas.

Me zafé.

—¡No! ¡Cosquillas no!

—¡Tú mira la carretera, *galibot*!

Y luego se echó a reír. Su hermosa risa de hermano mayor.

## 2

### La sala de los ahorcados

Cuando subían del pozo, antes de volver a ponerse la ropa de calle, Joseph y sus compañeros pasaban por el cuarto de baño. Siempre pronunciaba estas palabras sin llegar a describirlas.

—Los periodistas parisinos lo llaman «la sala de los ahorcados».

La visité un domingo de primavera. Me había imaginado lavabos blancos, bañeras y toallas ordenadas en estantes, pero era un hangar, un vestuario con colgadores. ¿Y las duchas? Nada que ver con las de los ingenieros. Ocupaban tres paredes de la inmensa sala. Unas mugrientas baldosas blancas recubrían los ladrillos hasta las ventanas. Había docenas de grifos de latón alineados, arqueados como el cuello de un cisne y accionados por unas válvulas. Ni cabezales, ni mangueras de ducha, ni cortinas. Simples chorros de agua. Y una rejilla para proteger las losas del suelo.

—¿Dónde está el jabón? —pregunté.

Jojo se desternilló. Formaba parte de un grupo de mineros que guiaban a los colegiales. Otros alumnos también se echaron a reír, cosa que me molestó. Sus padres se lo habían contado, yo no tenía la menor idea.

—Muy buena pregunta, *galibot* —contestó mi hermano.

Se volvió hacia los demás.

—¿Quién sabe dónde está el jabón?

Docenas de dedos señalaron el techo.

—¡Los ahorcados! ¡El jabón está con los ahorcados, señor!

Había centenares de prendas colgadas de unos ganchos, tapizando el armazón bajo el inmenso techo. En el extremo de las cadenas, ropa suspendida. Dril obrero, pantalones de calle, envolturas vacías que aguardaban a los hombres. Monos de trabajo y chaquetas, alineados, como un ejército de espectros.

Jojo sacó una placa del bolsillo y nos la tendió.

—Que vaya circulando.

—Es una ficha para las lámparas —dijo un niño.

Me ofendió. Yo también lo sabía, por supuesto. Cada noche, tras su turno, Joseph la dejaba en el cenicero de la entrada, con la calderilla que tenía en los bolsillos. En una cara estaba grabado «1916». Su número de identificación, que heredó cuando lo contrataron y que perdería cuando la mina ya no lo quisiera. Ese número se había convertido en el otro nombre de mi hermano.

—¡Que un niño venga conmigo!

Treinta manos alzadas. Me señaló con un gesto cómplice.

Bordeamos los bancos, en medio de los centenares de cadenitas y cuerdas que caían del techo como obenques, fijadas a la altura de un hombre por unos topes numerados. Mi hermano nos enseñó el suyo, 1916. Nos encontrábamos debajo de su guardarropa. Liberó su cadena con un gesto acostumbrado y la deslizó entre mis manos.

—¡Vamos, pequeño, baja mis harapos!

Aflojé la tensión. No pesaba. Me pareció estar arriando una bandera a lo largo del mástil. Mientras bajaba, el ahorcado de mi hermano se mecía suavemente. Chirriaba. Los niños seguían la maniobra con la frente alzada.

—Colgando la ropa se ahorra espacio —explicó mi hermano.

Se había vestido de minero para recibirnos, como sus colegas. El mono, las botas, el pañuelo alrededor del cuello y el casco en la cabeza. Y yo descolgaba su ropa de calle.

Estaba repartida en cuatro ganchos, ensamblados por una bandeja abollada en medio. Dentro, un peine, un espejo y una pastilla de jabón.

—¡El jabón!

Blandí el pedazo, pulido como un tesoro.

—Lo primero que hacemos al volver es bajar la ropa y lavarnos.

Recuperar la gorra o la boina, la camisa limpia y los zapatos de piel para salir a la calle. Una vez vestido, el minero deja en el techo su ropa de trabajo. Examinando los trapos colgados, se podía saber si un muchacho estaba en el tajo o descansando.

Tras cumplir las ocho horas, el minero devolvía su linterna de casco y recuperaba la placa. A la mañana siguiente, la cambiaba por una batería cargada. Alguna ficha de más en la lamparería significaba que algún hombre se había quedado en el fondo de la mina.

\*

Una vez por semana, para ganar un dinerillo, le limpiaba las uñas a mi hermano. En el patio de la granja, con un cepillo y jabón negro. Se sentaba en el banco de piedra, de espaldas al muro. Fumaba con los ojos cerrados. Y yo cogía mi taburete. Después de restregarle las uñas, daba brillo al Gulf. A veces, si se había manchado de barro, incluso quitaba la mugre de los catadióptricos y de los radios de las ruedas.

Una noche, después de limpiarle las uñas, le pregunté a Jojo cómo se las arreglaba para lavarse la espalda en la ducha.

—Se ocupa un compañero. La vida es así —contestó.

En las colonias de verano de los Yacimientos de Hulla, en Nouvion-en-Thiérache, nos lavábamos en calzoncillos. Algunos incluso se enjabonaban la camiseta interior. Pero los mineros se duchaban desnudos, en fila en medio del desagüe, y el de detrás le limpiaba la espalda al de delante. Cuando me contó la escena, mi hermano se echó a reír. Dijo que me había quedado tan boquiabierto que podría haberme tragado varias moscas.

—Pero ¿completamente desnudos? —insistí.

—Bueno, no del todo. ¡Llevamos el casco puesto!

Por la risa de mi madre, comprendí que también se quitaban el casco.

\*

Dejé el instituto a los dieciséis años. El taller mecánico de Liévin, que había empleado a mi hermano antes de la mina, me cogió de aprendiz, por compasión y en memoria suya. Me encargaba de cambiar neumáticos y examinar motores como en los circuitos de carreras, pero mi corazón de niño había dejado de latir. La muerte de Joseph me había marchitado. Mi juventud ya era vieja.

Mi padre nos dejó un año después que su hijo. Y mi madre me crio con las pocas fuerzas que le quedaban. En la pared había tres retratos con crespón negro. El de mi tío, el de mi hermano y el de mi padre. En la mesa ya solo éramos dos, una minoría de vivos. La granja se había vuelto un cementerio. Con dos marcos vacíos que esperaban nuestra hora.

Mamá pidió ayuda para sacar adelante la granja, hasta que cedió la propiedad a sus primos. Se negaba a vivir rodeada de fantasmas. Se fue a envejecer a Cucq, a casa de su hermana mayor. Dos viudas negras que arrastraban los pies por Stella-Plage, añorando la época en que corrían por las dunas: dos crías que jugaban entre carrizos y olas languidecientes, mientras esperaban que llegara a la playa el vendedor de helados de chocolate, todo colorado y con su caja colgada del cuello. Mi tía me propuso que acompañara a mi madre. En su casa había espacio de sobra para albergar tres duelos. Preferí alquilar una habitación en casa del viejo mecánico para quien trabajaba.

Su hija vivía en Inglaterra. Había abierto una panadería francesa en Newcastle. Como su cuarto de niña estaba vacío, su padre me lo ofreció. En el borde del lavabo puso un vaso para mi cepillo de dientes. Y me asignó un lugar en su mesa, con un cubierto, un plato y una servilleta para las cenas en familia. Se



apellidaba Carlier, nunca supe su nombre de pila. Hasta su mujer lo llamaba Carlier. Siempre que me cruzo con un buen hombre me acuerdo de él.

Me emancipé tras la muerte de mi padre, a los diecisiete años.

Y me quedé en casa de Carlier hasta que alcancé la mayoría de edad.

Una noche, cenando, le anuncié que me marchaba a trabajar a París. Negó con la cabeza. No le entusiasmaba la idea de que me perdiera en el metro.

—¿No estás bien aquí?

Era parco en palabras, apenas se expresaba. En el taller, sus manos guiaban las mías. No despegaba los labios, pero dominaba los gestos.

—¿Te avergüenzas de nosotros?

Estábamos sentados a la mesa. Me pelaba una manzana con su viejo cuchillo. Parecía tan triste como si perdiera a su propio hijo. Solo dejaba que me estropeará las manos con la grasa de los motores. Me sobresalté. ¿Avergonzarme? Hice algo que nunca había hecho con nadie desde la muerte de mi padre. Me levanté de la silla, me coloqué detrás de él y le puse las manos en los hombros. Él siguió pelando la manzana. Hacía girar la fruta sobre sí misma, alrededor de su pulgar, para que la espiral de piel roja quedara entera y perfecta.

—¿Que si me avergüenzo de vosotros?

Su mujer sonrió.

—Si te avergüenzas de los obreros, quiere decir.

Carlier era mecánico, se consideraba un simple obrero. De muy joven había estado en la mina, luego en la fábrica tras el accidente, y siempre había llevado un mono de trabajo.

Se volvió, tendiéndome la manzana.

—Adán y Eva —dijo su mujer, divertida.

Yo no me avergonzaba de nada. Yo también era un obrero. Para siempre. París

no cambiaría nada, ya lo sabía. Pero necesitaba marcharme de la cuenca. No quería un horizonte de escoriales. Ni el aire acre de las chimeneas. Ya no soportaba pasar por delante de la verja de la mina ni cruzarme con los muchachos montados en sus ciclomotores. Bajar la mirada ante los supervivientes. Oír el resoplido de los castilletes que solo Jojo tenía derecho a imitar. Estaba agotado de los hombres con la jeta de carbón. Ya no soportaba verles las manos llenas de cicatrices y cortes, la piel acribillada de astillas negras para el resto de su vida. Las miradas derrengadas me entristecían. Incluso los domingos, aunque se hubieran restregado diez veces, aquellos cuellos, aquellas frentes y aquellas orejas pregonaban el polvo del pozo.

Y de mi hermano desaparecido.

### 3

## Cécile, mi mujer

(París, viernes 21 de marzo de 2014)

Cécile se fue al alba, sin que se lo hubiera contado todo.

Tres meses antes, mi mujer me había pedido volver a casa. Quería abandonar el hospital y apagarse en la intimidad. Su médico de cabecera protestó. La atención a domicilio le desbarataba las costumbres. Solo hablaba de sí mismo.

—Creo que está aterrado —dijo mi mujer con una sonrisa.

Era un médico joven. Por primera vez, una paciente le pedía que la acompañara en su final. Durante un año, la atendió y la reconfortó sin prometerle nada. Luego la convenció para que ingresara en el hospital. ¿Que quería salir por Navidad? Lo comprendía perfectamente. A la hora del crepúsculo, Cécile ya no albergaba esperanza alguna. Quería olvidar el olor a éter y a lejía. Olvidar los ecos del pasillo, las toses lejanas, los estertores del amanecer, el ruido de pantuflas, los golpeteos que daba una señora de la limpieza a una puerta que abría sin avisar. Quería alejarse de las paredes sin imágenes, de las ventanas sin vecinos, de las sábanas ajenas. Quería irse del jardín de moribundos por el que caminábamos a paso de tortuga. Reclamaba su intimidad, sus referencias, sus rituales, nuestras huellas. Quería cerrar los ojos susurrando su identidad.

—Pero ¿vas a aguantar? —me preguntó.

Y le dije que sí.

Desde hacía meses, llegaba al hospital por la mañana y me iba al anochecer, sintiéndome culpable por abandonarla. Salía de su habitación mientras la aseaban y le hacían las curas. Almorzaba con ella, sentado al pie de su cama. Por la tarde, dormitaba en la butaca mientras ella dormía. A veces me quitaba las gafas, me tumbaba a su lado y mirábamos la televisión, que susurraba. Ya no era mi mujer, sino la habitación 306. Yo ya no era su marido, sino una visita. Apenas tenía derecho a sacudirle la almohada o a acercarle un vaso de agua a los labios.

Interfería en el curso de la enfermedad.

\*

Durante toda la vida, Cécile había convivido con mi inquietud. Michel Flavent, el desastre. Dramas minúsculos que me impedían respirar. Quebraderos de cabeza, por todas partes y todo el tiempo. Oleadas de angustia como reflujos de bilis. Pensaba que abril se parecía a noviembre y que el viernes por la noche apestaba a lunes. En todas las fotos, yo salía con la misma mirada de desgarro. Mientras mi mujer resplandecía, mis labios no eran más que una sombra. Mis últimas sonrisas se remontaban a la infancia. Después de Jojo, no volví a reírme. Rechazaba la alegría a patadas, a puñetazos. Desafiaba a la muerte, en todas partes, todo el tiempo. Me enfrentaba a la carroña que merodeaba a mi alrededor.

Cuando Cécile se puso enferma, mi inquietud animal se transmutó en tormento.

—Lo siento muchísimo —susurró.

—La vida es así —contesté.

Ella decía que no estaba demasiado dotado para la felicidad. Comprendió que lo que se me daba bien era la batalla. Pasé de vencido a guerrero. En los albores de aquella desgracia compartida, acompañé a mi mujer en su combate. Ya solo podía protegerla a ella, así que oculté mi memoria, mis recuerdos, mi rencor. Le

imploré a Jojo que me dejara en paz. Que parara de atormentarme mientras mi mujer no encontrara reposo. Había decidido vivir de otra cosa que de pesares. Borrar la muerte de mi hermano y el hijo que nunca tendríamos. También prometí olvidarme de mis remordimientos.

Tendría voluntad por los dos. Se lo dije a Cécile. Regresar a casa era mi regalo.

En primavera, abriría las ventanas como si derribara muros. El sol inundaría la cama de luz. Cécile quería retomar la acuarela. Le prometí que yo mismo molería sus pigmentos favoritos. Que criaría una marta roja para fabricar un pincel. Que recorrería China, donde madura en secreto el algodón para el papel. Aún se reía con mis bobadas. Era patético, pero ella me encontraba mágico y me aplaudía.

Había decidido adoptar su ritmo, como la madre de un recién nacido. Dormir cuando ella durmiera, cenar cuando ella cenara, escuchar su respiración para oír su sueño. También pensaría en mí. Era necesario. Para sobrevivir a todo eso, para no perder el vigor ni la cabeza, para devolverle la fuerza que ella me había brindado durante años. Me concedería una hora diaria. Salir, caminar, leer el periódico, tomarme una cerveza en una terraza, comprar flores que le dijeran te quiero. No me quejaría de nada. Acallaría todos mis males.

Ella me miró con una expresión risueña.

—¿Eso harías?

—Claro que lo haría.

Y claro que lo hice.

«La vida es así», habría dicho Joseph.

\*

Las primeras semanas fueron bastante difíciles. El material médico, las visitas, todos esos desconocidos habían convertido la casa en un hospital. Cécile no se

quejaba, no se quejaba de nada. Sin perder la sonrisa, dijo que el soporte para el gotero y el carrito de los medicamentos no casaban con el azul de las cortinas.

Me había vuelto un «ayudante». Aborrecía esa palabra. A veces la interpretaba como que ayudaba a Cécile a vivir. Otras veces, como que la ayudaba a morir. Celebramos la Navidad juntos, ella en su cama, yo en mi butaca. Ya no había ninguna diferencia entre la habitación 306 y nuestro piso. Compré un abeto, que le entusiasmó como a una niña.

Una noche de angustia, llamé a urgencias. Cécile tenía fiebre, me preocupaba su respiración. Con cada bocanada de aire, de su pecho ascendían quejidos, gruñidos y voces sarcásticas, como si un aquelarre de súcubos me preparara para lo peor. Había intentado lavarle la nariz y la garganta, pero el aire no pasaba.

Al cabo de tres noches, una señora se instaló en casa. Yo dormía en el sofá cama del salón, ella dormitaba en la habitación de invitados.

Cécile no se moría. Se apagaba como una flor que se marchita. Tenía mareos y náuseas. Su médico le aconsejaba que durmiera mucho, así que dormía mucho. Por la mañana, yo cerraba las cortinas para que el día no la lastimara. Por las noches, observaba sus ojos agitándose bajo los párpados cerrados. Le daba la mano. Había tapizado las paredes con fotos nuestras, pósters turísticos y paisajes apacibles. Cécile anhelaba las orillas del mar, los bosques frondosos, la luz que recorta las montañas al amanecer. Me había pedido que buscara sus archivos de maestra, que eligiera los dibujos infantiles más bonitos. En el techo, también había invitado a unos cuantos animales. Pájaros, una cierva, una familia de conejos corriendo hacia su madriguera. Cécile observaba esos estallidos de vida sin decir palabra. En un rincón del cuarto, yo había pegado la foto de un pequeño macaco bostezando, como un niño al despertarse. Cuando lo descubrió, mi mujer se echó a reír.

—¡Es irresistible!

Y ya no añadió nada más.

Pero cuando tenía la mirada perdida, el bostezo del mono le regalaba otra sonrisa. Cécile plantaba cara a esa maldita muerte. Yo ya no sabía dónde se encontraba. No reaccionaba, ya no me contestaba. Algunas noches le costaba mantener la cabeza erguida y seguir mis gestos. Pero cuando sus ojos apresaban los míos, entonces estábamos abrazados. Como cuando nos estrujábamos las manos. Su cuerpo contra el mío, sus dedos en mis labios, mis dedos en su nuca. El instante volaba. Apenas unos segundos. Ella abría mucho los ojos y observaba a ese hombre con el pelo canoso que se dejaba caer de nuevo en su butaca. Si me tapaba una lágrima con la mano, Cécile estaba conmigo. No miraba, veía. Sus ojos de otro mundo. Su increíble belleza. En su rostro, ni un ápice de sufrimiento. Tenía la frente en reposo, las manos relajadas, los labios impidiendo su último aliento. Me contemplaba. Con un parpadeo, alentaba a su frágil marido. Pese a haber llegado a su fin, aún me daba alegría y fuerzas.

\*

Un mes antes de la muerte de Cécile, volví a bajar al sótano. Abrí la puerta del garaje, bautizado «1916», y una vez dentro la cerré con cuidado.

Mi mujer detestaba aquel lugar.

—Un mausoleo —dijo la primera vez que entró.

Lo había frecuentado poco. Una noche, incluso se negó a reunirse conmigo allí. Decía que ese lugar apestaba a muerte. Que mi desgracia venía de allí. De aquellos recuerdos siniestros que me atormentaban desde el pozo 3bis. De aquellos libros sobre la mina, de aquellos estudios sobre el grisú, de los centenares de artículos de prensa clasificados por temas y guardados en carpetas negras. Al principio, Cécile no sabía qué tramaba yo en ese local. No teníamos coche y allí no cabía mi camión. Simplemente le hablé de un lugar para mí, una mesa de trabajo, un taller, un espacio masculino para no perder el tranquilo. Los muros ciegos eran de ladrillos de mi tierra. Los cubrí de estanterías. Después instalé dos armarios metálicos que había encontrado en una chamarilería, un

catre, un escritorio con cajones y un sillón de mimbre que había comprado mi hermano en 1966 a los comunistas de Lens, en la Cooperativa Central de la Comarca Minera. En un rincón, también había una nevera, debajo de un fregadero. Tenía agua corriente, tres lámparas y un radiador para el invierno.

A continuación colgué mis fotos de infancia. La de Jojo vestido de minero, que había hecho ampliar a tamaño póster tras la muerte de nuestra madre. La de Steve McQueen, el piloto de carreras de la película *Le Mans*. Las dos imágenes tenían el mismo tamaño. Presidían la pared del fondo. Solo eso, nada más. Michel Delanet con el casco en la mano, Joseph Flavent con el casco en la cabeza. Un piloto, un minero. Dos caballeros. Mi hermano y yo.

Los ladrillos de enfrente estaban salpicados de pequeños iconos. La entrada del pozo de Saint-Amé, los escoriales gemelos de Loos, caras negras recortadas de docenas de libros, como estampas piadosas. Y también un grabado de santa Bárbara, patrona de los mineros, en el que aparecía afligida, junto a la torre donde su padre iba a decapitarla.

En las estanterías y encima de los armarios, un sinfín de piezas de museo. Viejas lámparas de latón, con las mechas de aceite de colza. Viejas gorras de cuero para el pozo. Modernos cascos blancos con linternas frontales. Un cartel impreso, en el que un obrero ensangrentado recomendaba a los hombres que ataran bien las vagonetas en los tramos inclinados. El cuaderno de un delegado de minas fechado en 1898, que había comprado por Internet. Y también herramientas de extracción, un pico de dos puntas, un mazo, un hacha. Las anteojeras de un caballo muerto de agotamiento en un pozo. La cantimplora de un *galibot*. Una rueda de vagoneta. La jaula de un canario que detectaba el grisú. El pañuelo gris de una cribadora de piedras. Placas de Lens y de Bruay.

\*

—¿Este es tu taller? —dijo Cécile al entrar en el garaje por primera vez.

Lo observaba todo como quien descubre un viejo desván, un baúl de los



recuerdos. Se sentía incómoda. La mina me quitaba el sueño, pero a ella no. Mi mujer era parisina desde hacía varias generaciones. Llevaba el gris en el alma, pero no el negro. Del norte de Francia, de nuestra cuenca, de sus sufrimientos, solo conocía la historia de mi hermano. El mártir Joseph Flavent, asesinado por los Yacimientos de Hulla a la edad de treinta años. Para ella, la comarca minera no era sino aquella cara en el muro de mi garaje. Esos ojos, esa forma de la nariz, ese pelo claro, ese óvalo parecido al mío. De pie ante la puerta del garaje, no se atrevía a entrar. Aquel museo era excesivo para ella. Pensaba que yo tenía el corazón de piedra por culpa de aquellas reliquias.

Tenía razón. Yo le decía que el local era una biblioteca, un archivo, un despacho, pero era una tumba. La había cavado con ira y con mis propias manos durante todos aquellos años. Allí había encerrado mi terror al carbón. Allí se congregaba la gente del fondo de la tierra. Allí se encontraba nuestro ejército negro. Su historia, sus esperanzas, sus penas, sus dramas, sus raras alegrías moraban en aquella estancia. Las minas de Francia habían ido cerrando una tras otra. En 1978, cuatro años después de la catástrofe de Liévin, clausuraron la verja del pozo de Saint-Amé y rellenaron el pozo 3b. Cinco años más tarde, el castillete del 3 fue abatido como un viejo roble. Guardo un pedazo del hormigón, que utilizo como pisapapeles. Pero el jabalcón metálico del 3bis se conservó. Para el turismo, para la memoria, para acrecentar las lágrimas de cocodrilo de los parisinos. Incluso fue inscrito en el catálogo de monumentos históricos. Sucedió el 16 de mayo de 1992, el día en que cumplí treinta y cuatro años. Me eché a llorar. Escribí una carta a la Dirección Regional de Asuntos Culturales preguntando si la muerte de mi hermano era una obra de arte. En 2012, el castillete fue declarado Patrimonio Mundial por la Unesco. ¿Qué clase de patrimonio?, pregunté a la organización. ¿Obrero? ¿Industrial? ¿Cultural? La superficie abandonada del pozo se reconvirtió en zona industrial, rodeada por autopistas. La fecha del 27 de diciembre de 1974 cayó en el olvido.

¿Alguien recuerda que esa atalaya metálica está plantada sobre la sangre?

Nadie me contestó.

—Cierra los ojos —le supliqué a Cécile.

Me miró. Cerró los ojos. Apagué las luces. Encendí el proyector para inundar de luz el techo detrás de ella.

—¡Tachán! —dije.

Se acercó a mí sin comprender nada. Siguió mi mirada. Lanzó un grito.

La mano en la boca, los ojos abiertos de par en par.

—Dios mío, ¿qué es esto?

La ropa de mi hermano colgaba de un gancho. Su chaquetón gris, la camisa a rayas finas, el jersey de cuello alto, la bufanda negra, las botas y los calcetines que llevaba antes de bajar al pozo, el día de la catástrofe. Su esposa recuperó su vestimenta en el hospital, cuatro días después de su muerte. Encargaron a un hombre que se había salvado de milagro que volviera al cuarto de baño y recogiera la ropa de los compañeros caídos. Trajo los «guardarropas» uno a uno, cadena a cadena. A continuación, con otros muchachos, confeccionó unos paquetes funestos, envolviendo la ropa con papel de periódico. Cada familia de luto recibió aquel regalo de fin de año. Pero Sylwia jamás abrió el paquete de su marido. Ni desató la cuerda ni rasgó el papel.

Lo guardó en el fondo de un estante, debajo de las sábanas limpias. Cuando regresó a su país maldiciendo Francia y la tierra entera, abandonando a la familia y la colonia minera 3 de Liévin como quien escupe en los adoquines, me preguntó si quería quedarme aquel fardo. En memoria de mi hermano, de su marido, para que no olvidara jamás la injusticia que había sufrido.

Durante años dejé la ropa de Jojo en una maleta, junto con sus fotos. El paquete cerrado, como el primer día. Hasta que me dio la ventolera de rendirle homenaje. Homenaje a los desaparecidos, a la clase obrera, a los pobres diablos que se habían quedado en el pozo mientras la superficie celebraba el Año Nuevo. Quise erigirle un monumento.

Tras el cierre del pozo 3, en los puestos de los chamarileros aparecieron retazos del subsuelo. En Lille, compré un guardarropa de minero en buen estado. Procedía de Lens. Incluía la bandeja, los cuatro ganchos, la cadenita fijada a la placa con un candado. Sería la base de ese monumento conmemorativo terrible, espantoso y un poco ridículo. A mi regreso, esa palabra me hizo desistir. Ridículo. Me obligó a seguir reflexionando. De vuelta al lado de mi mujer, en nuestra plácida cotidianidad, me pareció una idea descabellada. Casi me avergonzó.

En 2004, al enterarme de que un superviviente de 1974, responsable del utillaje y que se había salvado de la deflagración gracias a una puerta metálica, acababa de recibir la medalla de la ciudad de Liévin en el treinta aniversario de la catástrofe, apreté los puños. Una vida: una medalla. Un disco de hojalata por un corazón destrozado. Era indigno, asqueroso. La idea del homenaje volvió a obsesionarme. Estaba decidido a combatir el desprecio de los vivos.

Cuando compramos el piso de París, también adquirimos una bodega y un garaje en el sótano de la vivienda. La bodega no podía convertirse en el santuario de mi memoria. Tenía una puerta de tablones enrejados, el suelo de tierra batida y una humedad tremenda. El garaje me recordaba a una sepultura. Hasta los ladrillos eran fúnebres. Nuestra plaza de aparcamiento era la 19. Añadí un 16 con pintura blanca para completar el número de identificación de mi hermano.

Aquí honraría a Joseph Flavent, minero del carbón.

Más tarde, fijé un tornillo de ojo en el techo del local. Abrí el paquete de ropa. La camisa estaba limpia, los calcetines también. Los pantalones se los había puesto. Instalé las reliquias de su martirio en los ganchos. En la bandeja, coloqué la pastilla de jabón, su peine y su espejo. Me subí a un taburete, pasé la cadenita por la anilla y monté el guardarropa como quien iza sus colores.

Siempre que iba al garaje, saludaba a las reliquias con la mano. No era

trágico, ni forzado, ni teatral. Un saludo de hermano a hermano en la penumbra.

Sabía que Cécile no iba a comprenderlo. Sacudió la cabeza, con una mano en los labios. Le hablé del cuarto de baño, de la pastilla de jabón con la que se frotaba la espalda del vecino, del heroísmo de aquellos hombres que habían luchado contra la tierra, el aire, el agua y el fuego, cuatro elementos mortales a la vez. De mi voluntad de celebrar aquella solidaridad. Y rendirles honores.

—Es morboso —susurró mi mujer.

La palabra no me gustó.

—Parece un ahorcado.

Eso era, sí. Jojo el sacrificado. Joseph el asesinado.

Había abandonado la sala de los ahorcados del pozo de Saint-Amé para formar parte de un panteón a su medida.

Cécile esbozó un gesto de fatiga. No se encontraba bien. Quería volver a la luz del día.

—No me gusta este sitio porque te hace daño —murmuró.

Desde entonces, mi mujer evitaba el garaje. A veces, incluso, me impedía bajar. Se había fijado en las velas apagadas a lo largo de las paredes. Temía que aquella cripta me hiciera perder la cordura. No sabía que yo iba allí a llorar, a rogar, a urdir mis planes de venganza.

Luego fue pasando el tiempo. Perdí mis certezas. Hasta me costaba tararear el resoplido de los castilletes de Saint-Amé. Poco a poco, dejé de bajar. Decía «bajar», como un minero. No volví a comprar reliquias. No volví a buscar palas ni picos para las vetas en páginas de venta en línea. No volví a teclear «catástrofe de Liévin 1974», ni «minas de carbón», ni nada que me hiciera daño. Poco a poco, acabé rellenando el pozo 1916.

Pero con la enfermedad de Cécile, mi ira rebrotó. Mi corazón latía por ella, mi razón renunciaba. Mi cuerpo se puso a berrear, como las viudas que lloraban las tragedias de madrugada. Cada semana anunciaba días más difíciles. Mi mujer luchaba. Yo batallaba. Pero mi cabeza había vuelto al pozo. Cuando el médico buscaba una vena en el brazo de mi mujer, yo pensaba en mi hermano cavando violentamente. Talla de sangre, talla de carbón. Estaba envenenado. No se lo dije. Ni a ella ni a los demás. Regresé al garaje a escondidas. Mis horas de libertad transcurrían allí abajo. Acariciaba los objetos, olía el cuero, la herrumbre, apretaba un trocito de hulla entre los dedos, siguiendo al ahorcado que temblaba a la luz de las velas.

Aguardaba la partida de Cécile para abandonar todo lo que habíamos construido juntos.

\*

Su última noche, mi mujer tuvo un sueño muy agitado. Gimió como un animal. Le dije a la enfermera que se fuera a descansar. Eran las cinco de la madrugada cuando la relevé. No me senté en la butaca, sino en el borde de la cama. Le puse los dedos en la frente. Allí estaba. En ninguna otra parte. Ni en las calles de Liévin el día de la gran desgracia, ni en los escalones de la iglesia tras pedirle la mano. Ningún recuerdo maculaba aquel instante, ni lo iluminaba, ni lo apaciguaba. Me latían las sienes al ritmo de su respiración. Cécile tenía la piel fría como el mármol. Respiraba con dificultad. Yo la ayudaba. Poco a poco, acerqué los labios a su boca entreabierta. Su aliento, el mío. El beso de las estatuas yacentes. Cerré los ojos. Ella los abrió. Sentí su presencia detrás de los párpados. Los abrí despacio, para no asustarla. Allí estábamos, así. Yo inclinado sobre ella, ella tendida hacia mí. Me pareció sosegada. Sin miedo en la mirada. Un cristal sin cólera. Sin sorpresa. Sin tristeza.

Al alba, la muerte estrechó a Cécile entre sus brazos.

## 4

### La catástrofe

(Liévin, viernes 27 de diciembre de 1974)

Me desperté al acecho, a las cuatro y media de la madrugada. Cuando dormía en Liévin, Jojo entraba en mi cuarto para darme un beso. Todos los mineros se despedían de sus hijos antes de bajar. Y los mayores de los pequeños. Aquella caricia no me despertaba. Lo que me perturbaba el sueño por la mañana eran los pasos de mi hermano. Jojo empujaba el Gulf por nuestra calle, hasta que arrancaba en el cruce. Arrastraba pesadamente las botas por los adoquines desiguales.

La noche anterior, Sylwia le había preparado la cantimplora de agua, teñida con algunas gotas de achicoria. A 710 metros de profundidad, se está a más de 30 °C. Si el líquido tibio sabe a infusión se bebe mejor. En el morral le había puesto el bocata para la pausa, tres rebanadas de pan de molde untadas con manteca de cerdo y salpimentadas, más una cebolla blanca y una mandarina. Cuando me quedaba a pasar la noche en casa de Joseph, este siempre subía con restos del tentempié en el morral. Aquel regalo era para mí. Un mendrugo de vuelta del pozo, un poco blando, un poco húmedo, que olía a trabajo y crujía entre los dientes. Me lo comía sentado en la acera, apoyado en el quicio de la puerta. Al ver la hogaza blanca que sobresalía del papel arrugado, todo el mundo sabía que un crío estaba mordisqueando su «pan de alondra», como lo llamaban los viejos. Cuando un minero volvía, los niños lo esperaban. No era la merienda

ni una comida, sino una manera de compartir su jornada bajo tierra. Una delicia y un orgullo. Morder aquel pan significaba que el padre había regresado, que el hermano había recuperado su placa de la lámpara. Que los hombres estaban a salvo bajo su techo.

Esperé a que el ciclomotor arrancara, a que Jojo acelerara, para dormirme otra vez. Tras el paseo en el Gulf, me había costado horrores conciliar el sueño. Quizá era por el licor de cereza. Por la felicidad de haber conducido con mi hermano en plena noche. La turbación de haberlo visto inquieto cuando llegamos a las inmediaciones de la mina.

A Joseph no le gustaba el pozo 3bis de Saint-Amé. Lo hablaba con sus compañeros, y también con su mujer. La noche antes, los polacos habían invocado a santa Bárbara para que los protegiera. Aquella mina se había agotado. Iban a cerrarla. Los hombres estaban terminando de explotar las últimas vetas e instalando una talla hidráulica en el sector Six-Sillons para acabar de una vez con el pozo. Estaba polvoriento por el carbón, repleto de grisú, lo decían todos los mineros. Estaba mal ventilado, poco humidificado. Un domingo, en Chez Madeleine, un tipo contó que si un minero iba caminando delante de ti, levantaba tal polvareda que parecía la de un coche en el desierto.

El 27 de diciembre hacía cinco días que nadie bajaba. Las regaderas no habían pasado por los túneles. La atmósfera era irrespirable.

La primera imagen que recuerdo de la catástrofe es la de la gente del barrio del pozo 3bis en la acera, frente a su casa. Las mujeres iban en bata, los niños se habían puesto un jersey encima del pijama. Cuando me desperté, hacia las siete de la mañana, Sylwia no estaba. En la mesa, me había dejado una rebanada de pan con mantequilla y leche tibia en un cazo. Siempre que me quedaba a dormir en casa de mi hermano, antes de desayunar abría la puerta de la entrada. Y



observaba la calle estrecha desde la mesa familiar. En la granja, solo se oía el ruido de las gallinas, el canto de los pájaros y el silencio.

«La auténtica vida», decía mi padre.

Aquí, entraba otro mundo. Un coro de voces, de risas, de gritos lejanos, de motores chisporroteantes, de objetos raspando los adoquines. El alboroto de los demás me entusiasmaba.

Pero aquella mañana reinaba el silencio. Hasta los castilletes habían enmudecido.

Me puse en pie, con la rebanada de pan en la mano. En todas partes, a derecha e izquierda, por las callejuelas, las mujeres cuchicheaban. Los hombres, con ademán sombrío, se dirigían hacia la mina por la calle ancha. La ciudad había dejado de respirar. La colonia minera parecía postrada. Llovía, hacía frío. El olor de las chimeneas era repugnante. Desde la acera de enfrente, una mujer joven me hizo señas.

—¿Está Sylwia?

Negué con la cabeza. El miedo se apoderó de mí. Nada se asemejaba a cualquier otro amanecer. La sirena de una ambulancia retumbaba en la parte alta de la ciudad. Cerré la puerta. Me senté. Dejé la rebanada de pan encima de la mesa y apreté los puños entre los muslos.

Veinte años después de la muerte de Joseph, le hablé de aquel día a Cécile. Justo acababa de conocerla. Era maestra, yo camionero. Se enamoró de mis heridas y yo de su inteligencia. Una noche de verano, en el Café de la Paix, le revelé mis orígenes. El norte de Francia, la mina, mi hermano. Le dije que resultaba duro, pero que era mi mundo. Y que tendría que soportarlo. Ella contestó que detestaba a la gente sin historia. Acababa de dejar a un hombre así. Yo acababa de romper con una mujer así. Me escuchó como a uno de sus alumnos, con la mirada clavada en la mía. Descubriendo un universo que no se imaginaba. Una belleza, una fraternidad, una grandeza. Sufría por mí. Pero estaba orgullosa. Iba

haciéndose su lugar en mi alma de carbón.

—¿Nadie te había dicho nada aún? —me preguntó Cécile cuando se lo conté.

Nadie, no. En la acera de enfrente, la mujer volvió la cabeza. Las demás miraban en otra dirección. Cada cual se encontraba a solas con su inquietud. Yo tenía dieciséis años. Estaba perdido. Aterido de frío. Me envolví el cuello con la bufanda blanca de Michel Delanet.

—¿Y no se te ocurrió encender la radio?

Tampoco. Me quedé sentado en la cocina, hasta que regresó Sylwia.

Fue así, por la radio, como mi cuñada se enteró de la tragedia. El locutor dijo que se había producido un accidente en una mina de Liévin. O de Lens. No lo sabía con exactitud. «Información contradictoria», decía. Ignoraba que los pozos 3 y 3bis abarcaban las dos ciudades. Cuando Sylwia me pidió que me pusiera el abrigo y la acompañara, las colonias mineras susurraban las primeras cifras: dos muertos y seis heridos.

Y la palabra «grisú», el nombre del asesino.

Anduvimos hasta Saint-Amé. Yo todavía llevaba la bufanda blanca, subida hasta la nariz. Sylwia se sujetaba un pañuelo alrededor de la cabeza con las dos manos. Cuanto más nos acercábamos al pozo, mayor era el cortejo fúnebre de la ciudad. Ancianos, compañeros del instituto, mujeres, hombres. Mi profesor de matemáticas apareció por una callejuela con su familia. Vi a su hija por primera vez. Caminábamos deprisa. Un cura nos adelantó. A nuestro paso se iban abriendo postigos y puertas. Una vieja se santiguó tras el cristal cerrado. Aquella triste mañana, solo se oía el ruido de nuestros pasos. Algún llanto de bebé. Ni un grito, ni una palabra, ni un quejido. El ganado camino del matadero.

Sylwia me dio la mano.

Frente al pozo había mucha gente. Al fondo de la estrecha galería de ladrillo y

tierra batida que conducía a las puertas metálicas, el silencio era aterrador. Las puertas estaban cerradas a cal y canto. Defendidas por los vigilantes de los Yacimientos de Hulla y por agentes de policía. Reconocí muchas caras. Allí estaban mi padre, mi madre y algunos primos. Sylwia había cogido la bici para ir a avisarlos. Cuatro muertos, ahora. ¿Heridos? Numerosos. No se sabía. Nadie sabía nada. Las ruedas del castillete se ponían en marcha, se detenían, volvían a arrancar. Yo recordaba a Jojo imitando su ruido los domingos en Chez Madeleine. No sabía que estaban subiendo los cadáveres, uno tras otro.

—¿Seguíaís sin noticias?

Sí. Cada vez que subía un minero, que franqueaba el portón, mis padres lo rodeaban. ¿Flavent? No me suena. A un tipo ennegrecido por el hollín le describí a mi hermano. «Todos nos parecemos, muchacho», me contestó. «Abajo no se ve nada, todavía está ardiendo», farfulló entre toses otro superviviente. Un policía tranquilizó a mi madre. Los equipos de salvamento estaban en el pozo. Trabajando. Lo ideal sería volver a casa, esperar, no bloquear la carretera a las ambulancias, dejar paso a los primeros auxilios.

—¿Echan en falta a alguien? —preguntó un periodista.

Se acercó a mi padre, con un cuaderno en la mano, seguido por un fotógrafo. Los dos llevaban unos minutos hurgando en la herida. Mi padre les dio la espalda sin contestar. El tipo no insistió.

—Buitre —murmuró un hombre, escupiendo en el suelo.

Cuando la pesada puerta se abrió, los flashes iluminaron los ladrillos. La policía nos apartó con suavidad. Dos mineros transportaban una camilla. Luego otra. Ya habían evacuado a varios heridos hacia los hospitales de Lens y de Liévin. La muchedumbre susurraba once muertos. Una mujer se desmoronó. Dos hombres, con un cigarrillo entre los labios, la alejaron del gentío. El frío era cada vez más intenso. El viento racheaba. Tenía la bufanda empapada, de calabobos por fuera, de saliva por dentro. Dieron unos golpes en la puerta. El policía se

apartó. Chirrido, chasquido del metal. La muchedumbre dejó escapar el nombre de un minero. Pronunciado diez veces, de grupo en grupo, como una orden que se extiende.

—¡Dios mío, ha muerto! —chilló una mujer.

Abandonó el tropel silencioso corriendo, seguida por su hija, anegada en lágrimas. Todo el mundo se echó atrás. Ellas huyeron despavoridas, como si intentaran escaparse de las llamas. Un hombre las alcanzó y las abrazó. Después las llevó de vuelta a las dos.

Cuchichearon otro nombre. Una pareja trémula atravesó el cordón policial. En aquel preciso instante oí «Flavent». El apellido de mi hermano, mi apellido, nuestro apellido. Me quedé paralizado. Mi madre me tiró del brazo. Entreabrieron la puerta para dejarnos pasar. En el suelo, había cuerpos tendidos en camillas, cubiertos con telas de lino. Unos hombres daban vueltas, entrando y saliendo sin decir palabra. Las ruedas de los castilletes silbaban su balada atroz. La jaula acarreaba a los vivos y a los muertos.

—¿Señora Flavent?

Mi madre y Sylwia contestaron a la vez. Sí, Flavent. Somos nosotros. Todos nosotros. Estas dos mujeres, este viejo campesino y este muchacho cabizbajo.

El vigilante de las minas nos dijo que Joseph se encontraba bien. Que subiría con los rescatadores.

Mi padre resopló. Con dos dedos, le dio unos golpecitos en el pecho. No de manera amenazante sino para mostrar agradecimiento. Pero le dijo a aquel hombre que su hijo no volvería a bajar jamás.

—¿Todavía estaba vivo? —me preguntó Cécile.

Sí, lo estaba.

Tras las rejas, nos abrazamos todos. Jamás había visto llorar a mi padre. Daba las

gracias al cielo como si acabara de concederle un don. El corazón me dio un vuelco. Mi madre y su nuera seguían abrazadas. Luego mi padre lanzó una mirada furibunda a los castilletes. Se habían convertido en cadalsos. Farfullaba, maldiciendo. Yo sabía qué pensaba. Aquella maldita mina había estado a punto de matar a otro Flavent. Se atiborraba de hombres, esa mina estaba ávida de nosotros. Nunca nos dejaría en paz. Mi padre enseñó el puño a los policías. ¿Y ellos? ¿Qué demonios hacían allí? ¿De qué tenían miedo? ¿De que colgáramos a un capataz de las rejas? ¿De que saqueáramos el despacho de los ingenieros? ¿De que trazáramos una cruz de alquitrán en la casa del director de la mina? ¿De que obligáramos al jefe de la excavación a bajar y cumplir sus ocho horas en el pozo, sediento, inquieto, martirizado por el ruido de las máquinas, contorsionado en medio de una veta, tirado bajo el carbón con el cuello torcido, mientras las ratas se disputaban su pan de alondra?

—De momento, no digamos nada a nadie —ordenó mi padre.

Encabezaba nuestro escaso rebaño. Llegaban ataúdes. Franqueamos la puerta de nuevo, en la otra dirección, obligando a la muchedumbre a apartarse. Íbamos enlazados, los brazos de uno en los hombros del otro. Volvimos a adoptar una expresión impasible. La gente trataba de leer lo que nuestra mirada callaba. ¿Muerto? ¿Vivo? ¿Herido? Recorrimos la colonia minera, unidos, sabiendo que tendríamos que llevar luto por todos los demás. Un alivio feroz me revoloteaba por el vientre. Mi hermano estaba vivo. Estaríamos juntos otra vez, los dos. Él ya no bajaría más. Los mineros juraban que un superviviente jamás regresaba al pozo. Acababa su carrera en la lamparería, contando las placas sin llevarse la suya a casa.

Por el camino, nos cruzamos con nueve coches fúnebres. «Vamos a contar los coches rojos», decía a menudo mi hermano en la azotea. Yo contaba los coches negros.

Mi madre decidió que se quedaría en Liévin conmigo esperando a Joseph. Mi

padre volvió a Saint-Vaast en coche, acompañado por un primo.

Sylwia preparó café. Encendió la radio. A mediodía, hablaban de doce muertos. Para pasar el tiempo, mamá planchaba la ropa de su hijo. Sylwia había protestado. Pero ella insistió. Luego se empeñó en preparar el almuerzo. Puso un plato para Joseph.

Lo esperaba sentada a la mesa, pero él no apareció.

No sabíamos si la mina iba a cerrar durante el día o si permanecería abierta. Nadie nos había dicho en qué sector se había producido la explosión. ¿Qué se hace en caso de accidente grave? ¿Se para todo? ¿Se sale antes del trabajo? ¿Se recogen los escombros y se continúa? Mi madre creía que su hijo estaba ayudando a los socorristas. Por eso aún no había vuelto. Se repetía la misma frase en bucle. El vigilante había dicho que Jojo subiría con los rescatadores, no que estuviera herido. Subir con los rescatadores no significaba necesariamente que fuera a volver en una camilla. Joseph se había brindado a echarles una mano, estaba segura. Había cumplido sus ocho horas y ahora debía ayudar a los desgraciados. Sylwia, por su parte, creía que estaba junto al pozo, charlando con los demás. Pasando lista de los amigos que faltaban.

—¿Y tú? ¿Tú qué creías?

Era difícil de admitir después de tantos años, conociendo el final de la historia, pero yo estaba convencido de que le había ocurrido alguna desgracia. Me quedé mucho rato en la puerta, acechando la esquina de la calle, esperando la aparición victoriosa del Gulf. Luego nos sentamos a la mesa. Comí poquísimo, vacié la jarra de agua. Estaba sediento. Se me pegaban los labios, tenía la lengua pastosa. Y la garganta llena de polvo de carbón. Sabía que Joseph no estaba muerto, si cerraba los ojos lo sentía. Pero temía que las estuviera pasando canutas.

A las siete de la tarde, Sylwia regresó sola a la mina. Alguien tenía que quedarse en casa para seguir las noticias. Por la calle se decía que ahora faltaban cuarenta y dos lámparas. Los primeros hombres de negro habían llegado a la ciudad. El ministro de Industria, el prefecto, personalidades que jamás habían venido a visitarnos en vida de nuestros hombres.

Un vigilante de la mina tocó el timbre de la casa de enfrente, la de la mujer que me había llamado por la mañana. Se quedó con ella durante unos minutos, a puerta cerrada. Salió subiéndose el cuello. La mujer permaneció en el umbral, observando cómo se marchaba, blanca como un espectro, con sus hijos entre las piernas. Cruzamos una mirada. Se echó a llorar. Luego entró en su casa.

Joseph estaba herido. A primera hora de la tarde lo habían llevado al hospital de Bully-les-Mines. Sylwia fue a la granja, acompañada por una amiga. Quería avisar a mi padre en persona. Y mi madre decidió que yo me quedaría en la colonia minera. Así que allí me quedé.

No quité la mesa del almuerzo como tenía por costumbre. Ni guardé el plato de mi hermano. Por todas partes, en las calles, se oían lamentos. Alguien se echó a llorar delante de nuestra casa, maldiciendo la vida. Me quedé petrificado. Una voz desconocida. Una mujer desesperada. No venía a anunciarnos nada. Era un drama de paso, una aflicción que volvía a su casa, deteniéndose ante la nuestra. Me tapé los oídos, hasta que el grito aporreó otras puertas.

Yo me repetía que mi hermano estaba vivo. Que eso era lo principal. Herido no significa nada. Muerto sí que significa algo, pero herido... ¿Cómo de herido? ¿Cuánto? ¿Dónde tiene la herida? ¿En la pierna? ¿En la mano? ¿En el brazo? ¿Tiene una brecha en la cabeza o un ojo un poco tocado? En la casa de enfrente, hay un muerto. Y a tres calles, otro. El padre de Freddy, mi mejor amigo del colegio, ha muerto. Han pronunciado su apellido de muerto. Mientras anochece, hay muertos por todas partes. Jojo no se encuentra entre ellos. Solo está herido. Herido es una palabra triste para decir que está vivo.

Al día siguiente, mis padres fueron al hospital a visitar a mi hermano. Querían verlo ellos antes de llevarme a mí. Cuando regresaron, mi madre me abrazó y rompió a llorar. Estaba muy maltrecho. No había despegado los labios. Ni abierto los ojos.

—¿Sabe que habéis ido a verlo?

—Lo dudo —contestó mi padre.

A última hora de la mañana, fuimos al ayuntamiento de Liévin a honrar a los fallecidos. En las puertas del pozo —capilla ardiente el día antes—, un responsable de la mina había escrito con tiza: «LOS CUERPOS DE LAS VÍCTIMAS ESTÁN EN EL AYUNTAMIENTO». Y esta frase glacial: «LOS OBREROS DEL POZO 3 DEBEN PRESENTARSE EN EL POZO 4 PARA TRABAJAR. VÉASE LA DISTRIBUCIÓN DEL PERSONAL COLGADA EN LA LAMPARERÍA, POZO 3». Una orden brutal que indignaba a la multitud de transeúntes. La ciudad había retirado las guirnaldas de Navidad. Los mineros habían arrancado los abetos del salón de sus casas. Se morían en los jardincillos, en las aceras. Con la ayuda de un amigo, Sylwia había bajado los farolillos rojos que parpadeaban a lo largo del canalón.

Los vitrales del ayuntamiento, con aquellas hermosas caras masculinas volviendo de la mina, me encantaban, pero en ese momento me produjeron náuseas. La muchedumbre hacía cola en la escalinata. Ante los ataúdes alineados, los hombres se quitaban la gorra, las mujeres juntaban las manos. Los policías estaban en posición de firmes. Llevaban las charreteras blancas de ceremonia. Hice como los demás, puse tres dedos en un ataúd y murmuré unas palabras. La gente me miraba. Se preguntaba quién era aquel joven vestido de negro, inclinado sobre la madera. ¿Un hijo? ¿Un familiar? No me atrevía a cruzar la mirada con nadie. Me sentía fuera de lugar, obsceno. Era el hermano de



un vivo.

En la plaza, en las calles de los alrededores, los periodistas acechaban nuestra desesperación. Había lágrimas en las mejillas, puños apretados, angustia, pero ni una sola palabra de más. En algunas miradas, la resignación daba pena.

—¿Por qué el cielo nos ha infligido esto? —le preguntó un anciano al cura que se ajustaba la estola.

Un obrero, obligado a recoger los cadáveres, contaba en voz baja que los hombres habían caído hacia delante, con las manos en la cara y los pulmones implosionados. Dos muchachos habían acabado soldados por la explosión. Se habían protegido en plena muerte. Hubo que separarlos a la fuerza para introducir a cada uno en su ataúd. Las mujeres y los niños lloraban. Una cría gritaba «papá» ante una foto con un crespón de luto. Los compañeros de la guardia de honor ni siquiera trataron de contener las lágrimas. Aquella mañana, la comarca arropaba a ciento quince huérfanos.

Frente a una cámara de televisión, un periodista evocó la fatalidad. Luego le tendió el micro a un hombre con un traje de calle, un casco blanco en la cabeza y una linterna frontal apagada.

—¿De qué fatalidad hablas, idiota? —gruñó el minero antes de darle la espalda.

El periodista se quedó atónito un instante, con el micro tendido hacia el hombre que se marchaba. Luego volvió en sí, frunció el ceño y, con una voz solemne, soltó:

—Esta respuesta condensa la dignidad de los caras negras.

5

## «Tu frères encore»

(París, martes 25 de marzo de 2014)

Cécile fue incinerada.

Yo estaba en contra, pero era su voluntad. Quería que su cuerpo durmiera en la tierra junto al mío. La arcilla carcome, pero el fuego devora. Quemar a mi mujer era como ofrecérsela al grisú.

Lo habíamos hablado a menudo. La noche que nos conocimos, antes incluso de darnos un tímido beso, la muerte vino a carcajearse entre nosotros. Se instaló enfrente, en la banqueta roja del Café de la Paix. Allí estaba la maldita muerte, esperando que le contara a Cécile la historia de mi hermano, de mi padre y de mi tío.

—Qué raro que estemos hablando de la incineración en una primera cita —me dijo.

Ella bebía una copa de vino blanco, yo había pedido una cerveza. La miré. Rostro de mármol claro, pecas, cabello entre dorado y cobrizo formando una elegante melena recta. Aquella manera de fruncir el ceño, de buscar las palabras, de asomar la lengua por la comisura de los labios para ocultar su incomodidad. Un rubor, a veces, de las mejillas a la frente. Y sus manos. Pálidas y finas, manos de artista, de modeladora de arcilla, de encajera. Largas manos esculpidas por Camille Claudel.

Qué raro hablar de la muerte, sí. En los bares, los bailes, las calles, las fábricas, las oficinas, las fiestas de pueblo, los cócteles, las cenas de amigos, las bodas, las colas de las tiendas, los campings de vacaciones, los parques públicos, a la salida del cine, ante la puesta del sol, en todas partes, los enamorados se prometen la vida.

Y yo ya le hablaba de nuestro final.

Compartí con ella el pozo 3bis. Abrazar mi existencia significaba aceptar aquella carga. Le dije que Joseph había muerto a causa del fuego. Como mi tío. Antes de que la tierra los acogiera, habían padecido un martirio. Las llamas me recordaban sus caras abrasadas. Cécile puso la mano encima de la mía. Lo comprendía.

Tras todos aquellos años, había aceptado la idea de ser enterrada. Primero, por mí. Luego por ella, cuando la enfermedad decidió poner fin a nuestros días. Nos habíamos imaginado un hoyo para los dos, en un cementerio parisino. Con una lápida de granito y nuestros nombres entrelazados. O algo más grande que nos resguardara. Cécile me llevó al cementerio de Montparnasse para enseñarme la tumba de Tatiana Rachewskaïa, una joven rusa que en 1910 se había suicidado por amor. En su memoria, el escultor rumano Constantin Brancusi erigió el beso más triste del mundo. Dos seres de piedra, eternamente fundidos el uno en el otro. Sentados cara a cara, con las piernas selladas, los pies soldados, la cara del uno aplastada contra la del otro. Sus bocas formaban una sola. Dos cautivos. Cécile ya había visto ese mismo abrazo en Irlanda, de adolescente. La réplica en turba de una estatuilla celta que vendían a los turistas en Cork. Su madre se la había regalado. Ella la había colocado en su mesilla de noche, antes de convertirla en un pisapapeles y más tarde en un objeto que se abandona la mañana de una mudanza.

—¿Te imaginas que nos abrazáramos eternamente?

Y de repente, con los primeros fríos del invierno y la muerte rondándola, volvió a rechazar la idea de la tumba. Me confesó que no quería que su cuerpo se descompusiera. Temía que se reblandeciera, que soltara agua, que lo atacaran las bacterias y lo hincharan los gases. Que las larvas de las moscas y los insectos necrófilos se pusieran las botas. Que su vientre se volviera verde. Que los ojos se le quedaran opacos. No quería acabar como una inmundicia.

Entonces acepté las llamas.

Tuve que prometérselo, y cumplí mi palabra.

\*

No hubo música fúnebre para llorar a mi mujer. Ninguno de esos himnos tristes que proponen los catálogos para antes de la entrega de la urna y el apretón de manos. Ni el *Adagio para cuerdas* de Barber ni el «Hallelujah» de Leonard Cohen. El día de la ceremonia, aparecí con «Jojo» de Jacques Brel, su canción favorita.

«Me gusta cada una de sus palabras», decía ella.

Me la había puesto unos días después de conocernos. Y la escuchamos en bucle durante el resto de nuestra vida, cuando la tristeza se apoderaba de nosotros, o la alegría, o la duda. Tras atizarnos una botella entera, antes de acostarnos, ella en su butaca, yo de pie junto a la cadena de música. Cécile apoyaba la mejilla en la palma de la mano, yo me tambaleaba suavemente, como un marinero que se mareara en tierra firme.

Antes de Cécile, yo no conocía esa canción. Una noche, sacó el disco de un rincón de la librería. Me pidió que me sentara y la escuchara. Me contó que Brel rendía homenaje a su amigo Jojo, fallecido en septiembre de 1974. Pero que su letra también cantaba a mi hermano, caído en el campo de batalla menos de cuatro meses después.

Ella estaba cerca de la cadena de música. Yo tenía los ojos cerrados y las gafas en la mano. Cécile se balanceaba despacio. Yo aún no sabía que a partir de

entonces ocuparía su lugar, de pie en el salón. Y que ella se sentaría en la butaca hasta el final de nuestros días, pidiéndome cada noche que le pusiera «Jojo».

*Je ne rentre plus nulle part,  
Je m'habille de nos rêves  
Orphelin jusqu'aux lèvres  
Mais heureux de savoir que je te viens déjà<sup>[1]</sup>*

Cécile lo sabía. Adivinaba que cada una de aquellas notas, cada una de aquellas frases me convertirían en un niño de dieciséis años. El muchacho que buscaba a su hermano en la mirada de los demás. Cécile me había llenado la copa. La levanté hacia ella con lágrimas en los ojos. De ella amaba todo lo que su corazón decía de mí. Gracias por tu amor, por tu paciencia, por el regalo de tu presencia. Gracias por estar aquí, viendo cómo me hundo sin sonreír. Gracias por tu pudor, por tu elegancia. Gracias por comprenderme y respetarme.

*Six pieds sous terre, Jojo, tu frères encore<sup>[2]</sup>*

Gracias por abrazar a mi Jojo.

La ceremonia fue breve. Y dulce como la añoranza. Tras «Jojo», se hizo el silencio. Hasta el final, reinó el silencio. En la sala, en el atrio, en el sendero de grava. Silencio en las miradas, los abrazos, las cabezas gachas. Ni una sola palabra de circunstancias. Allí estaban las amigas de Cécile, viejas maestras vestidas con gran dignidad. Jacky, mi jefe. Un puñado de colegas. Algunos amigos nuestros también. Nadie de mi familia. Ya no me quedaba nadie. Ni siquiera Sylwia, que había regresado a Polonia maldiciendo la vida, para envejecer allí. Solo primos lejanos, que al parecer seguían a la sombra de los

escoriales.

Tras la muerte de mi mujer, solo me tenía a mí mismo.

\*

Era propietario de nuestro piso y de un modesto seguro de vida. Teníamos una cuenta corriente en común, pocos ahorros pero ni un céntimo de deuda. Cécile había disfrutado de cinco años de jubilación. Yo era obrero desde siempre, me faltaban cuatro años antes de dar el brazo a torcer. Después de que mi mujer enfermara, ya no acepté trabajos en el extranjero. Mi camión articulado iba y venía de París a Marsella. Mi hoja de ruta se había modificado. Más de treinta años de lealtad habían despertado la compasión de Jacky Delgove, mi jefe. Había pasado de ciento ochenta y dos horas mensuales a ciento cuarenta, y de las fronteras lejanas a las distancias cortas, pero sacaba adelante el trabajo. Y mi Scania seguía siendo legendario en las áreas de servicio, los concesionarios de coches, los talleres mecánicos y los desguaces.

Lo había bautizado «Steve el Camión», y había pegado el nombre en letras rojas en el parabrisas. Los camioneros me llamaban «McQueen», por el retrato del actor que había hecho pintar en la lona por mi cuenta.

—Mientras se vea el logo de Delgove... —soltó mi jefe.

La idea le sedujo. ¿Qué más natural que la imagen de un piloto de las 24 Horas de Le Mans en el camión de una empresa de transporte de recambios para automóviles? En el barrio había un grafitero que pintaba escaparates de tiendas por algunos francos. Cuando le propuse trabajar en una lona azul de PVC y poliéster de ocho metros de largo por tres de alto, abrió los ojos de par en par. ¿Era legal? Claro que sí. Igual que su dibujo con espray en la persiana metálica del estanco de mi calle.

—Pero ¿quién es Steve McQueen?

Entonces saqué una foto de mi viejo póster y le presté la película de 1971. No le gustó. Pero su retrato era magnífico, hecho con aerosol y laca flexible especial

para la lona de los camiones. Cuando mi jefe vio la obra por primera vez, dejó escapar un silbido. Se quitó la gorra y aplaudió. Mi idea se había vuelto suya. Después de tantos años, me protegía. Teníamos la misma edad. Nos habíamos hecho amigos. Jacky era de Arrás, conocía el ladrillo, la cerveza, la mina. Empecé a trabajar para él como mecánico algunos años después de llegar a París. Un día, le enseñé la placa de Jojo. Desde 1974, contaba la muerte de mi hermano a todo aquel que ignorara el drama con su ficha colgada del cuello. Compartiendo aquella plaquita que se había convertido en medalla en su cadena dorada. Aquella lámina de metal azul, abandonada en la lamparería, que había gritado que el número de identificación 1916 no había subido.

    Mi jefe se emocionó.

    Así me hice camionero.

    Durante toda mi vida, Liévin fue mi santo y seña. Y la muerte de mi hermano, un salvoconducto.

\*

Puse en venta mi pasado. El piso, los muebles, todo lo que teníamos, que ya no necesitaba. En cuanto al garaje, dudé. Dormí tres noches en el catre. Le di vueltas durante mucho tiempo. A la luz de las velas, mis ojos acariciaban los antiguos cascos de minero, las lámparas con la llama a la vista. Y decidí no separarme de todo aquello. Abandonaría las paredes, conservaría el mausoleo. Mantendría aquel escondite, pero me llevaría algunos fragmentos. Descolgué el guardarropa de Joseph. Lo metí en mi maleta de cuando era joven. El gancho, la cadenita y el candado. La pastilla de jabón, su peine, su espejo, su casco y su ropa de calle.

    Despegué de la pared una vieja imagen. El equipo del pozo 3, fotografiado a finales del siglo XIX. Los hombres, tocados con un gorro, formaban cinco filas. Todos llevaban una lámpara de aceite Mueseler colgada del hombro. Algunos

sostenían un pico. Sentado delante, un *galibot* descalzo. Doce años, tal vez. Mirada de viejo. Encima del muslo, sostenía una botella de grasa para las vagonetas. Acababan de subir del pozo. Ennegrecidos por el polvo, entristecidos por la fatiga. Ninguno sonreía. Ni uno solo. Un pelotón de soldados de vuelta del infierno.

Enrollé el cartel de la película de Steve McQueen. El monito que hacía reír a Cécile. Envolví un mazo y un casco de minero con un trozo de sábana. Los nueve cuadernos de recortes de prensa, de reflexiones y testimonios que había empezado a rellenar a los dieciséis años, la noche del 27 de diciembre de 1974. Y también el pedazo de hulla que me había regalado Joseph tras su primer descenso. Un pedrusco brillante y graso, del tamaño de mi puño infantil, que ahora me cabía en la palma de la mano.

Luego arranqué de la pared la foto de Lucien Dravelle, recortada de un periódico cuarenta años atrás.



## 6

### Lucien Dravelle

Desde la muerte de Joseph, jamás había pronunciado el nombre de Lucien Dravelle, un jefecillo de Saint-Amé. Habíamos coincidido en Chez Madeleine antes de que mi hermano se incorporara a la mina. Ni mi madre ni Sylwia lo conocían realmente. El único que hablaba de él era Jojo. Decía que Dravelle era capataz, pero que conocía el frente de corte tan bien como un extractor. Era duro, pero justo. Escuchaba a sus hombres. Para Joseph, Dravelle era un minero.

—Capataz es una palabra demasiado amable. Te recuerdo que en el pozo lo llaman *porion*. Y ese canalla de *porion* es el que decide vuestras primas — replicaba mi padre.

—Y yo te repito que es un buen hombre —insistía Jojo, sonriendo.

El 31 de diciembre de 1974, día de la ceremonia en honor de las víctimas del pozo 3bis, Dravelle fanfarroneaba bajo la lluvia. Los mineros iban vestidos conforme a la guardia de honor, con monos tiesos y nuevos, cascos, pañuelos blancos, todo prestado para la ocasión. Seis muchachos por cada hermano caído. En medio de las rosas blancas, de las cruces de madera, de los ataúdes cubiertos con crespón negro, conmovidos por la marcha fúnebre que tocaba la Banda de las Minas y el tañido de Saint-Martin, lloraban.

Dravelle, por su parte, iba trajeado y sin lágrimas. Desde la primera fila de las

personalidades locales, parecía inspeccionar a los supervivientes, igual que el médico de la empresa les auscultaba los pulmones.

Para la ceremonia, debería haberse situado con la gente de Saint-Amé. En medio de la ropa de trabajo, de las familias. Podría haber vivido aquel trance con el populacho, pero había elegido a los otros, a la gente importante iluminada por los focos. El jefe del pozo se había deslizado entre las corbatas, los galones, las medallas, las banderas francesas. Y eso que era joven. Apenas algo mayor que Joseph. Para mí, era un canalla de jefe. Había dejado de ser un obrero.

Yo estaba frente a él. Mi madre me sujetaba por los hombros. Con el pase en la mano, formábamos un cercado con nuestros muertos ante el ayuntamiento de Liévin, presas de la angustia, rodeados por la policía, los vigilantes de los Yacimientos de Hulla, los directores, los ingenieros, los supervisores, los contables, los capataces. La ciudad no nos protegía, sino que se preservaba de nosotros. Las familias de los muertos, los heridos, los compañeros supervivientes, los niños que se habían salvado, todos escondidos de la multitud por grandes marquesinas negras. La dirección de las minas no deseaba que el resto del país nos viera. Había ordenado erigir una muralla entre nuestros sufrimientos y las miradas ajenas.

—Nos han confiscado el duelo —bramó mi padre.

Se había quedado muy atrás, bloqueado por las verjas con la gente humilde.

Y Sylwia no había abandonado la habitación del hospital donde se estaba muriendo Jojo.

—Si los desaparecidos pudieran hablar, ¡no clamarían venganza! No. No clamarían venganza —acababa de decir el alcalde.

—¿Y tú qué demonios sabes? —farfulló alguien detrás de mí.

Chirac estaba al caer. El presidente Giscard d'Estaing no acudiría. Para la ceremonia, había mandado al primer ministro. De este solo se adivinaban los fotógrafos.

Era la primera vez que yo veía a alguien procedente de París.

Chirac llegaba tarde. Venía de Senegal. Piel morena frente a caras negras.

Pronunció un discurso. Apenas lo oíamos. Evocó «la responsabilidad de todos aquellos que dirigen y controlan el carbón». La responsabilidad. Quedaba dicho. Algunos mineros viejos asintieron con la cabeza. Mi madre iba a aplaudir. A lo lejos, entre la muchedumbre, una pancarta silenciosa:

LA FATALIDAD NO EXISTE. QUEREMOS LA VERDAD.

Mientras un maestro de ceremonias con traje y capa negra revoloteaba dándose importancia, las cámaras de televisión solo enfocaban a Chirac. A nosotros ni nos veían. No éramos el tema principal, solo el decorado. Y luego Chirac se marchó. Ministros, senadores, prefectos, alcaldes, ni uno solo le indicó el camino al pozo 3bis. Nadie le susurró al oído que debería haber bajado. Un minuto, al menos. Para ver cómo era una tumba aquí.

Cuando los mineros trasladaron los ataúdes a los coches, mi madre me llevó aparte. Iban a conducir a los muertos lejos de los discursos, a una tierra que les daría reposo. Pasarían del pozo 3bis a las fosas cavadas en los cementerios de Liévin, de Lens, de Grenay, de Loos-en-Gohelle, de Bully, de Avion, de Mazingarbe, de Douvrin, de Vendin.

La vida, la muerte, de un hoyo a otro.

Mi madre se echó a llorar. De colonia minera en colonia minera, nos cruzábamos con nuestra propia angustia. Los forasteros se habían marchado. Los coches fúnebres separaban a los compañeros para siempre. La multitud herida se dispersaba en dolores minúsculos. Una mujer y sus hijos, un viejo matrimonio abrazado, un grupo de hermanos, ancianos sin aliento, una humanidad devastada reanudaba su duelo sin que nadie más la llorara.

Mucho más tarde me enteré de que a la misma hora que mi padre nos llevaba al hospital de las minas de Bully, el gobierno publicaba las promociones de fin de año para la Orden de la Legión de Honor. El director general de los Yacimientos de Hulla de la cuenca de Nord-Pas-de-Calais acababa de ser ascendido al grado de oficial.

\*

No reconocí a Jojo. Mi madre me había prevenido antes de entrar en la habitación.

Había dos camas. Vacilé. A un lado, una cara completamente vendada, un brazo levantado, prisionero de una tablilla. Al otro, una figura hinchada y negruzca. Me quedé en medio, mirando a mi padre sin decir palabra. Iba a salir, pero él me agarró por el brazo. Me guio hasta Joseph. El de la cara negruzca era él.

Tenía el corpachón escayolado. No se le veía la piel, aparte de la cara arrasada. Los párpados hinchados le colgaban sobre los ojos cerrados, tenía la nariz rota, los labios agrietados. Unas gasas le cubrían las mejillas de color naranja, embadurnadas de desinfectante. Llevaba la cabeza vendada. Toda la frente, hasta las cejas. Tenía un tubo en la boca, una sonda en el brazo. La nariz, el mentón, el cuello, lo poco que quedaba a la vista estaba lleno de cortes, acribillado de esquirlas negras. El carbón le había penetrado en la carne, se le había incrustado bajo la piel como metralla de una granada. Mi madre me ofreció un asiento. ¿Para qué? No quería quedarme. Sylwia me miraba desde la cabecera de mi hermano. Todos me observaban. No entendí qué esperaban de mí. Era como si me juzgaran. Pensé que me guardaban rencor. Por estar de pie, por respirar. Me reprochaban que siguiera vivo. Permanecí un rato con las manos juntas en el pecho. Ya no sabía dónde mirar.

Entonces mi madre me tiró del brazo.

Me ayudó a salir al pasillo, luego al vestíbulo, luego al camino que conducía a la verja. A cada paso me temblaban las rodillas. Me dijo que me sentara en el murete de ladrillo. Que esperara allí a que mi padre regresara. Por hoy, era suficiente. Me dio la espalda, retomando el sendero que llevaba a la recepción, pero luego dio la vuelta y se acercó otra vez a mí. Estábamos solos en medio del frío de diciembre.

—Prométeme una cosa —susurró mamá.

Yo seguía sentado, ella se inclinó hacia mí.

No contesté. Guardé con el corazón anegado en el suyo.

—Nunca tengas hijos, Michel. Por favor. Se sufre demasiado.

Y acto seguido regresó con su hijo mayor, sin escuchar lo que decían mis ojos.

\*

Jojo no despertó. Nunca volví a verlo. Acompañaba a mi madre al hospital, pero me quedaba apoyado en el murete, esperando que saliera. Desde el accidente, no había regresado a Liévin. No quería dormir en el palacio del *galibot*, ni aguardar en vano el ciclomotor al amanecer. No quería volver a pasar por delante de las puertas de Saint-Amé. No quería volver a oír las ruedas de los castilletes. No quería volver a ver la palangana azul y el cepillo abandonados que utilizaba para limpiarle las uñas.

—Seguro que se las ensucia con carbón para complacerte —bromeaba mi madre.

Mi hermano se marchó, sin abrir los ojos, el 22 de enero de 1975, veintiséis días más tarde que sus cuarenta y dos compañeros.

Nunca más se oyó el ruido del Gulf a la hora del almuerzo. Ni el tintineo de las

monedas en la bandeja de la entrada, su placa restallando contra la madera de la mesa. La sonrisa de mi hermano al sacar mi pan de alondra del morral. Su manera de dejarse caer en el sofá del salón, golpeando el cojín con la mano para darme a entender que fuera a sentarme con él. Su voz, sus ojos, sus hermosas historias de hermano. Sus promesas para el domingo siguiente. Coger su viejo Renault 8 e ir a comer algo al pie de los escoriales. Yo en pantalones cortos, con el pecho desnudo, hurgando entre los escombros de la mina con mi pala infantil, y él guiándome de fósil en fósil.

—¿Sabes por qué hemos visto manzanos entre los desechos, *galibot*?

No, no lo sabía. Pero él lo sabía perfectamente. Y me enseñaba y me explicaba cosas, se tomaba el tiempo de repetírmelas. Bueno, ¿entonces? ¿Por qué, Jojo? ¿Cómo puede crecer un manzano entre los escombros y las rocas estériles? Me lo contó. Resultaba que alguna mujer había añadido una manzana al bocata de su minero. Durante la pausa, este se había comido la fruta sentado en el suelo y luego había tirado el corazón a una vagoneta que subía a la superficie, con la tierra, las piedras y los desechos.

—La vida es así —me dijo.

En primavera me llevaba a Vimy.

—En veinte minutos llegaremos a Canadá —me decía riéndose.

El monumento a los caídos de abril de 1917 se consideraba territorio canadiense. Sus dos alas, gigantescas, eran simétricas a los escoriales gemelos de Loos. La primera vez, mi hermano me mostró el campo moldeado por la guerra. Los cráteres de las bombas, las crestas de los obuses. Me explicó que habían arrancado los árboles de los bosques canadienses y habían vuelto a plantarlos aquí, para honrar a sus muertos. Un árbol, un hombre. Más de once mil, caídos en las colinas de Artois. Él adoptaba un semblante grave, yo me divertía. Joseph me dejaba correr por las trincheras. Él ya era un hombre, yo todavía un niño. Poco a poco, al igual que la necrópolis de Lorette, Vimy se convirtió en nuestro

terreno de juego. Un cementerio donde los vivos se reían.

Antes incluso de dejar el instituto, supe que ya no querría todo aquel cielo sin él.

## 7

### La carta de mi padre

Mi padre nunca había hablado demasiado. Jamás había escrito nada, tampoco. Pero se marchó dejándonos una carta, doblada en cuatro, en el bolsillo de los pantalones.

Un año después de la muerte de su hijo, el mismo día, se levantó de la mesa como de costumbre. Acarició la espalda de mi madre, me puso las manos en los hombros y luego salió a contemplar sus tierras, con el perro Braf entre las piernas. Temía las heladas. Aquella mañana había paseado por los campos de remolacha. Con una rodilla clavada en el suelo, había estado aplastando los terrones helados entre las palmas, como si preparara la tierra para la siembra de abril. Por la tarde, había decidido visitar a las vacas, atadas en el establo. Y comprobar la ventilación del gallinero. Salió así. Sin otro gesto que el de sus enormes manos. Ayudé a mi madre a recoger la mesa. Sequé la vajilla y me acosté. Michel Delanet observaba el muro de enfrente. Yo escuchaba la noche en casa.

\*

Tras la muerte de Joseph, solo quedábamos nosotros, mi padre, mi madre y yo. Sylwia había regresado a Jaworzno, en Polonia, con su familia. Al igual que las enlutadas del 27 de diciembre, había recibido ayudas para sobrevivir. Los fondos



de solidaridad de los mineros le habían pagado veintiún mil francos. Y los Yacimientos de Hulla, una «pensión por accidente» de dieciocho mil francos anuales, pese a que Joseph traía veintiséis mil a casa. Unas semanas después de la muerte de Joseph, Sylwia se enteró de que estaba embarazada. Se encontraba sola, sin marido y con el vientre grávido. Entonces se derrumbó. Vino llorando a la granja varias veces. Desde la catástrofe, la calle se había encerrado. Y las colonias mineras también. A su paso, las vecinas cuchicheaban. La señora de Joseph Flavent se había convertido en «la polaca». Decían que su marido no había muerto en el pozo. No exactamente. Había fallecido en otro lugar, al cabo de unos días. Se había marchado como un ricachón, entre las sábanas blancas de un hospital. Ni ahogado por el polvo ni quemado por el fuego como los demás, sino de un paro cardíaco sin importancia. De hecho, algunos ni siquiera lo incluían en el recuento oficial de víctimas. Para él no hubo nada. Ni primer ministro, ni bandera francesa, ni homenaje alguno. Fue enterrado como un desconocido, por su pobre mujer y tres tipos abnegados. La injusticia se sumaba al dolor.

El tiempo del duelo había concluido. Las mujeres, aliviadas al haber dejado atrás lo peor, escupían su veneno. Tras la catástrofe, las buenas chicas habían continuado con su minero, con su mísero sueldo, con su temor a que las despertara un capataz revestido de muerte. Aquellas adineradas viudas de negro casi les daban envidia. Habían salido a la luz pública. Habían recitado su nombre por la radio. Ahora cobraban simplemente por llorar. Vivían de la muerte de sus maridos. Vivienda gratuita, carbón regalado. Los periódicos decían que Giscard d'Estaing había firmado un cheque de su puño y letra. El cantante Serge Lama había donado su caché a las desconsoladas. El Lion's Club del norte del país, el Socorro Popular Francés, asociaciones, sindicalistas, intelectuales, gente de a pie conmovida habían dado dinero para apoyarlas.

—Han ganado millones —chismorreaban en las colonias mineras.

Un día que Sylwia iba por la calle, oyó lo peor: «¡Viuda alegre!».

Acababa de comprar una cajita de tabaco para mi padre. Al igual que las otras

mujeres, tenía monedas, no billetes. Pero había cambiado la gabardina oscura por un abrigo azul. Y se había pintado los ojos con un lápiz fino.

—Pero ¡qué barbaridad! —susurró Cécile cuando se lo conté.

Un fin de semana, tras la muerte de Joseph, la mujer de otra víctima entró en Chez Madeleine. A sus espaldas, había oído palabras envenenadas. Se dirigió a la gramola, la desconectó bruscamente, tiró el enchufe al suelo. Luego se quedó inmóvil en medio de la sala.

Aquel día de febrero, yo estaba allí, con mi madre y Sylwia.

—¿Sabéis qué? —dijo la mujer.

Blandía una hoja de papel, igual que un policía una multa.

—Esta es su última nómina. ¡Data del 10 de enero!

Leyó el documento en voz alta, temblando. Tras cada línea, escudriñaba el silencio frente a ella. Mujeres, hombres del pozo 3, niños. Casi gritaba.

Unos muchachos jugaban al billar. La mujer se apoderó de la bola blanca, la arrojó contra el tapete verde.

—¡Escuchadme cuando os hablo!

De su sueldo de diciembre de 1974, los Yacimientos de Hulla le habían quitado tres días a su marido.

—¡Tres días! ¿Y sabéis por qué? Porque se murió en el pozo el 27. Por eso. ¡Pone «ausencia no garantizada»! Significa no justificada. Le faltaron tres días para terminar el mes. ¡Si estaba muerto, diantre! ¿Eso no lo justifica?

Su hermana entró en el bar, con un pañuelo en la cabeza y un chal en las manos. La andaba buscando por las calles. La envolvió con un gesto amplio. Le habló con dulzura.

—Ven, Louise, vámonos.

La otra la apartó de un codazo.

—¿Y sabéis qué más le han descontado de la paga? ¿Eh? ¿Queréis saberlo?

Miró a los niños, a las mujeres, a los hombres. Todos guardaban silencio. Pero ella no pudo. Se había quedado sin palabras. Con el papel en la mano, como un pañuelo arrugado, se echó a llorar. Y se dejó arrastrar por su hermana bajo la lluvia.

Al final de la nómina, además de los tres días, la dirección le había descontado el precio del mono de trabajo y las botas que el obrero muerto había estropeado.

Entonces Sylwia se dio por vencida. Ya no aguantaba más. Una mañana, vino a visitarnos a la granja con las dos manos sobre el vientre. Se iba. Abandonaba la cuenca, la mina, la colonia. Abandonaba Francia y a la familia para refugiarse con los suyos. Nos lo dejaba todo. Lo que Joseph y ella habían amasado durante aquellos años. Se marchaba con dos bolsas y tal vez un hijo. Mi madre la abrazó. Mi padre la besó como si fuera su hija. Yo me acurruqué contra sus senos pesados. Mi familia se desgarraba. Mi sueño se había desvanecido.

No, no sería minero. Jamás. Acababa de decidirlo. Durante años, en secreto, sin que tú lo supieras, Jojo, sin contárselo a nuestros padres, a Sylwia o a mis compañeros, había imaginado que bajaría contigo a la mina. Tú habrías protestado. Temías por mí, Jojo. Pero te lo habría contado. Te habría convencido. Habríamos persuadido a mamá, a papá, habríamos apaciguado el pavor de uno y el orgullo de la otra. Ella quería que estudiara, él albergaba la esperanza de que lo secundara en el campo. Pero lo habríais aceptado. Lo sé. Habría dejado el instituto a los diecisiete años para entrar en la escuela de talla, como tú. Habría sido tu aprendiz, luego ayudante de minero, luego hombre.

No sería minero. Se había acabado.

Acabaría trabajando de mecánico y después de camionero.

\*

Mi padre murió siendo campesino. Después de atar a Braf a su caseta, se anudó una tela alrededor de la cara y se ahorcó en el granero, con una cuerda que había pasado por encima de una viga. Lo encontré yo, a las seis y media de la mañana, mientras ayudaba a mi madre a ordeñar. Ella se puso a chillar, con las manos en la boca. No lloró. Repetía: «Dios mío, Dios mío», como quien ahuyenta una pesadilla. Fui corriendo a buscar la escalera de mano detrás de la leñera. Me temblaba todo el cuerpo. Mamá me sujetó las piernas mientras yo alzaba los brazos. Cortar la cuerda, deshacer el nudo. No sabía por dónde empezar. Me eché a llorar, furibundo. Papá estaba tieso, helado. Había pasado la noche allí, colgado como un guardarropa de la mina. Con un hacha, golpeé la viga y corté la cuerda, salpicando a mi madre de hilos trenzados y virutas de madera.

Mi padre cayó en nuestros brazos. El peso de su cuerpo muerto. Su cabeza chocó contra el cemento.

Sylwia no regresó para el entierro. Algunos campesinos acudieron al velatorio, así como unos cuantos amigos. Una ceremonia sin palabras. Mi madre lloraba en la cocina con su hermana. Ya fantaseaban con Stella-Plage, donde mamá estaría muchísimo mejor que aquí. La granja pasaría a los primos, productores de cereales. Allí estaban, midiendo a grandes zancadas su futura propiedad. Aquellos tres llevaban mucho tiempo interesándose por nuestra tierra.

Mi padre había dejado una carta en los pantalones. Una nota para mí.

«Michel, vénganos de la mina.»

La caligrafía era hermosa. Mi madre leyó el mensaje, me lo tendió sin despegar los labios. Ni siquiera creo que me mirara mientras lo cogía. Su mano, la mía y aquel muerto entre nosotros. A continuación me dio la espalda, como

después de obligarme a prometerle que no tendría hijos.

Aquel día, Jojo, en aquel instante, Cécile, supe que jamás me iba a marchar. Me alejaba del castillete, pero algún día volvería. Más tarde, mucho después, cuando todos los que tuvieran que morir hubieran muerto. Cuando todos se encontraran en lo más profundo del cementerio. Cuando ya no estuvierais aquí, ni los unos ni los otros, ni los amigos, ni los enemigos, ni los conocidos, ni nadie que me amara, me protegiera o me juzgara.

## 8

### La búsqueda

Siempre quise comprender qué había sucedido en Saint-Amé. El día de la catástrofe, frente a la puerta cerrada, presté oídos a lo que se comentaba en la calle. En pequeños corros, los hombres hablaban del pozo 3bis y juraban que llevaban mucho tiempo advirtiendo de que era peligroso. Todo el mundo lo sabía. Un muchacho ennegrecido por el hollín subía del pozo. Era del equipo de salvamento. Le describí a mi hermano. Esperaba noticias.

—Flavent —dije.

Se encogió de hombros. Lo seguí mientras se abría camino entre la muchedumbre.

—Abajo no se ve nada, todavía está ardiendo —susurró un minero.

Se les unieron otros hombres.

—¡Maldito 3b! —escupió uno.

—¡Maldita ventilación, querrás decir! —replicó otro.

Me refugié en mi cuarto. «Ventilación», debía recordar aquella palabra. Desde que iba al colegio, pegaba cromos de coches de carreras en un cuaderno negro de espiral. Mis compañeros coleccionaban estrellas de fútbol, yo recortaba fotos de motores. Arranqué las páginas una a una, con esmero. Escribí «Ventilación» en

la parte superior izquierda de una página en blanco, subrayándolo en rojo.

Esa fue la primera palabra de mi búsqueda.

Aunque nunca leía periódicos, empecé a recortarlos todos o a copiarlos. Me llevaba mi cuaderno a Chez Madeleine, para leer *La Voix du Nord*. Sentado a una mesa, anotaba las palabras importantes, las frases de los investigadores, las declaraciones de los mineros.

—¿Qué haces con todo eso, marisabidillo? —me preguntó la dueña.

—Busca el nombre de su hermano —contestó mi madre.

Como a Cécile muchos años después, a mamá no le gustaba verme hojeando aquellas páginas tristes. Copiando los titulares, recortando aquellas fotos grises. Al día siguiente de la catástrofe, *Nord Matin* publicó una vista del pozo. Nuestra ciudad aparecía en el periódico. Me busqué entre la muchedumbre, en medio de los pañuelos de las mujeres y los cabellos mojados.

—¡Sales en primera página! —le espetó un hombre a otro que entraba.

Ninguno de los dos sonreía. Era una mala noticia.

En aquel primer cuaderno, lo volqué todo tal cual. Los datos, los comentarios, los editoriales, las certezas de unos, las dudas de otros. No seguía ninguna lógica. Quería saber, pero aún sin comprender. Una vez en París, volvería a empezar de cero. Las preguntas en las páginas de la izquierda, las respuestas en las páginas de la derecha. Pero en aquel primer cuaderno de muchacho, todo era confuso. No llevaba a cabo ningún análisis, solo recolectaba. Como con Jojo cuando nos disputábamos las huellas fósiles en los escoriales, yo recogía sin comprender. Extraía el carbón, no lo clasificaba. Hulla, grava, tierra, escombros, todos los sedimentos del drama arrojados de cualquier manera a mi vagoneta de papel cuadriculado.

Cuando Jojo nos dejó, ya había llenado diez páginas de mi cuaderno. «Mazazo del destino», «Sentido del deber», «Sacrificados por la patria», «Héroes del trabajo». Pero también otras expresiones, que no cobrarían sentido hasta muchos

años después, como «Culto al rendimiento», «Enviados a la muerte», «Nadie tiene por qué morir trabajando».

\*

Una mañana de febrero de 1975 me crucé con unos desconocidos por la rue Victor-Hugo. Una docena de jóvenes que repartían octavillas a los transeúntes. Una chica me tendió una. Le eché un vistazo. Me quedé paralizado. Sin aire. Como si alguien me estuviera estrangulando con las dos manos. En la hoja salía Jojo dibujado. No él, exactamente, pero casi. Su casco blanco en la cabeza, su linterna frontal, el puño cerrado, la boca abierta gritando de ira. «El minero acusa», decía la octavilla. Lo firmaba el Frente Rojo, haciendo un llamamiento a crear una «comisión popular de investigación». Miré a los chicos y a la chica. No los conocía. A ninguno de ellos. Tenían pinta de ser de otro lugar. La chica sobre todo. Era bellísima.

Atravesé la calle. Respiré hondo y me dirigí a ella.

Todavía hoy, no sé por qué.

—Oiga.

La joven me miró con una sonrisa.

—Mi hermano murió en la catástrofe.

La cara se le transfiguró. Se le apagó la sonrisa. Se puso las octavillas bajo la axila y me tendió la mano. Se la estreché. Con la mirada, buscaba a sus compañeros.

—¿Ivan? ¿Momo?

Los tipos se acercaron.

—Es el hijo de un minero del pozo 3 —anunció con voz grave.

Me retenía la mano.

—El hermano —susurré.

—¿Vlad?

Llamaron a un tercer compañero. Luego a un cuarto. Estaba acorralado en



medio de la acera, rodeado por una corte de honor. La chica me había soltado la mano. Ivan me había puesto la suya en el hombro, como antaño mi padre. Dijo que me necesitaba para que la verdad saliera a la luz. Que nos necesitaba a todos, a la gente del lugar. Habría un juicio popular. Harían falta centenares de testigos.

—Pero si yo no vi nada...

Me observaba, sonrió. Por supuesto que no había visto nada. Evidentemente. Solo lo vieron los muertos y los que habían sobrevivido. Solo ellos lo sabían. Los que ya no podían hablar y aquellos a quienes se lo impedirían. Pero yo podía compartir la experiencia de mi hermano. Qué significaba ser minero. La opresión del obrero. Levantarse de madrugada...

—A las cuatro y media —dije.

Levantarse a las cuatro y media, prosiguió. Marcharse en plena noche, bajar en jaulas de hierro como un rebaño de animales, cavar la roca durante horas, tumbado en una estrecha galería, con los brazos levantados, los oídos destrozados, sin máscara, sin gafas, sin ningún tipo de protección, sin nada de lo que preserva la dignidad humana.

Hablaba pausadamente, alzando la mirada de vez en cuando, observando a los transeúntes que nos evitaban.

—Sigue repartiendo —le ordenó al chico que se llamaba Momo.

El otro se alejó.

—¿Quieres saber la verdad?

Asentí con la mirada. Ya me arrepentía de mis palabras de hermano. Aquellos desconocidos me amedrentaban por su forma de acorralarme. Todos me tocaban. Por delante, por detrás, por los lados. Percibía su impaciencia. No me quedaba espacio para retroceder.

—¡Tu hermano fue asesinado!

Abrí los ojos de par en par. Negué con la cabeza.

—¡Qué va! Murió en la mina por culpa del grisú.

El tipo soltó una risotada malévola.

—¿Y no sabes que el grisú tenía cómplices?

Me costaba respirar. Quería marcharme. Me daba la impresión de haber caído en una trampa.

La chica se fijó en mi mirada, en mi cara, en cómo me temblaban los brazos.

—¿No ves que lo estás asustando?

El otro pareció sorprendido. Ella volvió a agarrarme la mano, que me colgaba junto al cuerpo.

—Ivan se refiere a que la fatalidad no existe. Los mandamases lo llaman beneficio.

Yo la miraba sin contestar.

—¿Has oído hablar del juez Pascal?

Asentí con la cabeza. Había recortado su foto del periódico. Un tipo con cara de rana. Subiendo del pozo 3bis, embadurnado de carbón, con un casco de minero en la cabeza.

—Pues el juececillo ese dijo que en el pozo no funcionaba nada. Hasta la ventilación era defectuosa.

«Ventilación», la primera palabra de mi cuaderno.

—¿Tú qué crees que es? ¿Una fatalidad?

Volví a asentir con la cabeza. Aquella gente me daba pavor.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó la chica.

Y respondí: Michel Delanet.

—Escúchame, Michel. Mañana habrá una reunión en la dirección que sale en la octavilla.

La busqué. La conocía. Una callejuela detrás del ayuntamiento.

—¿Vas a venir?

No lo sabía. Era demasiado joven para tener coche; nunca jamás volvería a conducir el ciclomotor. Me desplazaba en autobús y en autoestop. Lens no estaba tan lejos de Saint-Vaast, pero aun así, a las nueve de la noche, un sábado...

—¿Vas a venir? —repitió Ivan.

Sí, dije. No se lo prometí. Acepté. Para que el corro se abriera un poco. Para

que se apartaran. Para poder reanudar mi camino de colegial. Ivan me advirtió. Aquello no sería el tribunal popular, sino una simple reunión preparatoria. Escucharían a mineros, viudas y familias de las víctimas.

—¿Y yo? —pregunté.

—Como tú quieras. Espectador o testigo. Tú decides.

Desde la acera de enfrente, un hombre gritó:

—¿Queréis que cierren la mina o qué?

Estrujó la octavilla y la arrojó al suelo.

—¿Nos vais a dar trabajo vosotros cuando los Yacimientos de Hulla echen el cierre?

Una mujer iba delante de él. Se dio la vuelta y lo agarró del brazo.

El tipo continuó:

—¿Qué, parisinos? ¿Jugando a ser obreros entre clase y clase?

Ivan rompió el corro. Vlad y él echaron a andar en dirección al hombre.

La mujer arrastró a su marido, con cara de malas pulgas.

—¡Haz el favor de venir de una vez! *Que fouteu d'bren ch'ti-là!*<sup>[3]</sup>

Un tercer activista se plantó en la otra acera.

El tipo dio un puntapié a la octavilla hecha una pelota.

—¡Ni caso! —gritó la chica a sus compañeros.

Se detuvieron en medio de la calle. El otro, sin darse la vuelta, gritó:

—¡Izquierdistas de mierda!

—¡Fascista! —replicó Momo.

Antes de desaparecer por la esquina de la calle, el hombre se zafó de su mujer, se dio la vuelta y nos hizo un corte de mangas.

—*Raté min fiu!* ¡Soy minero y comunista! ¡Que os den por el culo!

Soltó una risotada.

De vuelta en la granja, seguía sofocado. No lograba recuperar la calma. Me

encerré en mi cuarto y pegué la octavilla en una página vacía de mi cuaderno.

—Te esperamos el sábado, Michel —había repetido la chica mientras me marchaba.

Bajo el dibujo del minero hecho un basilisco, apunté: «Tribunal popular».

Y «testigo».

\*

Todo lo que decían los muchachos desde hacía meses era verdad. El grisú había matado a los mineros, con una bocanada que propagó el fuego por centenares de metros de galerías. El juez ordenó que se llevara a cabo una autopsia de dos de las víctimas. Habían muerto asfixiadas. Sí, el pozo 3bis era peligroso. En las actas, un obrero declaró que en diciembre había fingido estar enfermo para no tener que bajar al sector Six-Sillons. No comprendía que hubieran instalado un transformador eléctrico ardiendo dentro de un hueco sin ventilación. Una viuda también declaró que su marido dudaba en bajar porque el aire era irrespirable. Ocho días antes de la catástrofe, habían retirado un ventilador. No habían regado el pozo, o demasiado poco. El polvo de carbón lo recubría todo. El suelo, las paredes, la parte inferior de las máquinas. Bastaba con una chispa para transformar una galería en un lanzallamas.

Habían instalado planchas, así como cortafuegos, pero en lugares equivocados. Esas tablas de madera, cargadas de roca caliza y esquisto molidos, estaban colgadas del techo, en equilibrio sobre los tubos. Al menor soplo, las planchas se volcaban, pulverizando escoria no inflamable que sofocaba las llamas. Pero nada de aquello había funcionado.

Además de los artículos de prensa, las octavillas y los carteles, empecé a recoger testimonios. Los mineros que se habían quejado en el trabajo delataron las palabras de sus jefes.

—¡Esto no es una escuela, es un pozo!

Y también:

—Si aplicáramos el reglamento a rajatabla, solo podríamos trabajar dos horas y cobraríamos en consecuencia. ¿Es eso lo que queréis?

No acudí a la reunión del sábado a la que me había invitado la chica. En marzo de 1975, un tribunal popular se reunió en el cine Apolo de Liévin. Yo no presté declaración. Nunca intenté volver a ver a los maoístas, pero guardé todo lo que escribieron en *Libération*. Sobre «los cálculos criminales de los Yacimientos de Hulla», «la opresión de los mineros», «la política energética de la burguesía francesa», «el juicio de la sociedad capitalista». Leyendo la prensa, también me enteré de que tras la muerte de dieciséis mineros de Fouquières-les-Lens, en febrero de 1970, unos militantes de Izquierda Proletaria habían atacado con una bomba incendiaria los despachos de los jefes de personal de los Yacimientos de Hulla, en Hénin-Liétard. Y de que el Tribunal de Seguridad del Estado había acabado absolviendo a los acusados. Busqué sus nombres en los periódicos. No figuraban ni Ivan, ni Vlad, ni Momo. Por aquel entonces eran demasiado jóvenes. O habían escapado de la policía. Uno de los izquierdistas que había participado en el atentado declaró, al ser detenido un año después, que el ataque había sido ilegal pero legítimo.

«Ilegal pero legítimo.»

Apunté la fórmula en la parte inferior de una página de mi cuaderno.

Los maoístas vinieron, levantaron el puño y se marcharon, dejando una pancarta: «42 MINEROS ENVIADOS A LA MUERTE». Yo sabía que la cosa no iba a prosperar.

El 5 de junio de 1975, el juez Pascal inculpó al jefe de la explotación 19 de Lens por «homicidio y daños involuntarios». Los ingenieros y los capataces se

declararon en huelga durante veinticuatro horas. Los sindicatos objetaron que solo era el cabeza de turco.

El 25 de julio, Pascal fue recusado por errores procesales.

Y cinco años más tarde, el cabeza de turco fue juzgado en Béthune.

Antes de conducir Steve el Camión, había trabajado en dos talleres mecánicos de París. Un tipo del garaje me enseñó el artículo de *L'Huma* que anunciaba el juicio. En el resto de la prensa no salía gran cosa. El pozo 3bis ya no le interesaba a nadie. Mi compañero estaba al corriente de la muerte de Jojo. Como todo el mundo. De hecho, era lo primero que contaba de mí, mostrando la ficha que llevaba colgada del cuello. Mi colega pensaba que me daría una alegría al avisarme de la fecha de la vista, pero se equivocaba. Cinco años después de la muerte de Joseph, en el banquillo de los acusados se sentaría un pobre diablo más solo que la una.

El 3 de noviembre de 1980 fui a Béthune. La sala del tribunal estaba dividida en dos. A un lado, la gente de la mina. Viudas, antiguos mineros, jubilados y enfermos de silicosis con el juez Pascal. Al otro, la Compañía Minera de Lens. Lucien Dravelle también estaba. El capataz sonreía entre el público, junto a los jefes.

El juicio iba a durar seis días; solo me quedé una hora. No me veía con fuerzas ni valor.

Tras la muerte de mi padre, en febrero de 1976, empecé el tercer cuaderno. Era negro y mate, como los dos primeros. En la parte interior de la cubierta, pegué la última carta de papá.

«Michel, vénganos de la mina.»

Terminé el noveno cuaderno con el fallo de la sala de lo penal de Béthune, el 23 de enero de 1981, recogido escrupulosamente en *Nord Éclair*. Para el tribunal, la mina jamás había estado en situación de riesgo. La responsabilidad civil recaía sobre los Yacimientos de Hulla, pero no se contemplaba la «negligencia inexcusable». Y simplemente se puso en libertad a los dos grandes patronos. El jefe de la explotación 19 fue condenado a pagar una multa de diez mil francos y mil francos más en concepto de daños y perjuicios, abonados a tres sindicatos.

«42 muertos = 10.000 francos.

Un apunte en un balance contable.»

Esta fue la última frase de mi noveno cuaderno.

## Regreso a Saint-Vaast-les-Mines

(Viernes 12 de diciembre de 2014)

«Se alquila: Saint-Vaast-les-Mines. Casa amueblada en calle principal, cerca de toda clase de servicios. Recibidor, salón, cocina, cuarto de baño, retrete independiente. Un dormitorio. Buhardilla habitable como segunda habitación. Patio de 47 m<sup>2</sup>. A 10 minutos del centro de la ciudad.» Una fachada de ladrillo rojo, pesada, compacta, con dos ventanas a la calle, estrechas como troneras. Imprimí el anuncio, que había encontrado en Internet, y lo pegué a la izquierda, en las guardas de mi último cuaderno.

El dueño vivía en Lille, regentaba un bar en el boulevard Vauban. Era una propiedad heredada. Un caserón dividido en dos. El hombre tenía prácticamente mi edad, pero no me sonaba su nombre. No habíamos coincidido en la escuela, ni en el bar, ni en ningún otro lugar del norte de Francia.

—¿Hijo de minero? —le pregunté por teléfono.

Se echó a reír.

—¡Para nada! No solo había minas aquí.

Hijo de comerciantes.

Me interesaba el anuncio. Le pregunté si podía visitar la casa. Claro. Por supuesto. Llevaba dos años en venta. Como otras casas antiguas de mineros de la misma calle. Así que había decidido alquilarla.

—Son tiempos difíciles —comentó el vendedor.



Quería saber qué se le había perdido a un parisino en Saint-Vaast. Le contesté lo primero que se me ocurrió. Que mi madre estaba en una residencia de ancianos en Lens y así viviría más cerca de ella.

—¿Su familia es de la zona?

Yo también me eché a reír.

—No, qué va. Somos de Beaujolais, pero mi madre era maestra en Cucq. Después de jubilarse, se quedó en la región.

¿Qué ventolera me había dado? ¿Por qué Beaujolais? De aquella comarca solo conocía el nombre del Saint-Amour, un vino que no había probado jamás.

—Pero ahora vivo en París.

—¡Ah, es eso! Cuando hablaba de las minas, he pensado: ¡vaya, un turista!  
Su risa, otra vez.

Su madre tenía las llaves. Vivía en la casa de al lado, que era igual pero al revés. Muralla y minúsculas almenas. Debía avisarla cuando llegara, ella me enseñaría la casa.

—¿Tiene alguna idea de hasta cuándo va a quedarse?

No. Ninguna.

—Hasta que se marche mi madre —contesté.

—¡Ah! Sí, claro. Disculpe.

Silencio embarazoso.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

Le consulté si era posible pagar en efectivo.

—¿La fianza?

—No, los quinientos cuarenta euros del alquiler mensual.

Otro silencio.

—Pues... no sé si se puede. Me informaré, ¿de acuerdo?

De acuerdo. Por supuesto. Pero yo necesitaba aquella casa.

—¿Cuándo tiene previsto ir a visitarla?

—A principios de la semana.

El hombre estaba exultante. Me reservaría la casa hasta que le respondiera. Y esperaba que fuera en un sentido positivo. Encajaba como anillo al dedo: un camionero jubilado que se ocupaba de su anciana madre. Sin hijos, sin ruidos, sin problemas.

—Pues entonces hasta muy pronto, señor... Disculpe, pero no recuerdo su nombre.

—Delanet, Michel Delanet.

No esperé más. El lunes fui a ver a Jacky a las oficinas de Delgove. No lo encontré, cosa que me vino bien. «Me marchó durante un tiempo. No te lo tomes a pecho. Desde que murió Cécile, me siento perdido. Es más difícil de lo que me imaginaba. Necesito reencontrarme. Te mandaré una baja por enfermedad. Muchas gracias por todo lo que has hecho por mí. Abrazos, Michel.»

Le dejé el mensaje a un compañero, en un sobre cerrado.

Y luego tomé la carretera que llevaba al norte de Francia.

\*

Llevaba mucho tiempo sin regresar a mi tierra. Estaba suscrito a *La Voix*; el periódico era lo único que me mantenía al corriente. Pero en Saint-Vaast no sucedía nada. Las bodas de diamante de un matrimonio de campesinos, una madre a la que habían encontrado ebria en la vía pública con su bebé, la muerte de un viejo cartero. Aparqué cerca de nuestra granja, en el terraplén, junto al sendero que llevaba al pozo. No reconocí nada. El tejado de hermosas tejas era una cubierta de zinc. El establo ya no existía, el gallinero tampoco. Habían convertido nuestra casa en una nave de almacenamiento, plantada en medio de

los campos de maíz. Y el invierno transformaba aquella inmensidad en surcos de hierbas amarillentas. La tierra de mi padre no había sobrevivido a su muerte. Los primos habían mutilado la propiedad. Luego la habían malvendido. Una parte anegada bajo los cereales, la otra dividida en cuatro casas de huéspedes para ingleses de paso. Mientras volvía a subir al coche, recordé a mi padre, preocupado por la partida de sus hijos, sus fugitivos, sus pequeños traidores. Me detuve en una rodera empantanada, con las manos en el volante. Oía su voz grave, que perdura en mí como un reproche.

—Los hombres solo saben sembrar ladrillos.

Miré mi infancia por el retrovisor. El horizonte de remolachas había desaparecido. Las pirámides de Loos habían reverdecido como una colina cualquiera. El perro Braf no me había seguido hasta la carretera dando brincos. Ya no quedaba nada de mí.

Una anciana me abrió la puerta sin sonreír.

Las paredes de la casa eran de color verde agua, con regueros grises y amarillos debajo de las ventanas. Marcas de cuadros, cabezas de clavos, cinta adhesiva a medio arrancar.

—Haría falta una mano de pintura, eso sí —soltó.

Abrió los postigos blancos que daban a la calle. Llovía a cántaros.

—En la planta de arriba entra el sol.

El suelo de las habitaciones de abajo era de linóleo, imitación de un embaldosado. En las escaleras y el dormitorio había moqueta naranja. La buhardilla no era habitable. El propietario había dejado algunos muebles rústicos. Una mesa enorme, sillas disparejas, una mesita auxiliar de madera pintada. En la habitación, una cama estrecha y un armario macizo. En el techo, las bombillas estaban desnudas. Pero en todas partes había lámparas de pie. Y visillos en las ventanas. La cocina estaba equipada. Fogón de gas, nevera y lavadora. El cuarto de baño me pareció muy estrecho, la bañera se lo comía todo.

Había una cortina de ducha. Los grifos funcionaban. En cada estancia había calefacción eléctrica. Todo era sombrío y triste. Abrí la ventana del dormitorio, que daba a un patio cercado por muros de ladrillo. Ni un solo árbol. Restos de malas hierbas, de ortigas, algunos arbustos invadidos por las zarzas, el recuerdo de un rosal desaparecido. Una mesa de jardín de metal azul, dos sillas volcadas, una manguera de riego olvidada y una pala contra el muro. La lluvia aporreaba la tierra. Hacía frío. Respiré hondo. Descubría mi cielo. Reconocía el mes de diciembre.

—Me gusta mucho —dije.

La mujer pareció sorprendida.

—Si usted lo dice...

Ella también me gustaba. Silenciosa, desabrida, llevaba el pelo gris recogido con una redecilla. Se había calzado unas pantuflas raídas y se había puesto una bata encima del camión. Eran las once de la mañana, pero iba vestida como si se acabara de levantar.

Me tendió una carta que tenía en el bolsillo.

Señor Delanet:

Puede pagar en efectivo.

Si desea alquilar la casa, deberá entregar a la señora Liénard 540 euros de fianza y dos meses de alquiler (si se instala el 1 de junio), o la suma proporcional si se muda antes.

Le agradezco su confianza.

Un cordial saludo.

Estaba firmada por Aimé Liénard.

Interrogué a la mujer con la mirada.

—Mi hijo —se limitó a decir.

Me instalé en Saint-Vaast al cabo de cuatro días. Mi vida entera cabía en el maletero del coche.

—¿Solo ha traído eso? —me preguntó la anciana.

—Es una mudanza temporal —aclaré.

Salió de su casa en cuanto aparqué. Con las mismas pantuflas, la misma redecilla, la misma bata. Sin despegar los labios, me observó mientras llevaba las bolsas y las maletas hasta el interior. A pesar del frío, había que ventilar, abrir las ventanas y la puerta de par en par. El invierno campaba a sus anchas por toda la casa. El olor a disolvente se mezclaba con el del moho.

—Supongo que no va a dejar el coche ahí, ¿verdad?

Aparcado bajo mi ventana, a ella le estorbaba en la puerta. Lo moví un poco.

—Además, a través del tabique se oye todo, ¿sabe? —me advirtió antes de volver a su casa.

Aún no había ido a la ciudad. Anduve por todas partes sin mirar ni ver. Antes de ir a Liévin, quería ocupar Saint-Vaast.

Con unas chinchetas, clavé el cartel de *Le Mans* frente a la puerta principal. El póster de mi hermano con la cara negra. Y justo al lado, la vieja foto de Lucien Dravelle. Guardé mi maleta de la infancia encima del armario, con el mazo de minero dentro. Luego colgué el casco en la pared, de un clavo que sobresalía. Y pegué el monito delante de la cama.

—¡Es irresistible! —había dicho Cécile, riéndose, cuando lo descubrió.

Mi ropa cabía en tres baldas. Mis cuadernos de espiral, en el cuarto; el décimo lo dejé a mano, en el cajón de la mesilla de noche.

Dudé. ¿Salir ahora? ¿Al día siguiente? Tecleé «Chez Madeleine» en el teléfono. Respiré hondo. El bar aún existía.

Conduje bajo la lluvia. Antes de entrar en la ciudad, me detuve al borde de un campo adormecido. Cogí una espiga de trigo. Di unas vueltas, girando a la derecha y a la izquierda, como la noche antes de la catástrofe, cuando llevé a

Jojo entre risas, con las piernas abiertas en su ciclomotor. Hacía el mismo frío, el mismo viento. Estaba anocheciendo, los ladrillos brillaban igual que por la noche. Las casas no habían cambiado, pero en lugar de adoquines había un asfalto negruzco. Al llegar al castillete, temblaba como una hoja. Habían pintado el armazón de color gris turista y habían fijado las poleas. Un perro estaba meando contra el acero. Me pareció una reproducción. Una maqueta para niños. En la plaza, rodeada de calles anchas, un multicine, un restaurante de comida rápida, un almacén y tiendas. Nada solemne. Unos niños jugaban a la pelota bajo la lluvia. Más lejos, colocada en el zócalo del castillete del pozo 3bis, una placa de mármol negro: «A LAS 42 VÍCTIMAS DE LA CATÁSTROFE MINERA DEL 27 DE DICIEMBRE DE 1974». Y sus nombres grabados en dos estelas, protegidos por una cadena de monumento a los caídos.

No releí los cuarenta y dos nombres. Los conocía desde joven, me los había aprendido de memoria como las letras del alfabeto. El de Jojo no figuraba en la piedra, rechazado por los Yacimientos de Hulla y por la memoria. Muerto demasiado tarde para ser un mártir. Muerto demasiado lejos para ser homenajeado. Muerto entre dos sábanas, no entre dos vetas. Muerto como un enfermo cualquiera de la ciudad, no como una víctima de la mina. Una mezquindad. Mi madre, mi padre, su mujer, todos habíamos gritado contra semejante maldad, pero la Historia se había cerrado en banda ante nuestro dolor. Entonces me grabé el nombre de mi hermano en la cabeza, en el vientre y el corazón, entre los de dos camaradas caídos.

Dejé la espiga de trigo en la grava. Por Joseph Flavent, treinta años, caído en Saint-Amé.

En Chez Madeleine, Madeleine ya no estaba. Detrás de la barra, un hombre. Su hijo, me acordaba de él. El dichoso crío rubio.

—¡Esta es mi casa, no la vuestra! —les decía a los niños que lo ganaban al

futbolín.

Y les negaba la victoria.

El futbolín ya no existía. Ni el billar ni la gramola. En la pared de ladrillos, pintada de blanco, solo quedaba una foto del escorial, enmarcada por luces navideñas. Las imágenes de la mina habían desaparecido con su cierre. En su lugar, el niño malvado había colgado unos pósters de carros a vela en la playa de Touquet. Él pilotaba uno, levantando el brazo en señal de victoria.

En la barra había dos clientes. Un anciano, a quien recordaba. Y en las mesas, una docena más. Me tomé mi tiempo. Dudé entre una mesa y la barra. Todos alzaron la vista. Me echaron una ojeada. Un tipo canoso con gafas. Un intruso sin historia. Ni una sola reacción. Ni saludos, ni asombro.

El anciano de la barra se llamaba Merlín. Había trabajado en el pozo 11 de Lens hasta que abandonó la mina después de 1974. Fatiga, asco, miedo a volver al pozo. Antaño me tenía mucho cariño. Cuando llegaba a Chez Madeleine con Jojo, silbaba entre dientes.

—¿Has traído a tu *galibot*, Flavent?

Mi hermano se quedaba en la barra, hablando de política con sus compañeros. Y Merlín me acercaba una silla a su mesa. Hacía trucos con las cartas. Siempre los mismos. Era como un mago. Abría la baraja a la altura de sus ojos.

—Coge una carta.

Ya no recuerdo quién le puso Merlín, como el hechicero. Pero toda la ciudad lo llamaba así. Incluso los mineros.

—Mira bien.

Yo lo observaba boquiabierto. Y mi carta aparecía en lo alto del mazo.

Me acodé en la barra de madera. El dueño apenas me echó un vistazo.

—¿Qué desea?

—Una cerveza.

Merlín acababa de dejar el *Nord Martin*. Le clavé la mirada, con la cabeza ladeada.

—¿Puedo coger el periódico?

—Todo suyo —contestó el viejo minero.

Y luego se olvidó de mí, siguió bebiéndose el vino blanco con los ojos entrecerrados.

No había reconocido al *galibot* que admiraba su magia con la boca abierta. Flavent había regresado y nadie se había dado cuenta. No tenía por qué preocuparme. Me tomé la caña. Y luego otra, para asegurarme del todo. Comenté cuatro tonterías sobre el carro a vela con el campeón y un par de generalidades sobre el tiempo con Merlín. Pero su mirada apenas me rozó. Sin embargo, por un instante me asusté. Un joven del bar me miraba con ademán inquisitivo. Cuando iba a salir, me dijo:

—Cuidado con los cordones, señor.

Arrastraba los del zapato izquierdo, manchados de maíz y de lluvia.

\*

Me encerré hasta el día después de Navidad. Había traído de París un pan redondo envuelto en un paño, sardinas, queso, una longaniza, café, leche, mantequilla, sal, pimienta, un poco de fruta y vino. No necesitaba volver a salir. Releí mis cuadernos, uno tras otro, apuntando en el último las conclusiones de mi investigación. La prensa lo había comprendido, el juez Pascal lo había descubierto: no habían desgasificado nada. El sistema para medir el grisú no estaba a punto. La máquina que disipaba las bolsas de metano funcionaba en otro sector. Los gasistas habían trabajado bastante. No era culpa suya. Pobrecillos, solo eran dos mineros encargados de llevar a cabo las mediciones manuales. Y luego uno solo para inspeccionar kilómetros de galerías. Como medida de ahorro, la compañía había asumido el riesgo del accidente. ¿Y luego qué? El



pozo 3bis iba a cerrar. Los yacimientos se estaban agotando. Debían poner fin a la extracción. Como el pozo 16 en 1956 o el pozo 9 en 1960. Al igual que Saint-Albert y Saint-Théodore, Saint-Amé renunciaría al carbón.

El pobre gasista no era responsable de nada. Las galerías de Six-Sillons afectadas por el accidente ni siquiera formaban parte de su recorrido de control. El 27 de diciembre, la dirección había cancelado la ronda de reapertura. Cuando los hombres volvieron a bajar al pozo tras las fiestas, hacía quince días que no se controlaba el riesgo de grisú. Pero aquel tipo era un minero libre de cualquier sospecha. Se asfixiaba bajo tierra como los demás y se zampaba el bocata sentado en medio del polvo y las ratas. ¿Quién, entonces? ¿Quién estaba por encima de él? ¿El ingeniero jefe? ¿El lamparero condenado a pagar diez mil francos, que se había hundido en la depresión? Murió a los ochenta y un años, en abril de 2009. Tan aislado que algunos lo consideraban la víctima número 43 de la tragedia. ¿Quién más, por encima, en la cúspide de la jerarquía? ¿Los dirigentes de los Yacimientos de Hulla? ¿Los grandes patronos? ¿Los intocables, dormidos en sus mortajas con una insignia en el corazón? ¿Quién seguía vivo? ¿De quién no se había sospechado nunca, a quién no se había molestado nunca, a quién no se había interrogado nunca? ¿Quién se pavoneaba en la ceremonia fúnebre, de puntillas para llamar la atención de Jacques Chirac? ¿Quién se había anudado la corbata con esmero, se había repeinado y se había lustrado los zapatos? ¿Quién se había deslizado entre las banderas francesas, los galones y los guantes blancos, sin caber en sí de gozo? ¿Quién no había derramado ni una lágrima? Lucien Dravelle.

Un capataz altivo, pese a que mi hermano lo consideraba un minero como él. Y que en la barra de Chez Madeleine llevaba la batuta, haciendo caer en sus redes a los futuros obreros. No encontré su nombre en ninguna parte. En ningún informe, en ningún acta, en ningún artículo periodístico. Era el más astuto de todos. Había sobrevivido a la tormenta. Jojo contaba que se creía el amo de la mina, aunque no era responsable de nada. En el pozo, vigilaba a los hombres como un cabo a una tropa de gandules. Quería que todo fuera más deprisa, más

lejos, que los martillos neumáticos no se detuvieran ni un instante. Cuando algún minero tardaba en enfundarse los guantes, ajustarse la máscara o ponerse los tapones en los oídos, lo trataba de *galibot*. Era el *porion* de seguridad, pero repetía continuamente:

—Si hay demasiada seguridad, no hay rendimiento.

Cuando se acababa un turno, trataba de ganarle algunos minutos al carbón. De arrancarle los últimos pedazos al señor de las tinieblas.

No sabía nada de él. Pero apunté su nombre en el cuaderno junto a la palabra «responsable». Un jefe de pozo no puede ignorar que no se ha regado el túnel con abundante agua. Debe saber que no se ha evaluado el grisú. Debe pasar el dedo por las máquinas y constatar el grosor de la capa de polvo inflamable. Debe costarle respirar, como a los demás. Debe preocuparse por sus obreros más que cualquier otro.

Nadie relacionaba a Dravelle con la catástrofe, pero yo estaba convencido de su culpabilidad. Había escapado a las investigaciones, a las persecuciones. Estaba vivo. Cobraba su pensión, andaba por la calle como un hombre libre. Además, él y Miná eran responsables de la muerte de Jojo. Ellos lo habían enviado a la mina. Dos canallas tendiendo emboscadas en la barra de Chez Madeleine, que hacían pasar a los jóvenes de su primera a su última cerveza.

A finales de mes, en Liévin se celebraría el cuarenta aniversario de la catástrofe. Por eso estaba yo allí. Quería ver qué quedaba de nosotros y oír lo que decían. Recorté un artículo de *La Voix* en el que se precisaba que la conmemoración empezaría al pie del castillete a las seis y diecinueve de la mañana. Y que contaría con la presencia del primer ministro, Manuel Valls.

Y yo tenía la esperanza de que Dravelle también asistiera.

El sábado 27 de diciembre me levanté a las cuatro y media de la madrugada, como Jojo cuando iba a trabajar. Un café en un cuenco, media rebanada de pan con mantequilla. No abrí los postigos. Saldría sin hacer ruido. Mi vecina tenía razón, la casa lo repetía todo. La oía arrastrar las pantuflas por la habitación contigua. Hablaba sola, tosía mucho. A la hora de la leche, era como si la escudilla de su gato estuviera en el suelo de mi casa. Me la imaginaba aguzando el oído. Debía de buscarme, con la mirada perdida en el techo. Pero mi silencio no le respondía. Sentado a la mesa, leía tomando notas. Los periódicos están infestados de dramas, pero hojearlos no hace ruido. Por la noche, el viento racheaba. Me puse dos capas debajo del abrigo, un gorro y una bufanda.

La noche antes, había aparcado el coche a tres calles de distancia para no despertar a mi casera. Antes de adentrarme en la oscuridad, me subí el cuello del abrigo.

A las seis y diecinueve, hora exacta de la catástrofe, el alumbrado público se apagó. Y el castillete de Saint-Amé se incendió. Me sobresalté. Primero, un rugido. Las entrañas de la tierra anunciaban el drama. Acto seguido, la torre se iluminó de un violento rojo. Bajo sus pies de metal, chorros de humo blanco, el bufido de la explosión, un efecto de llamas. Cerré los ojos. La bola de fuego recorrió las galerías. Centenares de metros de túneles convertidos en una hoguera. Los chillidos, los gritos, los lamentos, la mina que arrebatava el oxígeno a los hombres.

En la plaza éramos muy pocos. Cuando la sirena nos atravesó el vientre, me quité el gorro en señal de respeto. No sabía qué pensar. ¿Por qué aquel ruido de catástrofe, aquella humareda teatral, aquel fuego, aquellos artificios?

—¡Es impresionante! —exclamó una mujer joven detrás de mí.

Entonces pensé que tal vez necesitaran aquella puesta en escena.

Al igual que en 1974, la lluvia y el viento barrían la antigua superficie de la mina. Ya había amanecido. La ceremonia oficial iba a empezar. Dos hombres

tecleaban en un portátil mientras esperaban la llegada del primer ministro. Se suponía que íbamos a caminar desde la alcaldía hasta el monumento conmemorativo, pero la procesión se suspendió a causa de las fuertes rachas de viento. Era una cuestión de seguridad, explicó un ordenanza. Sonreí. Cuarenta años después, nuestro enemigo era el viento.

Manuel Valls pronunciaba un discurso, rodeado de ancianos. Pañuelos rojos, bufandas blancas, habían sacado el casco del aparador. Junto a ellos, un nieto, tocado con un antiguo gorro de minero.

—Los mineros tenían un apego atormentado por estas galerías sombrías, a caballo entre la repulsión y la reverencia —susurró el primer ministro.

Habían transcurrido cuarenta años. Una eternidad, desde luego. Ya no se veían boinas en las cabezas ni pañuelos. Ni minifaldas entre las chicas, ni patas de elefante entre los chicos. Tampoco una muchedumbre inmensa, ni policías que contuvieran la ira. Ni un solo cigarrillo en la comisura de los labios amargos. Ni lágrimas en las mejillas heladas. Los periodistas desempeñaban su labor sin que nadie les mostrara el puño.

—Una herida que nada logrará cicatrizar —dijo también el alcalde de Liévin.

Eso era. Una herida abierta. Y un dolor que el resto del país nunca había compartido. Pese a las declaraciones y las promesas, el suplicio de nuestro pueblo se había quedado en las puertas de Artois. Nuestro duelo no fue nacional. A la hora de despedirse de su carbón, Francia se olvidó de despedirse de sus mineros. El mundo que encarnaban ya no existía. Jojo y sus amigos murieron demasiado tarde para que la nación los defendiera.

No encontré a Lucien Dravelle. Lo busqué en las primeras filas, después en las siguientes. Lo había imaginado con una faja o una bandera tricolor. Junto al primer ministro, al pie de su estrado. Miré hacia donde se encontraban las cámaras, bajo los paraguas, en el interior de los coches aparcados, pero no estaba. Escudriñé los rostros uno a uno. Las miradas bajo las gorras, las arrugas

alrededor de las bocas, los mentones bajo los cascos. Solo guardaba un recuerdo y tres fotos de él. La última era de hacía veinte años, cuando François Mitterrand viajó a Liévin para conmemorar el aniversario de la tragedia. Salió en el periódico. No en el centro de la imagen, pero sí delante, en un rincón. En esa ocasión no iba vestido de burgués ni de minero. Se había puesto su casco de obrero y una corbata, como si dudara entre dos mundos. Las demás imágenes todavía eran más antiguas y mi memoria infantil las había borrado. Ni rastro de él en Internet. No utilizaba redes sociales. Tenía casi ochenta años, eso era lo único de lo que estaba seguro.

—¡Me habla como si fuera un crío! ¡Se las da de jefe de la explotación cuando apenas me saca diez años! —se había lamentado mi hermano una noche, furioso.

Examiné los bastones, las muletas, a los ancianos acompañados por personas más jóvenes.

Dravelle no estaba allí.

Mientras la muchedumbre se dispersaba, me apoyé en el muro de la escuela. Habían impreso la cara de todas las víctimas en una bandera blanca. Faltaba Jojo. Añoraba horrores a Jojo. Cécile debería haber estado conmigo, aquí, para ayudarme a proseguir mi camino. Me encontraba solo, lejos de todo. De repente, ya no reconocía nada de aquel lugar. Los mineros regresaban a sus casas, con sus familias. Charlaban y se reían, como después del entierro de alguien demasiado viejo. Llevaba desde las seis y diecinueve con los puños apretados. La idea de volver a casa me horrorizaba.

¿Y si Dravelle había muerto?

Jamás me había perdido una esquela de la prensa local.

Imposible, pues. Me habría enterado.

¿Y si se había mudado a algún lugar soleado?

¿Si había cambiado el escorial por las dunas?

Me puse en marcha. Si hubiera sido más joven, creo que me habría echado a

llorar. Era el momento ideal. Estaba solo, desamparado. Y la lluvia siempre ha escondido las lágrimas.

Fui a Chez Madeleine. Necesitaba tomarme un par de cervezas. Y pensar en el futuro.

El bar estaba abarrotado. Algunos cascos de la ceremonia encima de las mesas, familias, niños. Merlín hacía sus juegos de cartas. Un hombre en silla de ruedas le explicaba a un crío cómo funcionaba su concentrador de oxígeno. Le había ajustado los tubos detrás de las orejas y las cánulas en las narinas.

Me dirigí a la barra, a mi sitio, como la vez anterior.

—¡Aquí está el experto en carros a vela! —bromeó el dueño al verme.

Había fingido un gran conocimiento de aquel deporte para que se interesara por mí.

—¿Estaba en la ceremonia?

Negué con la cabeza. ¿Qué ceremonia? No. Ni idea. ¡Ah, sí, la catástrofe! Me acordaba vagamente. ¿Cuarenta años ya? ¡Dios santo, cómo pasa el tiempo! ¿De verdad? ¿Manuel Valls? ¿Es cierto que ha venido? ¡Caramba!

—¡Pura manipulación! —gruñó un anciano cerca de mí.

—¡Siempre que abre la boca un socialista sales con lo mismo! —se burló el rubio desde detrás de la barra.

Yo también hice ademán de reírme.

—Su padre era comunista —me susurró guiñándome el ojo.

El otro se puso tenso.

—¿Y qué? Estamos en otra época, ¿no?

El dueño me sirvió la cerveza.

—¿Y usted qué opina?

—Pues yo...

—¿Prefiere el partido rojo o el azul marino?

El otro me observaba. Esperaba mi respuesta.

—Mientras no vengan a tocarme los cojones... —solté.

Los dos se desternillaron. El dueño mientras secaba un vaso, el otro tapándose la boca con el dorso de la mano. Luego brindó conmigo. Y me lo reproché. Era su circo, yo no tenía por qué hacer el payaso. No me apetecía hablar. No me apetecía jugar. Mi hermano había muerto cuarenta años atrás, siendo obrero. Y aquella tierra ya no era la suya. Ni la mía tampoco. Nuestra cuenca ya no tenía nada de minera. Yo no reconocía a los hombres ni sus sueños. Aborrecía las preguntas rancias que los mancillaban. A mi regreso, me había embriagado con los colores, la luz del cielo, el olor a tierra mojada, la belleza de los escoriales, la majestad del castillete. La primera cerveza, que me había tomado aquí mismo once días antes, en silencio, fue de juventud. Me parecía recobrar destellos de la infancia y recogía los retazos. La primera noche, apenas hube cerrado la puerta de la casa de Saint-Vaast, se me revolvió el estómago. Volví a padecer los dolores de antes de la enfermedad de Cécile. El martilleo en la cabeza, la renuncia del corazón, sin aliento al menor paso. La espalda y las rodillas empezaron a hacerme sufrir de nuevo. Aquí dormía mal. Me comía el pan duro. El agua del grifo sabía a hierro. Tenía frío. Cada vez que un ciclomotor quebraba el silencio, me imaginaba sujetando el manillar. Orgulloso del casco que se había arreglado mi hermano el minero, orgulloso de él, de mí que pronto me uniría a él en el pozo. Orgulloso de nuestra condición de obreros. De sus manos ennegrecidas. Del polvo de carbón que traía en el morral, pese a la ducha, pese al guardarropa. Aquel polvo grisáceo que me servía de máscara para disfrazarme de adulto. Que me guardaba en los bolsillos, en los cuadernos, que me había tragado para saber cómo era la silicosis.

Nunca se debería desandar lo andado de colegial.

—Porque cuarenta y dos muertos, desde luego, es la mayor catástrofe minera de la posguerra. No hubo ninguna peor antes de que cerraran los pozos.

El tipo de la barra estaba hablando conmigo. Perdón. Disculpe. No prestaba

atención. Montaba en un ciclomotor, con los enormes brazos de mi hermano alrededor de mi cintura.

Me habló del pozo 3bis y le dejé hacer.

En 1974 tenía treinta y dos años.

—¿Era usted minero?

Qué va, no. Era albañil. Pero conocía a los mineros. Bastante bien, de hecho. Uno de ellos murió el 27 de diciembre.

Me tomé una segunda cerveza, una tercera.

El campeón de carros a vela escuchaba vagamente.

El otro explicaba que todo había cambiado muchísimo. Hoy en día los sindicatos eran un chanchullo. ¿Los políticos? Unos vendidos. Así de fácil, él ya no votaba.

—Ya no quedan hombres como los caras negras. ¡Aquellos cabrones acabaron con ellos!

—¿Qué cabrones? —pregunté.

—¡Todos! —contestó—. Todos eran unos cabrones.

Se inclinó hacia mí.

—Aquí ya solo queda buena gente.

Barrió el bar con un gesto de la mano.

—¡Mira los cascos en las mesas! ¡No es cuento!

Asentí, por si acaso.

—Hombres de verdad, que tuvieron los cojones de meterse bajo tierra.

Alargó el dedo hacia el anciano de la silla de ruedas.

—¡Ahí tienes al Yayo Bowette, por ejemplo! *Galibot* a los doce años, picador a los dieciocho, jefecillo al final de su carrera. ¡Treinta y cinco años en la mina sin quejarse jamás!

El tipo se volvió hacia la sala. Gritó:

—¡Bowette! *San t'ekmander*, ¡ven a saludar al parisino!

El otro pareció sorprendido.

La silla era eléctrica. Se abrió camino por la sala hasta la barra, emitiendo un



zumbido. Un hombre flaco, pálido, con una bufanda azul celeste. Llevaba las cánulas nasales puestas y el depósito de oxígeno en el regazo. No se había quitado el abrigo.

Me sentí incómodo. El tipo me tendió una mano huesuda. Le temblaba. Se la estreché con cuidado.

—Lamento molestarlo, es que el señor ha insistido...

Me interrumpió. Una voz sin aliento.

—Ya lo conozco. Todo el mundo lo conoce, no se preocupe.

El otro soltó una risotada sin taparse la boca. Le faltaba un diente.

—Soy el pájaro que pía demasiado.

Puso una mano en el hombro enclenque del anciano discapacitado. Los dos debían de tener la misma edad.

—Mientras yo trabajaba en los tejados, Bowette estaba en la mina.

El hombre me observaba. Con la misma sonrisa. Esperaba a que su amigo terminara su comedia. Le costaba respirar. Expiraba el aire con una tos seca.

—Como digo siempre: ¡Miná el del aire puro y Bowette el del carbón! Lo llevamos escrito en la cara.

Me estremecí. Aquella frase. Aquel careto. Cuarenta años después, Miná seguía allí.

Le dio al otro unos golpecitos en el torso. Expresión de orgullo.

—En cualquier caso, ascendió todos los escalones de la mina.

—Casi todos —lo corrigió el otro.

—¡Capataz! ¡Nada menos! —replicó Miná.

—Nada menos —repitió Bowette.

De repente me puse al acecho, con el vaso en la mano y los labios secos.

—¿Eso no es lo que llamaban *porion*?

Mi hilo de voz.

Miná aplaudió. El otro esbozó una sonrisa.

—¡Pues sí! Es que los jefes del pozo se quedaban inmóviles como puerros.<sup>[4]</sup>

De nuevo, su risa malévolamente.

—Después de deslomarse como un condenado, ¡se dedicó a vigilar cómo se deslomaban los demás!

Bowette agachó la cabeza. Para mis adentros, maldije al charlatán.

—Ya basta de tu cantinela, Miná —protestó el dueño.

No sé por qué, volví a tenderle la mano al hombre de la silla de ruedas. Su elegancia agotada, su discreción, su manera de no contestar a los imbéciles.

—Michel Delanet —dije.

—Lucien Dravelle.

Una explosión. Una bolsa de grisú en el vientre. Una oleada abrasadora. Su aliento inflamó mi polvo de carbón. Espalda, brazos, piernas. Me faltaba el aire. Abrí la boca. Encorvé los hombros. Se me incendió la cara. Fuego en las sienes, sangre en las mejillas. Una lágrima de sudor me perló la oreja por detrás. No desencajar el rostro. No dejar de sonreír. En mi mano, su mano temblaba. Su mirada hurgaba en la mía. El anciano creía que aquel seísmo era fruto del desconcierto. Hice de tripas corazón.

Miná, Dravelle. Cuarenta años después, me acordaba del ave cantora, no del canalla.

—Pero entonces... ¿qué significa Bowette?

Voz monocorde. Dravelle se llevó la mano a la oreja.

—¿Perdón?

—Tiene que hablarle más fuerte. La mina te deja sordo —dijo Miná, riéndose.

—¿Bowette... es un apodo?

Gesto irritado de Dravelle.

—La *bowette* es la galería principal de la mina. La más ancha, la más iluminada, la más accesible.

—La más pancha, vamos —se mofó Miná.

Dejé escapar una risa sardónica.

Dravelle me soltó la mano.

—Cuando me ascendieron, Maes empezó a llamarme así. El tipo tranquilo, trasladado a donde no ocurre nada. Entonces yo lo bauticé Miná, ese pájaro al que más le valdría cerrar el pico. Llevamos así cincuenta años.

Miná levantó el vaso.

Y yo levanté el mío.

## El Yayo Bowette

Lucien Dravelle vivía en Lens. Lo había buscado por toda Francia, pero el jubilado no había salido de su calle. Simplemente se había mudado de un número a otro, veinte años atrás. De niño, yo pasaba a menudo por delante de su gran casa sin sospechar que pertenecía a un *porion* de Saint-Amé.

—Parece la sede del Partido Comunista en pequeño —solía decir Joseph, riéndose.

En pequeño, pero con la misma fachada roja, el mismo hastial flamenco y majestuosos escalones.

—No creo que aquí viva ningún camarada.

Su mujer, Lucie Dravelle, había heredado el edificio de la antigua farmacia. Y lo había convertido en un palacete. En la cúspide del tejado, una veleta metálica en forma de estandarte. La vivienda era imponente.

—Desdeñosa —había dicho Joseph.

Tan solo los ladrillos seguían siendo obreros.

Tras la partida de su hijo y la muerte de su esposa, Dravelle había vendido la inmensa casa y había comprado un apartamento sencillo en la misma calle, a medio centenar de metros. Después de su accidente de coche, necesitaba vivir en una planta baja, a pie de calle y del jardincito. Ni pisos, ni escaleras, ni nada que pudiera amenazarlo. Cada día, con la silla de ruedas, pasaba por delante del hermoso caserón gótico. Sin pesar, decía. Su antigua vivienda estaba dividida en

dos bufetes de abogados, de un marido y su esposa. Sus placas relucían en la entrada. Dravelle había hecho su duelo.

\*

Tras la ceremonia del cuarenta aniversario, anduve un trecho con él. Salimos juntos de Chez Madeleine, ateridos por el mismo viento. Él circulaba por la acera, encorvado como un anciano, con su bufanda azul celeste tapándole la nariz. Y yo caminaba a su lado. Al salir del bar, se había quitado las cánulas. Le mentí. Mi madre agonizante, la casa de alquiler en Saint-Vaast, mi descubrimiento de aquella región.

Detuvo la silla de ruedas para mirarme. Parecía atónito. Respiraba con la boca abierta.

—¿Es usted de Beaujolais? ¡No me diga!

Lo pronunció como si fuera una grandísima noticia. Por un instante, me dio la impresión de que estaba turbado. ¿De dónde era yo exactamente? ¿De qué viñedo?

—De Saint-Amour —dije.

Gesto de la cabeza.

—Saint-Amour Bellevue, lo conozco.

—Bellevue, eso es —añadí con una voz inexpresiva.

Jojo y yo habíamos visto un reportaje por la tele sobre aquel pueblo.

«Resulta que allí San Valentín es festivo», había comentado mi hermano, divertido.

Todavía me acordaba del nombre del pueblo. Aquella broma era lo único que conocía de Beaujolais.

—¿Y cómo acabó su madre en Pas-de-Calais?

Por un traslado al final de su carrera, dije. Cuando llegó a Cucq, yo ya me

había marchado de casa hacía mucho tiempo. Puso cara de asombro.

—¿Y se quedó en la región después de jubilarse?

—Sí, se quedó.

—¡Qué raro! Si uno no es de aquí, se marcha enseguida —dijo Dravelle con una sonrisa.

Me habló del mecánico de Mayenne que soñaba con volver a Córcega, del cartero de Martinica, del gendarme bretón, todos ellos infelices por haber ido a parar allí. Le clavé la mirada.

—Pero a usted le entristecería tener que pasar la jubilación en compañía de las cigarras, ¿verdad?

Se echó a reír. Luego tosió bastante, con la boca hundida en el ángulo del codo.

Me supo mal.

—¿En la Provenza, por ejemplo? ¡Qué horror!

—Pues mi madre igual. Pasó diez años en el norte de Francia y Pas-de-Calais. Se enamoró del sol de aquí. Esta comarca se convirtió en su hogar.

Bajé la voz.

—Además, quería poner tierra de por medio con mi padre.

—Lo comprendo —se limitó a contestar.

Lo acompañé hasta su coche eléctrico. Quise echarle una mano, pero, con un gesto seco, se negó. Abrió el maletero con la llave y desplegó una rampa. El habitáculo estaba vacío. Chasis rojo y neumáticos blancos; la silla de ruedas era el asiento del coche.

Se percató de mi sorpresa.

—Ya ve que el progreso es imparable.

Me estrechó la mano. Se desabrochó el cuello del abrigo, que lo protegía de la lluvia. Un fantasma.

En la barra de Chez Madeleine me había dado su tarjeta; con un bolígrafo, había añadido su número de teléfono y reemplazado su nombre por «Yayo Bowette». Yo simplemente había apuntado «Michel» y mi número de teléfono

detrás de un posavasos de cartón.

—Venga a verme si se aburre.

Asentí con la cabeza.

—¡Pero no se olvide de traer una botella de vino de su región!

Solté una risotada. Compartió mi alegría señalando el cielo.

—Con mucho gusto.

Lo observé mientras se alejaba. Iba a estallarme la cabeza.

«Con mucho gusto.»

¡Qué frase tan indigna! Llevaba cuarenta años buscando al asesino de mi hermano y resulta que acababa de brindar con él. De conversar, de intercambiar miradas y atenciones. Resulta que me hablaba de sus cosas. Resulta que yo me abría. Me quedé trastocado. Desde la catástrofe, me enfurecía no poder ponerle cara a su nombre. Ni su nombre a una tumba. Lo perseguía con el pensamiento. De día al volante de mi camión, de noche en sueños. Me paseaba con él en la cartera, junto al permiso de conducir. Cuando sacaba dinero del cajero, cuando pagaba el café, siempre estaba allí. Un recorte de periódico. Su rostro, secuestrado de entre la multitud a tijeretazos. Un documento amarillento, desgarrado por los bordes, enfermo por todo el tiempo transcurrido. Una orden de búsqueda del tamaño de un sello.

En cuanto su cochecito dobló la esquina de la calle, saqué la imagen de su funda. No reconocí a aquel joven. Ni los rasgos, ni el traje burgués, ni la arrogancia. Me sentí como un crío, miserable y simplón.

—¡Si es un lisiado, carajo!

En plena acera, me puse a gritar. Me di la vuelta. Miná no nos había seguido. Nadie había salido del bar. Estaba solo.

—¡Un pobre diablo sin oxígeno!

Eché a andar hacia el castillete. El verdugo de Jojo era un anciano en silla de ruedas, con unos tubos en la nariz para respirar. Pasé junto a las estelas de mármol. Di un puntapié a una papelera. Una vez sentado al volante, me pregunté si no debería regresar a París. Enseguida. Sin pasar por la triste casa que había

alquilado, sin decir palabra. Abandonarlo todo de nuevo. Como cuando hui de los escoriales para respirar algo distinto al polvo de hulla. Que pasara diciembre, no pisar la granja nunca más. Olvidarme de la mina, estrangular aquel acento infantil, volver a las calles anchas, las terrazas de los cafés, los bares anónimos donde el 27 de diciembre no es más que una fecha entre dos días festivos. Saludar a Jacky, acariciar el volante de Steve el Camión. Comprar un estudio con lo que me quedaba. Buscar los reflejos de Cécile en la cabellera de otra. No morir aquí, así, a la sombra de aquel drama.

Y no matar a Dravelle.

Pero regresé a Saint-Vaast. Y me topé con la señora Liénard esperando mi llegada. Yo llevaba todo el santo día sin abrir los postigos. Andaba preocupada. Había llamado a mi puerta toda la mañana, gritando mi nombre. Había sido paciente durante mucho rato. Y luego había entrado.

¿Qué pretendía? ¿Que se quedara en la acera con un drama dentro? ¿Eh? ¿Y si me hubiera ocurrido algo? ¿Y si me hubiera caído? ¿Y si hubiera perdido el conocimiento? ¿Quién habría sido el responsable? ¿No había leído historias de gente a la que encontraban muerta en su casa al cabo de los años? Me miró de hito en hito. A la espera.

—Sí, claro que sí.

—¡Pues yo no soy de las que dejan los postigos cerrados!

Entré en la casa. Ella se encerró en la suya. Dos viviendas idénticas, con los planos invertidos. Encendí una lámpara de pie. La señora Liénard debía de haber abierto la nevera. Leche, mantequilla, un cuarto de brie. El pan apenas estaba empezado. Ella no había tocado nada, pero estaba convencido de que había subido al dormitorio. Me quedé sin aire. Me desplomé sobre el camastro. En la pared, el casco de minero. ¿Por qué un casco? ¿Qué diablos hacía un camionero



parisino con un casco de minero si iba a visitar a su madre enferma? Me llevé las manos a la cabeza. Me puse en pie bruscamente y bajé corriendo. Detrás del tabique, la vieja debía de estar vigilando todos mis pasos. Casi pegué un grito. El retrato de Lucien Dravelle en la pared. Y la foto de Jojo, preparado para empezar su turno.

Un minero desconocido, un notable de Lens. ¿Y si la señora Liénard conocía a Dravelle? ¿Y si se lo había cruzado? ¿Y si habían sido novios? ¿Y si habían seguido en contacto?

—¿Lucien? Soy Héléne. Tengo un inquilino rarísimo que ha pegado una foto tuya en la pared.

Me serví una copa de vino. Cada vez me temblaba más el brazo.

Arranqué a Jojo y a Dravelle. Doblé las fotos y las guardé debajo de los pantalones.

Steve McQueen se quedaría allí. Para ella no significaba nada. Un actor, un cartel de una película. Ni amenazante ni sospechoso. Apagué la lámpara de pie y encendí la luz de la cocina. Permanecí en la penumbra del salón, con la mirada clavada en Michel Delanet. No podía marcharme. No tenía a dónde regresar. Era demasiado tarde. Cécile había muerto, yo había muerto con ella. Ya no me quedaba vida para empezar de nuevo. No deseaba un ocaso para llorar su mirada. Había alcanzado mi meta. Encontrar a Dravelle, el *porion* de seguridad.

—¿Quién es? —me preguntó mi mujer al ver su retrato en mi cartera.

—Un canalla —contesté.

«Vénganos de la mina», escribió mi padre. Sus últimas palabras. Y se lo prometí. Tras su muerte, mis puños amenazaban el cielo. Nunca dejé de prometérselo. Vengaría a mi hermano, muerto como obrero. Vengaría a mi padre,

muerto como campesino. Vengaría a mi madre, muerta abandonada. Nos vengaría a todos de la mina. Nos resarciría de los Yacimientos de Hulla, de los crápulas que nunca habían pagado por sus crímenes. Devolvería la dignidad a los sacrificados en el pozo 3bis. Honraría a los mártires de Courrières, a los asesinados de Blanzky, a los calcinados de Forbach, a los heridos de Merlebach, a los despedazados de Avion, a los gaseados de Saint-Florent, a los quemados de Roche-la-Molière. A los ocho de La Mûre, sepultados por una galería del pozo de Villeret. Sacaría a la luz a los huelguistas de 1948, a las familias expulsadas de las colonias mineras, a los heridos, a los enfermos de silicosis, a todos los hombres muertos por culpa del carbón sin heridas aparentes. Haría justicia a las viudas humilladas, condenadas a pagar la ropa de trabajo que su marido había hecho polvo al morir.

Debía matar a Lucien Dravelle.

\*

Al cabo de dos días lo llamé. Y me presenté con una botella de Saint-Amour.

Me abrió él mismo, apoyado en dos bastones. Llevaba una mascarilla de oxígeno, un abrigo y su bufanda azul.

—Siempre tengo frío —dijo sonriendo.

Su casa apenas era más grande que la mía, pero el techo tenía una altura impresionante, reforzada por una viga pintada de blanco. Vivía solo. Nos instalamos en la mesa del comedor, bajo una lámpara de araña barroca que se comía el techo. Candelabros labrados, bombillas en forma de llamas, ramas doradas unidas por sartas de cuentas.

—Un recuerdo de nuestra vieja casa —susurró Dravelle.

Un secreter antiguo junto a la pared, un velador de bronce en la entrada. Los otros muebles eran modestos. En la vitrina, gatos, un cisne blanco, un pato

verde, un delfín, una tortuga minúscula, animales de cristal soplado. Y encima del mueble, colocados sobre un pañuelo rojo y blanco, un casco y una lámpara de minero.

Dravelle, sentado en su silla de ruedas eléctrica, estaba abriendo la botella. Yo observaba los animales.

—Son de Murano. ¿Ha estado?

No, no había estado. Había viajado mucho con mi camión, pero sobre todo por el este y el norte de Europa. Desconocía por completo el sur. Y nunca había ido a Italia.

Dravelle se había acercado el tapón a la nariz. Señalé la parte superior del enorme mueble.

—¿Y eso?

—Es un antiguo casco de minero.

Llenó las dos copas.

—Cójalo, si llega.

Llegaba.

—Antes eran de cuero hervido, embadurnado con una especie de alquitrán para que quedara rígido.

Dravelle examinaba el vino. Yo miraba el casco.

—¿Puedo?

Iba a ponérmelo en la cabeza.

—Espere.

De un cajón, sacó un gorro de tela.

—Los mineros se ponían los zapatos con calcetines y el casco con un gorro debajo.

Me lo alargó, tosiendo.

—Así no se movía, y protegía el cuero cabelludo del sudor.

Me senté a la mesa frente a Dravelle, con su casco de minero en la cabeza.

Me sonrió, alzando la copa.

—Cuénteme.

Lo miré.

—¿Qué quiere que le cuente?

—Este color rubí intenso.

Se quitó la mascarilla. Lo probó. Apenas un sorbito. Yo también le di un trago al vino.

—¿Entonces?

Giró la botella, de modo que la etiqueta quedara ante mí.

—Cuénteme del Saint-Amour.

Empezó a toser. Yo no sabía qué responder.

—Yo le hablo de la mina y usted me habla del vino, toma y daca.

Dravelle se rio. Sonreí. Cerró los ojos. Murmuraba para sí.

—Aromas a fresa, a frambuesa y a violeta.

Yo lo miraba. Temí que me hubiera desenmascarado.

—Vaya... Y ese toque de melocotón a lo lejos, ¿lo nota?

Volví a beber. Despacio, como él.

—Melocotón, sí. Es verdad. Se nota un poco más lejos.

Estaba repitiendo sus palabras. Me observó. A continuación, sirvió otra copa. Parecía relajado.

—Aunque haya nacido en Beaujolais, no tiene por qué ser un experto en vinos —declaró.

Improvisé desordenadamente, mientras Dravelle recuperaba el aliento. Sí, desde luego. Era una región vinícola, pero en mi familia no había ningún vinatero. Mi padre era un simple campesino. Le hablé de la tierra, de la huerta, del cultivo del maíz, de las vacas, de las gallinas. Le expliqué que en mi casa siempre había vino en la mesa pero se bebía sin comentarlo.

—¿Conoce usted la comarca de las piedras doradas?

No las conocía, no. Sus preguntas me ponían nervioso.

—Está en el sur de Beaujolais, la cuna de mi mujer.

Puñalada.

—¿Es de allí?

—Era de allí.

Me disculpé. Él esbozaba la misma sonrisa agotada que de costumbre. No sabía si me juzgaba, si se burlaba de mí o no era más que un destello de alegría.

—No solo era de allí, sino que su familia se dedicaba al vino. Ella era enóloga, especialista en beaujolais.

Puso en marcha la silla de ruedas sin dejar la copa. En la librería, buscó un libro con la cubierta granate. Lo deslizó por encima de la mesa, colocándolo ante mí.

*Lucie Chabron*  
*La dama de Beaujolais*

—Por eso me las daba de listo con usted.

Respiré hondo. Solo hablaba de sí mismo. No se había dado cuenta de nada. El libro era magnífico. Imágenes, colores, felicidad. A cada denominación de origen le correspondía un capítulo, cada vino había sido catado y anotado con esmero. Fui pasando páginas rebosantes de sol.

—Esta es Lucie —murmuró Dravelle.

De un álbum, había sacado una foto reciente de su mujer, y otra, y una tercera bañada en luz. Lucie se reía. Estaba sentada en un jardín, dentro de un cenador. Tenía el pelo gris, llevaba una blusa roja con lunares verdes y un sombrero de fieltro negro con un lazo blanco, y se tapaba la cara con un abanico.

—Me gusta esta foto porque es misteriosa. No como los selfies que se estilan hoy en día.

Sonreí. Alcé aquel recuerdo a la luz de la vieja lámpara de araña. Le hablé de la muerte de Cécile.

—Algún día tendrá que presentármela.

Lo soltó tal cual, con toda naturalidad.

Sostenía las fotos entre sus manos trémulas, desplegándolas como un jugador de póquer. Luego las guardó una a una, levantando delicadamente el papel de

seda que las cubría. Un viudo que empuñaba sus cartas, exigiendo a su compañero de infortunio que le mostrara su juego.

\*

Y entonces me dediqué a esperar a Dravelle.

Abrigué la esperanza de que me llamara después de Nochevieja. ¿Que si quería pasar por su casa? ¡Con mucho gusto! Pero no me llamó. Una semana de silencio, otra. No quise convertirme en el que volvía al asalto. El que insistía. El que impedía cerrar la puerta con el pie. No quería que el *porion* recelara ni se hiciera preguntas. Así que me aburrí. Dormí muchísimo. Bebí. Leí el periódico a diario, hasta las esquelas. Me imaginé la suya, muy sencilla, con su foto ribeteada de negro. «Lucien Dravelle, antiguo minero. 1934-2015.» Escuchaba la radio al mínimo. Por la mañana, la casera barría el umbral de mi puerta. Era consciente de que su mirada atravesaba mis cortinas. En Nochebuena, invitó a varios amigos. La noche de fin de año se fue de cotillón. Un coche la recogió a última hora de la tarde. La señora Liénard había renunciado a preocuparse por mí. A veces, yo paseaba por el pueblo en busca de caras de antaño. El crío de alguna granja convertido en viejo granjero. Una chica de ayer apoyada en un bastón. Conducía a menudo hasta Lens. Entraba en Chez Madeleine para tomarme una cerveza que me aplacara la sed. Saludaba a Miná sin hablarle del *porion*. Me preguntaban por mi madre. Albergaba la esperanza de encontrarme a Dravelle por la acera, buscaba su coche, lo esperaba mañana y tarde. Por la noche, volvía a casa como un cazador con las manos vacías. Estaba triste, agotado. Michel Delanet, prisionero de mi pared, tenía sus dudas.

Hasta que, a finales de enero, el *porion* me llamó. Se le había reventado un neumático del coche.

—Se me ha ocurrido que un camionero también tiene que ser un poco

mecánico, ¿no?

Le cambié la rueda, inspeccioné la batería. No sabía mucho de vehículos eléctricos. Dravelle me observaba desde la silla de ruedas, apostado en el umbral de la puerta.

—¿Le apetece picar algo?

Era la hora del almuerzo. Acepté. Una comida a base de carne fría, acompañada de una ensalada de endivias con manzana verde.

—A mediodía no suelo beber vino, ¿y usted?

Yo tampoco. Dravelle comía con la boca cerrada, sin quitarse las cánulas de la nariz, dándose unos golpecitos en los labios con la servilleta entre bocado y bocado. Tosía continuamente. Pequeños ataques de tos seca que mitigaba bebiendo un vaso de agua. No hablaba. No tenía nada que preguntarme, yo no tenía nada que contestarle. Simplemente compartíamos la comida. A la luz su cara parecía cérea. Mientras tomábamos los quesos, se quedó con los ojos cerrados y el cuchillo en la mano, como si acabara de venirse abajo. Se le cayó la cabeza hacia delante; enseguida se recobró. Me observó. Fingí estar mirando la ensalada.

El casco volvía a estar en su lugar habitual, sobre la vitrina, junto a la lámpara de minero. Sentí que me invadía la furia. Contra él, que me había llamado como un señor. Contra mí, que había acudido como un criado. Dejé los cubiertos en la mesa. Habíamos terminado de almorzar sin decir palabra. Dravelle recogió los platos.

—¿Quiere que quite la mesa?

Movimiento brusco de la mano. Un gesto de capataz. Ya lo haría él luego.

—¿Cómo se encuentra su madre?

Otra vez. A punto estuve de responder: muerta y enterrada.

—Según el médico, es cuestión de meses.

Mordisqueó el pan que le quedaba.

—No se fíe de los médicos.

Pensé en Cécile. En su final, sin nadie que llevara una bata blanca.

—En mi caso también era cuestión de meses. Y hace años que pasan los meses.

—¿Es grave? —pregunté.

Con un gesto hastiado, señaló el tanque de oxígeno.

—Todo el mundo acaba muriendo de algo.

Tosió.

—A mí me fallan los pulmones, ya no me ventilan.

Lo observé. Ojos hundidos, ojeras azules, venas marcadas bajo la piel del cuello.

—¿Y eso?

—Es una enfermedad de minero —contestó Dravelle.

Se despidió. Estaba cansado. Cada cuatro horas se metía en la cama. «Mi pequeña pausa», decía. Se acostaba encima del edredón, vestido, con la máscara de oxígeno y la esperanza de despertarse al cabo de una hora.

Temía dormirse.

—A menudo, durmiendo se estira la pata.

No es que temiera la muerte, pero tampoco la buscaba. Quería agotar su reserva de oxígeno. Me acompañó a la puerta, me dio las gracias por el neumático y la compañía.

—No siempre es fácil estar solo.

Asentí con la cabeza.

—Para usted tampoco, ¿verdad?

Para mí tampoco. Desde la muerte de Cécile, nunca me había sentido tan abandonado. Pasaba días enteros sin hablar con nadie. A veces pronunciaba algunas frases en voz alta para oírme la voz. Le hablaba a la foto de Jojo, escondida debajo de la ropa. A la de Michel Delanet. Maldecía la vieja imagen de Dravelle. Mi teléfono móvil parecía mudo. Jacky me había enviado dos mensajes. Me decía que no sufriera. Que Steve el Camión me esperaba. Que me tomara mi tiempo, sin preocuparme por nada. No le había contestado. Un mes antes había encontrado al asesino de mi hermano. Y ya no sabía qué hacer con



aquel cuerpo enjuto. Allí estaba, frente a mí, oculto bajo capas y capas de ropa y su bufanda azul. Su cabeza de pájaro enfermo, su voz de moribundo, su tos. Al despedirse, me recordó que le debía una foto de Cécile. Dravelle estaba cansado.

Entonces le prometí la foto. ¿Cuándo? No lo sabía. ¿El próximo sábado, quizá? El sábado, por qué no. Mejor a media mañana, así no se fatigaba tanto. No me invitaba a comer, pero tomaríamos un aperitivo. Y esta vez, él se encargaría del vino. ¿Me iba bien? Me iba bien. Le estreché la mano. Empecé a caminar. Había aparcado el coche a varias calles de distancia, con el propósito de no llamar la atención. Al pasar por delante de la antigua casa del *porion*, me apunté el nombre y el número de teléfono de los abogados, grabados en las placas. Aude y Francis Boulfroy, del Colegio de Abogados de Béthune.

El regreso a Saint-Vaast fue arduo. No podía quitarme de la cabeza la cara de Dravelle. Cuando llegué a la casita, respiré hondo. Mi casera había cerrado sus postigos. Iba a pasar toda la semana en Lille. La ausencia de sus pasos, de los ruidos de la vajilla, de las frases que farfullaba sola en las escaleras, aquel silencio me haría bien.

Había llenado la nevera, había hecho provisión de agua. El sábado iría a visitar a Dravelle. Y sería la última vez que este le abriría la puerta a Michel Delanet. La última vez que yo lo dejaría vivo. Era Michel Flavent. Dravelle debía saberlo. Pero le ofrecía esa última tregua. Lo había decidido mientras conducía, con la mirada clavada en los escoriales de Loos. Porque me equivocaba de camino. En lugar de reclamarle justicia a Dravelle, había cambiado el neumático del Yayo Bowette. Me preocupaba por el color de su tez, por su tos. Lo vigilaba en secreto. Recogía su tenedor caído. Debía poner fin a aquella mentira.

—Dime que los reconoces cuando te los cruzas por la calle. ¡Dímelo!

Mi padre, poniendo en guardia a Jojo contra el oficio de minero. Hablándole de los hombres derrotados por el carbón. De su respiración de pez boqueando en la grava, sus temblores, sus gestos lentos, su espalda molida, sus ojos tristes, sus oídos muertos.

Y yo había reconocido a aquel minero. Enseguida, el primer día, en la barra. Su oído cansado, su piel de tiza, su apretón de manos frágil. Al envejecer, el polvo de silicio había alcanzado al *porion*. Se parecía a los hombres a quienes no había sabido proteger. Pero él seguía vivo. Sin aliento, cascado, solo, dolorido, pero vivo. Tuve que repetirme esa palabra hasta la náusea. ¡Vivo! Como un viejo criminal de guerra hallado en el ocaso de su vida, sobre quien cabe preguntarse si todavía hace falta castigarlo.

—¡Hay que castigar a Dravelle!

Me puse a gritar en medio del salón. Sí, castigar a Dravelle porque era de justicia. Porque ningún tribunal penal había juzgado la catástrofe de Liévin. Los responsables de aquel crimen habían ido muriendo uno tras otro, al igual que los supervivientes y los testigos. Hoy solo quedaban familias truncadas, viudas y huérfanos a quienes Francia jamás había llorado. Y por esas familias, esas viudas, esos huérfanos, esa memoria devastada, por la dignidad de Joseph Flavent, debía castigar al último culpable. Y también pagar por ello. Me sentarían en el banquillo. Pero mi juicio sería el de los Yacimientos de Hulla. El de la verdad. El de la dignidad. Bebí. Una botella de vino, solo bajo la luz mortecina. Con la foto de Jojo delante. Jojo que sigue haciendo hermanos. Que se reencontró con un padre muerto por dignidad y una madre muerta de pena. Todos ellos me piden que los resarza. A mí, el último, el superviviente.

En mi agenda, marqué el 19 de marzo, día de San José. Así tendría un poco de tiempo. No para reflexionar, sino para prepararme. Y matar aquel día o callarme para siempre.

\*

—Es extraño, pero me la imaginaba exactamente así —susurró Dravelle.  
Había colocado la foto de mi mujer y el rostro de la suya encima del mantel blanco.

Las miraba sin despegar los labios, con la cabeza entre las manos.

—¿Qué queda de nosotros una vez que ellas se han marchado?

No era una pregunta. Yo desconocía la respuesta.

—¿Los remordimientos?

No entendí lo que quiso decir. Deseé recuperar a Cécile. Guardarla en su sitio, junto a mi corazón. Apartarla de la luz dorada de aquella lámpara de araña, de la mirada de aquel hombre, de la compañía de aquella burguesa que lucía una blusa roja con lunares verdes, escondida detrás de su abanico. Justo cuando puse la mano sobre la foto, me detuvo.

—Espere un poco, por favor.

Observó a Cécile. Acto seguido, se recostó en el respaldo de su silla de ruedas.

—Ya está. Adelante.

Guardé mi foto. Él introdujo la suya en el gran álbum. Nos habíamos bebido una copa de vino cada uno, nada más. Un Beaujolais-Villages. Puso las manos abiertas encima de la mesa, como siempre que daba por concluida mi visita.

—Hábleme del 27 de diciembre de 1974 —le dije.

Abrió la boca. Se quitó las cánulas. Su mirada reveló incompreensión.

—En Chez Madeleine empezó a contarme la catástrofe, pero Miná lo interrumpió.

Sonrió. Ahuyentó un pensamiento con el dorso de la mano.

—¡Ah! Miná...

Volvió a prestarme atención.

—¿Qué quiere saber del 27 de diciembre?

—Todo lo que sepa.

Una respuesta febril. Demasiado apresurada, demasiado brusca. Seguro que se había dado cuenta.

—¿Y usted qué sabe de aquella desgracia?

Desgracia. La palabra me sorprendió. No resultaba apropiada para el responsable.

—Leí el periódico después de la ceremonia. Cuarenta y dos muertos a causa del grisú.

Hizo una mueca.

—Eso es solo una cifra. ¿Qué sabe de los hombres?

Abrí las manos. No lo entendía.

—Usted me ha dicho el número de víctimas. Pero ¿qué sabe de ellas?

Volvió la cabeza hacia el aparador.

—¿Le importaría abrir la puerta de la izquierda?

Me puse en pie. El interior del mueble solo contenía papeles, atados con unas gomas gruesas. Docenas de carpetas, recortes de periódico, sobres.

Al fondo del armario, había pegado la foto de un minero. De gala, con ropa nueva y un pañuelo blanco, llevando la cruz de una de las víctimas del pozo de Saint-Amé.

—¿Podría coger la carpeta de cartón negro que está encima de la pila?

Una carpeta voluminosa. En la etiqueta estaba escrito a mano: «Mis muchachos».

La abrió sin dejar de mirarme. Y luego sacó las fotos. Las conocía. Cuarenta y dos rostros arrebatados a la vida. La sonrisa de Roger, la belleza de Émile, la gravedad de Czeslaw, la expresión concentrada de Ahmed, la juventud de Jean-Michel. Los colocó encima del mantel blanco, respetuosamente, los unos junto a los otros. Procurando no tapar a un compañero con otro. Yo estaba inmóvil. No me atrevía a hacer nada. Ni a decir palabra ni a esbozar ningún gesto. Apenas respiraba. Era como un nuevo adiós. Un último homenaje. Observaba a cada mártir ocupando su lugar en aquel altar de algodón bordado.

Faltaba mi hermano. Aquí también estaba ausente. Como en todas partes, de

hecho, en los periódicos de ayer, en las placas de hoy, en los corazones y las memorias.

—Son mis muchachos —repitió Dravelle.

No contesté. Parecía más viejo, más encorvado, más solo. Miraba a los mineros esparcidos bajo la luz amarillenta. Rompió a llorar. Así, de golpe. Sin una queja, sin defenderse de nada. Dejó que una lágrima le corriera por la mejilla. Tosió inclinado sobre el hueco del codo. Una tos seca, de las que provoca el polvo. Se pasó las manos por la cara.

Alcé la cabeza.

—En retrospectiva, ¿cree que podría haberse evitado?

Me sostuvo la mirada durante un rato. Mi pregunta lo dejaba sin aire. Volvió a toser. A continuación, empezó a guardar las fotos en la carpeta negra, observando cada rostro de nuevo.

—¿En retrospectiva?

Seguía cabizbajo. Se puso los tubos de aire otra vez.

—No se tomaron todas las precauciones —dijo.

Busqué su mirada.

—¿Es decir?

Silencio. Sus manos acariciaban la goma elástica de la carpeta.

—Tendríamos que haber regado el pozo, verificado mejor la ventilación y las planchas de caliza y esquisto.

—¿Se había medido el grisú?

Frunció el ceño. Ademán inquieto. Mi pregunta era demasiado precisa. Bajé la voz.

—Leí en el periódico que hubo un problema de ese tipo.

Me alargó la carpeta de cartón.

—¿Puede dejarla en su sitio, por favor?

Guardé a los compañeros de Jojo. Iba a sentarme a la mesa de nuevo.

—Estoy muy cansado —susurró Dravelle.

Me disculpé otra vez. Cogí el abrigo. Le tendí la mano. Antes de dármele,

vaciló. Se quedó tal y como estaba, con los brazos caídos junto a la silla de ruedas. Él sentado, yo de pie, la vida suspendida bajo la enorme lámpara de araña. Y luego me la estrechó suavemente. Como quien dice adiós. Tan solo una presión de su pulgar en mi palma.

—Yo era uno de los responsables de su seguridad.

Dravelle no me soltaba la mano.

—Mi foto debería estar en ese mueble, con todas las demás.

Yo lo miraba sin contestar.

—¿Comprende lo que acabo de decir?

Lo comprendía.

—Tras la muerte de Lucie, intenté matarme. Y ya ve el resultado.

Con un triste puñetazo, golpeó el reposabrazos de la silla de ruedas.

—Antes era como un roble. Hoy no valgo un pimiento.

Y después se dispuso a acompañarme, como de costumbre. Quiso levantarse. Lo ayudé a apoyarse en los bastones.

—Llevo cuarenta años lamentando aquel 27 de diciembre.

Cruzó la sala con dificultad, resoplando y tosiendo. Un moribundo en el pasillo de un hospital. Una vez en la puerta, me dijo:

—¿La vida es así?

Me encogí. Me dolían las mandíbulas de tanto apretarlas. La espalda, las rodillas, el corazón. Para mi hermano, nunca había sido una pregunta. Dravelle me saludó con un gesto de la cabeza. Seguí los muros de ladrillo, giré a la derecha y luego a la izquierda. Ya no sabía dónde tenía aparcado el coche. Las lágrimas del canalla corrían por mis mejillas. Yo no lloraba. Llovía. La misma agua miserable. Lluvia oscura de invierno, pesada y gélida. Encontré mi volante. El castillete mudo, los escoriales a lo lejos.

Decidí guardar silencio hasta San José.

11

## San José

Dravelle volvió a llamarme por teléfono. Cinco veces, creo. Tres llamadas sin mensaje y luego otra mostrando su preocupación. Frases intrascendentes. ¿Cómo está? ¿Y su madre? ¿No habrá decidido beberse nuestro beaujolais con un auténtico experto?

En el último mensaje, decía:

—Espero no haberlo impactado con mis historias de minero. No sé por qué, pero su presencia me apacigua. Vuelva cuando quiera.

Una gran voz de gran hombre.

No contesté. No salí. No regresé a Chez Madeleine, ni al supermercado del final de la calle, ni a ningún otro lugar que me recordara a él. En Saint-Vaast había un colmado que repartía a domicilio. Pan, vino, sardinas, pasta, huevos, café, todo lo necesario para no tener que salir de casa.

El 19 de marzo de 2015, día de San José, mi despertador sonó a las cuatro y media de la madrugada. A la hora a la que Jojo rompía el silencio de las calles con nuestro ciclomotor. Me levanté sin hacer ruido. Sabía que la señora Liénard estaba pendiente del menor susurro. Hice la cama, como un colegial en un internado. Alisé las sábanas, ajusté la manta, ahuequé la almohada para que pareciera que no había dormido. A la izquierda de la puerta, pegué las fotos de

Dravelle y Jojo. No quería que los polis las encontraran debajo de mis pantalones. Ni que aseguraran que había ocultado pruebas.

Estaban uno al lado del otro en la pared. Mi hermano en todo su esplendor. Su asesino iluminado.

Abrí mi maleta de la infancia, con lo necesario para vengarme. Dejaría allí el resto de cosas. En una bolsa metí el «vestuario» de Joseph. Su ropa, su cadenita, el gancho, su placa. El trozo de hulla que me había regalado tras su primera bajada. Después de todos aquellos años, seguía siendo pesado y graso, como si acabaran de arrancarlo del surco. Me froté el dorso de la mano. Pintaba como un carboncillo. El color, el olor, esa grasa de la mina que las mujeres combatían con jabón incluso por dentro de los bolsillos. Me miré la mano. Una mano de minero, de hombre honrado.

Me puse un viejo mono de trabajo, me anudé al cuello el pañuelo blanco de las ceremonias fúnebres. Cogí el casco de mi hermano. En el viejo espejo de la entrada, Jojo me sonrió. Era su fantasma y el de todos los suyos. Me bebí un buen vaso de vino. Y otro. Guardé la foto de Cécile y mis gafas en un bolsillo.

Antes de abrir la puerta, toqué una última vez a Jojo. Le acaricié la frente, la boca, como siempre desde hacía cuarenta años. Negué con la cabeza. Me di cuenta de que no podía quedarse allí, solo, pegado en aquella pared extraña. La policía me lo arrebataría. Enseñaría la foto a todo el país. Joseph Flavent, el minero de Saint-Amé. Lucien Dravelle, su asesino. Me correspondía a mí explicar mi gesto, no a los policías descubrirlo. Contaría la historia cuando me sintiera preparado. En su debido momento. No quería confesar, quería reivindicar. Jojo no acabaría siendo una prueba material, en la vitrina de un tribunal penal, suplicándome que lo devolviera a casa.

Así que rompí el póster. En tiras, en pedazos. Mi hermano no era de papel.

Cogí el mazo de minero.

Salí sin hacer ruido.



Una vez más, decidí robar imágenes y tiempo. Para más tarde. Para el juicio, para la cárcel, para toda la soledad que iba a sufrir. Volví a la granja. Los semilleros de maíz estaban verdes, tiernos, vigorosos. La tierra de mi padre honraba su labor. Anduve hasta la verja de la escuela. Nuestras risas infantiles. Palpé el acero del castillete del 3bis, como un indio que interroga al árbol sagrado. Guardé silencio ante las estelas de los amigos desaparecidos. Mineros, hermanos, héroes. Todos aquellos a quienes Jojo conocía a la perfección. Contemplé las poleas inmóviles a la luz del amanecer. Imité a Joseph. El resoplido de las enormes ruedas. Que suben las jaulas de los hombres, que bajan a los compañeros hasta el fondo, llevando a las entrañas el oxígeno del exterior.

Subí al coche. Conduje hasta Liévin, tirando fragmentos de Jojo por la ventana. Aparqué a tres calles de Dravelle. Y luego esperé. Con la portezuela cerrada. Ni un ruido en el habitáculo. Me había tapado la boca y la nariz con el pañuelo blanco. Me había desabrochado el cinturón de seguridad y había adoptado una mirada impenetrable. Me puse el casco. Michel Delanet.

El Porsche 917 estaba parado.

—Es increíble, tiene los ojos como tú —había susurrado mi hermano.

Mi mano derecha reposaba sobre el volante. Relajé los dedos haciendo gestos lentos. Observé el podio, la bandera francesa que iban a desplegar. Me palpitaba el corazón. Lo oía. Primero lejano, como un tambor. Luego golpeando fuerte, martilleando, acercándose hasta aporrearne las sienes. Pensé en la mano de mi hermano en la oscuridad del cine. Me acordé. Aquellos gritos del corazón se parecían a mis terrores nocturnos. Salí del coche. Tan solo mis pasos en medio del silencio. Tan solo mi respiración. Miré el reloj. Todavía me quedaban

algunos minutos.

Me crucé con una mujer. Creo. Ya no estoy seguro. Una sombra. Me miró. Vio a aquel minero al amanecer. El espíritu de Saint-Amé. Sus zapatos de pobre, su mono de trabajo, su casco blanco. Llevaba una bolsa pesada y un bulto al hombro, como un muchacho que recorre la galería principal antes de perforar la veta. Me crucé con una mujer. El corazón me gritó que era una viuda.

—Venga a mi marido.

Eso me dijo. Creo. Desde la acera de enfrente, envuelta en un chal negro.

Su mirada clavada en la mía, su voz a mi paso.

Esperé a que fuera la hora exacta, pegado a un muro de la calle.

Cuando llamé a la puerta de Dravelle, la voz de aquella mujer todavía me encogía el corazón.

«Venga a mi marido.»

Su marido, mi hermano, los cuarenta y dos, todos aquellos asesinados por la indiferencia y el desdén.

—¿Delanet?

Dravelle se había levantado con dificultad. Había cruzado la casa, apoyándose en sus dos bastones. Eran las seis y diecinueve, la hora exacta de la catástrofe.

—¿Delanet?

Su rostro a la luz pálida. Sus ojos inmensos.

Me arranqué el pañuelo, dejé caer el mazo de minero y luego lo empujé. Yo estaba en la acera, él en el umbral. Abriendo la puerta al joven de Beaujolais que velaba a su madre. Al hombre de Saint-Amour. Al crío que se había vuelto parisino pero se sentía perdido en todas partes.

Lucien Dravelle se cayó hacia atrás.

Se cayó como un objeto. Pesadamente, sin una mirada, sin un grito. Cayó

como un soldado sorprendido, soltando los bastones, con las piernas pesadas y los brazos muertos. Con la reserva de oxígeno y las cánulas arrancadas. Se golpeó la cabeza y la nuca contra el suelo. Cerré la puerta. Impidiendo su retirada. Escondiéndonos de la ciudad.

Esperaba que el canalla se pusiera a chillar, a protestar. Esperaba que me insultara, que suplicara, pero no decía nada. Echado en el recibidor, parecía estupefacto. Aguardaba. Le costaba respirar, se asfixiaba, gemía. Como una tortuga volcada sobre el caparazón. Lo arrastré hasta la sala. Así, con las dos manos, tirando de él por debajo de los brazos. Dormía con la chaqueta del pijama, unos calzoncillos y la bufanda azul celeste alrededor del cuello. El superviviente pesaba como un muerto. Lo senté, recostándolo violentamente contra la pared. Sacudía la cabeza. Creía estar soñando. Me observó mientras abría la bolsa y sacaba el guardarropa de Jojo. Tosió, protegiéndose la boca con el ángulo del codo.

—Pero ¿quién es usted?

Voz de arena, de polvo. Ya no respiraba, silbaba como agua en un hervidor.

Yo llevaba cuarenta años esperando aquel instante.

Desde que mi familia había llegado ante las puertas del pozo de Saint-Amé, el 27 de diciembre de 1974. Con los puños de mi padre, las lágrimas de mi madre, Sylwia medio muerta. Aquellas mujeres conmocionadas, aquellos hombres cerrados, aquellos niños sin nada más. Cuarenta años esperando a que el miedo cambiara de bando. Y la angustia, la tristeza, la miseria, el duelo.

—Soy el hermano de Joseph.

Contesté así, sin más. De pie ante él. Con las piernas separadas. Dravelle volvió a toser.

—¿Joseph?

Instalé el jabalcón. Lancé la cadenita por encima de la viga. Profirió un pequeño grito. Los ganchos, la placa, el candado. Él conocía el ruido de aquel metal. El aire lo torturaba, abría la boca, la cerraba, como un pez boqueando en la grava. Un minero de pesadilla había entrado por la fuerza en su sueño. Un

desconocido estaba transformando su salón en la sala de los ahorcados. Colgué la ropa que llevaba mi hermano para bajar al pozo. Su chaquetón gris, su jersey de cuello alto, sus calcetines blancos. Dravelle observaba cada uno de mis gestos. Le temblaba el cuerpo. Se protegía la cara con los brazos. Tenía una mirada de pánico.

—¿Joseph Zavodski? ¿El hermano de Zavodski?

Me puse tenso. Había pronunciado el nombre de otro. Un héroe. Uno de aquellos a quienes todavía se recuerda. Uno de los cuarenta y dos grabados en el mármol negro.

No contesté.

Iba a asfixiar a Dravelle. A dejarlo sin aire para siempre. A hacerle pagar por la vida de los hombres muertos con la boca abierta. Por aquellos muchachos que habían confiado en él, que habían bajado sin temor tras cinco días de asueto. Que habían celebrado San Étienne. Que habían brindado por santa Bárbara, con su vasito de licor de cereza en la mano. Aquellos hombres que pensaban que habían regado el pozo, que el polvo mortal tan solo era una mezcla de agua y de nada, que el grisú estaba neutralizado. Que no había razón alguna para que un obrero muriera en el tajo.

—¿Joseph Nagy?

—¡Cierra el pico!

Nunca había gritado. Jamás, desde la infancia. Gritar no formaba parte de mi vocabulario.

Lucien Dravelle agachó la cabeza. Encorvó los hombros, el torso. Me recordó a una muñeca de trapo traicionada por el titiritero.

Dejé el guardarropa de mi hermano en el suelo. La ropa de mi hermano tirada. Ya lo montaría cuando hubiera terminado.

Me arrodillé frente al canalla. Me costó horrores. Las rodillas, la espalda. Por un instante pensé en quitarme el casco, pero me lo dejé puesto. Aquella imagen sería la última de su vida. Un obrero a cargo de la rozadora que subía del pozo, extenuado, y al que debía mirar a los ojos.

—Joseph Flavent —dije.

Su mirada. Su frente, su boca. Nada. El desierto. ¿Flavent? Ningún recuerdo. Guardaba las fotos de los cuarenta y dos mineros en el aparador. Bien ordenadas, la cara, el nombre, la edad, todo. Debía de sacarlas de vez en cuando, como había hecho conmigo, examinándolas una a una, mientras se golpeaba el corazón con las manos. Debía de llorar a aquellos hombres entre copa y copa de vino. Debía de jurar que su careto tenía que haber sido el primero de la pila. Y luego debía de recogerlo todo. Hasta el próximo turista. Hasta aquel desconocido procedente del Beaujolais que no sabía nada. Que nunca había oído hablar de Liévin ni del 27 de diciembre. Que cree que el grisú es una fatalidad. Y entonces Dravelle alardeaba con su silla de ruedas de minusválido rico. Exhibe su silicosis como los cabrones su bandera francesa. Hace su numerito de Bowette con Miná. Una vida de carbón frente a una vida al aire puro.

—¿Flavent?

No era una pregunta. Una queja.

¿Te acuerdas, canalla? Joseph Flavent, mi hermano. Minero del pozo 3b, que el 27 de diciembre de 1974, a las cinco de la madrugada, bajó al sector Six-Sillons con sus camaradas. Gravemente herido por tu culpa. Privado de aire. Sus compañeros de galeras lo subieron hecho jirones. Murió en el hospital de Bully-les-Mines el 22 de enero de 1975, menos de un mes después de la catástrofe. Y después, olvidado, borrado, expulsado de las ceremonias, las conmemoraciones, las estelas. ¿Te acuerdas?

Dravelle negó con la cabeza. Tardó en contestar. Yo estaba arrodillado, frente a él, en mono de trabajo. Tosió. Otra vez. Tenía la cara gris.

—¡Flavent! —repetí.

Agachó la cabeza. Flavent. Buscaba aquel nombre por la pared, dentro del aparador, en el reflejo de la vieja lámpara, en el cuero hervido de su casco de minero, entre los animales de cristal. Flavent. Su rostro gritaba de angustia. Flavent. Sus ojos aullaban de terror. Buscaba a Flavent. Lo buscaba. Con la mirada clavada en el suelo, en la mía, que iba de sus bastones muertos a mis

viejas manos. Estaba abriendo una bolsa de plástico. Una grande, opaca, para no verle la cara.

—No perdí a ningún Flavent —susurró Dravelle.

Entonces me levanté. Con dificultad. Me dolían los brazos y la espalda. En el coche, de camino, pasando frente a la granja, frente a la escuela, a los pies del castillete, a lo largo de las placas de los mártires, había decidido que si Dravelle lo reconocía, si pronunciaba el nombre de Jojo, si se echaba a llorar, se arrepentía o se disculpaba, si se acordaba de su risa, de su belleza, de su fuerza, si me hablaba de su trabajo, su tesón, su heroísmo, si recordaba su juventud, el viento enmarañándole el pelo, su frente alzada, la fuerza de sus puños, su sudor en la oscuridad, si hablaba del impacto de su pico en la veta, si lo evocaba sentado a la hora de la pausa, mordisqueando el bocata de su mujer, riéndose, si mencionaba el precioso pan de alondra que me traía, si decía algo de él, de mí, del amor que me profesaba, que me profesó hasta el final, hasta el accidente, hasta su lecho de dolor, hasta su muerte como héroe de su hermano, entonces le perdonaría la vida. Entonces desistiría. Entonces me marcharía como había llegado. Abandonaría aquí la ropa de minero. Volvería a la superficie, a la luz del día. Me iría a sobrevivir y morir lejos de él.

—No perdí a ningún Flavent.

Lo golpeé. Un puñetazo en el torso. Otro en la cara. Me dolió el brazo. Un dolor agudo hasta la base del cuello. No gritó. Ni una sola queja. Se desplomó hacia un lado. Me arrodillé encima de su torso. Mis rodillas en su costado. Le metí la cabeza dentro de la bolsa, aplastándole los hombros con fuerza.

«¡Si es un lisiado, carajo!»

Apreté. Apreté. Apreté por Jojo, por papá, por Sylwia, por todos los muertos de la mina, por todos los enfermos de silicosis del mundo. Apreté su cuello frágil y ya no se movió. No se defendió. No me lo imaginaba tan enfermo, tan débil. Estaba convencido de que íbamos a pelear. De que Dravelle recobraría la violencia del *porion*, la ira del capataz, la altivez de los poderosos. Había traído el mazo para quebrantarle los huesos. Pero él estaba en el suelo sin reaccionar,

sin agitarse. Notaba cómo sus venas me golpeaban las palmas de las manos. Tenía las piernas muertas, los brazos ya no lo protegían. Apenas respiraba. Estaba seguro de que sus labios, amordazados por el plástico, soltarían un ruido de terror. Aspirar, espirar. De que la bolsa entraría en su boca a la fuerza, la falta de aire convertiría todo su cuerpo en un animal aterrorizado y haría los mismos gestos atroces que los muchachos a quienes habían encontrado en el pozo, amontonados unos sobre otros, sin más oxígeno que el polvo de la muerte. Pero no protestó, no se defendió. Se desplomó un poco más. Hasta que aflojé la presión de mi cólera. Bramé Flavent. Mi apellido. Nuestro apellido. Una y otra vez. Y luego Joseph. Y luego Jojo, cuando Dravelle dejó de moverse. Tenía las piernas rígidas, los brazos separados, las manos abiertas. Esperé, inclinado sobre la bolsa. Al acecho de cualquier gesto. Descrucé los dedos. Le solté el cuello. Y luego caí sobre él, pesadamente. Como una bóveda que, al derrumbarse, aplasta a un minero.

Al abrirme la puerta, el *porion* solo había encendido una luz tenue. Un polvo dorado envolvía nuestros cuerpos. Él en la oscuridad, yo en las tinieblas. Recobré el aliento. Dravelle había dejado de toser. Me esperaba. Estaba convencido. Desde hacía cuarenta años, Lucien Dravelle acechaba a Michel Flavent. Sabía que el hermano de Jojo iría a vengarlo. Lo supo desde el primer día. Cuando Miná lo llamó en el bar. Cuando lo acompañé a la calle. Cuando me telefoneó una vez, dos veces, diez veces, jugando con los vinos de Beaujolais. Quería que acabara con él. Y conmigo mismo. Con toda esta historia.

«Mi foto debería estar en ese mueble, con todas las demás.»

Mientras me lo decía, retuvo mi mano en la suya. Él, echado con todos ellos. Los

cuarenta y dos y mi hermano. La mina lo había herido, enfermado de polvo y silicosis, pero seguía vivo. Paseaba sus remordimientos a la sombra de los escoriales. Y esperaba que un hijo del pozo 3b fuera a liberarlo. Yo u otro, tanto daba. Le exigía al destino reunirse con sus hombres.

Permanecí mucho rato tumbado, sin vida, mi cadáver contra el suyo. Hasta que se hizo completamente de día. Luego me senté. Miré el cuerpo del Yayo Bowette. Ya no le guardaba rencor. Todo había muerto con él. Mi odio, mi rabia, mi venganza, una vida entera perdida perdiéndome. Cuarenta años intentando encontrar a aquel hombre para obligarlo a confesar. Arrastrando al canalla por el lugar de los hechos. Mirándolo llorar, oyéndolo suplicar. Obligándolo a arrodillarse. Castigándolo en nombre de los míos.

No toqué su cuerpo, ni la bufanda azul celeste, ni los bastones, ni el mazo de minero. Acababa de asesinar a un anciano. Todo debía quedar intacto hasta que llegara la justicia.

Luego, poco a poco, me desnudé.

Me quité el casco, el mono de trabajo, el pañuelo blanco. Sin apartar la mirada del cadáver, me desabotoné la camisa, me desabroché los cordones, me quité los calzoncillos y los zapatos. Estaba desnudo. Como Jojo cuando subía a la superficie, en el cuarto de baño. Como los mineros después del trabajo, bajo la ducha ardiente, frotando la espalda de sus compañeros de fatigas. Aquella imagen de fraternidad había guiado mi existencia. Lavar al compañero. Devolverle la dignidad. Ser solidario con el otro.

Saqué el trozo de carbón de la bolsa. Me maquillé la frente, las mejillas, toda la cara, el cuello. Me embadurné de negro los brazos, los hombros, las piernas, el torso, los pies, los muslos, las nalgas. En memoria de mi hermano, me pintarrajeaba con la mina. Colgué mi ropa con la de Jojo. Tiré de la cadenita. Su



ropa de calle, mi ropa de trabajo, subidas hasta la viga como quien iza una bandera. Cerré el candado en torno a la placa, fijada a un clavo olvidado en la madera. Escondí el último trozo de hulla entre el pulgar y el índice de mi mano izquierda.

Me recosté en la pared, al lado de mi crimen.

Al contrario que los hombres que regresaban de la noche, yo me disponía a hundirme en ella.

\*

Una voz de mujer.

—Pero ¿qué está usted diciendo?

Se lo repetí despacio. Estaba agotado. Me llamaba Michel Delanet y acababa de matar a Lucien Dravelle, el hombre que le había vendido la casa para que pudiera abrir el bufete de abogados. Me encontraba junto al cadáver. Quería que viniera. Que me ayudara. Que me defendiera. Se enfadó. Mi broma le parecía indigna. Se lo repetí. Acababa de matar a ese hombre. Lo había estrangulado con mis propias manos. Estaba ahí, en su salón. Y quería entregarme. Se lo supliqué. Estaba perdido. Tenía miedo. A ella empezó a temblarle la voz. Cada una de mis palabras era verdad. Se daba cuenta. La oí hablar con un hombre. Había tapado el teléfono con la mano. Pensé en su marido, el otro nombre de las placas. No. No podía venir. Ese no era su papel. Si quería hablar con ella, debía acudir a su despacho. Me correspondía a mí recorrer aquel camino, no a ella.

—¡Pero usted es abogada!

Me anunció que iba a colgar. Entonces le pedí que llamara a la policía. De nuevo, se negó. Un abogado no llama a la policía. Pero me ordenó que lo hiciera yo de inmediato. Me preguntó mi nombre, otra vez.

—Michel Delanet.

Supe que lo apuntaría.

Me deseó buena suerte. Luego colgó.

Tenía frío. Me tumbé en el suelo, de costado. Miré mis piernas embadurnadas de hollín, la ropa colgada, la forma muerta bajo la luz dorada. Me dormí. Un sueño agitado, un martilleo en las sienes, el corazón en un puño, los brazos cruzados y las manos protegiéndome los hombros.

\*

Derribaron la puerta. Pegué un grito. Me quedé en el suelo, con las manos en los oídos.

—¡Como te muevas, estás muerto!

Un policía llevaba un ariete de hierro. Otros dos entraron en el salón, apuntando con las pistolas. El primero apartó el mazo de una patada. Me puso bocabajo y se dejó caer encima de mí, con las rodillas en mi espalda. Flavent aplastando a Dravelle. Eran dos o tres. Me inmovilizaron sin decir palabra. Tenía el cuerpo molido. Me costaba respirar. Me pusieron las esposas en la espalda; el pedazo de carbón seguía escondido entre mis dedos. Temblaba. Unas sombras entraron con una camilla. Pasaron por encima de mí.

—¡Buscad una manta! —gritó alguien.

El cerco se aflojó. Me levantaron por la fuerza. Un hombre me apretaba los puños.

—No hagas ningún disparate, ¿de acuerdo?

Asentí con la cabeza.

—Mírame y dime que no.

Entró otro policía, luego otro y otro. Apenas tenían sitio para moverse.

—¡Una manta, joder!

—Mírame y contéstame. ¿No vas a hacer ningún disparate?

—No.

No era mi voz. Era otra cosa. El murmullo de un asesino.

Un policía salió del dormitorio de Dravelle con una manta. Me la tiró encima.

—Te llevaremos a la comisaría. ¿Entendido?

Entendido.

Me agarró por el codo. Me miró. Mi cuerpo desnudo embadurnado de carbón, el cadáver de Dravelle tendido en la camilla, nuestra ropa colgada de la viga. Sacudió la cabeza.

—Pero ¿qué coño ha pasado aquí?

12

## Aude Boulfroy

—¿Entiende lo que le digo?

Me había adormilado. Levanté la cabeza.

Lo entendía. Claro que lo entendía.

—Dígame que me entiende.

Me encogí de hombros.

—Insisto: dígame si me entiende.

Solté un bufido.

—Lo entiendo.

—¿No necesita intérprete? ¿Habla francés?

—Soy francés.

El policía uniformado suspiró. Descruzó los brazos.

—Algo es algo.

Me tendió unos calzoncillos, una camiseta, unos pantalones negros, una chaqueta de chándal con capucha y unas pantuflas blancas de hotel.

—Es lo único que tenemos —dijo.

Y luego salió.

Ruido del pestillo, de la gacheta golpeada, de la llave que restalla.

Una celda minúscula. Sentado en un banco fijado al suelo, como en las películas de tipos malos. Tres paredes amarillas, unos barrotes que daban a un pasillo sombrío. Ni tragaluz, ni ventanuco. Estaba desnudo, envuelto en la manta

de Dravelle. Percibía su olor nocturno. Una mezcla de sudor, enfermedad y remordimientos. Escondí el pedazo de hulla en el bolsillo de los pantalones demasiado cortos. Me puse los calzoncillos. El carbón que me impregnaba la piel pringaba la tela áspera. Me puse la camiseta deforme, con una mancha de cerveza. La chaqueta demasiado grande. Las ridículas pantuflas de rizo. ¿De quién era aquella ropa? Tal vez de algún desconocido que había fallecido mientras estaba detenido, cuyo rastro estaban haciendo desaparecer. O de algún poli humano, que le había pedido a su mujer que trajera sus andrajos. Estaba aterido. Me puse la capucha. Ya me había vestido. Estaba listo. Con el pie, empujé la manta del muerto hasta el fondo de la celda. Se quedó amontonada en un rincón, como si le cubriera el cuerpo.

Y luego me dediqué a esperar. Supe que mi vida ya solo sería eso. Esperar. Lo había comprendido en el coche patrulla, apretujado en la parte trasera entre dos uniformes. Habíamos tardado largos minutos en salir del vehículo y cruzar el patio. Ellos lo decidían todo. Mi tiempo, mis pasos, mi lugar en el banco, mi mano esposada a una anilla de hierro. Habían decidido encerrarme en el calabozo, darme aquella ropa. Y ahora no regresaban. Habían acompasado mi tiempo al suyo. Disponían de mis horas. De mi vida. Por mucho que uno se crea privado de libertad en el momento del veredicto, la detención empieza en el instante mismo en que comete el crimen. En lo sucesivo, las riendas de mi porvenir estarían en manos de otros.

El policía volvió a mi celda. Recogió la manta de Dravelle y se la dio a un funcionario que pasaba por allí. Llevaba unas esposas.

—Dese la vuelta.

Al principio no lo entendí. ¿Esposas? No, esposas no. Ya tenía un aspecto suficientemente ridículo. Me tocaría seguirlo en pantuflas, como un bañista en un balneario.

—Los puños, por favor.

Ya sabía que las esposas apretaban, pero no que mordieran como un animal.

Me agarró por el brazo, me condujo por el pasillo sombrío. Subimos unas escaleras, recorrimos salas llenas de vidas destrozadas. Hombres sentados, otros de pie. No distinguía a los buenos de los malos. Me hizo entrar en un despacho minúsculo. Un armario metálico, unas estanterías abarrotadas, una mesa de caballete, un sillón para él, dos sillas para mí. Barrotes en la ventana. Mi primer cielo enrejado.

Me sobresalté.

Un hombre a quien no había visto me inmovilizó los codos en la espalda.

—¿Algún problema? —me preguntó un agente de paisano.

No, ninguno. Simplemente el póster colgado detrás del escritorio. Una reproducción del cartel de la película *La gran evasión*. Con Steve McQueen montado en una moto embarrada. Una Triumph de 1962 torpemente disfrazada de BMW del ejército nazi. Y él, espléndido con su camiseta azul, la boca abierta, preparado para sobrevolar las alambradas de espino del campo como una fiera liberada de su jaula.

—Le he preguntado si tiene algún problema.

Negué con la cabeza. Me señaló una silla y me senté.

Una vez más, mi tiempo era suyo. Se había apoderado de mi espacio. Delante de él, en la mesa, carpetas de colores. Un ordenador viejo. Me observaba. Era un crío. Apenas tenía treinta años. Pelo rubio, ojos claros. Un muchacho de mi tierra. Dudo que hubiera entrado en casa de Dravelle durante el asalto. Su juventud extrema no me recordaba a nada. Iba a teclear algo en el ordenador. Levantó la vista.

—Quítese la capucha, por favor.

No recordaba habérmela puesto.

—¿Es la primera vez que está ante la policía?

Sí, con la cabeza.

—Nombre, apellido y profesión, por favor.

Steve McQueen me observaba. Aparté la mirada.

Michel Flavent no pintaba nada en aquel despacho.

El joven repitió la pregunta.

Silencio.

No me atreví a sostenerle la mirada. La clavé en la mesa y los bolígrafos desordenados. Pensé en cuando jugábamos al *mikado* los domingos en Chez Madeleine. En Jojo, a quien le costaba horrores porque tenía los dedos enormes.

«No es justo: ¡tienes manos de niña!» me reprochaba mi hermano riéndose.

El policía se recostó en la silla.

—¿No quiere identificarse?

Fruncí el ceño. Intentando sacar un palillo chino, Jojo acababa de derrumbar la construcción.

El investigador suspiró. Echó un vistazo a su reloj.

—Pero me escucha, ¿verdad?

Sí, con la cabeza.

—Se encuentra usted en régimen de detención preventiva a partir del 19 de marzo de 2015 a las siete y veinte de la mañana, habida cuenta de que existen varias razones para sospechar que ha cometido o tratado de cometer un asesinato.

Levanté la vista. Mis primeras palabras. Una débil queja.

—¿No está muerto?

El policía me escrutó, sorprendido.

—Hace una hora seguían reanimando a su víctima.

Me pasé la mano por la cara. Estaba helado.

—Voy a leerle sus derechos.

Mi piel negra rendía homenaje a los desaparecidos. Aquel policía no tenía la menor idea. Acababa de cometer un crimen; él recitaba el procedimiento. Dos universos. Los mismos, todavía y siempre. Yo en el fondo; él en la superficie. Yo la furia; él el reglamento. Me sentía agotado. Y en calma. Me recordó a un

vendedor de seguros que propone una póliza a un futuro cliente.

—Tiene usted derecho a guardar silencio.

Sí, con la cabeza.

Marcó una casilla con una cruz.

—¿Quiere avisar a alguien?

No me quedaba nadie. ¿Jacky Delgove? El camionero se iría de la lengua.

—¿Desea que lo examine un médico?

Mis ojos le contestaron que no.

—¿Desea que lo asista un abogado?

—Sí.

Marcó otra casilla con una cruz.

—¿Conoce alguno?

—Boulfroy, del Colegio de Abogados de Béthune.

Me limitaba a repetir lo que decía la placa dorada, fijada a los ladrillos de la casa flamenca.

—¿Boulfroy? ¿Cuál de los dos?

—Aude Boulfroy.

El policía sonrió.

Apuntó el nombre en una libreta.

—¿Tiene su contacto?

Me lo había aprendido de memoria.

Cuando el policía se levantó, agaché la cabeza.

—Me llamo Michel Delanet.

Miró fugazmente al agente que se había quedado junto a la puerta.

Y volvió a sentarse en su sitio.

—¿Podría deletrearlo?

También me preguntó dónde vivía.

En Saint-Vaast, de alquiler.

Le di la dirección y el nombre de la propietaria.

Y luego decidí guardar silencio.



El otro se marchó enseguida; lo relevó un hombre con el bigote pelirrojo.  
Fue él quien me acompañó de vuelta a mi encierro.

\*

—Tenemos media hora.

La abogada me tendió la mano. Vacilé. Se la di.

Los policías nos encerraron en un zulo inmundado. Pintura desconchada, paredes impregnadas de humedad, suelo de linóleo maltrecho, sin ventanas. Desolador. La abogada les preguntó si no disponían de alguna sala mejor que aquel cuartucho.

—¿No le gusta mi despacho? —replicó el joven teniente, esbozando una sonrisa.

Se sentó sin quitarme los ojos de encima. Yo le rehuía la mirada. Aude Boulfroy era hermosa. Me turbaba. Treinta y cinco años a lo sumo. La observé mientras abría la cartera. Rostro de mármol blanco, pecas, cabello entre dorado y cobrizo formando una elegante melena recta. Aquella manera de fruncir el ceño, de buscar las palabras, de asomar la lengua por la comisura de los labios para ocultar su incomodidad. Un rubor, a veces, de las mejillas a la frente. Y sus manos. Pálidas y finas, manos de artista, de modeladora de arcilla, de encajera. Largas manos esculpidas por Camille Claudel.

Como Cécile, cuando la conocí.

—Lo dejamos aquí —dije.

Me miró.

—¿Disculpe?

Me levanté.

—Lo siento. No va a funcionar. Lo dejamos aquí.

Sacó un lápiz y un cuaderno blanco de espiral. Consultó su reloj.

—Tenemos veintiséis minutos para decidirlo.

Yo estaba de pie.

—Michel Delanet, ¿verdad? ¿Apunté bien su nombre?

Silencio.

—¿Por qué me llamó por teléfono?

Silencio. Fin de la reunión.

Yo iba a aporrear la puerta para que el policía nos abriera.

—Puede que haya matado a un hombre. Y yo estoy aquí para ayudarlo.

Alcé una mano.

—No podrá ayudarme.

Su lengua en la comisura de los labios. Aquel rubor.

—¿Puedo preguntarle por qué?

Inspiré hondo. Trastabillé. Aquello no tenía ningún sentido. Yo no pintaba nada en aquella comisaría. No me encontraba en Béthune. Jamás había regresado a Liévin. No había encontrado a Lucien Dravelle. No habíamos brindado. Ni nos habíamos enseñado las fotos de nuestras mujeres. No me había hablado del 27 de diciembre. Ni había intentado suicidarse tras la muerte de sus hombres. Jamás había regresado a su casa vestido de minero. ¡De minero, qué grotesco! No era mi casco, ni mi mono, ni nada mío de toda la vida. No lo había empujado hasta el salón. No lo había golpeado. No lo había estrangulado. No me había desnudado como un ridículo títere. Jamás de los jamases me había embadurnado de carbón. Me llamo Michel Flavent, nací el 16 de mayo de 1958, hijo de Marie y de Jean. Hermano de Joseph, muerto en Liévin. Soy camionero, empleado de la empresa Delgove, con sede en Pantin. Bauticé mi Scania «Steve el Camión». Gozo del respeto de toda la gente que trato. Soy viudo. Amputado de una mujer hermosa, con la cara pálida y pecas en la nariz. Atravieso el final de mi existencia, aguardando la muerte. No tengo que vengarme de nada. De nada. No he matado a nadie. No estoy detenido. Esto es una pesadilla. Me despertaré bañado en sudor, respirando con dificultad por la resaca de vino.

Y Cécile no me está observando, con un lápiz en la mano.

Negué con la cabeza.

—Lo dejamos aquí.

—Explíqueme por qué.

—Porque usted me recuerda a alguien.

Se lo dije. ¡Listo! Lo había confesado. Ella se levantaría y me dejaría en paz.

—Eso no es razón suficiente para renunciar.

Con la goma del lápiz, dio unos golpecitos en el cuaderno abierto.

Volvió a consultar su reloj.

—Nos quedan diecisiete minutos.

Una voz sosegada. Una mirada dulcísima. Desde que Dravelle me habló de su mujer, nadie me había mirado así. Con un gesto de la mano, me señaló la silla.

—Por favor. Al menos podemos intentarlo.

Entonces solté el aire que retenía para más tarde y me senté.

Ella no se inmutó. Ni alegría, ni satisfacción, ni un gesto de victoria.

—¿Empezamos?

Abrí las manos.

—¿Fue usted quien llamó a la policía, señora?

Sonrió.

—Llámeme letrada.

Un destello de luz en la comisura de los labios.

—No, mi marido. Un penalista nunca lo haría.

Le miré las manos.

—¿Su marido?

—Especialista en derecho inmobiliario.

El tono hastiado de Cécile ante una pregunta cansina.

—Nos queda un cuarto de hora. ¿Lo aprovechamos?

Abrí las manos.

—Se llama usted Michel Delanet.

Asentimiento con la cabeza.

—Ya sé por qué está aquí.

—Lo dudo.

—Por teléfono, me dijo que había matado a Lucien Dravelle.

El mismo abatimiento de antes. Bajé la vista.

—Mantengo lo que dije.

—Si muere, ¿lo reconocerá?

—Sí.

—¿Está completamente seguro?

—Sí.

Su lápiz sobre el papel. Estaba sediento. Tenía los labios agrietados.

—Explíqueme por qué lo hizo.

Apreté los puños encima de la mesa.

—No.

—¿Cómo que no?

—Más adelante, por favor.

—El procedimiento le permite callar, pero la policía se lo preguntará, ¿sabe?

Sí, con la cabeza.

La abogada había empezado a tomar notas. Me pregunté qué apuntaba. ¿Mi silencio? ¿Mi actitud? Mi insistencia mirándola.

—¿Considera usted que su detención ha transcurrido en los cauces del respeto a la ley?

—No comprendo la pregunta.

—¿Le han tratado dignamente?

—Sí.

—¿No ha sufrido violencia psicológica?

—¿Es decir?

—¿Amenazas? ¿Insultos?

La miré.

—Un policía me tuteó.

Sonrió.

—¿Por qué sonrío?

—¿Le han leído sus derechos?

Sí. Me habían propuesto que avisara a algún familiar, que me examinara un médico. Los policías me habían explicado que podían retenerme durante veinticuatro horas, prorrogables a veinticuatro horas más. Que tenía derecho a guardar silencio. Me habían tomado las huellas dactilares y muestras de saliva. Me habían hecho fotos y me habían dado un bocadillo de queso. Y había firmado el acta de detención preventiva, pero sin las gafas, que se habían quedado en el bolsillo de mis pantalones.

—¿Nadie ha intentado interrogarlo sobre los hechos?

—No.

—¿De ninguna manera y en ningún momento?

—No, para nada.

Me miró. Mi camiseta manchada de cerveza, los pantalones demasiado cortos, la chaqueta de chándal, las pantuflas de hotel.

—Esta ropa no es suya, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—¿La suya se la han quitado?

—Me la quité yo.

La abogada tomaba nota. Ya no levantaba la cabeza. Pregunta, respuesta. Como un engranaje.

—¿Antes de los hechos?

—No. Después.

Hizo una pausa.

—¿Estaba desnudo?

Sí. Asentimiento con la cabeza.

—¿Por qué se desvistió?

—Más adelante.

Aude Boulfroy dejó el lápiz. Se recostó en el respaldo de la silla.

—Más adelante, pero no mucho más adelante, señor Delanet.

Consultó el reloj.

—Para defenderlo, necesito explicaciones.

Vigilaba la puerta. Hablaba en voz baja.

—Si lo desea, no informaré a la justicia de su versión de los hechos. Defenderemos otra cosa, pero necesito su versión.

El pequeño cuarto daba vueltas. Las paredes palpitaban al ritmo de mi corazón. Estaba exhausto.

—¿Me comprende?

La comprendía.

—Debe ayudarme para que yo pueda ayudarle, señor Delanet. Porque en breve la policía lo interrogará. Y...

La interrumpí.

—¿Estará presente?

Volvió a coger el lápiz.

—Si usted lo desea, sí.

—Lo deseo.

Lo apuntó en su cuaderno blanco. Un garabato diminuto, al pie de la página.

—Dispondrá de todo el tiempo de la instrucción, pero tendrá que explicarme lo sucedido.

—Más adelante.

—Usted decide, pero es mejor comprenderlo. Es mejor para todo el mundo.

—Si no contesto a la policía, ¿corro algún riesgo?

Dos golpes secos en la puerta. Ruido de llaves. Estábamos encerrados.

—No tema —respondió la abogada.

—¿Podré ducharme?

—Aquí no. Imposible.

\*

Dos policías uniformados vinieron a buscarme a la celda. En el pasillo, junto a la puerta del despacho, me esperaba Aude Boulfroy. Cruzada de brazos, parecía

contrariada. Justo cuando pasé por delante de ella, susurró:

—Empezamos mal, señor Flavent.

Puñetazo en el estómago.

Me quitaron las esposas. Dudé si sentarme. Con un gesto de la cabeza, mi abogada me lo aconsejó. Un capitán con el pelo blanco se sentó frente a mí. Voz suave.

—La policía conoce la verdad de las yemas de sus dedos, señor Delanet.

Sacó una carpeta del cajón.

—Y sus huellas dactilares indican que se llama usted Michel Flavent.

Puso una foto de Dravelle encima de la mesa.

—¿Lo reconoce?

No contesté.

—Pegar la foto de su futura víctima en la pared de su casa denota cierta premeditación, ¿no?

Con la mirada, busqué a Aude Boulfroy. Sentía pánico.

Una voz detrás de mí.

—Cuanto antes hable, antes terminará la detención preventiva.

Me di la vuelta. Era el joven teniente que me había interrogado la primera vez. Me estaban filmando. Aude Boulfroy lo apuntaba todo, inclinada sobre su cuaderno. Ella no tenía acceso al expediente. Podría solicitar una copia cuando me acusaran.

—Tiene usted derecho a callar, señor Flavent —terció mi abogada.

El policía con el pelo blanco la miró. Parecía sorprendido.

—No creo que el interrogatorio haya concluido, abogada Boulfroy.

Ruido de la goma dando golpecitos en el cuaderno.

—Pues yo creo que sus preguntas son demasiado cerradas.

El policía sonrió. Daba la impresión de que se conocían bastante bien.

—Tendrá usted ocasión de hacer preguntas más abiertas al final, señora.

Ella le sonrió a su vez.

—Letrada, por favor. Y le recuerdo que me corresponde estar aquí.

—Y está siendo usted muy respetuosa con el procedimiento, lo sé.

El policía se volvió hacia mí. Ella me dirigió una mirada sosegada. Como Cécile tras la tormenta.

Los agentes habían recorrido Saint-Vaast con mi foto. ¿Michel Delanet? Un tipo rarísimo, había dicho mi casera. Desaparecía de golpe y porrazo. No abría los postigos de las ventanas. No recibía visitas. Dijo que estaba aquí por su madre. Sí, eso es. Una maestra de Cucq. ¿Que si la había visto? ¡Qué va! Estaba internada en algún centro de la región. Y probablemente a las puertas de la muerte. Sí, pagaba regularmente el alquiler desde diciembre. Y en efectivo. Fue él quien lo pidió, señor agente. Ella se había visto obligada a aceptarlo. Sí, había entrado una vez en la casa, cuando no estaba. ¡No había hurgado, claro que no! ¡Faltaría más! Bueno, solo un cajón para ver si estaba ordenado. Sí, conocía sus cuadernos. Los guardaba en la mesilla de noche. ¿Que si los había abierto? ¡Era una mujer honrada!

El capitán de policía me observaba. Aude Boulfroy tomaba nota de cada uno de mis silencios.

Poco antes, le había preguntado si me imputarían.

—¿Usted qué cree? —contestó.

Se estaba llevando a cabo una investigación de delito flagrante. La fiscalía de Béthune solicitaría que se prolongara mi detención preventiva, así como los interrogatorios policiales.

—¿Y podré seguir callando?

—Poder, podrá. Pero para defendernos necesitaremos alguna razón de peso.

—¿Alguna razón de peso?

—La que sea. Mi objetivo no es que usted confiese la verdad, sino convencer a los seis miembros del jurado del tribunal.



Que se prolongara mi detención preventiva, verdad, miembros del jurado, juzgado de lo penal. Me encogí. La abogada empleaba términos demasiado rimbombantes para mí. Peligros inmensos que me superaban.

—Señor Flavent, está usted muy ausente.

El viejo comisario daba golpecitos en la mesa con la punta del dedo.

Me costaba respirar. Habían dejado la puerta entreabierta. De vez en cuando, algún uniforme asomaba la cabeza para ver al tipo disfrazado de carbonero. Tras una hora de silencio, los policías me condujeron de nuevo a la celda. Albóndigas, arroz y un botellín de agua. Pregunté si podía reunirme con mi abogada en privado. Imposible. Debía esperar a que se prolongara la detención preventiva.

\*

A las diez de la noche, allí estaba la señora Boulfroy, sentada en el pasillo. No supe si había regresado a su casa, si había cenado o si me había estado esperando durante todo aquel tiempo, con la cartera a sus pies y el cuaderno blanco en la mano. Me hizo una señal con la cabeza. Al policía de más edad lo había relevado el joven que me había leído mis derechos. Me quitaron las esposas.

—La señora Liénard nos ha hablado de Chez Madeleine, señor Flavent.

Me puse a masajearme los puños. El policía se inclinó sobre la mesa.

—¿Señor Flavent?

Miré a mi abogada. Sus ojos decían que era cosa mía.

—Deseo guardar silencio.

El joven me escrutó.

—¿Insiste?

Ligero movimiento de cabeza.

—Es una lástima, porque podría haber alardeado de sus hazañas con el carro a

vela.

En Chez Madeleine, Miná se había ido de la lengua. Y el niño malo rubio convertido en dueño del bar también. Se pasaron mi foto. Es el parisino, desde luego. Nos dijo que había alquilado una casa en Saint-Vaast. Y que había venido a la región para cuidar a su anciana madre. ¿Dravelle? Lo conoció aquí mismo, en diciembre pasado. De hecho, fue Joël Maes, apodado Miná, quien se lo presentó.

«¡Miná el del aire puro y Bowette el del carbón!»

¿Que si había salido del bar con Dravelle? Sí, claro. Lo acompañó hasta el coche. Y luego regresó. Y volvieron a verse. Un par de veces, quizá. Y después nada. El parisino no dio más señales de vida. A nadie. Dravelle incluso vino a Chez Madeleine para saber si se había dejado caer por aquí. El *porion* andaba medio preocupado. ¿Que qué quería de él el parisino? El ave cantora no tenía ni idea. El dueño del bar tampoco. ¿Que cómo se apellidaba? No lo sabían. Lo llamaban Michel. Un forastero extraño que ahogaba su silencio en cerveza. Por lo demás, a nadie le importaba un comino.

El policía me los pintó con detalle. Y yo me los imaginé. Todos habían puesto cara de testigo. Preparados para la policía, para el juicio, para la tele incluso. Maquillados de luz, eran los que habían frecuentado al desgraciado. Habían cometido el error de saludarlo, pero ahora le retiraban la palabra. Algo habían intuido, por supuesto. Sospechaban desde el principio. Miná no tenía un pelo de tonto. El dueño rubio tampoco era tonto. A la gente así la olían a la legua. Como la casera, que detectaba los problemas y a los malos pagadores antes de que pusieran un pie en su casa. Todos ellos habían adivinado que aquel Michel escondía algo tras su máscara de visitante. Pero no sabían qué exactamente. Y se sentían heridos en su amor propio. Lo contarían en el juzgado. Tendrían tiempo para pensar en ello. Para escribir su discursito en un rincón de la cabeza. Se sacarían las manos de los bolsillos, dejarían de mascar chicle. Testificarían. Se

dirigirían al juez con palabras inteligentes, escogidas con esmero, y frases bien construidas. Imitarían lo que entendían del lenguaje de los poderosos. Algo sabían. Habían visto películas, con el acusado en el banquillo. Claudette Liénard se pondría su vestido gris perla. Ellos el traje de domingo. Mostrarían la actitud digna y grave de los ciudadanos convocados al estrado por la justicia.

—Vamos a dejarlo aquí por hoy —soltó el policía.

Parecía incómodo.

—Pero me da la impresión de que no se da cuenta de lo que ha hecho.

Observó a mi abogada. Volvió a dirigirse a mí.

—¡Tentativa de homicidio significa cadena perpetua, señor Flavent!

Tentativa.

Me quedé sin aire. De repente, me caí de la silla. Y la silla conmigo. Me caí hacia delante, sin protegerme. Como Dravelle cuando lo empujé. Con las manos pegadas a los muslos, desplomándome sin una palabra en medio del despacho. Un policía se abalanzó hacia mí. Mi abogada también. Me levantaron. Me acomodaron en la silla. La cabeza me daba vueltas, hacia delante, hacia atrás. Tenía la boca torcida como un pez recién capturado. Los ojos dilatados, ardientes. Me lloraban por el exceso de luces de neón.

—¿Qué le sucede? —me preguntó el policía.

Mi abogada. Nuestras miradas mezcladas.

—¿Dravelle no ha muerto?

Cerré los ojos. El policía me sacudió por los hombros.

—¿Me oye, señor? ¿Sigue aquí?

Dravelle no había muerto. Aún no había paladeado el vértigo de aquella frase. Dravelle había sobrevivido. Aquellas palabras no eran mías. Debía pronunciarlas. Retenerlas en la boca como el pan de alondra, repetírmelas para que pasaran de la cabeza al estómago. Debían irrigarme todo el cuerpo.

Dravelle no ha muerto.

Alertados por el ruido de la caída dos agentes se precipitaron en el interior de la sala. Formaron un cordón policial entre la puerta y yo, como si impidieran la retirada del enemigo.

Me acodé en la mesa, con la cabeza entre las manos. Quería que todos se marcharan. Encontrarme a solas con el Yayo Bowette. Levantarlo suavemente. Quitarle la bolsa que le apretaba el cuello. Alisarle la ropa. Pasarle la mano por la frente. Reparar en silencio lo que había destrozado. Su vida de antes, sus remordimientos, su vejez, su confianza, su amistad tal vez.

Quise pedirle perdón.

—¿Quiere saber de qué se le acusa, señor Flavent?

Mi abogada miró al joven policía.

—Dígaselo, por favor —le contestó ella.

Levanté la cabeza.

—De un crimen que no tuvo efecto a causa de circunstancias ajenas a su voluntad.

—No ha muerto —me limité a repetir.

El joven policía me ignoró. Tenía los dedos sobre el teclado.

—¿Alguna pregunta, letrada?

—Solicito que un médico atienda a mi cliente —contestó Boulfroy.

El agente lo apuntó.

—¿Alguna observación que desee hacer constar en el acta?

Movimiento de cabeza. Gesto de rechazo con la mano. Pequeño gesto irritado del lápiz con goma.

—Entonces vamos a dejarlo aquí por hoy —dijo el policía.

Me condujeron a la celda. Esposas apretadas. Dolor de puños. Por culpa de las pantuflas, arrastraba los pies como un viejo en un hospicio. Y no pude continuar. No tenía ganas. Me desplomé de nuevo en el pasillo. Dos policías me agarraron por debajo de las axilas. No me escoltaron, me llevaron a cuestas. Y yo me dejé hacer. Arrastraba los pies por el suelo. El corazón me latía con fuerza. Tenía la espalda empapada de sudor. Aude Boulfroy se acercó. A modo de despedida, me puso la mano en el hombro y se inclinó hacia mí.

Sus labios junto a mi oreja.

—Usted no es un asesino.

Los agentes me tumbaron en el banco. Uno de ellos me tendió una manta doblada. El otro se marchó. Se quedó apostado al otro lado de la puerta.

Me incorporé apoyándome en los codos.

—Dígame otra vez que no ha muerto.

El policía hizo una mueca.

—No ha sido gracias a usted, en cualquier caso.

\*

Lucien Dravelle estaba vivo. No había matado al Yayo Bowette. Como el día antes cuando me había quedado tumbado junto a su cuerpo, ya no le guardaba rencor. Mi odio por el *porion*, mi rabia, mi afán de venganza, todo eso había muerto. Y él no. Era justo. Estaba bien. Era lo mejor. Era la mejor noticia de mi vida.

Yo no era un asesino. Me repetí la frase durante toda la noche. No pegué ojo. Esperé a la mañana siguiente para mirarlo a la cara.

\*

A las siete menos diez prolongaron mi detención preventiva. Un médico me examinó. «Fuga mitral moderada», «estrés», «problemas de visión», pero nada grave. Cuando me acompañaron al retrete, mi abogada estaba en el pasillo. Otros pantalones, otros zapatos. Había vuelto a casa. Solicité reunirme con ella en privado.

Tenía derecho a otra media hora, ni un minuto más.

—¿Quiere decirme algo?

Negué con la cabeza. No, nada.

—La policía lo interrogará por última vez.

Yo le miraba las manos. Cerró el cuaderno blanco, introdujo el lápiz en la espiral.

—Y debería comparecer ante el juez a última hora de la tarde.

Se puso en pie.

—Necesitaría unas gafas, por favor. Las mías se quedaron allí.

La abogada me miró sin responder.

Encima de la mesa, el policía viejo había puesto la foto de Cécile que yo había llevado conmigo. Y también mis documentos de identidad, que había dejado en la casa alquilada junto con mi ropa.

—Efectivamente, se llama usted Michel Flavent, nacido el 16 de mayo de 1958 en Saint-Vaast-les-Mines, hijo de Jean Flavent y de Marie-Line Duez. Está domiciliado en París, en la avenue Missak-Manouchian, número 23, en el distrito XIV, y es usted camionero de la empresa Delgove, en Pantin.

El policía no leyó la hoja, sino que la recitó mientras se quitaba la chaqueta.

—Es usted de la región, de hecho.

Me miré las manos, el polvo de carbón que me enlutaba la alianza.

—¿Por qué declaró una falsa identidad a la policía?

Lo observé; contaba con incluir mi respuesta en el acta del interrogatorio. Su joven colega, de pie con los brazos cruzados en un rincón, también.

Mi abogada, al fin, que no había sacado el lápiz.

—¿Insiste en guardar silencio?

El policía suspiró.

—¿Su mujer?

La foto de Cécile, entre los dedos del capitán.

—¿Y esto?

Acababa de esparcir mis diez cuadernos, con el gesto del jugador que muestra sus cartas.

—¿Colecciona usted archivos sobre la catástrofe de Liévin?

Mi abogada consultó su reloj.

—¿Sabía usted que Lucien Dravelle había trabajado en la mina?

Aude Boulfroy apuntó algunas palabras.

—Era uno de los responsables de seguridad de Saint-Amé en 1974. ¿Lo sabía?

Decidí levantar la cabeza, mostrar mis ojos y mi testuz de toro.

Decidí hacerles frente.

—¿Había relacionado usted la catástrofe con el señor Dravelle?

Polvareda. Garganta seca. Las sirenas de la mina aullaban en mi vientre.

El policía joven acercó ruidosamente un taburete y se sentó.

—Pero ¿qué pinta usted en esta historia, señor Flavent?

—No deseo responder a sus preguntas.

Aude Boulfroy pareció aliviada.

Entonces el joven se puso en pie.

Me miró, como si estuviera contrariado. Con la misma cara que pone un ciclista ante un pinchazo.

—¿Y esto? ¿Tampoco va a dar ninguna explicación? —me preguntó el agente del pelo blanco.

Puso la llave de mi garaje encima de la mesa.

Negué con la cabeza, con un gesto hermético. Ninguna otra pregunta de mi abogada.

«La vida es así», habría dicho mi hermano.

Ya me había zafado de ellos.

Un policía uniformado me acompañó de vuelta a la celda. Cuando terminara mi detención preventiva, me trasladarían al juzgado de Béthune. Y me conducirían ante el juez de guardia.

—Pronto podrá ducharse.

Miré a mi abogada.

—Gracias.

Pensé en los hombres que subían de la mina. En su espalda manchada, que les frotaba algún compañero.

\*

Los escoriales, los ladrillos de mi infancia, las sombras crecientes del atardecer. Crucé Liévin en un furgón policial y nadie se fijó. Ni sirena, ni agentes en moto, ni escolta de tragedia. Ni siquiera un bocinazo. Una furgoneta más en la hilera de coches que volvían a casa.

No pensaba nada, no sentía nada. Apretujado entre dos policías, me observaba en el retrovisor. Sabía lo que iba a suceder. Mi abogada me lo había explicado, pero nadie conoce la mordedura de las esposas, el silencio de un traslado, la mirada muerta de un conductor de malhechores. Nadie puede describir la luz tamizada por las rejas. Los últimos fulgores de libertad, la risa de un niño robada a la calle, la radio de un coche por la ventanilla abierta. Me imaginaba un juzgado de ladrillos de la región, con una puerta de hierro y una acera basta. Era un templo romano inmenso, pretencioso, con columnatas, capiteles y un frontón. Soñaba con un último rayo de sol que iluminara la ciudad, pero el cielo lloraba a mares. Llegué a la gendarmería antes de que anocheciera. En un triste pasillo, un policía me entregó a un gendarme. Un uniforme a otro. Cedido por el poli al soldado. Olvidado en el calabozo, conducido al juzgado por un viejo túnel



excavado bajo la calle y presentado ante mi juez.

Era una mujer. Una magistrada al final de su carrera. Con gafas de montura fina y el cabello negro recogido sin florituras. Desde mi arresto, yo esperaba a un hombre. Un magistrado de mi edad. Corpulento, muy tranquilo, ligeramente encorvado, con el pelo blanco repeinado hacia atrás, los ojos entrecerrados por encima de las gafas. Me lo había imaginado silencioso. Él, yo, cara a cara. Dos tipos vapuleados por la vida que no tendrían necesidad de darse explicaciones. Que no se atreverían a formular preguntas ni respuestas. Que dejarían en paz la verdad y las mentiras. Que se conformarían uno con el silencio, el otro con el castigo.

La jueza no me miró, no de inmediato. Se tomó su tiempo. Leyó mi expediente. Su sosiego me recordó que ella podía abandonar la sala, pero yo no. Todo había terminado. Había izado mi libertad junto con la ropa. La había abandonado en el guardarropa del ahorcado, con la pastilla de jabón y el peine. El ruido de la cadenita mordiendo la viga, el resoplido de los castilletes. Cerré los ojos. Intenté resguardar el tiempo que me quedaba.

Esperábamos la primera palabra de la magistrada. Mi abogada, la secretaria judicial, el león flamenco en la insignia del gendarme. Hasta mi silencio soñaba con ser interrumpido.

—¿Entiende usted el francés, señor Flavent?

La jueza se había quitado las gafas. Ojos azulísimos. Casi blancos. El alba y la escarcha.

Le dije que sí. Allí estaba y la entendía.

—Le recuerdo que en este interrogatorio de primera comparecencia puede adoptar tres actitudes distintas.

Gafas, cabeza gacha. Seguía enfrascada en el expediente.

—Guardar silencio, hacer una declaración espontánea o responder a mis preguntas.

Sus ojos, de nuevo. Su mirada clavada en la mía.

—Deseo guardar silencio.

—Entonces no va a hacer ninguna declaración hoy, ¿verdad?

La jueza se dirigió a mi abogada. Era la primera vez que la veía con toga.

Asentimiento con la cabeza.

—De acuerdo —soltó la magistrada.

Con palabras entrecortadas, sin timbre, mecánicas, me acusó de haber intentado matar voluntariamente y con premeditación a Lucien Dravelle el 19 de marzo de 2015, en Saint-Vaast-les-Mines, una tentativa manifestada por el comienzo de la ejecución, en este caso por estrangulamiento de la víctima, que solo quedó sin efecto a causa de la evolución favorable del estado de salud de esta, una circunstancia ajena a mi voluntad.

—Estos hechos están recogidos en los artículos 221-3 y 121-4 del código penal, y castigados con reclusión criminal perpetua.

Como en el furgón que me llevaba a la ratonera. Ya no tenía calor, ni sed, ni ganas de nada. Hasta que no tuviera que comparecer ante el juez de vigilancia penitenciaria, iba a volver al calabozo.

Me había acostumbrado a mis policías. Algunos habían tenido detalles conmigo. Una mirada de asombro, una sonrisa disimulada, un gesto al cerrar las rejas. Pero los gendarmes no me miraban. Estaba solo, en una celda. No sabía si aún era de noche o ya era la mañana siguiente.

Una vez más, salí de mi agujero. Escaleras, pasillos. Me encontré con mi abogada en la puerta del juzgado. Se había vuelto a poner la toga negra. Me esperaba. Mis puños se estaban acostumbrando a las bridas, al peso de las esposas, y mi carne a sus mandíbulas. Al entrar en la sala, no comprendí quién era quién. Dos hombres y una mujer. Entonces habló el representante de la

fiscalía. Un tipo fornido, calvo, con un sello macizo en el meñique derecho. No se dirigió a mí ni a Aude Boulfroy, sino a un hombre sentado detrás de una mesa. Era el juez de vigilancia penitenciaria. El que iba a privarme de libertad mientras esperaba el juicio. Un crío. Pensé en Jojo montado en nuestro ciclomotor. En uno de aquellos estudiantes que nos cruzábamos por las calles de Lille el sábado por la noche, que cantaban porque habían bebido demasiada cerveza, que se reían porque ya no podían caminar dignamente. Al entrar, me había dirigido una mirada incómoda. La negrura del carbón que me embadurnaba las manos, los puños y la cara parecía mugre. Barba de dos días, los ojos hinchados. Los pies descalzos en las pantuflas de hotel. La chaqueta que apestaba a sudor. Un vagabundo.

En el techo, las luces de neón zumbaban. Agaché la cabeza. El fiscal solicitó mi detención. Una voz sorda, monótona. Una lectura útil, sin efectos ni emoción. Yo me había negado a declarar ante la policía y el juez instructor, ni siquiera me había dignado revelar mi identidad. Nadie sabía por qué había regresado a mi región natal. Por qué había alquilado una casa bajo una identidad falsa. Por qué había entrado en contacto taimadamente con mi futura víctima. Pero ¿quién era aquel desconocido, sentado en la silla, que miraba el suelo? ¿Por qué había intentado matar a un pobre hombre? Solo él podía decirlo. Hablar, al fin. Aliviar su conciencia o simplemente dar explicaciones. Su actitud, tan incomprensible como indigna, se asemejaba al desprecio. Era un peligro. Más inquietante aún dado que me empeñaba en guardar silencio.

—Así que se lo pregunto a ustedes. ¿Quién puede poner en libertad a semejante individuo? ¿Quién puede correr ese riesgo?

El teniente fiscal había terminado. Mi abogada tomó la palabra. A punto estuve de suplicarle que desistiera. Que permaneciera en silencio. Cerca de mí. Para nada en especial. Tan solo una presencia, que ni siquiera tratara de hacerse oír.

—Sean cuales sean los hechos de los que se le acusan, el principio es la libertad —proclamó la abogada Boulfroy.

La secretaria iba transcribiéndolo. La jueza consultó sus notas. El hombretón jugaba con las iniciales doradas que le adornaban el dedo. Levanté la vista. Aude, Cécile. No luchaba. No se atrevía. Era rehén de mi silencio. Soltó tres réplicas antes de abandonar el estrado.

—Hace mucho tiempo que he perdido la esperanza en esta clase de debates.

La jueza frunció el ceño. Terminó su frase:

—Y todo el mundo sabe perfectamente que lo único contradictorio es su nombre.

La jueza me preguntó si deseaba hacer alguna observación. Ni siquiera negué con la cabeza.

Antes de salir de la sala, le tendí la mano a Aude. Únicamente a ella. En el pasillo, me repitió que la defensa era una relación de confianza. Que para ayudar a un hombre hacían falta dos, el acusado y el abogado.

—Quiero defender su palabra, no su silencio.

Quería saber la verdad. La verdad, mi verdad, daba lo mismo. Juntos decidiríamos cómo la presentaría al jurado. Lo esperaba por mí.

—Quien va a dormir en la cárcel es usted.

La fiscalía ni siquiera esperó el auto del juez. Estaba allí para solicitar la detención, no para saborear sus efectos. Mi abogada también se disponía a abandonar el juzgado. Yo esperaba el zarpazo de las esposas. Quería hacerle otra pregunta, pedirle un último consejo antes de la soledad. No, ella no podía ir a buscar la ropa que había dejado en el armario de Saint-Vaast. Ese no era su papel. Pero si alguien se la llevaba al bufete, la enviaría a la secretaría judicial. Bufete, secretaría, demasiado complicado para mí. Los gendarmes me rodeaban. Ofrecí los puños al metal. Tintineo del mosquetón de la cadena de las esposas. Íbamos a ponernos en marcha. El jefe de la escolta tiró de mi correa.

—Un minuto, por favor —pidió mi abogada.

Su voz resonaba bajo la bóveda.

—Un minuto —repitió el gendarme.

Ella se lo agradeció con la mirada.

—Lo más sencillo para la ropa es que se ponga en contacto con los servicios sociales de la cárcel.

Estaba desvalido, iba vestido con harapos, los servicios penitenciarios tendrían que socorrerme. Yo quería recuperar también la foto del monito que habían arrancado de la pared, pero era imposible. El póster de Cécile formaba parte del precinto sellado.

—¿Y cómo puedo conseguir dinero?

Me miró.

—¿Tiene alguna cuenta bancaria?

Sí, claro. Pues entonces debía solucionarlo con la administración de la cárcel. Ellos mandarían un certificado de titularidad a mi banco para que este hiciera una transferencia de mis ahorros. Protesté.

—No. Para sus honorarios, quiero decir.

Sonrió, levantó una mano. Si lo deseaba, solicitaríamos que fuera considerada mi abogada de oficio. Ya lo hablaríamos. Los gendarmes estaban impacientes.

Ahora debía ser fuerte. Lo que me esperaba sería difícil. Nadie está preparado para entrar en prisión.

—Nadie —repitió.

Pero debía saber que contaba con ella.

Si lo deseaba, podía avisar a alguien de mi familia. Algún amigo, algún compañero, incluso algún conocido. ¿Nadie? ¿Estaba seguro? No insistió. También me dijo que podría verla estando detenido. Cuando quisiera. ¿Mañana? ¿Otro día? Era cosa mía. En cuanto estuviera listo para recibirla, ella acudiría.

—¿Sabe cómo lo ve la jueza?

Respondí que no con la cabeza.

Sonrió.

—Como un desafío interesante.

Y acto seguido me dio la espalda.

Se marchó así. Sin una palabra ni una mirada más.  
Sus pasos por el pasillo.

—Vamos, muchacho.

Un gendarme a punto de jubilarse. Otro que se las daba de soldado. Triste escolta.

Y de nuevo, el túnel. Un subterráneo. Un corredor de ladrillos irregulares, con el suelo de hormigón y las paredes blanqueadas con cal sucia, que iba de la gendarmería al juzgado y del juzgado a la cárcel. Aquí ya no vuelves a ver el sol. Desaparece en cuanto te pilla la justicia.

Desaparece.

## El recién llegado

—Separe las piernas y los brazos.

Estaba de pie, desnudo. Otra vez.

No, no llevaba nada escondido. Ni en el pelo, ni en las orejas, ni en las axilas, ni en las manos. Tenía la boca abierta y el culo preparado para que me inspeccionaran. Los vigilantes se habían puesto guantes estériles. Uno de ellos usaba una mascarilla de cirujano. Ya no tenía la piel manchada de carbón como un hombre que acaba de regresar a la luz del día. Solo un poco sombreada. Como si hubiera difuminado un carboncillo con el dedo, concentrado en las arrugas y las grietas, apenas perfilando el cuerpo.

—Inclínese hacia delante.

Miré el suelo.

—Tosa.

Mis pies helados en el cemento. Había dejado la ropa amontonada encima de un banco, a mi izquierda.

—Nada de capuchas mientras esté detenido —había dicho un vigilante.

Me había confiscado la chaqueta de chándal gris.

El hombre de la mascarilla me preguntó si quería ducharme.

«Para asearse, tendrá que pedirlo; es su derecho», me había explicado mi abogada.

Pero esperé a que me lo propusieran. Mi tiempo pertenecía a los funcionarios

de la cárcel, además de a los policías, los gendarmes y los jueces. Ellos tenían las llaves, yo ninguna. Dejé que me desnudaran, que hurgaran. Por primera vez desde el arresto di mi nombre, mi apellido y mi fecha de nacimiento. También ofrecí la cara para la foto y la mano para las huellas. Me asignaron un número en el registro de la cárcel. Seis cifras de identidad. Firmé todo lo que me pidieron.

La puerta estaba cerrada a cal y canto.

Michel Delanet ya no podía hacer nada por mí.

No tenía reloj ni dinero, solo mi alianza. Me dejaron conservarla. En el fondo de mi bolsillo, la viruta de hulla resistió. Cuando le dieron la vuelta al pantalón, se quedó pegada a los hilos de la costura.

Llevaba encima un fragmento de Saint-Amé.

—Mañana por la mañana lo verá un médico, ¿de acuerdo?

De acuerdo, sí.

Me pregunté quién era el hombre que me recibía. ¿El director de la cárcel o un subordinado? Hablaba despacio, como si se dirigiera a un enfermo antes de una operación quirúrgica. Recibiría un folleto de bienvenida. Me explicarían mis obligaciones, mis derechos, cómo hacer trámites y solicitudes. El reglamento interior se podía consultar en la biblioteca. La ley interna de la cárcel. Me aconsejaba encarecidamente que la leyera. Esa noche me aislarían en el «módulo de recién llegados». Permanecería allí algunos días, dos semanas, no más. El tiempo necesario para que la administración supiera quién era.

—¿Quién soy?

Abrió las manos. Sí, qué clase de hombre.

«Lo van a evaluar», me había avisado mi abogada.

Tratarían de saber si era vulnerable, violento, depresivo, suicida. Si podían dejarme solo en una celda o debía compartir el encierro. En cuanto a mi ropa, ya se vería más adelante. Mi abogada se había puesto en contacto con la secretaria del centro penitenciario.



Después del número de registro, me dieron una tarjeta de identidad interna, una funda para el colchón, sábanas, dos mantas, jabón, champú, un cepillo de dientes, dentífrico, crema de afeitar y tres maquinillas desechables. Y también bolis, tres sobres con un sello, un plato, un vaso, un cuenco, dos cucharas, un tenedor y un cuchillo con la punta cuadrada. Además de ropa interior, calcetines, un guante de crin y una toalla, que olían a vinagre.

La ducha era diminuta, la puerta solo llegaba a media altura.

—¿Cuánto tiempo tengo?

El vigilante me miró.

—El tiempo de quitarse la roña.

Alcé la vista hacia la vieja alcachofa de ducha; acto seguido, cerré los ojos. Deseaba una lluvia ardiente. Antes del olor acre del jabón blanco, mi hedor de fiero. Me lavé el pelo y el torso con las dos manos. Me restregué el cuerpo con la misma violencia con que me lo había embadurnado de hulla. Borré los regueros de carbón con las uñas. Me quité la mugre arrancándola. Por primera vez, me limpié. Me limpié a conciencia. Me limpié de todo. De Dravelle, de su manta rancia, de las esposas hirientes, de la espera infinita en bancos, de la mirada de los policías, de la luz blanca del juzgado, del túnel de ladrillos, de los silencios de la jueza, de la mirada de mi abogada y de su sonrisa. Me limpié del pozo 3bis, del resoplido de los castilletes, del 27 de diciembre de 1974, de las decenas de ataúdes alineados. Me limpié del pan de alondra. Me limpié del desprecio de los Yacimientos de Hulla, de mi furia, de mi odio de toda la vida. Me limpié de Liévin, de París, de las calles sin Cécile, de mis jornadas privado de ella. Me limpié de Miná, del día de San José, del *porion*, de mis dedos estrangulando el cuello del canalla. Me limpié de sus fotos familiares, de su vino alegre, de su aliento agotado por el silicio. Limpié mi crimen con abundante agua. Mi

vergüenza. Me despedí del carbón. De las víctimas de mi espanto. De los muertos, de mi hermano, de mi padre, de mi madre, de los míos. Y también de los supervivientes, que no sospechaban nada. Me limpié el alma entera con el agua tibia de una mala ducha de cárcel.

\*

«Nadie está preparado para entrar en prisión», me había dicho mi abogada.

La celda de una cárcel no es como la jaula de la comisaría de policía, ni como la conejera de una gendarmería, o la ratonera del juzgado. La cárcel no es una triste alcoba entre dos puertas con rejas, entre dos interrogatorios, entre dos esperanzas. La cárcel no es un alto en el camino, sino el final. El muro de ladrillo al fondo del callejón sin salida. La antesala del sepulcro.

Jamás había salvado tantos obstáculos en un mismo pasillo. Acero, rejas, barrotes. No conocía ni el chirrido de las puertas correderas, ni el choque de las barreras eléctricas, ni el insoportable tintineo de las llaves. Era un recién llegado, un nuevo, una sombra endeble espiada por las cámaras de seguridad. Al entrar en la prisión, había tendido la mano a los hombres uniformados con la intención de saludarlos. Enseguida comprendí que eso no se hacía. «Tentativa de homicidio voluntario», indicaba mi ficha del registro del centro penitenciario. Pero los vigilantes habían adivinado que no sería rebelde. Tenía cincuenta y siete años, el pelo gris. Un camionero descarriado. Cuando me dieron dos rollos de papel higiénico, se lo agradecí. Un joven carcelero me tuteó; yo lo traté de usted. No tenía ni un ápice de amotinado. Leería el reglamento interior. Intentaría comprender qué esperaba de mí la cárcel.

—Béthune está sobrecargado. Pida que lo pongan solo —me había dicho mi abogada.

Más de trescientos detenidos para ciento ochenta plazas. Celdas de nueve

metros cuadrados para uno, dos o incluso tres hombres, con un colchón en el suelo. Y sin pan de alondra que disputar a las ratas.

—¿Puedo elegir estar solo?

Aude Boulfroy había sonreído.

—Tiene derecho a pedirlo.

Estaba solo. Sin haberlo pedido. Se trataba de un privilegio sistemático para todos los recién llegados. Cuando entré en la celda, no me atreví a moverme. Me quedé de pie en mitad del cubículo. Era tarde. Ruido de la puerta a mi espalda. Los vigilantes me concedieron un cuarto de hora antes de apagar las luces desde fuera.

—Mañana ya dará una vuelta. Tendrá tiempo de sobra —me había dicho uno de ellos.

Puse el papel higiénico al pie del retrete, limpio y sin tapa. Había temido que la taza del váter se encontrara en medio de la celda. Estaba escondida detrás de un tabique, con una especie de puerta recortada por arriba y por abajo. En el lavabo no había agua caliente. Un botón para el agua fría, que salpicaba el acero inoxidable. En la repisa alicatada, restos de productos de limpieza. Una esponja, puesta sobre un bote de lejía disuelta en agua. Y un culín de lavavajillas.

Me senté en la cama. La ventana estaba oscura. Se podía abrir. Como era de noche, no distinguía los barrotes. Frente a mí, una mesa, una silla negra de plástico y un armario con estantes. En la esquina, un televisor colgado. Y el mando a distancia colocado en el brazo articulado. Las paredes tenían la lepra. La pintura se desprendía, se caía en algunos lugares, arañada por una sucia luz amarillenta. El plafón era redondo, opaco. Se asemejaba al aplique antiguo de un buque. Me miré los pies descalzos en el suelo. Baldosas de PVC, frías y grises. A la derecha de la entrada, un radiador eléctrico. Y la puerta sin pomo.

Me acosté tal cual, con la ropa de otro. No hice la cama. Ni sábanas, ni funda de almohada. Me arropé con una manta y permanecí con los ojos abiertos. Desde la muerte de Jojo me preguntaba cómo sería mi primera noche en prisión. Me lo pregunté en el preciso instante en que recorté la foto de Dravelle del periódico. Con el ciclomotor, iba hasta la cárcel de Béthune. Aparcaba frente al gran pórtico. Observaba la alambrada. Cuando se abrían las puertas, espiaba el patio, los muros de ladrillo y los dos pisos con ventanas minúsculas.

En mi infancia, el muro del recinto estaba dividido en dos, pintado de azul celeste en la parte superior y de azul oscuro hasta la acera. Se caía a trozos. Decían que pronto iban a cerrarla. Construida en 1895, insalubre y superpoblada, avergonzaba incluso a la gente honrada. En diciembre de 2014, cuando regresé a Saint-Vaast, la cárcel seguía allí. Solo habían pintado el muro. Rojo ladrillo abajo, beis arriba.

Durante mucho tiempo deseé que el asesino de Jojo se pudriera allí.

Y ahora el que estaba preso allí era yo.

\*

Dormí mal. En plena noche, un hombre se puso a chillar. En algún lugar de la cárcel, alguien golpeó una tubería durante varios minutos. No sentía nada. Ni siquiera miedo. Decidí esperar algunos días antes de hablar con mi abogada. Quería estar solo. Ordenar los fragmentos de mi vida. Antes de contar nada, necesitaba silencio. Primero hablaría con ella. Solo con ella. Luego acudiríamos a la jueza. Y se lo confesaría todo. Esa imagen me desveló durante largas horas.

Entre dos cabezadas, creí que había llegado el día del juicio. La mañana misma, la de verdad. La muerte de Jojo ya no me pesaba. Mi venganza se había apagado. Podría confesarlo todo. Me vi incluso con un traje oscuro. Mi reflejo solemne en una puerta acristalada. Camisa blanca y zapatos lustrados. Iba vestido para ser juzgado. Ya no estaba maniatado. Me senté en el banquillo, vigilado por dos mineros con ropa de luto. Entre el público, Cécile. Llevaba una

toga negra de abogada, con un birrete rarísimo que no le favorecía en absoluto. Me hizo un gesto con la mano. La saludé con la cabeza. Dravelle entró a su vez, con un pijama a rayas y una máscara de hierro en la cara rebosante de tubos. Las serpientes de Medusa. Un preso alucinado, conducido por dos gendarmes con bicornio y escarapela. Tomó asiento a mi lado. Iba descalzo. Tenía los tobillos atados con cadenas. Me miró a través del acero. Tosió. Voz cavernosa.

—¿Tú por qué estás aquí?

—Maté a mi hermano.

Me despertó un chasquido en el ventanuco. Luego la luz. Luego el ruido de la puerta. Me senté en el borde de la cama. Había dormido con las pantuflas puestas. Tenía el corazón desbocado. Me costaba respirar. Alguien acababa de entrar en mi casa. Sin permiso, sin avisar, sin contemplaciones. Un desconocido en mi casa. Como la enfermera que profanaba el dormitorio de mi mujer. Ruido de llaves. La primera cara de la mañana. Un hombre con bata blanca y un gorro en la cabeza. Me puse en pie. No entró. Esperaba en el umbral, junto a su carrito, con un cucharón en la mano. Le dije buenos días.

—Tu cuenco.

Tras él, un vigilante uniformado. Creo que le sonrió.

Mi cuenco. Estaba debajo de las sábanas, al pie de la cama. Se me cayeron las cucharas al suelo.

—Date prisa —farfulló el que servía.

Me rellenó el recipiente, me dio un pedazo de pan y dos terrones de azúcar.

—A partir de ahora tendrás que comprar el azúcar en la cantina —me dijo.

El vigilante cerró mi puerta. Chirridos del carrito. Ruido de llaves al lado.

Acerqué la silla, me senté a la mesa. La luz sucia apenas entraba por los gruesos cristales. Conté los barrotes. Ocho. Cinco verticales, tres horizontales. A través, un retazo de cielo y la parte alta del muro. El líquido estaba caliente. Sabía a achicoria. El olor de la mañana cuando Jojo se marchaba a la mina

cerrando la cantimplora. Me estremecí.

—Soy prisionero.

Lo dije tal cual. Para mí. Mirada estrellada contra el tragaluz. Luego hice la cama. Limpié la taza del váter con la vieja esponja y la lejía. Necesitaría una escoba y una papelera. Dejé el trocito de carbón en un rincón de la repisa. Y luego esperé. A las once me preguntaron si quería salir al patio. Tenía derecho a media hora, pero lo rechacé.

«Es el lugar más peligroso de la cárcel», me había avisado mi abogada.

El lugar donde el fuerte identifica al débil, donde el veterano caza al novato, donde se localizan las futuras víctimas. Los guardias no están presentes durante el paseo. Vigilan, pero sin entrar. Bajo las redes de protección, entre los muros, en la arena del campo de voleibol, impera la ley de los cautivos. Aude Boulfroy me había aconsejado que esperara un poco antes de ir al patio. Que buscara referencias, que reconociera la cara de algunos detenidos para convertirlos en aliados. La celda era mi protección. Aquella cama, aquella mesa, aquellos barrotes. Cuando me condujeran por la cárcel, cuando franqueara las puertas una tras otra, la mirada de los demás me revelaría si debía desconfiar. Era casi un asesino. Pero no había tocado a ningún niño, ni abusado de ninguna mujer. No había puesto ninguna bomba. No era un ladrón de pobres. Ni un poderoso privado de su riqueza. Solo un hombre que había intentado matar a otro. Un tipo de la región que se negaba a hablar con la policía, con la justicia. Que mantenía la cabeza alta. La nuca tiesa. Y que miraba a los demás a los ojos. No de manera desafiante, sino respetuosa.

—El paseo no es obligatorio —murmuró el vigilante mientras cerraba con la llave.

A las once y media me trajeron mi primer almuerzo. Apio con mayonesa y mostaza, ternera con una salsa grisácea y arroz. También había un yogur natural. Me recordó la bandeja de comida de una compañía aérea barata. Entrante helado, plato principal tibio. Tendí el vaso antes de que me lo pidieran. Y me senté a la mesa, frente a la ventana carcelaria.

No experimentaba furia ni tristeza. Estaba pagando por un crimen. No me quejaría de nada.

A las tres de la tarde crucé el módulo para acudir a la visita médica. Un grupo de presos regresaban del patio. Los dejamos pasar. Me clavaron la mirada.

—¡Una nueva! —soltó un joven con una cazadora.

—Demasiado vieja —replicó otro, riéndose.

El médico me tomó la tensión. Tosí. Me examinó la garganta y los dientes. Me auscultó el corazón. No, no necesitaba nada. No me medicaba. No tenía náuseas ni padecía angustia. ¿Tomaba algo para dormir?

—El cansancio —contesté.

Me llamó «señor». Me dijo que no dudara en acudir a él. Que la cárcel no era un sálvese quien pueda. Que él era neutral. Que su cometido no era retenerme, vigilarme o castigarme. Si mi cuerpo protestaba, allí estaría. Si renunciaba, allí estaría también. Para ayudarme a aguantar la dureza de la cama, la silla negra de plástico, la lámpara de navío antiguo y los barrotes de la ventana. Para ayudarme a combatir las agujetas, los dolores, las ideas feas que entraña la soledad. No, no era psiquiatra. Ni psicólogo. Pronto me atenderían. Él solo era un médico de campaña.

—¿De campaña?

De campaña, como en la guerra. Médico de los cuerpos heridos y de las miradas inquietas.

De vuelta en mi celda, oí que gritaban mi nombre en algún pasillo.

—¡Flavent es una tumba!

Una tumba. El hombre que calla. Lo contrario del chivato. Mi abogada me

había dicho que la prensa local se había vuelto loca con mi crimen. Tras mi detención, los periodistas habían recorrido la comarca. La casa de Saint-Vaast, la barra de Chez Madeleine. Seguían a los investigadores. Unos policías habían explicado a unos reporteros amigos suyos que ni siquiera quise decir mi nombre. El segundo día que pasé detenido, Aude Boulfroy me había preguntado si quería leer los artículos. Afirmaban que era un enigma.

«Un desafío interesante», había dicho mi jueza.

Sus palabras eran el título de un artículo de *La Voix du Nord*.

Pero no me interesaba lo más mínimo.

A las cinco de la tarde, rechacé el paseo. La ducha también. A las seis y veinte, el recluso del gorro me trajo mi bandeja.

—Flavent, la escudilla.

Me había llamado por mi nombre.

Ensalada de remolacha, ternera, puré y manzana. Me senté a la mesa. Frío, tibio. Aquellos sabores casi me parecían los de costumbre. Antes de acostarme, rellené el pedido de la cantina. Azúcar, sal, pimienta, aceite y mantequilla para sazonar el menú.

\*

El psiquiatra se llamaba Debeyzieux. El psicólogo, Ricaud. Dos hombres. Los conocí con tres días de diferencia. Me llamaron «señor».

Debeyzieux me preguntó dónde había nacido, si había padecido alguna enfermedad en la infancia, alguna afección neurológica o algún traumatismo craneal. Si dormía bien. Si bebía. No, nunca había tomado drogas. ¿Que si tenía antecedentes psiquiátricos? En absoluto. Tampoco había recibido ningún tratamiento en ningún centro especializado.

—¿Por qué me lo pregunta?



Alzó la vista. Mirada de asombro. ¿Por qué? Porque era su trabajo. Un encargo de la jueza. Pero yo no estaba obligado a responder. Hablara o no, él sacaría sus conclusiones. Hice un gesto hastiado. Adelante, doctor. Conversamos sobre mi padre, sobre mi madre. Me preguntó si me había sentido querido. Me habló del abandonismo. Nunca había oído aquella palabra. ¿Síndrome del abandono? Me reí. Acto seguido, me disculpé. Sí, claro. Me quisieron y me respetaron. ¿Mi infancia? La mina lejana. La sombra que proyectaba en nuestras tierras de campesinos. Por sus preguntas, por sus rodeos, por su manera de tomar notas sin dejar de mirarme, supe que estaba marcando casillas. ¿Anomalía mental? ¿Psíquica? ¿Aquejado de alguna perturbación neuropsíquica en el momento de los hechos? ¿Había perdido el juicio? ¿Era peligroso? ¿Favorable a una sanción penal? ¿Se me podía curar o reinsertar? En caso de condena, ¿deberían someterme a tratamiento?

Me negué a hacer sus test. Relacionar quince nombres con quince adjetivos, terminar las frases que empezaba él, comentar manchas grises y negras en una hoja de papel.

Mi abogada ya me había preparado para aquel interrogatorio.

Contesté. Cécile, su enfermedad. Su belleza, su fuerza al morir. Mi trabajo de camionero. Steve McQueen. ¿Que si tenía hermanos o hermanas? No. Estaba solo en el mundo. Oculté a Jojo. El pozo 3bis. El 27 de diciembre. Y también la muerte de mi padre. No iba a hacerle confidencias a Debeyzieux. Además, ya había confesado demasiadas cosas.

—¿Desea manifestarse sobre los hechos?

Negué con la cabeza.

—¿Tiene remordimientos, quizá?

Estaba cansado.

Entonces dejó de hablar. Ni una pregunta más, solo su mirada. Quería obligarme a romper el silencio. Luego se levantó, tendiéndome la mano. Si necesitaba hablar, allí estaba.

Ricaud me recibió en el mismo despacho acristalado. Tendiéndome la mano también.

Por primera vez desde que me habían encarcelado, había decidido no cooperar.

—En su opinión, ¿qué es lo más importante que se puede hacer estando detenido?

No había entendido la pregunta. Me la formuló otra vez. ¿Lo más importante? Me estaba sometiendo a un test de personalidad. Inteligencia, atención, habilidad manual, afectividad, sociabilidad.

«Le interesan las eventuales dimensiones patológicas», me había avisado mi abogada.

Observé el bolígrafo inerte del especialista. Me incliné.

—¿Cuál es su profesión? —le pregunté.

Misma mirada que la del psiquiatra a un niño que contesta mal.

—Psicólogo clínico.

—La jueza quiere saber si tengo carencias educativas, ¿verdad?

Fingió que consultaba sus notas.

—¿Carencias afectivas quizá?

Escribió tres frases rápidas al pie de la página.

—Si me pueden reinsertar, ¿verdad?

Me levanté. Era la segunda vez que me planteaban las mismas preguntas. Bastaba con que consultara el informe de su colega psiquiatra. No fui maleducado ni desagradable. Solo estaba tremendamente cansado. Los días encerrado entre cuatro paredes, las noches tras la alambrada. Aquella cotidianidad monótona me agotaba. Por favor, no me hagan más preguntas, señores especialistas. Déjenme volver a cruzar las rejas, las puertas simples y dobles, déjenme regresar con mi escolta a mi pasillo, mi ventanuco, mi silla negra de plástico y mi ventana opaca. Déjenme tumbarme en la cama. No vuelvan a molestarme. No me pregunten nada más sobre mi infancia. No me

apetece hablar con ustedes.

\*

Mi ropa llegó por la tarde. La señora Liénard, mi casera, la había metido en dos bolsas de supermercado, doblada. Y había envuelto mis zapatos con trapos viejos. Por voluntad propia. La cárcel me negó dos camisas, tres calzoncillos, dos pares de calcetines y el cinturón. Tenía demasiada ropa y en el cinturón de cuero había una hebilla metálica. En el fondo de la bolsa, la mujer también había puesto mi libro ilustrado sobre las minas de Liévin en el siglo XIX. La única obra que me llevaba a todas partes. Y que habían aceptado en la cárcel, a título excepcional, tras examinarla cuidadosamente.

A la tenue luz del día, observé una foto de 1889. Un grupo de obreros a cargo de la máquina rozadora, empujando la carga. Unos entibadores que debían apuntalar las galerías. Los mineros que hacían circular las vagonetas de minerales. Y los que las empujaban. Eran cuarenta y cinco, estaban en el descanso, calzados con zuecos o botas. Posaban como colegiales en una foto de clase. Algunos llevaban el casco de cuero hervido. Los *galibots*, un gorro. En la mina todavía no se estilaban los monos de trabajo. La ropa de los hombres era de lino blanco, para que se vieran las heridas. Todos llevaban una lámpara colgada del hombro. La imagen mostraba al *porion* en el centro del grupo. Un hombre con bigote, la chaqueta recién planchada, abrochada hasta el último botón. También tenía una lámpara, pero la cara impoluta. Blanca, limpia, resplandeciente como la de un notario de Lens. Todos volvían del pozo, con la cara embadurnada de hollín. Y él se pavoneaba en la superficie. Pasé dos dedos por encima de los críos. La mina estaba ávida de aquellos hombrecitos. Ya les había devorado la mirada, la sonrisa, la infancia. La libertad también. Desde que me encontraba en la celda, me sentía su hermano mayor de cautiverio.

A las seis y veinte me negué a cenar. Cogí el pan para la noche, nada más.

Luego escribí a Aude Boulfroy.

Había decidido confiar en ella.

Que hiciera lo que quisiera con mi confesión, pero deseaba que lo supiera.

Iba a ofrecerle a Jojo.

14

## La confesión

(27 de marzo de 2015)

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Todo el tiempo que quiera —contestó mi abogada.

Aude Boulfroy no llevaba la toga negra, como en el juzgado. Había venido a visitarme vestida como cualquier mujer en primavera. De la cartera sacó el cuaderno blanco de espiral. Y un boli. No traía el lápiz con goma. Yo había decidido hablar, ella había decidido conservar mis palabras.

—¿Qué tal por aquí?

Me encogí de hombros.

Pues en la cárcel. Aburrimiento y angustia. Miró a su alrededor. Conocía aquella sala como si fuera su despacho. En el locutorio oficial estaba en su salsa. Era tan estrecho como un pasillo. Dos sillas, una mesa, sin ventana, paredes sucias, suelo de baldosas grises, un ventanuco en la pared. Estábamos encerrados por fuera. Ni funcionarios, ni grabación, ni vigilancia de ninguna clase. Tan solo ella y yo.

Apuntó la fecha en la parte superior de la primera página. La subrayó. Acto seguido, dio unos golpecitos en la hoja sin alzar la vista. Esperé a que no me mirara para hablar.

—Mi hermano fue una de las víctimas de la catástrofe de Liévin.

Alzó la cabeza. Atónita.

—¿Su hermano?

Mirada infantil.

—Joseph Flavent, minero del pozo 3bis.

Sus labios entreabiertos.

—¿Saint-Amé?

Asentí con la cabeza.

—Mi hermano murió el 22 de enero de 1975 a causa de las heridas.

Mi voz. Sin furia, sin emoción. Una respuesta de interrogatorio.

Se había puesto una mano delante de la boca. Guardaba silencio. Mis palabras eran demasiado extraordinarias, no quería ahuyentarlas. Sin dejar de mirarme, anotó algo en el cuaderno. No en la primera página, sino en el reverso de la cubierta de cartón. Algunas palabras a ciegas. Recogía un pensamiento repentino.

—Quiso...

Recuperó el aliento.

—¿Quiso vengar a su hermano?

Sí, quise vengar a Joseph.

Se puso a escribir. De manera mecánica, frenética, como una estudiante que teme olvidar las palabras de una clase magistral. Alzó la vista. Su mirada susurraba.

—Cuéntemelo.

Entonces se lo conté.

La granja de nuestro padre, los sueños de Jojo, los coches de carreras, Steve McQueen, el taller mecánico, la entrada en la mina como quien se marcha al frente. Le conté la belleza de mi hermano. Su regreso a mediodía, después de terminar su turno. El ruido de la placa, restallando contra la mesa de la entrada. El pan de alondra. Sus uñas, que me disputaba fieramente con el carbón. Le conté mi voluntad de acompañarlo a la mina. El ejército de gente honrada que franqueaba la puerta de hierro. Su silencio en la adversidad. El veneno del pozo 3bis. El aire viciado, el polvo en la garganta, el grisú en la sombra al acecho de

las víctimas. Le conté la subida hacia la luz del día. El cuarto de baño. La ropa de trabajo izada con cuerdas como un puñado de ahorcados. Le conté la fraternidad, el modo en que los hombres frotaban la espalda de otros hombres. La solidaridad de los trabajadores del pozo. Le conté el 27 de diciembre de 1974. Las sirenas por toda la ciudad. El maldito amanecer. Las mujeres junto a su puerta, esperando a convertirse en viudas. Los niños perdidos, en medio de la muchedumbre inquieta. Aquella ciudad gris, caminando despacio hacia Saint-Amé, convertido en una sepultura. Los policías que amordazaron nuestra ira. Jojo vivo y luego casi muerto. Le conté el hospital. La lucha de mi hermano por la vida. Veintiséis días de agonía antes de reunirse con sus cuarenta y dos compañeros. La ciudad lo había olvidado. La mina también. Su miserable final fue amortiguado por el gran drama. Le conté su entierro insignificante. Demasiado tarde para los honores, demasiado solo para la Historia. Desconocido para el batallón de los valientes. Ni en las placas de cobre, ni en los corazones de piedra. Le conté su viuda, a quien escupían los vivos. Mi juventud sin Jojo. La muerte de mi padre. Su final como campesino. Su carta.

«Vénganos de la mina.»

La terrible misión que me había encomendado. Le conté mi vida después de Liévin. El adiós a la mina, al cielo, al carbón de invierno que rechina entre los dientes, a los escoriales de mi infancia. Steve el Camión. La valentía de Cécile, su belleza, su rostro pálido. Su elegancia ante la vida, su valor ante la muerte. Cómo había aguantado mis pesadillas, mis miedos, mis ataques de ira. Le conté el final de Cécile, muerta como mi madre, mi padre, mi hermano, una pequeña humanidad asesinada o destrozada por los Yacimientos de Hulla. Heridos de muerte por lo que la compañía minera había hecho de ellos.

—Saint-Amé convirtió a mi familia en víctimas y a mí en un criminal.

A las once y media, tuvimos que hacer una pausa. Horarios legales. Regreso a la celda, salchichas de vacuno y judías. A las dos, volvimos al locutorio. Mi abogada había comido un sándwich por el barrio. No la había oído en toda la mañana. Me escuchaba, escribía, daba rienda suelta a mis vacilaciones. Se sentó. Estaba tensa. Me acordé de mi mujer, la primera vez que le conté lo sucedido en diciembre de 1974. Cécile tenía los ojos anegados en lágrimas. Aude escribía como si llorara. Dejaba correr el boli por las páginas cuadriculadas, las pasaba a toda prisa, volvía atrás, escribía en los márgenes, añadía algunas líneas a lo largo de la espiral.

—Saint-Amé convirtió a mi familia en víctimas y a mí en un criminal, iba diciendo.

Teníamos tres horas y media por delante. Y el día siguiente, si lo deseábamos, y todos los días posteriores. Entonces hablé de Dravelle. De mi persecución, año tras año. De mi convicción de que era responsable de la muerte de los cuarenta y tres. De mi plan, tras la desaparición de Cécile. El abandono de todo lo que poseía. Menos el escondite. El mausoleo erigido a los soldados del carbón. Hablé de mi regreso a la región. De la casa de alquiler de Saint-Vaast, cerca de las tierras de mi padre, cedidas a los productores de cereales. Hablé de mi encuentro con el *porion*. De mis visitas. De nuestras copas alzadas encima de las fotos de nuestras mujeres. De mis dudas. De mis remordimientos anticipados. De mi crimen, pese a todo. De mi alivio al enterarme de que Dravelle había sobrevivido.

Había terminado de hablar, pero ella seguía escribiendo.

—Creo que eso es todo.

Mi abogada respiró hondo. Se recostó en el respaldo de la silla. Su mirada revelaba que volvía de lejos. Salía de la jaula, subía del pozo. Tenía la cara



manchada de hollín. Estaba extenuada. Alzó la vista hacia los castilletes. Su resoplido le impedía resoplar a su vez. Había visto la muerte y se había cruzado con la belleza.

—¿Se encuentra bien?

Se lo pregunté como quien se dirige a una criatura frágil. Sonrió.

—Me encuentro bien, sí.

Y, acto seguido, se puso en pie. Cerró el cuaderno blanco, guardó el boli. Ni una palabra. Todavía no. Aude Boulfroy no quería estropear el silencio de después.

—Tengo que digerirlo —me dijo.

—Lo comprendo.

Tras haberme negado a decirle mi nombre, acababa de contarle mi vida.

Me miró. La misma sonrisa.

—No, esta vez quien no lo comprende es usted.

Estaba de pie.

—Creo que compartimos el mismo dolor, señor Flavent.

La interrogué. Primero con la mirada, después de palabra.

—Todo esto me resulta penosamente familiar —se limitó a añadir.

Antes de solicitar que le abrieran la puerta, se volvió hacia mí.

—Me gustaría que nos viéramos mañana a las nueve. ¿Es posible?

Sí, claro. ¿Qué otra cosa iba a hacer mañana?

—¿Debo pedir permiso a la jueza?

Sonrió.

—Un abogado no necesita ningún permiso.

\*

—No he pegado ojo —confesó.

Yo tampoco. Un tipo se había pasado la noche gritando. Bramaba contra el «cabrón» y la «desgraciada».

—¿Está dispuesto a hablar con la jueza? —preguntó mi abogada.

Sí. Lo estaba.

—¿Cree que podrá contárselo todo?

Sí. Lo creía.

Inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Por qué no empezó por ahí? ¿Por qué guardó silencio y se negó a revelar su identidad?

—No estaba preparado.

—¿Y ahora lo está?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque usted también lo está.

Redactamos una carta dirigida a la jueza instructora. Estaba dispuesto a declarar. Me ponía a su disposición. Escribí a mano. Cada palabra pesaba una vida.

—Llevo cuarenta años esperando este juicio.

Aude Boulfroy me miró, asombrada.

—Los hechos que le atribuyen datan de hace una semana.

Rechacé la observación con la mano.

—No me refiero a eso, ya lo sabe.

La abogada estaba releyendo nuestra carta a la jueza.

—¿Se refiere a la muerte de su hermano?

Yo intentaba que me mirara a los ojos.

—Claro. ¿A qué si no?

Dobló la carta.

—Pero el acusado es usted.

Apoyó el mentón en sus manos entrelazadas. Era mi juicio, Aude Boulfroy insistía en recordármelo. Solo yo me sentaría en el banquillo de los acusados.

—¡Pero si los Yacimientos de Hulla mataron a cuarenta y tres mineros y

nunca se ha juzgado a nadie!

Negó con la cabeza.

—Supongamos...

—¿Cómo que supongamos?

Mi mirada contrariada. Ella se inclinó.

—Quien tendrá que convencer al jurado no es Lucien Dravelle, sino el hombre que intentó matarlo.

Se puso en pie. Caminó por la estrecha salita, como si se encontrara en el patio de la cárcel. De la pared a la puerta, de la puerta a mí. Tenía la mano izquierda en la espalda y el dedo índice derecho doblado sobre los labios. Esa sería su actitud durante la defensa.

—Pero lo comprendo perfectamente, señor Flavent.

Yo la seguía con la mirada.

—¿Me comprende?

Ella observaba el techo salpicado de manchas oscuras.

—Sí, lo comprendo. Y sé perfectamente a qué se refiere. Por eso habrá que recordar lo que eran los Yacimientos de Hulla del norte de Francia, la vida de los mineros, la dureza de su trabajo, el desprecio de sus jefes. Pero no puedo defenderlo evocando únicamente a los muertos de Liévin.

Me quedé decepcionado.

—¿No será el gran juicio a la mina?

Había soñado con mi abogada convertida en fiscal, proclamando que se las haría pagar a aquellos canallas. Que los viejos mineros, los enfermos de silicosis, las viudas de diciembre, todos ellos acudirían a prestar declaración, transformando la sala de audiencias en un tribunal popular.

Me la había imaginado acusando a la compañía minera del asesinato de Joseph.

Pero ella me miraba sin inmutarse.

—En el expediente de instrucción solo figura su nombre, señor Flavent.

La impaciencia me quebraba el corazón. Un arranque de ira.

—¡Si mi hermano no hubiera muerto, nunca le habría puesto la mano encima a Dravelle!

—Ese será el quid de su juicio.

Se pasó una mano por el pelo.

—Pero discúlpeme...

Se sentó en la mesita. Esbozó una sonrisa.

—¿Por qué debería disculparla?

—No estoy siendo muy entusiasta. He pasado una noche horrorosa...

Seguía observándola. Nunca había dejado de observarla. Sus ojos, su cara, su cabello, su espalda en movimiento, su mano posada sobre la rodilla. Deslizó el boli en el interior de la espiral del cuaderno. El rostro de un vigilante a través del ventanuco.

Se inclinó hacia mí de nuevo. Tan cerca que me aparté.

—Pero recuerde que Lucien Dravelle no es nadie, solo es un pobre infeliz devorado por la silicosis. Y usted se arrepiente de lo que le hizo.

Claro que me arrepentía.

—Usted sufría tanto que se equivocó de actitud.

Sí, con la mirada.

—Nunca debería haberle echado las culpas a él, ¿verdad?

Nunca, no.

—Ni a nadie, de hecho.

Nunca.

—Su gesto lo dictó la injusticia cometida con su hermano y la gente de Liévin.

La injusticia, sí.

—Lo dictó toda una vida esperando el resarcimiento.

El resarcimiento, sí.

—Y la necesidad de que aflorara la verdad.

La verdad también, sí.

—Pero si pudiera desandar el camino, si pudiera volver atrás, a la mañana del

19 de marzo, dígame que daría media vuelta.

Sí, con la mirada.

—Dígamelo.

—Daría media vuelta.

Aude Boulfroy estaba radiante. Una perla de sudor resbaló de su sien a su mejilla.

—Dígamelo otra vez.

—Nunca volvería a hacerlo.

—¿Y se lo dirá a los miembros del jurado?

No contesté. Aún no sabía si iba a dirigirles la palabra.

Aude Boulfroy estaba recogiendo sus cosas.

Yo guardaba silencio.

\*

La secretaria había dejado de escribir a máquina. En el despacho de la jueza instructora, las miradas traslucían dolor. Me había quitado la alianza, que acariciaba con un dedo en mi palma. Había estado hablando durante casi tres horas. La magistrada no había apartado la mirada de mí ni un instante. Al comienzo de la audiencia estaba erguida en su butaca; poco a poco se había ido hundiendo en el asiento, con las manos juntas delante de los labios. A mi lado, Aude Boulfroy seguía tomando notas. Pese al estorbo de la holgada manga de su toga negra, añadía, tachaba, subrayaba alguna frase con verde fluorescente. Hablé con la jueza igual que me había confesado con mi abogada un mes antes. Infancia, hermano, mina, catástrofe. A aquella vida de venganza le añadí mi eterno arrepentimiento. Ser juzgado me brindaría la oportunidad de explicar las razones de mi crimen; ser condenado me brindaría la ocasión de pagar por él. Y aceptaba ambas cosas. Era necesario. Para rendir cuentas a mi víctima, a la

sociedad y a mí mismo. Durante toda mi vida me había cegado la rabia; deseaba acabar mis días liberado de aquel peso.

La jueza contempló el cielo a través de la ventana. Las nubes anunciaban lluvia.

—Propongo que hagamos una pausa, abogada.

Aude Boulfroy se volvió hacia mí. ¿Una pausa? Por supuesto. Como ella quisiera.

Los gendarmes me condujeron de vuelta a mi celda. Uno de ellos era un gigante pelirrojo, con la cara picada por alguna enfermedad de la infancia. En lugar de agarrarme por la cadena de las esposas, me cogió delicadamente del brazo. No me esperaba aquel gesto. Su colega pareció sorprendido. El militar me guio así por los pasillos del juzgado. Una vez en la celda, me quitó las esposas disculpándose por habérmelas puesto.

—Mi padre era picador en el pozo número 11 de Béthune.

Me lo dijo justo antes de cerrar la reja. Su mirada profunda clavada en la mía. Estaba conmovido. Ni una sola palabra más. Dos críos sentados en la acera, comiéndose con orgullo su pan de alondra.

—¿Tiene usted la carta testamento de su padre?

Miré a la jueza. A mi abogada. A la jueza de nuevo.

No, aquí no. En algún lugar de mi garaje, en París. Entre las páginas de algún libro, creo, pero ya no recordaba en cuál. La magistrada se echó hacia atrás en su asiento.

—¿Ya no recuerda en cuál? ¿Tratándose de una carta que le ha marcado la vida?

Ya no lo recordaba, no. Tenía una idea vaga, pero no estaba del todo seguro.

—La llave que encontraron los investigadores es la de su garaje, ¿verdad?

Sí, en la avenue Missak-Manouchian, número 23.

La jueza releyó sus notas. Inspiró hondo. Me explicó que iba a emitir una

orden judicial. Que iba a encargar a la policía que comprobara lo que acababa de confesarle, que interrogara a testigos, que registrara mi garaje, que trajera todo lo que pudiera contribuir a demostrar la verdad. Que consideraba prioritario aquel asunto.

—¿Me quedo en la cárcel?

—¿Tras una tentativa de asesinato cuyo móvil todavía no se ha demostrado?

Se recostó en el respaldo de su butaca.

—¿Usted qué cree, señor Flavent?

\*

La escolta. El corredor subterráneo. La puerta de la cárcel. Mi cama, mi mesa, mi silla negra de plástico. Vuelta a las cámaras impúdicas, a la ronda de luces al atardecer, a las rondas de guardia en plena noche, a los ruidos de llaves, de linternas, de ventanucos cerrados, de rejas, de puertas, de todo ese metal que encarcela las horas. En la biblioteca, había tomado prestado *Germinal*. Mi padre me había hablado de esa novela, mi hermano la había leído dos veces, pero yo nunca la había abierto siquiera.

«A las cuatro, empezaba el descenso de los obreros. Llegaban de la barraca, descalzos, con la lámpara en la mano, esperando en pequeños grupos a ser un número suficiente...»

Me dolía. Cada palabra, cada frase me devolvía al drama. Pensaba que Zola sería un consuelo, pero encarnaba mi mala conciencia. No me apaciguaba. Me arrojaba violentamente a la superficie de la mina, esperando a que mi Jojo subiera. Me arrastraba por el cuello entre las viudas y los huérfanos. Y cuando alzaba la vista de la lectura, me tropezaba con los muros de la celda. No seguiría a Étienne Lantier hasta el final. Dejaría a la familia Maheu, a la joven Catherine, la brutalidad de la Compañía de las Minas, la violencia de los soldados.

Día tras día, página tras página, aquel libro se había convertido en otro barrote.

15

## La estupefacción

(Martes 22 de septiembre de 2015)

Las mañanas aún parecían veraniegas. La luz entraba a raudales por el tragaluz. En la cárcel hacía tanto calor que muchos presos llevaban pantalones cortos, camisetas imperio y los pies al aire con chancletas o zapatillas de baño. Yo tenía tres pantalones de hilo. Ni chaqueta, ni chándal. Me ponía camisetas y un par de mocasines.

—¡Vaya planta, Milord! —me había dicho «Fafiot», el viejo recluso que se encargaba de la biblioteca.

Era parisino, condenado por documentos falsos. No los utilizaba, sino que los fabricaba. Después de falsificar carnets de identidad y pasaportes azules, se había especializado en permisos de residencia para extranjeros. En resguardos, fáciles de imitar, y tarjetas de residencia, con una huella dactilar falsa y un holograma aproximado. Aseguraba que en un control en la calle, colaban. Pero era más fácil con una niñera moldava que con un obrero congoleño. En 1970 lo delataron por primera vez. Y en un año terminaría su novena condena.

—¡Sesenta y ocho tacos de los cuales cuarenta y tres al aire libre, Milord!

Cuando le conté que me habían denegado un traje azul marino, un polo de manga corta y unos pantalones de pinzas, Fafiot se desternilló.

—¿Y qué más? Ya puestos, no pensarías lucir una placa en la pechera, ¿no?

Desde entonces me llamaba «señor vigilante del cole».



Había ido a devolver *Germinal*. Cuando ya me marchaba, me llamó.

—¡Te has olvidado una carta en el libro, Milord!

Era una nota de mi abogada que había recibido el día antes. La diligencia policial encargada por la jueza había concluido y esta iba a interrogarme. Los plazos eran excepcionalmente apretados. La magistrada había decidido dar prioridad a mi expediente.

El 22 de septiembre, después de haber escrito en muchas ocasiones a Aude Boulfroy, decidí llamarla por primera vez. Las cabinas telefónicas se hallaban en el patio de la cárcel. Raras veces me aventuraba por allí. Y me había negado a utilizar el móvil ilegal de un preso.

\*

—¿Podremos reunirnos antes de la audiencia?

—Cuanto antes mejor, señor Flavent.

Su voz había cambiado. Palabras gélidas. Y a continuación, silencio.

—¿Letrada?

Pensaba que había colgado.

—Aquí estoy, diga.

Tenía el corazón desbocado.

—¿Qué ocurre?

—Ya lo hablaremos mañana por la mañana.

Su respiración en medio de las interferencias. Acto seguido, colgó.

Me costaba respirar. Me flaqueaban las piernas. Tenía los oídos tapados. En el pasillo, algunos reclusos hablaban a gritos. Uno blandía su smartphone frente a mí, mofándose. La algarabía de los otros no era más que un rumor. Tenía la cabeza debajo del agua, de espaldas al patio, con la frente y la mano izquierda aplastadas contra el ladrillo.

El muro de las lamentaciones, decían los presos.

\*

—¿Qué es esta farsa?

Mi abogada había aparecido sin toga.

—¿Perdón?

Estaba de pie contra la puerta, cruzada de brazos, con una mirada hermética, hablando en susurros.

Como Cécile a la hora de rendir cuentas.

Abrí las manos.

—¿Qué ocurre?

—Le corresponde a usted decírmelo.

La miraba sin contestar.

—¿Por qué me encasquetó aquella historia?

Agaché la cabeza.

—¿Qué historia?

Respiró hondo.

—No lo juzgo, señor Flavent. No pretendo que un cliente me diga la verdad.

Se sentó. Se levantó. No paraba quieta.

—Pero ¿por qué me contó todo eso?

—Porque la vida es así —respondió Joseph.

Aude Boulfroy tenía la pared contra la espalda y las manos en los bolsillos.

—¿Sigue tomándome el pelo?

Levanté la mano, no sabía qué contestar.

—¿Quiere que le resuma la situación?

Seguí con la mano levantada.

Acercó la silla y se sentó frente a mí golpeando una carpeta fina contra la mesa.

Estaba demasiado acalorado. Quería regresar al silencio de mi celda.

—Su hermano no forma parte de las víctimas del 27 de diciembre de 1974 en Saint-Amé, señor Flavent.

Le sostuve la mirada.

—Mi hermano era minero.

Mi voz, cuatro palabras encalladas.

—Sí, pero fue herido la víspera de la catástrofe, en un accidente de ciclomotor.

Deslicé las manos entre los muslos.

—Y el conductor era usted.

No me gustaba su voz. Su sequedad. Como una profesora que devuelve unos deberes desastrosos.

—El 27 de diciembre de 1974 hubo cuarenta y dos muertos. Y Joseph Flavent no estaba entre ellos.

Cerré los ojos. Debía salir de allí. Susurré:

—Usted quería que le contara la verdad; pues ya la sabe.

Abrió los brazos.

—Con la salvedad de que no es la verdad que han descubierto los investigadores.

Observé a aquella mujer joven, sentada en medio del cuarto. Su rostro pálido, sus pecas, su cabello rubio veneciano con un corte recto. ¿Qué sabía ella de mi vida?

—A mi hermano lo mató la mina.

No me quitaba los ojos de encima.

—No, murió a causa de un accidente de tráfico.

Yo no retrocedía.

—Formaba parte del turno de mañana el 27 de diciembre.

—Sufrió un accidente cinco horas antes de empezar su turno.

—Tendría que haber bajado con ellos.

—Pero no bajó con ellos.

Chillé:

—Pero ¿qué coño cambia eso?

Mi abogada se puso tensa. Un vigilante abrió la puerta. Me levanté. Un reflejo de preso. Ella alzó una mano.

—Todo en orden, gracias.

El hombre vaciló. Yo no lo conocía.

—Gracias, señor —repitió Aude Boulfroy con una sonrisa.

El vigilante salió. Cerró la puerta.

La abogada se acercó a mí. Me había quedado de pie. Susurró:

—¿Qué cambia eso?

No sabía qué hacer con las manos. Crucé los brazos. Aquel gesto no me favorecía.

—Eso cambia que el señor Dravelle no mató a su hermano. No puede contar esa patraña en un tribunal. Se pueden alegar muchas cosas sobre la mina, su inhumanidad, su violencia, lo que quiera, pero no que su gesto fue dictado por la venganza. Usted no es el hermano de una víctima del pozo 3bis.

No lo comprendía.

—Todos somos víctimas de la mina.

Estaba irritada.

—Usted no.

Volví a sentarme a la mesa.

—Mi hermano tendría que haber muerto el 27 de diciembre.

—¿Quiere decir que habría podido morir el 27 de diciembre, señor Flavent?

La abogada y el camionero.

—La mina mató a mi hermano —repetí.

Se sentó. Iba a hablar; levanté la mano.

—Lo habría matado de todas formas, y usted lo sabe perfectamente. Aquel día u otro, ¿qué cambia eso?

La abogada inspiró y después espiró largamente por la boca. Trataba de calmarse, con los ojos clavados en el techo, las manos cruzadas detrás de la nuca. Como la Cécile maestra frente a los malos alumnos de las últimas filas.

—¿La mina mató a su hermano? ¿Eso es lo que le va a decir a la jueza?

—No le diré nada más.

Recogimiento.

—¿Cómo?

—Ya está. No le diré nada más.

Torció el gesto.

—No voy a juzgarlo al respecto. Es su derecho.

—¿Quiere seguir defendiéndome?

—Si va a guardar silencio, no servirá de nada.

Me encogí de hombros. No era indiferencia, sino desaliento.

—La necesito, letrada.

—Y yo necesito su confianza.

Me tendió la mano por encima de la mesa. Se la estreché como si acabáramos de reconciliarnos.

—La mina mató a mi hermano, letrada.

Aude Boulfroy asintió con la cabeza. Sonrisa triste.

—Tiene suerte de que Dravelle esté vivo.

\*

Mi abogada me esperaba, de pie ante la puerta del despacho de la jueza instructora. Se estaba alisando la solapa de la toga, cerrando el último botón. Los gendarmes me quitaron las esposas. Me senté en un banco, entre ellos. Y nos quedamos así, ella vigilando el pasillo, yo observándome los puños enrojecidos. Cuando la secretaria judicial entreabrió la puerta, los gendarmes me obligaron a levantarme. Pero la magistrada apareció a su vez.

—Letrada, ¿podría venir un instante?

Aude Boulfroy la siguió.

—En este expediente vamos de sorpresa en sorpresa.

La jueza hizo un gesto a mi escolta. Podía volver a sentarme.

Las tres mujeres entraron en el despacho.

Cuando Aude Boulfroy se reunió de nuevo conmigo, llevaba una carpeta en la mano.

—Los resultados de la orden judicial han llegado por partes. Estas son las dos últimas remesas. La jueza las ha recibido esta mañana.

Con el dorso de la mano, dio unos golpecitos en el fajo de papeles.

—Lo reviso y le digo.

Fue a sentarse al otro lado del pasillo, en un banco frente al mío. La observaba. Leía, levantaba la vista hacia mí. Labios, frente, manos nerviosas, todo expresaba su contrariedad.

—No pinta muy bien —me susurró un gendarme.

La policía había encontrado la última carta de mi padre en uno de mis libros sobre la catástrofe de Courrières, sucedida en 1906. También había reunido todos los documentos sobre la muerte de Jojo. Mi abogada me preguntó si quería examinarlos, si aplazábamos la audiencia, como le había sugerido la jueza. Con un gesto, me negué.

Quería que el día siguiente fuera otro día.

\*

Sentada en su despacho, la jueza instructora me miraba de hito en hito.

—Nos pone usted en un aprieto, señor Flavent.

Sus ojos azulísimos.

—En un aprieto tremendo.

Parecía desorientada. Ofendida, también. Su secretaria dudaba, frente a la pantalla luminosa de su enorme ordenador. Me miraba con recelo, como si fuera

contagioso.

—¿Así que ha decidido guardar silencio también durante el juicio?

Yo observaba los rastros de suelas que rayaban el suelo. Los zapatos de los interrogados habían dejado marcas grisáceas.

—¿Letrada?

Aude Boulfroy me miró.

—Creo que esa es su decisión, en efecto.

La magistrada suspiró.

—Conociendo a la señora Boulfroy, no creo que semejante actitud sea cosa suya.

Agaché la cabeza.

—El jurado lo juzgará a partir de lo que diga, señor Flavent.

Silencio.

—¿Sabe qué son las circunstancias atenuantes?

Los rastros en el suelo.

—No me corresponde a mí decírselo, pero sepa que no contribuye usted en absoluto a su defensa.

Las dos mujeres se miraron. Parecían conocerse bien. Una se había precipitado a socorrer a la otra, ante la mirada atónita de la secretaria.

Aude Boulfroy esbozó una sonrisa. Apenas. Un gesto dulce.

—No me doy por satisfecha, que lo sepa —prosiguió la jueza de instrucción.

Ya no me atrevía a mirarla. Su voz tenía la misma dureza que su mirada.

—Está usted privando a la justicia de sus explicaciones. Podría habernos contado las cosas tal como las ve. Permitirnos comprenderlo.

Una pausa.

—¿Y aliviarlo un poco, quizá?

Jugaba nerviosamente con la perla gris que llevaba colgada del cuello.

Con la punta del zapato, yo movía un clip olvidado en el suelo.

—Si se niega a responder a mis preguntas, me veré obligada a dar por concluida la audiencia. Y créame que no será con gusto.

Cerró el pesado expediente que tenía delante.

—De hecho, estoy enfadada con usted, señor Flavent.

Procuré no levantar la cabeza, ni los ojos. Debajo de mi pie, el clip arañaba el suelo.

—Aunque esté en su derecho, no se hace ningún favor.

Mi abogada pasaba de la jueza a mí. Miradas preocupadas y breves.

—Yo no tengo la paciencia de un juez de menores.

Se volvió hacia Aude Boulfroy.

—¿Su cliente persistirá en su silencio?

Leve mueca de mi abogada. La jueza negó con la cabeza.

—¡Qué lástima!

Cerró la carpeta con las gomas.

—Voy a solicitar otro informe pericial psiquiátrico y punto.

Sus manos abiertas sobre el expediente.

—No me deja otra opción, señor Flavent.

La secretaria judicial tecleó algunas palabras.

—El informe, con carácter urgente.

Firmé el acta del interrogatorio.

Entonces la jueza dirigió una mirada al gendarme, que permanecía al fondo del despacho.

—Creo que puede llevarse a este señor.

La magistrada se incorporó ligeramente. Le tendió la mano a mi abogada por encima de la mesa. Ni una palabra para mí, ni una mirada.

—Prefiero estar en mi lugar que en el suyo, señora Boulfroy —soltó mientras yo salía de su despacho.

Quería que la oyera.

Mis esposas. Mi escolta. Mi pasillo por debajo de la calle. La cárcel. Mi celda.



\*

Unos días después del interrogatorio, la prensa se hizo eco del asunto.

«Se inventa un hermano muerto en la catástrofe de Liévin», decía el titular de *Nord Matin*.

«Una vida a la sombra de un héroe ficticio», contaba *Nord Éclair* a toda página.

Un vecino de celda me ofreció los periódicos, pero me negué en redondo a leerlos. Entonces me habló del registro de mi garaje, del accidente de ciclomotor, de que era yo quien conducía. En pocas líneas, los periodistas lo habían arruinado todo. Sus palabras apestaban a venganza. Después de haber llorado al hermano del minero, molían a palos a aquel que los había conmovido. Estaban resentidos conmigo. Estaban resentidos con los investigadores por no haberme relacionado antes con el accidente. Estaban resentidos con Jojo por no haber muerto en la mina. Estaban resentidos consigo mismos por haberse creído aquella hermosa historia obrera.

—¿Ni siquiera quieres saber qué piensan de ti los psiquiatras?

No, no quería. Me contaron que también se habían publicado artículos en la prensa nacional, con informes de especialistas que se proclamaban médicos. Se preguntaban cuánto tiempo llevaba fingiendo que Jojo había muerto en la mina. ¿Era una mentira? ¿Era enajenación mental? ¿Estaba interpretando un papel o me creía realmente lo que contaba? Solo una persona se había negado a contestar a los periodistas: mi abogada. Decía que «reservaba sus palabras para el tribunal». Le escribí una carta agradeciéndoselo. «No hay de qué», me contestó.

Después de «Flavent es una tumba», ante mi negativa a hablar con la policía y con los jueces, llegó «Flavent está como una regadera». «Milord» había muerto. Ya nadie se burlaba amablemente del «señor vigilante del cole». Una noche, en la cadena France 3 se emitió un reportaje sobre mi caso. Imágenes de 1974, del monumento a los muertos, del castillete de Saint-Amé. Una foto mía preso, llegando al juzgado, entrevistas a Miná y a la señora Liénard, mi casera. Cuando

Jacky Delgove apareció en la pantalla, apagué el televisor. Mi jefe hablaba de Steve el Camión. De las celdas brotó un clamor: «¡Viva Steve McQueen!», gritó un tipo. «¿Cuándo te vas a fugar, chalado?», chilló otro. Concierto de platos y cubiertos, de golpes en las tuberías. El ventanuco de mi celda hizo un chasquido. Me senté a la mesa, con los codos sobre el tablero y las palmas en las orejas.

\*

En octubre vino a visitarme el director de la cárcel. Quería saber cómo estaba. Cómo me encontraba de ánimo, cómo me iba la vida en prisión. Me dijo que algunos detenidos eran agradables. Que no debía tenerles miedo. Pronto tendría que compartir la celda. La misma superficie, dos camas. Así tendría compañía. Porque debía de ser duro llevar siete meses solo. Cada día me registraban la celda. Me habían cambiado la ropa de cama. En lugar de las sábanas de tela y las mantas, me habían puesto unas de papel. Temían que me suicidara. Tardé semanas en comprenderlo. No me proponían un compañero de celda, sino un vigilante nocturno. Y no era negociable. Era una cuestión de espacio y de seguridad. Protesté, pero el director argumentó que había que dejar sitio a los recién llegados. Seríamos dos. Ni tres, ni cuatro, solo dos entre cuatro paredes. Mi abogada me dijo que tenía suerte. Pero que ser dos significaba entrar en la cárcel realmente.

Desde el jueves 26 de diciembre de 1974, cada tarde me fallaba el corazón. Se iba debilitando a medida que oscurecía y dejaba de latir en plena noche. Mi corazón ya no quería a aquel niño de Liévin, a aquel adulto de París. Cécile, que dormía con la mano en mi pecho, me despertaba a veces diciendo que no oía los latidos. De noche, el corazón me abandonaba. Durante el día, se me desbocaba. Desde la muerte de Jojo, tenía el corazón dolorido. Nunca comprendí por qué seguía vivo. Por qué me reavivaba al amanecer. Todas aquellas mañanas para

nada.

16

## El día antes

(Liévin, jueves 26 de diciembre de 1974)

Joseph, pegado a mí. Él sobre el portaequipajes, con las piernas separadas por las alforjas como un cowboy de rodeo. Yo inclinado sobre el manillar, con la mano derecha empuñando el acelerador. Él tenía los brazos levantados. Cantaba a voz en cuello. Canciones suyas, sin letra ni música, palabras al revés inspiradas por la cerveza.

Los alaridos del motor despertaban a la ciudad dormida.

—¡La vida es así! —susurró mi hermano

Yo nunca había estado tan orgulloso.

Giré delante de la iglesia de Saint-Amé y la escuela de mi infancia, dejando atrás los muros altos, las rejas herrumbrosas, el pozo. Jojo miró la puerta de hierro y el castillete. Se quedó agarrotado. Había dejado de cantar. Por un instante, pensé que le daba miedo volver a bajar al fondo de la tierra. Se estremeció. Me abrazó más fuerte, poniéndome las manos en las axilas. Se inclinó, con los labios contra mi casco.

—La mina nos matará a todos, pequeño.

Me giré. Tenía una expresión apesadumbrada.

—¿Me has oído, *galibot*?

En medio del ruido del motor, asentí con la cabeza.

—La vamos a palmar todos, uno después de otro.

Se inclinó, poniendo las manos encima de las mías. Metió gas.

—¡Esta pájara tiene hambre de nosotros!

Estábamos en la calle principal. Giró el manillar repentinamente.

—¡Volvamos atrás!

Sus dedos aplastaban los míos.

—¡Vayamos a la mina, pequeño! Vamos a mearnos encima, ¡eso es lo único que se merece!

Topamos contra la acera. Dimos media vuelta. Con un movimiento de cadera, recuperó el equilibrio.

—¡Venga, vamos a atacar los Yacimientos de Hulla!

Yo estaba inclinado sobre el manillar, con todo el peso de mi hermano en la espalda. Se reía. Me aplastaba. Conducía dando bandazos, como si salvara obstáculos invisibles. Yo ya no controlaba nada. Jojo me protegía. No tenía miedo. Cerré los ojos. Íbamos hacia la mina. Él cantaba desafinando. Siempre había desafinado. Adoptaba la voz cavernosa de Raoul de Godewarsvelde, balanceando el cuerpo.

*Quand la mer monte*

*J'ai honte, j'ai honte*

*Quand ell' descend*

*Je l'attends*<sup>[5]</sup>

Marcaba el ritmo con la bocina. En plena noche, vociferaba órdenes de *porion*. Gritaba que dos críos iban a rociar el pozo 3bis para mojar el polvo. Una meada honesta contra el grisú del patrono. Había apoyado el mentón en mi casco. Las ruedas bailaban por los adoquines. El manillar me apretaba el torso a cada bache. Las manos de mi hermano me hacían daño. Empleaba mis dedos para frenar, arrancar, frenar. Era prisionero de él. Giramos a la derecha hacia el pozo, resbalamos por una placa de hielo. Jojo daba gas a fondo.

—¡Michael Delaney, toma el control! —gritó mi hermano.

Quitó sus manazas, dejando el manillar helado en mis manos.

Deslizó sus dedos bajo mis axilas.

—¡No! ¡Cosquillas no!

Me zafé con un movimiento del brazo.

—¡Tú mira la carretera, *galibot*!

Y luego se echó a reír. Su hermosa risa de hermano mayor.

Y no pude volver a poner la mano en el manillar. La rueda se fue hacia la derecha. Derrapó con un chirrido. No logré enderezarla. Solté el manillar. Choqué contra la acera. Me golpeé la cara. Una acera alta, que bordeaba el muro de la mina. Mi hermano pasó por encima. No gritó, no protestó, nada.

—La mina nos matará a todos, pequeño.

Me eché hacia atrás. Jojo ya no estaba. Vi sus enormes brazos aleteando en medio de la noche como alas de pájaro. Me caí de costado, con la cabeza protegida por el casco. Rodé por el suelo, igual que nos tirábamos por los escoriales en verano. El Gulf se levantó bruscamente, casi en vertical. Como un caballo que acaba de desarzonar al jinete. Se tumbó en la calle. Motor desbocado, cortina de chispas blancas. Y todo se incendió. Aceite caliente, goma quemada. El ciclomotor en llamas rascó el suelo y se estrelló contra una farola. Faro arrancado, guardabarros proyectado contra los ladrillos. Un último pedazo de chatarra giró sobre sí mismo, como una peonza. Y luego se hizo el silencio. El resplandor del incendio extinguiéndose en las fachadas vacías. Algunas luces pálidas, encendidas una a una tras los cristales de la colonia minera. Yo temblaba como una hoja. Estaba aterido de frío. Tenía la mejilla contra una placa de hielo. Me senté. Las manos, las piernas, los pies. Podía moverme. Me pasé los dedos por la boca. Me había mordido el labio. No había perdido los dientes. Había caído contra la pared. Me recosté en ella. Había sangre en mi bufanda blanca. La nariz y el mentón me dolían.

—¿Jojo?

Un tipo llegó corriendo. Lo conocía. El hombre me pidió que no me moviera.

Que no me quitara el casco. Que me quedara quieto pegado a la pared, esperando los primeros auxilios.

—¿Jojo?

Buscaba a mi hermano en medio de la noche. No estaba en la acera ni debajo de la chatarra.

Una voz.

—¡Cuidado, tiene una brecha en la cabeza!

Otras voces.

—¡Despacio, muchachos, que tiene quemaduras por todas partes!

Sombras.

Transportaban a mi Jojo.

Una mujer me puso una manta en los hombros.

—Eres un Flavent, ¿verdad?

Asentí con el casco. Al caer, se me había encendido la linterna frontal. Un minero del pozo después de la polvareda, abrumado, con la cabeza destrozada, los oídos doloridos y los ojos llenos de lágrimas. Se presentaron dos policías. Un hombre con bata, que me levantó.

—¿Tienen teléfono tus padres?

Un policía apagó la linterna de mi casco. Mi luz lo escrutaba.

—¿Dónde vives, criatura?

Saint-Vaast-les-Mines. Vivo en Saint-Vaast con mi padre Jean y mi madre Marie. Son campesinos. También tengo un perro. Un pastor belga que se llama Braf. Pregúntenselo a mi hermano, Joseph. Él se lo explicará todo. Es minero. Trabaja en el pozo 3bis. Empieza su turno a las cuatro y media. Dentro de unas horas. Pregúntenselo. Tiene que llevarme a casa. Hoy duermo en su casa. En Liévin. Allí tengo un cuarto. Pero debo volver. Si no, Sylwia se preocupará. Es su mujer, Sylwia. Pronto le preparará el bocata y la cantimplora. No, no sabe que hemos salido. Jojo quería tomar el aire antes de acostarse. ¿Bebido? No. No había bebido. Además, conducía yo. Sí, yo. Tengo dieciséis años. ¿Adónde íbamos? A casa. Volvíamos a casa. Creo que ha sido por culpa de una placa de

hielo. No la he visto. No he visto la acera. Ahora déjenos. Debemos volver a casa.

\*

No reconocí a Jojo. Mi madre me había prevenido antes de entrar en la habitación.

Había dos camas. Vacilé. A un lado, una cara completamente vendada, un brazo levantado, prisionero de una tablilla. Al otro, una figura hinchada y negruzca. Me quedé en medio, mirando a mi padre sin decir palabra. Iba a salir, pero me agarró por el brazo. Me guio hasta Joseph. El de la cara negruzca era él.

Tenía el corpachón escayolado. No se le veía la piel, aparte de la cara arrasada. Los párpados hinchados le colgaban sobre los ojos cerrados, tenía la nariz rota, los labios agrietados. Unas gasas le cubrían las mejillas de color naranja, embadurnadas de desinfectante. Llevaba la cabeza vendada. Toda la frente, hasta las cejas. Tenía un tubo en la boca, una sonda en el brazo. La nariz, el mentón, el cuello, lo poco que quedaba a la vista estaba lleno de cortes, acribillado de astillas negras. El carbón se le había incrustado en la carne. Todos los mineros tenían la piel así. Mi madre me ofreció un asiento. ¿Para qué? No quería quedarme. Sylwia me miraba desde la cabecera de mi hermano. Todos me observaban. No entendí qué esperaban de mí. Era como si me juzgaran. Pensé que me guardaban rencor. Por estar de pie, por respirar. Me reprochaban que siguiera vivo.

Mi hermano se marchó, sin abrir los ojos, el 22 de enero de 1975, veintiséis días más tarde que sus cuarenta y dos compañeros.



17

## El callejón sin salida

(Lunes 9 de noviembre de 2015)

El psiquiatra había leído mis declaraciones. De hecho, empezó por eso.

—He leído las actas de los interrogatorios.

Había colocado una treintena de hojas encima del escritorio, frente a él.

Levantó la cabeza.

—He conocido a mucha gente que alberga la esperanza de no acabar en la cárcel, pero no es su caso.

No se trataba de una pregunta.

El especialista ni siquiera se había interesado por si dormía bien o comía con normalidad. No me había enseñado ninguna mancha de tinta como su colega Debeyzieux. No quería que le hablara de mis noches ni de mis días. Ni que terminara sus frases para conocer mis palabras.

—Es usted preso por voluntad propia.

Cogió una hoja. La leyó.

—Fue usted, también, quien deseó que lo juzgaran.

Se llamaba Adrien Croizet. Me había tendido la mano al presentarse.

—Y quien quiere ser condenado, desde luego.

Al entrar en su despacho, yo había decidido guardar silencio. No contestar a sus preguntas, pero resultaba que no me hacía ninguna. Me estremecí. Por primera vez desde el arresto, estaba desnudo. Sin la protección de mi coraza de

hulla.

—Por tanto, no se preocupe.

Me clavó la mirada.

—Dado que ese es su deseo, no detendré el curso de la justicia.

Otras hojas en sus manos. Reconocí el acta del interrogatorio policial.

—Algunos tienen la suficiente inteligencia para tratar de evitar el juicio, otros tienen suficiente valor para querer enfrentarse a él.

Guardó los documentos en una carpeta lila.

—Su silencio ha sido constante en todos los interrogatorios. Y yo no tengo ninguna intención de someterlo a ese ejercicio degradante.

Y entonces sacó un cuaderno negro de la cartera.

—¿Quiere saber cuáles son mis conclusiones para la jueza?

Aparté la cabeza. Él sonrió.

—Por supuesto que no, disculpe.

Estiró la cinta elástica del cuaderno y lo abrió por la página que marcaba el punto de tela.

—Por todo lo que he leído, considero que no padece usted ningún trastorno psíquico ni neuropsíquico. Ni ahora, ni en el momento de los hechos.

Leía y alzaba la vista buscando mi mirada ausente.

—Incluso creo que su silencio es una muestra de lucidez.

Me encontraba al final de un callejón sin salida de ladrillos, tras una persecución atroz, contra el muro, mientras una sombra inquietante se acercaba por detrás a mí.

—Se trata de un caso que atañe a la justicia, no a la psiquiatría.

Entonces me di la vuelta. No decidí enfrentarme a él con la cara, sino con la frente. Me acodé en la mesa, con las manos juntas en los labios, y le clavé la mirada. Cécile siempre se quedaba reflexionando así antes de hablar.

—No es usted peligroso, señor Flavent, es perfectamente normal.

—¿Lo hace a menudo?

El psiquiatra se sobresaltó.

—¿A qué se refiere?

—A comunicar sus conclusiones al paciente que está examinando.

Cerró el cuaderno.

—Jamás de los jamases.

—Y entonces ¿por qué lo hace conmigo?

Su sonrisa, de nuevo. Ni socarrona ni complaciente, un estallido de bondad.

—Para oírle la voz.

Me encogí de hombros.

—¿Y por qué más?

—Para devolverle el derecho a hablar.

La sombra se aproximaba a mí. Ya no me amenazaba.

—Ya sabe que no contestaré a sus preguntas.

—¿Y si le pidiera que solo contestara a una?

Crucé los brazos encima de la mesa. Esperé.

Entonces se inclinó hacia mí. Nos clavamos la mirada. Dos seres en plena confesión.

—¿Por qué, durante tantos años, lo preparó todo de manera tan paciente, metódica y detallada para que lo detuvieran, lo juzgaran y lo encarcelaran?

Susurré:

—Un criminal no debe escapar a la justicia.

Inclinó la cabeza hacia un lado.

—Un accidente de ciclomotor no es un crimen, señor Flavent.

—¡No! ¡Cosquillas no!

Me zafé con un movimiento del brazo.

—¡Tú mira la carretera, *galibot*!

Eché hacia atrás la silla empujando con la espalda. Me levanté. El psiquiatra me

seguía con la mirada. Permanecía en la misma postura, inclinado sobre la mesa, con los labios entreabiertos.

Yo no sabía qué hacer conmigo mismo. De pie en la sala, con una mano en una esquina de la mesa. Observaba al psiquiatra. Mientras tanto, ordenaba todo aquel vacío en mi cabeza, en mi vientre.

—No lo juzgarán por la muerte de su hermano.

La sombra me rodeaba, los ladrillos me impedían huir.

—Eso ya ha convertido su vida en una cárcel.

Me toqué la frente. Había cogido frío. Tenía fiebre desde la mañana.

—¿No cree que ya ha pagado suficiente?

Habíamos terminado. Le tendí la mano.

—A mi hermano lo mató la mina.

El psiquiatra asintió con la cabeza.

—Eso es lo que usted piensa, en cualquier caso. Estoy profundamente convencido de ello, señor Flavent.

18

## El juicio

Primer día

(Saint-Omer, lunes 20 de marzo de 2017)

Llevaba varias semanas sin noticias de mi abogada. Tampoco se las había pedido. En dos años, me había visitado muchas veces. Primero, tras el informe pericial psiquiátrico. Para saber cómo me sentía. Luego, cuando me cambiaron de celda. Para saber cómo me encontraba. Después de la muerte de Claudette Liénard, mi casera, fulminada por una gripe traicionera en medio de su papel pintado. Para saber qué pensaba. Intentó hablar del caso varias veces. Me negué. Ya la había avisado. Deseaba una presencia, no un interrogatorio. Entonces ella insistió, de todas formas y pese a todo. Decía que debía ayudarla si quería que ella me ayudara. Me hacía preguntas, siempre las mismas. Sobre mi infancia, sobre Joseph, sobre la muerte de mi padre, sobre su carta, sobre mí. Quería saber cuándo había decidido castigar a Dravelle. Y cuándo había empezado a preparar mi regreso a la región. En la cuarta reunión en el locutorio, no sacó el cuaderno blanco ni el lápiz con goma. Y poco a poco desistió.

—Un juicio no se prepara mirándose a los ojos —me dijo.

No estaba enfadada. Solo incómoda por mi silencio. Y yo, abrumado por sus preguntas. Unos meses atrás, me había susurrado:

—¿Se acuerda del 27 de marzo de 2015, cuando me preguntó cuánto tiempo teníamos para contárnoslo todo?

Claro que me acordaba.

—Me hubiera encantado retomar aquella conversación en confianza.

No habíamos vuelto a hablar de Joseph. Jamás. Ni de mí. Ni de nada. Ella iba a reconfortar a su preso, eso es todo. Quería saber cómo se portaba la administración penitenciaria. Con quién compartía celda. Qué comía. Si salía a pasear, si trabajaba. También quería asegurarse de que no hubiera perdido las ganas de vivir. Le respondía sin tranquilizarla. Pero nuestros encuentros se habían convertido en mi refugio.

Un día, la tuteé. Una palabra de más, por descuido. Su juventud, sus ojos de Cécile, mi soledad. Sonrió. De acuerdo. Podía tratarla de tú, ella me llamaría Michel. Pero yo sabía que no habíamos olvidado nada.

Me obsesionaba una frase que había pronunciado cuando le descubrí el desprecio que habían mostrado los Yacimientos de Hulla.

Me había dicho:

—Sé perfectamente a qué se refiere.

En varias ocasiones traté de comprenderla. ¿Qué es lo que sabía «perfectamente»?

Pero ella tampoco me había respondido. Yo le decía «tú». Y ella me contestaba «Michel». Y eso me bastaba para enfrentarme al juicio.

\*

Fafiot estaba en la primera fila del público. Había salido de la cárcel medio año antes y vino a verme. Lucía un traje azul claro, una corbata amarilla, una camisa rosa y un chaleco gris; había recuperado sus colores de hombre libre. Y su disfraz de viejo maleante, con el pelo blanco repeinado hacia atrás y unas gafas de notario colgadas de un cordón. Cuando entré en la sala, se inclinó ligeramente. El homenaje del que acaba de salir al que apenas acaba de entrar. Un policía me estaba quitando las esposas, pero yo solo tenía ojos para él. Lo había conocido con pantuflas de preso y me lo encontraba transformado en un

príncipe. A su lado, una africana corpulenta. Sonreí. Un arranque de ternura. Me imaginé a la mujer provista de docenas de permisos de residencia.

—El lugar es impresionante, ya lo verá —me había advertido mi abogada.

Un palacio episcopal, expropiado a la Iglesia durante la Revolución, en 1795. El antiguo comedor del obispo se había convertido en el juzgado de lo penal de primera instancia. Y la sala de vistas estaba en la antigua capilla. Ábside rematado por una bóveda artesonada, parquet lujoso, marquetería elegante.

—Buenos días, Michel.

Aude Boulfroy me tendió la mano.

Ella en su asiento, yo justo encima, en el mío.

Lucien Dravelle entró con una silla de ruedas manual, vieja y plegable, muy sencilla. Lo empujaba un hombre joven. Respiraba con la boca abierta, con unas cánulas de oxígeno en la nariz.

En la primera fila del público, periodistas. Detrás, gente humilde.

Me había puesto un traje gris, una camisa blanca y unos zapatos lustrados. Iba vestido para que me juzgaran.

Timbre. Entraron los miembros del tribunal. Un presidente, dos magistrados. Todos hombres. El fiscal también era un hombre. Joven, rubio, arrellanado en su butaca me observaba.

Iba a sentarme.

—Le ruego que permanezca de pie, por favor —dijo el presidente.

Mi abogada también se levantó, vuelta hacia mí, con el brazo en el borde de mi asiento.

—¿Puede decir su nombre, apellido, edad y profesión?

Ya había llegado. Era aquí. Era ahora. Mi juicio.

Respondí con los labios pegados al micrófono. El apellido de mi padre, el

nombre que había elegido mi madre, mi edad, la profesión que la vida había decidido por mí.

Y enseguida dije:

—La mina mató a Joseph Flavent, mi hermano.

El presidente me lanzó una mirada.

—Ya hablaremos de eso más tarde. Siéntese, señor Flavent.

Hundió la mano en una urna negra.

—A continuación procederemos al sorteo del jurado.

Observé la sala. Estaba abarrotada. Al fondo, entre las filas del público, un anciano con un mono de trabajo, su ropa de juventud. Tenía un casco de minero en el regazo.

«¿El juicio a un hombre o a la mina?», se preguntaba el titular del periódico aquella mañana.

Lucien Dravelle no me miraba. Bajé la cabeza. Habían acondicionado un espacio para su silla de ruedas, entre su abogado y las pruebas materiales.

En la caja de plexiglás, colocada frente al estrado de los testigos, reconocí mi ropa, etiquetada por la justicia. Mi mono de trabajo, el pañuelo blanco de Michel Delanet. Y la ropa de Jojo. Su chaquetón gris, sus calcetines blancos. Y también su casco, puesto sobre la cadenita y los ganchos del guardarropa. Mis cuadernos de espiral estaban sujetos con una goma. El mango del mazo sobresalía de un papel marrón, atado de cualquier forma con una cuerda gruesa. Y el monito de Cécile bostezaba.

No sentía nada. Miré al policía de mi derecha y luego al de mi izquierda. Después de mi detención me había acostumbrado a los uniformes.



Mi abogada rechazó a cuatro jurados.

—Siempre recuso el primero de la lista —me había explicado.

¿Por qué? Porque sí. Por un problema que tuvo en su primer caso criminal. Había perdido el juicio por culpa del primer jurado. No me contó más detalles. Pero lo había convertido en una costumbre, una superstición. Y una manera de manifestar que no cedería en nada.

Rechazó a un jubilado, antiguo empleado de la compañía ferroviaria estatal y responsable local de la Liga de los Derechos Humanos de Francia. Luego a un ama de casa. Un periodista agrícola y el jefe de una empresa. La acusación solo recusó a un testigo. Un anciano muy digno con un apellido polaco. Volvió a sentarse, como si acabaran de castigarlo. Cuatro hombres y dos mujeres tenían el cometido de juzgarme.

\*

—Señor Flavent, le ruego que preste atención. Y ustedes también, señores y señoras del jurado. Como preámbulo del proceso, les leeré el acta de acusación. En francés, señor Flavent, presentaré de manera concisa los hechos de los que se le acusa, de cargo y de descargo, sin manifestar ninguna opinión sobre su eventual culpabilidad.

El presidente se acercó el micro flexible a los labios. Me encogí.

Mi madre, mi padre, mi hermano, un sombrío desfile. Los hizo entrar en la sala uno a uno. Los presentó al público como un adiestrador de perros. Marie Flavent, Jean Flavent, Joseph Flavent, mis cadáveres arrojados a la muchedumbre. Cerré los ojos. Las palabras del magistrado demolían mis imágenes. Exponía hechos, yo acogía mi infancia. La mujer amorosa, el hombre de arcilla, el hijo de carbón. Sus rostros, sus voces. Nuestra familia, por la noche, sentada a la mesa, respetando la palabra y el pan. El olor de la achicoria en las

tazas. El corazón palpitante del viejo reloj de pared. El papel pintado en la cocina. El pesado aparador flamenco, con sus cabezas de ángel esculpidas. Las cacerolas de cobre colgadas para hacer bonito encima del horno gastado. Mi viejo libro de infancia, abierto de par en par y leído en voz alta.

El presidente me hizo entrar en la escuela, en el colegio, en el instituto. Me instaló en el manillar del ciclomotor. Hizo cantar a Joseph detrás de mí. Nos hizo sufrir un accidente. Tumbó a Jojo en una camilla. Lo acomodó en la cama del hospital. Lo tendió en el ataúd. Lo cubrió de tierra. Debía hablar de aquella tumba para seguir mis pasos. Para comprender qué iba a suceder a continuación. Habló de mi presencia en el entierro de los mártires de Saint-Amé. Me retrató investigando a Lucien Dravelle, recortando su foto de los periódicos, coleccionando artículos sobre la catástrofe del pozo 3bis. Me hizo esperar a que Cécile muriera para cerrar de un portazo nuestra vida de pareja. Vender todo lo que teníamos. Regresar a la región para vengarme. Me pintó con Miná en Chez Madeleine. Me hizo darle un apretón de manos al *porion*. Leyó mis cuadernos de espiral. Me vio trazando un círculo rojo alrededor de la fecha del 19 de marzo de 2015 en mi agenda. Me describió, vestido de minero, saliendo de la casa de Saint-Vaast al amanecer.

Me vio llamando al timbre del Yayo Bowette.

Los miembros del jurado escuchaban. Su expresión no traslucía nada. Algunos me observaban de reojo, pero evitaban mi mirada. Buscaban alguna señal para que todo aflorara.

El presidente contó cómo había golpeado a Dravelle. Describió sus lesiones, la sangre en la comisura de los labios. Habló de su respiración de enfermo. De su empeño por vivir. De su aguante. Me hizo callar frente a los gendarmes y la policía. Luego me hizo contar el 27 de diciembre a la jueza. Explicó con detalle la investigación, sus hallazgos, sus sorpresas. Michel Delanet, el accidente de ciclomotor. Habló de mi negativa a alzar la cabeza, a mirar de frente, a abrir la boca.

Deseó que yo aprovechara el juicio para romper aquel silencio.

\*

El presidente había terminado. Me pidió que me levantara.

Me levanté.

Había prevenido a mi abogada. Esta lo había anunciado a la sala de lo penal. Había informado a la fiscalía. No contestaría ninguna pregunta. El juicio se desarrollaría sin mí.

—Lo que importa es lo que diga a los miembros del jurado durante estos tres días, ¿sabe?

Silencio.

—¿Sabe usted que este juicio es como una segunda instrucción? ¿La última oportunidad para el acusado de volver a empezar desde cero? ¿De dar explicaciones?

Silencio.

—Por fin puede tratar de hacernos comprender lo que guarda dentro.

Silencio.

—Se equivocaría usted ignorando la última oportunidad que le brindan.

Silencio.

—Le ruego que permanezca de pie, señor Flavent.

El presidente se quitó las gafas. Otro tono.

—El mutismo no le impide ser educado.

Mi abogada se levantó a su vez.

—Creo que mi cliente está cansado, señor presidente.

—Cansado de mentir... —soltó el joven fiscal.

Lo había dicho sin mirar a nadie. Tenía el micro abierto. Se sorprendió al oír su voz. Se sobresaltó. Pidió disculpas con un gesto. El hombre tenía la piel tostada. Me recordó a las mejillas de los niños en un campamento de verano. O un anuncio de crema solar.

La mirada del presidente iba de la acusación a la defensa. Al mismo tiempo, barría la sala. El público silencioso, los periodistas locales y los que habían venido de París. Cruzó la mirada con la dibujante del tribunal, que estaba bosquejándolo. Se detuvo en Dravelle y el abogado de la parte civil, un hombre atractivo con melena blanca.

Cerré los ojos. Jojo estaba haciendo el payaso en la sala. Imitaba el castillete riéndose a carcajadas.

—Pero ¿por qué se inventó esa historia?

«Porque la vida es así», contestó mi hermano al presidente.

—¿Y por qué se ensañó con un hombre que no le había hecho nada?

Aude Boulfroy iba apuntando las preguntas del magistrado. Tenía cuatro rotuladores delante de ella. Subrayaba cada palabra, cada línea. Amarillo, verde, naranja, azul, todas sus hojas estaban coloreadas.

—¿Para dar realidad a una quimera?

No me atrevía a levantar la vista.

—¿Para convencerse de la pertinencia de esa ilusión?

Me incliné hacia mi abogada. Ella se dio la vuelta. Nuestras miradas. Su incomodidad. Me había dicho que, de todas formas, intentaría hacerme preguntas. Yo había decidido callar, pero no podía obligarla a guardar silencio.

El presidente Charvet prosiguió.

Quería profundizar en mi infancia, mi familia, la tierra de nuestros antepasados, la mina de mi hermano y la muerte de Cécile, pero yo no tenía agallas para contestar.

—Y en lo que respecta a la última carta de su padre, ¿tampoco desea manifestarse?

Me metí la manga de la camisa dentro de la chaqueta.

—Porque esa carta reviste una gran importancia.

Levanté la vista. El presidente la tenía en la mano, blandiéndola a modo de prueba.

—Esta carta lo dice todo de usted.

Una mujer del jurado asintió con la cabeza. Una señora pelirroja que quería saber más.

—Este documento se abordó brevemente en el auto de procesamiento, pero quisiera releerlo para el tribunal, si me lo permiten. Para que todo el mundo se haga una composición de lugar.

Mi abogada se dio la vuelta, incorporándose un poco hacia mí. Sus ojos de niña. No supe si me animaba a reaccionar o si me aconsejaba que me abstuviera.

Después el presidente leyó la carta. La desesperación de mi padre, violentamente entregada a unos desconocidos.

Mi padre había dejado aquella carta en el bolsillo de sus pantalones. Un mensaje para mí, únicamente para mí. La caligrafía era hermosa. Mi madre había descubierto el mensaje y me lo había tendido sin despegar los labios. Ni siquiera creo que me mirara mientras yo lo cogía. Su mano, la mía, y aquel muerto entre nosotros. Luego me dio la espalda.

Aquel día, Jojo, en aquel instante, Cécile, después de que el presidente leyera la carta, señores del tribunal, señores y señoras del jurado, supe que jamás me iba a marchar de esta región. Que este dolor nunca me abandonaría. Comprendí que la desaparición de mi hermano y el sacrificio de mi padre me convertirían en un cautivo. Me alejaba del castillete, pero algún día volvería. Más tarde, mucho después, cuando todos los que tuvieran que morir hubieran muerto. Cuando todos se encontraran en el fondo de un cementerio. Cuando ya no estuvierais aquí, ni los unos ni los otros, ni los amigos, ni los enemigos, ni los conocidos, ni nadie que me amara, me protegiera o me juzgara.

—Conteste, señor Flavent. ¿Tampoco quiere decir nada respecto a la carta?

No con la cabeza.

—Temo que haya agotado usted su capital de simpatía —murmuró el magistrado.

Y esa manga de la camisa que me sobresalía de la chaqueta oscura.

La parte civil no me interrogó. Ni sobre mí ni sobre los hechos. Ninguna de las veces en que el magistrado dio la palabra al abogado de Dravelle.

—¿Alguna pregunta, letrado?

Y el hombre del pelo blanco alzaba la mano y contestaba con una voz grave:

—Ninguna pregunta, señor presidente.

Tampoco crucé la mirada con el fiscal. Rechazaba la palabra con un gesto de la mano. Escribía sin cesar. Y respondía que ya hablaría cuando llegara el momento.

«¿Por qué se niega usted a expresarse?»

La pregunta de una mujer del jurado, por la tarde, cuando se reanudó la vista.

La había escrito en la hoja de una libreta, que había hecho llegar al presidente.

El magistrado la leyó. Se quedó un instante reflexionando y luego se inclinó sobre el micro.

—La señora desea saber por qué ha decidido usted guardar silencio.

Una mujer pelirroja, con una cara de lo más anodina. Desde que había empezado el juicio, intentaba que me fijara en ella.

El público se volvió hacia mí. El fiscal, el presidente, los magistrados, los miembros del jurado. Unos periodistas esperaban mi respuesta con el boli preparado. Otros ya rozaban el teclado de su ordenador portátil.

Mi hilo de voz.

—No me siento preparado.

Agaché la cabeza. Cerré los ojos. Busqué la mirada de Jojo.

—Perdóneme, señora.

El reportero de la televisión abandonó la sala, como si se acabara de dictar sentencia. Murmullos entre el público. Dos voces decepcionadas. Una mujer

protestó con un suspiro teatral. Miré al hombre del mono azul, con el casco en el regazo. No se movió. No dijo nada. No se indignó. Mi abogada me miraba. Se inclinó sobre sus carpetas con el bolígrafo en movimiento. Observé al Yayo Bowette. Se acariciaba la palma izquierda con el pulgar derecho. Le dolía el cuerpo. Durante la vista, tosió dos veces con el rostro escondido en el pliegue del brazo. De manera tan violenta que el presidente se vio obligado a hacer una pausa.

—¿Quiere que suspendamos la sesión?

Pero Lucien Dravelle negó con la cabeza. No, gracias. Qué detalle.

\*

—Descubrir a un hombre desnudo y pintarrajeado de negro al lado de otro que parece muerto, no, la verdad es que no es muy habitual, señor presidente.

Los policías y los gendarmes habían acudido al estrado de los testigos para relatar mi crimen.

No, el individuo nunca había hablado de su hermano ni había mencionado la mina. Hasta que sus huellas dactilares lo delataron, dijo que se apellidaba Delanet. Muy tranquilo, sí. Callaba, pero era educado. Incluso colaboraba. No, los análisis toxicológicos habían sido negativos. Ni alcohol, ni medicamentos, ni drogas.

Los agentes parecían incómodos. En la comisaría, en su despacho, iban y venían por los pasillos como amos y señores. Pero allí, ante el tribunal, agarrados a la barandilla del estrado, se tambaleaban. Aplastados por la bóveda, por las miradas, por el ejército de jueces.

—De todos modos, me extraña que a estas alturas no hubieran relacionado al acusado con el accidente de su hermano. La investigación podría haber sido más rápida, ¿no?

El capitán de la policía buscaba las palabras.

—Partimos de Delanet y...

—Lo sé, pero cuando salió el nombre de Flavent, ¿eso levantó la liebre?

El policía no contestaba. Me observaba fijamente.

—Tienen un sospechoso llamado Flavent, que a todas luces intentó matar a un antiguo capataz de Saint-Amé, y a otro Flavent que era minero en ese mismo pozo, ¿y no atan cabos?

—Eso fue hace más de cuarenta años, señor juez.

El magistrado, sin levantar la cabeza:

—Señor presidente, por favor.

Estaba consultando el expediente.

—Pero aquel accidente de ciclomotor ¿tuvo eco en la ciudad?

El policía seguía escrutándome.

—Bueno, se produjo...

—Diríjase al tribunal, señor.

El otro rectificó su postura.

—Disculpe. Quiero decir, al día siguiente se produjo la catástrofe.

El presidente asintió con la cabeza.

—Y el gran drama eclipsó al pequeño, ¿verdad?

Ninguna pregunta de la parte civil. El fiscal también renunció.

—¿Y la defensa, letrada?

Mi abogada se levantó.

—¿El señor Flavent podría decir al tribunal cuáles fueron las últimas palabras de su hermano, en el ciclomotor?

Aude no cruzó mi mirada. Permaneció erguida, frente al jurado.

—¿No es una pregunta al testigo?

—Es una pregunta directamente relacionada con el accidente.

El presidente vaciló. Se volvió hacia mí.

—¿Señor Flavent?

Me acerqué al micro. Voz apagada.



—Dijo: «La mina nos matará a todos».

El presidente se puso la mano abierta en la oreja.

—¿Perdón?

—La mina nos matará a todos, eso es lo que dijo.

Aude Boulfroy retomó la palabra. Se dirigía al tribunal.

—Fue la última frase de Joseph Flavent, agotado por el trabajo y asustado ante la perspectiva de volver a la mina. Le dijo a su hermano menor que la mina los iba a matar a todos. A él y a todos los demás.

Protestas del fiscal. Gesto impaciente del presidente.

—Ya defenderá a su cliente el miércoles, letrada. ¿Alguna pregunta para el testigo?

—Ninguna pregunta, de momento.

\*

—Hemos leído su informe con gran interés, doctor Croizet. Además, sabemos que tiene usted la extraña virtud de ser tan eficaz hablando como escribiendo.

En el estrado de los testigos, el psiquiatra se inclinó.

—Y que, a diferencia de ciertos colegas suyos, desea hacerse entender.

Algunas risas en la sala.

—Pero en el caso que nos atañe le ruego que redoble los esfuerzos, con el fin de que los miembros del jurado entiendan bien lo que va a decir.

—Haré todo lo que pueda, señor presidente.

Al entrar en la sala, el psiquiatra me había hecho un gesto con la cabeza. Un saludo.

Dejó la cartera a sus pies. A continuación echó un vistazo a un papel doblado, antes de guardárselo en el bolsillo de la chaqueta.

—No dude en interrumpirme si necesita alguna aclaración, señor presidente.

El magistrado sonrió.

Tras la reunión con el psiquiatra en la cárcel, había sonsacado a Aude

Bouffroy respecto a Croizet. ¿Quién era aquel hombre que no hacía preguntas? Me lo explicó. Era un habitual de los juzgados. Todo un experto que sabía desenvolverse en público sin hacer reír a la sala ni bostezar a los magistrados.

«¿Quiere saber cuáles son mis conclusiones?», me había preguntado en la cárcel.

Y resultaba que estaba explicándolas con detalle ante el tribunal. Sin leer nada, sin recurrir a ninguna nota. Con los brazos a lo largo del cuerpo. Como un soldado dando parte. Mi infancia, la muerte de Jojo, la catástrofe de Liévin, la agresión a Dravelle. Resultaba que reconocía mi entera responsabilidad. Que afirmaba que podía merecer una sanción penal. Resultaba que decía que yo era completamente normal.

Mirada sombría del presidente.

—Temo no comprenderlo del todo, doctor. El señor Flavent se pasó la vida fingiendo que su hermano había muerto en la catástrofe de Liévin. Engañó a su mujer, a sus amigos, a sus conocidos, a sus colegas, a todo el mundo a su alrededor. Cuando lo detuvieron dijo que se llamaba Delanet. ¿Y saca usted la conclusión de que es normal?

El médico sonrió.

—Entendámonos: se trata de una personalidad problemática pero normal, en el sentido de que el examen del sujeto no revela ninguna anomalía.

—¿Ninguna anomalía? —preguntó el presidente.

—Ninguna, no. Ni mental ni psíquica. Y mi colega, el doctor Debeyzieux, que lo examinó antes que yo, llegó a la misma conclusión.

—¡Pero si construyó su vida sobre una leyenda!

—No era una leyenda, sino una salida de emergencia, señor presidente.

—¿A qué se refiere?

—Inscribió su drama personal en la memoria colectiva.

El presidente observó a los miembros del jurado. Algunos tomaban notas.

—¿Y?

—Y pide que lo juzguen por eso.

El magistrado se recostó en el respaldo.

—¿Está usted diciendo que el acusado desea que lo juzguen por la muerte de su hermano?

El psiquiatra asintió con la cabeza.

—Efectivamente, esa es mi conclusión.

Me dolían las sienes. Tenía sed. Quería que aquel tipo se largara.

—¿Su conclusión es que cometió un crimen para pagar por otro?

Sí, de nuevo.

—¿Y cree que es un hombre normal?

—Yo lo llamaría borderline, pero sí, normal en lo que atañe a la responsabilidad penal. El señor Dravelle era el elemento clave de su proceso de culpabilidad. Atacarlo significaba ser detenido. El señor Flavent lo golpeó para ser desenmascarado.

El presidente se mordisqueaba el meñique. Parecía contrariado. Miró a los letrados.

—¡Pero no estamos aquí para juzgar un accidente de motocicleta!

Me faltaba el aire. Me levanté. Mi abogada ya se lo esperaba. Su mano en mi brazo.

—¡Michel!

Un policía se puso en pie a mi lado.

—Le ruego que se siente, señor Flavent —dijo el presidente.

Me acerqué el micro.

—Solicito abandonar el juicio.

Movimiento en la sala.

—¡Silencio, por favor!

Dravelle me clavó la mirada.

El presidente se volvió hacia sus asesores.

—Se suspende la vista.

\*

—Pero ¿qué pensaba que iba a ocurrir, Michel?

Mi abogada y yo estábamos a solas.

—Usted puede callar, pero no puede impedir que los demás hablen.

Yo rascaba la mesa de madera con la uña del dedo pulgar.

—¿Y si me niego a volver?

—Pueden juzgarlo en su ausencia.

Buscó un pañuelo debajo de su toga.

—El presidente puede incluso ordenar que lo traigan al juzgado a la fuerza.

—¿Es legal?

—Tiene derecho, sí.

Negué con la cabeza.

—Ya no aguanto oír todo eso.

—Pero fue usted quien quiso este juicio, Michel.

Nos quedamos así. Nuestras dos respiraciones. Las paredes sucias. El suelo embaldosado, el neón blanco. Yo con mi uña, ella con su pañuelo.

—¿Qué quiere hacer?

Inspiré hondo.

—¿Tú qué crees?

—¿Volvemos?

—Sí, volvamos.

\*

El fiscal iba formulando preguntas, pero el psiquiatra se dirigía solo al tribunal.

—Conforme a su ética, no se trata de abordar la verdad de los hechos, ¿no?

—Efectivamente. No le corresponde al perito pronunciarse al respecto.

El representante de la fiscalía contemplaba las pruebas materiales.

—Recuérdenos por qué un juez de instrucción solicita un psiquiatra.

—¿A qué se refiere?

—¿Podría precisar su función concreta para los miembros del jurado?

El perito miró el suelo; acto seguido, puso las manos en la barandilla del estrado. Un gesto elegante y sosegado.

—Participo en la evaluación de la responsabilidad subjetiva y moral del acusado.

—¿Y en cristiano?

Sonrisa del médico.

—Estoy aquí para aclararles ciertas cosas. Para decirles si un individuo está enfermo o no. Pero no para juzgar si es culpable.

—¿Y cree que nos ha aclarado algo?

Como veterano de los juzgados, Adrien Croizet ni siquiera miraba a la acusación.

—Eso espero, señor presidente.

—En lo que toca a mí, no me ha convencido en absoluto —prosiguió el fiscal.

El psiquiatra aguardaba.

—¿Por qué un hombre que, según usted, deseaba fervientemente ser juzgado se niega a dar respuestas el día de su juicio? ¿Cuál es la lógica?

—Ha caído en una trampa. Le costará salir de ella.

El acusador se había levantado la manga de la toga. Chaqueta gris y camisa azul.

—¿Qué trampa? Me resulta difícil seguirlo, doctor. ¿El señor Flavent se acuerda del accidente? ¿O ya no se acuerda? ¿Cómo puede creerse culpable de un hecho y al mismo tiempo considerar responsable a la mina?

El psiquiatra me rozó con la mirada.

—Esas dos actitudes no son incompatibles, señor presidente. Puede reconocer las circunstancias de la muerte de su hermano y estar convencido de que la verdadera causa fue la mina.

El fiscal, cruzado de brazos.

—Pero bueno, doctor, ¿quién conducía el ciclomotor, la víctima o el acusado?

El perito negó con la cabeza.

—No me haga decir lo que no he dicho.

—¡Pues díganos qué quiere decir!

El presidente hizo un gesto de irritación.

—Creo que el doctor Croizet hace lo que puede.

El fiscal, alzando una mano.

—Simplemente trato de comprenderlo.

Gesto del presidente.

—Lo escuchamos, doctor.

—En mi opinión, desde la noche del 26 de diciembre de 1974 la vida del señor Flavent es un auténtico calvario, que lo ha llevado desde la pura negación hasta la necesidad imperiosa de ser delatado.

—Y esa necesidad imperiosa lo obligaba a martirizar a un pobre anciano.

Silencio del médico.

El fiscal por el micro.

—¿Podría contestar, doctor?

—No había entendido que era una pregunta.

Sonrisa del presidente. Me miró.

—Reconozca que no es nada sencillo entenderlo, señor Flavent.

Le hizo un gesto al psiquiatra.

—Conteste, por favor, doctor Croizet.

Este, muy calmado, muy recto. Su voz suave.

—Había construido su vida sobre una mentira que se había vuelto vital para él. Aunque a la luz del traumatismo que sufrió la víctima parezca inconcebible, creo que el crimen que se le atribuye al acusado podría ser el principio de un

proceso de reconstrucción.

El fiscal, con las mangas subidas teatralmente por encima de los codos.

—¿Perdón?

—A veces, llegar al límite de lo irracional obliga a enfrentarse con la razón.

El representante de la fiscalía hizo un gesto hastiado.

—Pues se trata de una ilustración lamentable de la razón, señor perito.

Iba a sentarse. Volvió a coger el micro.

—¿Y cómo ha llegado a semejantes conclusiones si el acusado ni siquiera se ha dignado contestarle?

—La palabra es uno de los principales elementos de comprensión, pero un informe pericial psiquiátrico no solo se basa en ella, señor presidente.

El fiscal permaneció de pie un instante, frente al micro. Asentía con la cabeza. Buscaba la mirada del médico. Reflexionaba. Luego suspiró, alzó las manos como si se rindiera y se sentó pesadamente, sacudiendo con la cabeza.

Cuando el presidente de la vista le dio la palabra a mi abogada, me incliné hacia ella. No, por favor. Nada más por hoy.

Suspiro irritado de un miembro del jurado. El magistrado lo puso en su sitio con una mirada.

El médico iba a retirarse. Aude empujó hacia atrás su butaca de terciopelo verde.

—Señor presidente, dos preguntas, si me permite.

—Letrada.

El perito volvió a dejar su cartera. Yo me recosté en el banco.

—Doctor, ¿considera usted que mi cliente representa algún peligro?

El médico observó a mi abogada y, acto seguido, se volvió hacia los magistrados.

—En mi informe, indiqué que el acusado no presentaba peligrosidad alguna y que mostraba un buen pronóstico para la reinserción.

De pie, inclinada sobre su mesa, Aude iba tomando notas. Levantó la cabeza.

—¿Y cree usted que este juicio puede ayudar al señor Flavent a aceptar la verdad?

—No puedo responder formalmente a esa pregunta, letrada.

\*

La declaración del psicólogo Ricaud fue rápida. En la cárcel, no había querido contestarle. Ya me había visto un psiquiatra. Con un único examen me bastaba. Entonces él se había formado una idea. Describió mi silencio como la prueba de una «hipertrofia narcisista». También había detectado una «propensión impulsiva a nivel psicoafectivo»; suponía que, de niño, tenía cierta intolerancia a la contradicción y a la frustración. Pero él también consideraba que era perfectamente «reinsertable».

Ninguna pregunta. El hombre ofendido salió de la sala de vistas igual que se había marchado de la cárcel.

A continuación, Dravelle, hundido en su silla de ruedas, cabizbajo, con la barbilla escondida dentro de su bufanda azul celeste, escuchó a los médicos que le habían devuelto la vida. Desde San José, se encontraba mal. Sus días eran desdichados. Dormía poco. Ya casi no comía. Lo miré. Tenía una muleta apoyada en los muslos. Juguetecía con ella. La hacía girar entre las manos. Un médico describió las huellas de mis golpes en su cuerpo de anciano. Otro habló de sus pulmones de piedra.

Después un psicólogo se aproximó al estrado. Parecía incómodo. En lugar de declarar de memoria, quiso leer sus notas.

—Tal y como han constatado al leer mi informe, la actitud de la víctima es paradójica, aunque responda a un proceso de identificación perfectamente conocido.



El perito explicó que la agresión había sacudido la vida de Dravelle pero que este se negaba a reprochármelo. Empatizaba conmigo, incluso simpatizaba. Al final de una reunión, había llegado a afirmar que comprendía mi gesto.

Mi abogada mordía la goma de su lápiz.

Según el psicólogo, aquel extraño comportamiento se explicaba por un fenómeno de contagio emocional, probablemente a causa del debilitamiento de la víctima.

—¿Una especie de síndrome de Estocolmo? —preguntó el presidente.

—Más bien diría una transferencia emocional. Un mecanismo de supervivencia.

Lucien Dravelle protestó con un gesto, en silencio. Luego se puso a toser. Una tos seca, ácida, violenta, como si se le fueran a fracturar las costillas. Se arrancó las cánulas de oxígeno y escupió toda la polvareda de Saint-Amé. Vomitó su vida en la mina. Y después se apaciguó. Presa de los estertores y los espasmos, abría la boca buscando aire, con el ruido metálico de los castilletes.

El presidente levantó la sesión.

La vieja capilla se había cerrado sobre nosotros como una tumba.

\*

El furgón me llevó de vuelta a mi celda, entrada la noche. Tiritaba.

—Bueno, ¿qué tal el primer día? —me preguntó mi compañero.

Javor, un serbio que apenas ocupaba espacio ni hacía ruido.

No me apetecía hablar. Tampoco tenía sueño. La sombra encorvada de Dravelle cojeaba ante mí. Las palabras del psicólogo reptaban bajo mi piel.

«¿Una especie de síndrome de Estocolmo?»

Sabía que los periódicos del día siguiente estarían llenos de mí. Había observado a los periodistas, apuntando las mismas frases, sonriendo por lo mismo. Durante las pausas, cuaderno en mano, debatían con el abogado de la parte civil. Antes de que sonara el timbre que indicaba que se reanudaba la

sesión, incluso había visto a Fafiot contando mi vida, al fondo de la sala, rodeado por tres periodistas.

¿Qué sabía de mí aquel falsificador? ¿Y los demás? Aquellos espectadores sedientos, apiñados detrás de las barreras hasta el vestíbulo, a quienes hacían entrar uno a uno cuando quedaba algún asiento libre. ¿Qué querían de mí los miembros del jurado, aquellos cuatro hombres y aquellas dos mujeres que habían acabado en las fauces de la justicia? ¿Y los policías, los gendarmes, los peritos que hurgaban en mi silencio con sus palabras? ¿Qué pensaba el presidente? ¿Y los magistrados? Tras el almuerzo, uno de ellos dormitaba. La cabeza le caía hacia delante y hacia atrás. Luchaba contra el plato del día y la jarra de vino de mediodía. ¿Qué iba a imponerle a mi vida el fiscal? ¿Y mi abogada? ¿Dónde estaba Aude Boulfroy? No en la celda conmigo. Ni en mi vientre, ni en mi cabeza, ni en mi miedo. Había vuelto a su bonita casa de ladrillos, con su especialista en derecho inmobiliario. Aquellas caras hacían muecas detrás de mis párpados cerrados. Ya no me acordaba del pelo de Jojo, ni de sus ojos, ni de su voz, ni de su hermosa risa de hermano mayor. Desde que se había marchado, la vida era así.

—¿Sabes que lo normal es contarle qué tal el día a tu colega?

Javor me observaba en la oscuridad, tumbado de lado, con la cabeza apoyada en una mano.

—Lo siento —contesté.

Con su linterna, recorrió el techo.

—¿Tan horrible ha sido?

Dudé durante mucho rato. Y luego le hablé de Dravelle, encorvado en su silla de ruedas, sin mirar a nadie, ni a mí ni a los magistrados. De los tubos que lo mantenían vivo. Le conté la tristeza que se había apoderado de la sala cuando el médico había descrito su viejo cuerpo herido. Su tos a causa de la silicosis. Esa casi agonía. El velo negro que me había envuelto como una lluvia de ceniza y

que, poco a poco, recubrió a los vivos y a los muertos.

Entonces el joven serbio apagó la linterna y, sin decir palabra, se dio la vuelta hacia la pared.

19

## El juicio

Segundo día

(Saint-Omer, martes 21 de marzo de 2017)

El dueño de Chez Madeleine se había puesto un traje y se había hecho mal el nudo de la corbata.

—¡Es él!

Me había señalado con el dedo, como si le hubieran pedido que me identificara.

—Ya lo sabemos, señor —replicó el presidente, sonriendo.

El rubio suspiró.

—Me han tenido esperando a su alguacil la tira de rato.

Risas en la sala.

—Saque las manos de los bolsillos, por favor.

Hizo una mueca, se volvió hacia el público. Una mujer lo saludó con la mano.

—Y el chicle, por favor.

—¿Cómo?

El dueño del bar se metió los dedos en la boca. Mirada de consternación del presidente.

—¡Un poco de silencio entre el público, por favor!

Hasta mi abogada sonrió.

—¿Jura que hablará sin odio y sin temor...?

El rubio se enderezó.

—¿Y que dirá toda la verdad y nada más que la verdad?

Levantó la mano derecha.

—Lo juro, señoría.

—Con señor presidente basta, si quiere.

El testigo hablaba. Había agarrado la barandilla del estrado, como había visto hacer en las películas. El juicio dependía por completo de su testimonio. Estaba seguro de ello. El acusado y su víctima se habían conocido en su bar y en su presencia. Movía el brazo, la mano, pintaba escenas, daba voces para recrearlas.

—¡Caramba, si hubiera cerrado aquel día, igual no habría pasado nada!

Leve mueca del presidente.

—Nadie se quejaría, señor.

El dueño balbució tres palabras.

Ninguna pregunta.

—Puede retirarse o permanecer en la sala, señor.

—¡Me quedo! —respondió el tipo, riéndose.

Antes de prestar juramento, Miná le dio un apretón de manos a Dravelle.

Luego me echó un vistazo.

¿Que qué sabía de mí? Poca cosa. Pero había leído los periódicos.

¿Que qué podía decir de la víctima?

—Miná el del aire puro y Bowette el del carbón.

Nada más. Eso era todo.

—No, ninguna pregunta, señor presidente.

Jacky Delgove estaba enfermo y no había podido desplazarse. Había enviado una carta al tribunal. Ni una palabra acerca de las acusaciones que pesaban sobre mí. Era un excelente conductor, fiable, puntual, reconocido y querido por los

compañeros de profesión. La muerte de mi mujer me había perturbado bastante. Y estaba dispuesto a readmitirme en su empresa.

El presidente abrió una carpeta azul. Leyó despacio.

—Al ser interrogado por los investigadores, el señor Delgove afirmó que había contratado al acusado porque era originario de la región minera. Ante la insistencia del teniente de policía, explicó que las circunstancias de la muerte del hermano del acusado, supuestamente víctima de la catástrofe de Liévin, también habían sido determinantes.

El presidente miró a los miembros del jurado y al fiscal. Me observó.

—Las actas revelan que el acusado se sirvió de aquel acontecimiento dramático para conseguir un puesto de camionero en la empresa Delgove.

Negué con la cabeza. Iba a protestar.

De nuevo, mi abogada se levantó. Me puso una mano en el brazo.

—¿La parte civil tiene alguna pregunta relacionada con este testimonio?

Gesto amplio del hombre del pelo blanco. Voz grave. Ninguna pregunta.

—¿La acusación?

Movimiento con la cabeza.

—¿Y la defensa?

Mi abogada se puso en pie.

—Quisiera que se subraye la insistencia de los investigadores en hacer reconocer al testigo que las circunstancias de la muerte de Joseph fueron determinantes a la hora de contratar al señor Flavent.

El magistrado cerró la carpeta.

—La insistencia de los investigadores queda subrayada, letrada.

Me costaba seguir los debates. Al comienzo de la vista, mi abogada me había deslizado una nota por el borde del banquillo.

—No me lo esperaba, es increíble —me dijo en voz baja.

El papel estaba desplegado ante mí. Una caligrafía fina, inclinada, elegante.

«El señor Dravelle renuncia a los daños y perjuicios.»

Abrigaba la esperanza de cruzar la mirada con el *porion*, pero este seguía ignorando mi banquillo.

\*

Cuando el abogado de la parte civil se levantó, Aude Boulfroy empezó a dar unos golpecitos en su cuaderno blanco con la goma del lápiz, presa del nerviosismo. Su colega era el decano del Colegio de Abogados de Lille. Nunca lo había tratado ni se había enfrentado a él en un juicio. Observándolo, me recordó a un viejo león agotado. Sombrío, achaparrado, con la melena blanca peinada hacia atrás.

Apartó su butaca y bajó los dos escalones que lo separaban de su cliente. Daba la espalda al estrado y al público. Puso la mano en una de las empuñaduras de la silla de ruedas.

Acto seguido, inclinó la cabeza hacia un lado.

—Señor presidente, señores del tribunal, señoras y señores del jurado, quisiera hacerles una confidencia.

Voz grave. Gestos teatrales. En la primera fila del público, Miná y el dueño del bar estaban boquiabiertos.

—Mi cliente se ha constituido como parte civil con el fin de tener acceso al procedimiento. Desea ser escuchado, pero renuncia a cualquier solicitud de indemnización. Aunque el dinero no lo cure todo, contribuye a reparar los perjuicios. Se lo he recordado, pero no ha cambiado de parecer.

El abogado se volvió hacia mí. Voz fuerte.

—¡Sí, señor Flavent, el sufrimiento tiene un precio!

Bajé la vista. Una mano me revolvía el estómago. Las sienes me latían.

—En cuanto a la confidencia que quería hacerles...

Movimiento entre el público.

—Mi cliente me ha pedido que no añada nada a lo que desea decir.

El abogado se puso el dedo índice en los labios.

—Por consiguiente, no pleitearé.

Murmullos en la sala. Con un gesto, impuso silencio.

—Lucien Dravelle se dirigirá a usted, señor presidente.

El abogado se inclinó, como un actor que se retira de escena.

A continuación señaló a su cliente con un amplio movimiento de la manga.

—Aunque me vea obligado a guardar silencio, me enorgullece ayudar a este gran hombre.

El presidente, incómodo.

—Puede permanecer sentado para dirigirse al tribunal, señor.

Lucien Dravelle quiso levantarse. Con suma dificultad, pesadamente, apoyándose en las muletas, con la ayuda de su amigo, cojeó hasta el estrado de los testigos, dando pequeños pasos, con la cabeza erguida.

Encorvado, en un equilibrio precario. Levantó la mano.

—No es necesario que preste juramento.

El magistrado parecía perturbado por el ruido metálico de las muletas.

—Creo que estaría más cómodo sentado, de verdad.

Entonces Dravelle aceptó.

Un alguacil le colocó una silla en el estrado. Le ajustó la altura del micro.

—Le agradezco que me dé la palabra, señor presidente.

La voz cascada del Yayo Bowette. Sus palabras de carbón.

Con un gesto pausado, se desanudó la bufanda azul celeste y se quitó las cánulas de las narinas.

Recordé nuestras dos soledades.

—¿Qué queda de nosotros una vez que ellas se han marchado? —había dicho, hablando de Cécile y de Lucie—. ¿Los remordimientos?



Antes de volver a sentarse en la sala, el joven que lo acompañaba le tendió dos hojas de papel, repletas de una letra fina y apretada con tinta violeta.

—¿Hay algún problema si leo lo que quiero decir, señor presidente?

El magistrado sonrió. No, en absoluto.

—Porque temo olvidarme algo...

Lucien Dravelle puso las hojas sobre su regazo.

Los labios cerca del micro.

—¿Puedo?

—Se lo ruego —contestó el presidente.

—... Siempre supe que el 27 de diciembre de 1974 me alcanzaría. Durante cuarenta años, día y noche, esperé la venganza de los mineros de Saint-Amé. Mis muchachos, señor presidente.

Tosió un poco, con los labios hundidos en el pliegue del brazo. Se ajustó las gafas.

—Por mi culpa, cuarenta y dos hombres se quedaron en el pozo. Yo era responsable de su seguridad y me pasaba el día diciendo: «Si hay demasiada seguridad, no hay rendimiento». El rendimiento y el ahorro eran las obsesiones de la compañía. Una política brutal impuesta a todos. Al jefe de la explotación, al director de la mina, a los ingenieros, al *porion* jefe, a los distintos *porions*, a los vigilantes, a los jefes de talla, al jefe de la plataforma. En nombre del rendimiento, exigíamos a los hombres que trabajaran más de la cuenta. Cuando terminaban su turno, por unos francos más, los obligábamos a hacer horas extras, a picar unos metros más de veta. En nombre del rendimiento, me convertí en una especie de pequeño caporal. Vigilaba a mis muchachos como si fueran una pandilla de gandules. Quería que los martillos neumáticos no se detuvieran nunca. Regañaba a los que perdían tiempo poniéndose los guantes de trabajo o ajustándose los tapones para los oídos. Al que se quitaba la máscara porque le impedía respirar, lo felicitaba: «¡Tú al menos no eres un *galibot!*». Para ahorrar tiempo y personal, no se verificaron como es debido la ventilación, las protecciones de agua y arena ni los mecanismos de seguridad.

Pequeño ataque de tos.

—¿Se me oye, señor presidente?

—Perfectamente. Continúe, por favor.

—El 27 de diciembre, cuando los hombres volvieron a bajar después de cinco días de descanso, el pozo no se había regado lo suficiente. El aire estaba saturado de polvo de carbón. El grisúmetro no funcionaba. La dirección había echado a uno de cada dos gasistas. Solo quedaba un hombre para medir el grisú, y la galería de Six-Sillons ni siquiera formaba parte de su recorrido de control. La mañana del accidente le habían cancelado la ronda. Fue allí donde tuvo lugar la explosión, el 27 de diciembre de 1974, a las seis y diecinueve. Fue allí donde la mina, el rendimiento y el afán de ahorro mataron a cuarenta y dos personas.

Levantó la vista. Retomó la lectura.

—Ese drama no tiene nada que ver con la fatalidad. Se podría haber evitado perfectamente. Desde la dirección de los Yacimientos de Hulla de Francia hasta el más humilde de los vigilantes, todos somos responsables. Y nunca se ha juzgado realmente a nadie por ello.

Seguía las líneas con un dedo.

—La mina no tiene piedad del hombre.

Alzó la cabeza.

—Así es, señor presidente.

Nadie se movía. Ni un soplo.

—Más allá del drama de Saint-Amé, la mina siempre ha acechado al obrero. Le ha tendido emboscadas. Un buen día se derrumba un madero. Al día siguiente se desprende un bloque. Se desploma una galería. Una vagoneta se embala. Un cable cede. Explota una linterna. No son catástrofes, sino simples accidentes de los que no se habla. Cuando la mina los mata, se acuerdan de que existen los mineros. Un entibador aplastado por su carga, un rozador molido por su máquina, un rodador arrollado por su vagoneta.

Respiraba con dificultad. Dudaba de las palabras.

—Cuando vuelve a subir a la luz del día, el minero no es más que un

superviviente. Aunque se quite la mugre, se lleva el carbón a la superficie. Tiene carbón en el pelo, en la nariz, en el rabillo de los ojos, entre los dientes. En sus pulmones, la mina ha ocupado el lugar del aire. El minero no está muerto, no. Pero sabe que la muerte lo espera.

Lucien Dravelle dio la vuelta a la hoja. Se inclinó sobre el micro.

—He buscado las huellas de Joseph Flavent en los registros de asistencia, en los cuadernos de contabilidad, en los informes de los jefes de brigada y en las quejas. Flavent era extractor de carbón. Trabajaba en el frente de corte, que era el peor oficio. En cuatro ocasiones, durante el año 1974, se negó a ocupar su puesto alegando que estaba enfermo. El médico de la empresa lo acusó de fingir. Por eso me he acordado de él. En octubre de 1974 formó parte de un grupo de mineros que se negaron a bajar al pozo de Saint-Amé. Solicitaron el traslado a otro sector. El sindicato de Lens hasta hizo una octavilla.

Dravelle miró al presidente.

—No la he encontrado, pero la recuerdo muy bien. Salió en el periódico. Decía que el aire del pozo era irrespirable, que la ventilación era defectuosa y que tarde o temprano habría un accidente. Lo apunté en mi agenda.

Prosiguió la lectura.

—Sí, señor presidente, la mina martirizó al hermano del acusado igual que asesinó a mis muchachos el 27 de diciembre de 1974. Y el hecho de que Joseph Flavent muriera la víspera de la catástrofe no cambia nada. Tenía turno de mañana. Estaba previsto que bajara como los otros. Estaba escrito que moriría con ellos. Pero, en lugar de marcharse con los demás, Joseph fue el primero en caer. He oído la declaración del acusado. «La mina nos matará a todos», las últimas palabras de su hermano. Se estrelló contra el muro del pozo 3bis, cerca de la verja de la mina, a pocos metros del castillete. Su accidente anunció la catástrofe.

Se aclaró la garganta.

—Como les decía, la mina tiende emboscadas al minero. Y aquella noche esperaba a Joseph Flavent. Esa es la pura verdad, señor presidente.

Dravelle tosió. Se irguió, abriendo los labios. Observó largamente a los miembros del jurado.

—Sé que todo esto resulta difícil de comprender, señoras y señores. Incluso difícil de reconocer para algunos. Pero cuando decidan su pena, sepan que el crimen de ese hombre me ha liberado.

Dobló las hojas. Me dolían los puños cerrados. Una lágrima me perlaba la mejilla.

—Siempre me he sentido culpable por aquel drama. Cuando llamó a mi puerta el 19 de marzo de 2015, el acusado ejecutó la sentencia que yo esperaba.

Recuperó el aliento, pegó los labios al micro. Inspiró un poco de aire con un ruido de estertor.

—Sí, soy una víctima, señor presidente. Pero no la víctima de Michel Flavent, sino otra víctima de la mina. Un viejo consumido por la silicosis, sin pulmones, sin fuerzas, en el ocaso de su vida. La mina me ha arruinado la existencia. Ha destrozado a Michel Flavent. Y mató a su hermano. En esta sala hay cuarenta y tres fantasmas. Y Joseph Flavent es uno de ellos. Me dirijo al tribunal, pero les pido perdón a todos ellos.

\*

El fiscal. Cara de fastidio, ceño fruncido. Durante el discurso de Lucien Dravelle, había mantenido la cabeza gacha. Leía, escribía. No miró al viejo minero ni una sola vez. En un momento dado, incluso hizo un gesto de exasperación. Aquella víctima renegaba de la acusación. No se lamentaba, ni se quejaba, ni reclamaba nada.

Tras la declaración de Dravelle, el representante de la fiscalía se quitó las gafas. Tomaba distancia. Esperó a que acomodaran al anciano en su silla de ruedas. Sorprendió la mirada fugaz que me dedicó el *porion* jefe. Su afabilidad al saludar a Aude con un gesto de cabeza. Esperó a que el abogado de la parte civil soltara las manos de su cliente, que estrechaba para felicitarlo. Esperó a que

volviera a hacerse el silencio en la sala, en el banco de los periodistas, en el jurado. Esperó a que el presidente le propusiera tomar la palabra.

El joven saboyano, antiguo teniente fiscal de la audiencia provincial de Chambéry, había llegado a la región un año antes. Aquel era su primer puesto de fiscal jefe. Y Aude Boulfroy ya había batallado dos veces contra él.

—Es muy severo. No le extrañe que lo acuse de asesinato —me había advertido con expresión grave.

Puso las manos abiertas sobre la mesa. Y se explicó sin dejar de hacer muecas.

—Llevo dos días furioso.

Voz nasal, aguda. El fraseo de un locutor radiofónico de antes de la guerra.

Me señaló con el dedo.

—Furioso con él, en primer lugar. Comparece aquí como criminal y, durante toda la instrucción, pretende ser la víctima.

Hizo un gesto con el mentón hacia Dravelle.

—Y furioso también con él, que rechaza la movilización de la sociedad para defenderlo.

Cruzó los brazos, inclinado hacia el micro. Se dirigió a los miembros del jurado.

—No soy el abogado de los Yacimientos de Hulla de Francia, sino el abogado que defiende el interés general que estos dos hombres desdeñan. Uno por medio de su silencio, el otro por medio de su discurso. No estoy aquí para hablar en nombre de los Yacimientos de Hulla del norte de Francia. No soy el representante de los patronos frente a los obreros, sino el abogado de toda la sociedad. Estoy aquí para defender a un conciudadano, el señor Dravelle. Y lo defenderé contra su voluntad si es necesario. Estoy aquí para exigir que se aplique la ley. Ese es mi cometido. Un cometido apasionante y elevado.

Aude Boulfroy se volvió hacia mí, quedándose de perfil, con el brazo apoyado en el respaldo de su butaca.

—Sí, estoy furioso, pues ¿qué es lo que se juzga aquí? ¿Quién está en el banquillo de los acusados? Un hombre, un único hombre. Michel Flavent. Acusado de haber intentado asesinar a Lucien Dravelle, por estrangulamiento y asfixia, el 19 de marzo de 2015. Y que no logró consumar su crimen atroz. No porque volviera a la razón repentinamente, sino porque su víctima sobrevivió de milagro a su asalto criminal.

Levantó un dedo.

—Eso, señoras y señores, es lo que deben juzgar hoy. Y quienes intentan arrastrarlos por otro camino los alejan de la justicia.

Ojeada a sus notas. Pasó una página.

—Sí, estoy furioso, porque el acusado no los respeta. Se burla de su papel y de su tribunal, pese a que la justicia le ha ofrecido un juicio para explicarse, para contarle todo, para aclarar las cosas, para arrepentirse tal vez. Pese a que los peritos aseguran que deseaba expiar un dolor pasado. ¡Pues resulta que ahora se calla! Asiste a su juicio como si formara parte del público. Asiste al espectáculo. No contesta a ninguna de las preguntas que se le hacen. No le preocupa lo más mínimo que se forjen ustedes una íntima convicción. El señor Flavent está por encima de todo eso, señoras y señores. ¡El señor Flavent hace historia! Está vengando el drama de Liévin, la catástrofe de Courrières, es el portavoz de las víctimas de la mina desde la noche de los tiempos. Se presenta con su hermano en bandolera. ¡Lo blande como si fuera un estandarte!

Mi abogada no me quitaba el ojo de encima.

—¿Su hermano? ¡Hablemos de su hermano! Apenas unas palabras, porque no es el objeto de las diligencias ni la razón de esta causa. ¡Su hermano, Joseph Flavent, muerto el 22 de enero de 1975, a la edad de treinta años, en un accidente de ciclomotor que conducía él, el señor Michel Flavent!

Mi abogada me puso la mano en el brazo. No estaba furioso, ni siquiera triste. Tenía el corazón devastado. Lo escuchaba, pero no lo oía.

—Su hermano, muerto de una caída a causa de una placa de hielo, después de haber chocado contra una acera y un bloque de hormigón, con 1,7 gramos de

alcohol en la sangre. Su hermano, gravemente quemado por el incendio de su ciclomotor. No encontraron polvo de carbón en sus pulmones, sino una mezcla de cerveza, vino y licor de cereza en la sangre.

Con la mano, hizo un gesto dirigido al Yayo Bowette.

—Así que no invoque *Germinal* para maquillar un accidente de tráfico, por favor, señor Dravelle. Un crío que apenas sabe conducir un ciclomotor, su hermano mayor ebrio tambaleándose encima del portabultos. Pese al respeto que me inspira su carrera y la compasión que me despierta su salud, esto es un simple suceso, no una cuestión de lucha de clases.

Sus manos cruzadas en la espalda.

—Por consiguiente, señoras y señores del jurado, olviden aquel accidente de hace cuarenta años y volvamos al crimen que nos ocupa. Un hombre, Michel Flavent, se acerca a otro con artimañas. Lo engatusa con sus pamplinas. Lo seduce, prácticamente. Identidad falsa, vida falsa. Se construye una epopeya engañosa para robarle la amistad, para arrebatarse la confianza y violar su afecto antes de intentar matarlo.

El fiscal se toma su tiempo. Se inclina, bebe un vaso de agua.

—Su obligación es juzgar ese crimen. Y ponerlo en su terrible contexto.

Gesto con el brazo, manga subida.

—Desde hace dos años unos bárbaros derraman sangre en nuestras calles, y usted, Michel Flavent, ha añadido el mazo de un minero honesto a las armas de guerra de los asesinos. Con su tozuda negación de los hechos, se ha puesto del lado de aquellos que están transformando nuestro país en un corredor de la muerte. Ha sembrado el miedo, señor Flavent. Y hoy ni siquiera es capaz de dar explicaciones. Sí, también estoy furioso por eso.

Juntó las manos a la altura de los labios, cerró los ojos como si rezara.

—Pero ¿qué pretendía decirnos, señor Flavent? ¿Cuál era su objetivo al intentar matar a Lucien Dravelle? ¿Decirnos que su hermano era una víctima de la mina? ¿Que estaba convencido de ello hasta el punto de vengarlo? Quería dar el cambiazo, ¿verdad? ¿Vengar la muerte de un hermano que bebía demasiado

erigiéndole un mausoleo proletario? ¿Expiar un accidente de tráfico convirtiéndolo en una catástrofe nacional? Pero bueno, señor Flavent, aparte de usted y de algunas personas que lo han querido por lo que no era, ¿a quién pensaba engañar y durante cuánto tiempo más?

Me tapé los oídos con las dos manos.

—Se ha inventado una leyenda lamentable, señor Flavent. Pretendía someterse a un juicio de la sociedad, pero lo han pillado. No decide nada, se limita a aguantar, como si fuera una injusticia. Después de haber jugado a ser una víctima imaginaria, se ha convertido en un criminal de verdad. Y la sociedad que defiende es compasiva con las víctimas, pero no con los criminales.

Otro vaso de agua.

—Ya tenía un muerto en la conciencia y a punto ha estado de tener dos. Porque de eso se trata, señores del tribunal, señoras y señores del jurado. De juzgar a un hombre que quería asesinar a otro hombre y no lo consiguió. Un anciano maltrecho, que no podía defenderse. Un pequeño caporal, tal y como se ha descrito él mismo. Un inocente, señor Flavent. ¡Un inocente!

El magistrado, cabizbajo. Abrió una carpeta azul.

—Sí, estoy furioso porque el acusado nos ha apartado del camino de la verdad. Con sus declaraciones falsas a la policía, a la jueza, a esta justicia que no respeta...

Aude me sonrió, con el propósito de apaciguarme.

—A aquellos que han confiado ciegamente en él, les ha devuelto una triste imagen. Ha elaborado una mitología a la altura de su impostura. Desarraigado de la realidad, ajeno a la vida del norte de Francia, sin ningún vínculo en la región, ha llevado consigo la imagen de una mitología obrera de la que se ha proclamado el héroe. El señor Flavent se ha convertido en el vendedor ambulante de los escoriales, en el representante comercial del dolor. En las *brasseries* parisinas, en los restaurantes de carretera, frente a una mujer admirable que solo creía en él, contó la fábula de una mina deslumbrante. Proclamó la fraternidad de las colonias mineras como un niño garabatea la vida a



grandes trazos. Los ricos, los pobres, el hermano hermoso y el *porion* malvado. Aunque alababa la fraternidad de la mina, simple y llanamente la ridiculizó y la traicionó.

Un papel en la mano.

—Les ruego que releen sus declaraciones a la jueza de instrucción. Que lleguen hasta el final de esos arrebatos caprichosos. Los mineros que se frota la espalda en las duchas. El pan de alondra que comían los niños cuando su padre regresaba. Es bonito, es conmovedor, es cierto, pero todo eso ya no tiene ningún sentido hoy en día. Es como Zola pero sin talento. Étienne Lantier sin sufrimiento. Toussaint Maheu sin valor. Bonnemort sin verdad. Michel Flavent se atribuyó el papel de justiciero. Se creyó el juez Pascal. Soñó que era uno de esos izquierdistas a quienes deslumbró contándoles las heroicidades de su hermano.

Seguía tapándome los oídos. No podía acallar su voz, pero al menos la atenuaba. Me protegía el corazón y la cabeza. Las palabras del acusador me llegaban como una voz submarina. Mi abogada estaba preocupada por mí. Quería levantarme y ella lo sabía. Quería echar a correr hacia la ventana, la calle, los enormes campos de Saint-Vaast, la tierra de mi padre reducida a la nada. Quería echar a correr hacia el castillete, los escoriales, cruzar los pueblos, las ciudades, huir del día, del exterior, dejar la superficie para bajar a las profundidades de la tierra.

—Sí, estoy furioso, porque he oído decir que aquí la mina obligaba a los hombres a producir más, sin tener en cuenta su vida. Pero ¿quién propuso a los obreros que se rebelaran por medio del trabajo? ¿Que trabajaran incluso los domingos, que hicieran horas extras hasta el agotamiento para enderezar el país? ¡Un tal Benoît Frachon, que no era precisamente el patrono de las Minas de Hulla de Francia! ¿Y quién gritó: «Producir es la forma más elevada del deber de clase, del deber de los franceses»? ¡El antiguo minero Maurice Thorez, el 21 de julio de 1945, a una hora en coche de este juzgado! ¿Quiénes, entonces? ¿*Porions* jefes? ¿Patronos sanguinarios? ¿Ricos desalmados? No, señor Flavent,

dirigentes comunistas. Una vez más, se ha equivocado de época y de referencia. No sé si tenía pensado utilizar este juicio a modo de tribuna para condenar el capitalismo, pero ha fracasado. Por el contrario, su actitud, sus engaños, esa postura silenciosa e indigna demuestran su lamentable contribución al fin del mundo obrero. La fábula trasnochada que pretendía encasquetarnos lo ha perjudicado. Los Yacimientos de Hulla ya no existen. Los pozos están cerrados. El castillete se ha convertido en una atracción turística.

Silencio.

Observó la sala. El presidente, los magistrados, todos estaban petrificados. Los miembros del jurado ya no tomaban notas, lo escuchaban. Entre el público, muchos asentían con la cabeza. Fafiot, el viejo estafador, había regresado, esta vez sin su africana. Busqué su mirada. Me rehuyó. Ya no sabía qué hacer con mis certezas.

—Pero tanto da. Hoy no juzgamos ese pasado extinto, sino tan solo su presente de criminal. Y voy a hacer algo, señor Flavent. Por muy sorprendente que parezca, intentaré creerlo por un instante. Aceptaré lo que pretende usted. Me creeré al pie de la letra las interpretaciones de los psiquiatras y los psicólogos, pese a que usted nunca fue sincero con ellos. ¡Qué más da! Estaré de acuerdo con ellos y con usted.

Abrió los brazos en cruz.

—De acuerdo, señor Flavent, admitámoslo: Joseph Flavent murió a consecuencia de sus heridas, a causa de la catástrofe de Liévin. Sí, es la víctima número cuarenta y tres. Aunque me cueste horrores, y disculpándome con las verdaderas víctimas, las viudas que perdieron a su marido y los hijos huérfanos de padre, se lo concedo: Lucien Dravelle, responsable de la seguridad del pozo de Saint-Amé, le arrebató a su hermano.

Se puso los puños en las caderas.

—¿Y qué? ¿Y qué, señor Flavent? Aunque fuera verdad, ¿por qué matar a un hombre? ¿En nombre de qué justicia? ¿En virtud de qué derecho? ¿Quién le encomendó semejante tarea? ¿Quién es usted, señor Flavent? ¿Un ángel

exterminador? ¿Quién lo envió? ¿Qué Dios? ¿Qué diablo? ¿Quién le dio el poder de decidir sobre una vida humana?

Se inclinó de nuevo. Sacó una hoja de una carpeta transparente. La blandió por encima de su cabeza.

—¡Ah, claro, ya lo sé! ¡Qué tonto soy! La carta de su padre, por supuesto. ¡Casi me olvido! La misión sagrada que le encomendó: vengar a su hijo, es decir, a su hermano.

Consultó el expediente.

—Bajo la signatura C 875 se encuentra una extraña versión de esa última carta, tal y como usted la citó durante sus falsas confidencias a la jueza de instrucción: «Michel, vénganos de la mina».

El fiscal me miró. Bajé la vista.

—«Michel, vénganos de la mina.»

El magistrado hizo un gesto pomposo. Sacudió la cabeza, con las manos abiertas.

—La última voluntad de un padre muerto a su hijo. ¡Una orden! ¡Una promesa desesperada! Esa frase, tal y como la citó durante la instrucción, le dio sentido a toda su vida. Hizo llorar a Cécile, su mujer. Hizo que Jacky Delgove lo contratara. Fue la orden que rigió su misión, su talismán dondequiera que fuera.

Silencio. Observó a los miembros del jurado.

—Y sin embargo, la frase no es exacta, señor Flavent. Su desdichado padre nunca la escribió. La auténtica carta, que encontraron los investigadores, usted se apresuró en olvidarla. Porque le resultaba insoportable. No se correspondía con su sistema de defensa. Pero se trata de un documento fundamental. El más relevante del expediente de instrucción. Arroja sobre este caso una luz terrible y cruda. Y comprendo que el acusado se haya negado a dar explicaciones al respecto.

El fiscal, con las manos encima de la mesa.

—Sí, señores del tribunal, señoras y señores del jurado, en este caso todo es falso. Falsa identidad, falsa motivación, falsa víctima, falsa carta. Para juzgar

con conocimiento de causa, deben tener presente el único elemento que ilumina este brebaje infecto. Y lo digo bien: ¡el único! Para ello, es necesario que oigan una y otra vez las últimas palabras del pobre Jean Flavent antes de acabar con su vida.

El magistrado se puso una mano en la cadera. Con la otra, sostenía una hoja amarillenta.

—«Tenía dos hijos. Uno mató al otro. He decidido dejar de vivir.» Esa es la verdad, señor Flavent. Un padre que se suicida, desolado por el error de su hijo. Un campesino sin relación con la mina. Un minero sin relación con la catástrofe. Un camionero sin razones para vengarse de nada, aparte de sí mismo. En nombre de esa carta imaginaria, se pasó la vida abusando de la confianza de los demás. A partir de ella, buscó a su víctima entre los viejos capataces de Saint-Amé que seguían vivos. Urdió su crimen. Se acercó a Lucien Dravelle. Lo engatusó. Lo atacó de madrugada, vestido de minero de carnaval, empuñando un mazo. Embriagado por su sed de venganza, golpeó a ese hombre débil. Una vez, dos veces, tres veces. Le magulló el cuerpo, en su casa, bajo su propio techo. Lo tiró al suelo como si fuera un saco de carbón. Intentó estrangularlo con las dos manos, sin piedad. Como un bruto, como un monstruo. En nombre de esa mentira, quiso asfixiarlo. ¡A él, a un auténtico minero con silicosis! Le disputó a su grave enfermedad el poco aire que le ofrecen sus pobres pulmones. Y lo dio por muerto, como a un perro.

Durante unos instantes el fiscal mantuvo la cabeza gacha. Ya no miraba nada ni a nadie. Hasta que se enderezó bruscamente. Se reavivó.

—¿Y qué decir de lo que hizo a continuación? ¿Qué pensar del ritual en el que se desnudó y se cubrió el cuerpo de hollín una vez cometido su crimen?

Estaba agotado y pálido.

—¿Qué pretendía manifestar con aquel miserable striptease? ¿Que encarnaba usted la fragilidad? ¿Que era la víctima? ¿El inocente, el cordero de Dios, el niño recién nacido? ¿Qué lección creía que aprenderíamos de ese despojamiento? Se creía frágil, pero era grotesco. A la medida del perturbado panteón que había

erigido a la gloria de hombres que ni siquiera le permito honrar.

El magistrado retomó la carta. La blandió y luego se la puso en el corazón.

—Este documento atroz podría haber sido la clave de su confesión, señor Flavent. Pero tergiversó las palabras de su padre, cambiando su desesperación por sus mentiras. Y es desolador, porque esa carta habría podido ser su salvoconducto. Podría habernos contado, e incluso podríamos haberlo comprendido, que era imposible sobrevivir a ese epitafio. Esas tres frases habrían convertido su vida en una tumba. Nadie en el mundo, ni usted ni yo, ni ninguno de los aquí presentes, habría podido continuar su camino con el lastre de esa tragedia. De eso podríamos haber hablado. Eso podría habernos contado, podríamos haberlo comprendido y juzgado. A partir de ese drama podríamos haber construido el terreno propicio para reconciliar a un ciudadano con la sociedad que lo acusa. Entiéndame. No me refiero a la cultura de la confesión, de esa forma de arrepentimiento cristiano que demasiado a menudo impregna el sistema judicial. Me refiero a un reo que se presenta ante la sociedad y le ruega que lo ayude a encontrar de nuevo su camino.

El fiscal cerró bruscamente sus carpetas. Me miró. Observó a los miembros del jurado.

—Pero no lo ha hecho, señor Flavent. No ha venido a pagar su crimen, sino a burlarse de la verdad. ¡Por eso estoy furioso!

Tiró de la butaca.

—Para usted, que intentó matar a un hombre con el fin de aplacar una mentira de orgullo sin manifestar jamás un ápice de arrepentimiento, solicito una pena de diez años de cárcel.

Se sentó. Sin volver a preocuparse por mí. Ni una sola mirada. Nada. Ni siquiera comprobó el efecto de su acusación en mis ojos desorbitados. Había cumplido su cometido. Cerraba la puerta. Cuando yo abandonara aquella sala, abandonaría su vida.

Aude Boulfroy se me acercó.

—¿Cómo está, Michel?

No supe qué contestar.

La sesión se suspendió hasta el día siguiente. Tendí los puños a los agentes que me escoltaban. Me dejaba hacer. Me había quedado sin voluntad, sin furia, sin esperanza. Iban a llevarme del banquillo de los acusados a mi celda. Antes de que me condujeran, miré a Dravelle. Su joven acompañante empujaba a mi víctima hacia la salida. No me notaba las yemas de los dedos. Estaba aterido de frío. Me alejé de mi abogada sin decir palabra. El fiscal me había matado. Había tocado la musiquilla que me atormentaba desde siempre. Llevaba toda la vida tarareándola. Una melodía secreta, vergonzosa, una balada que mi cabeza susurraba y mi vientre vomitaba, una letanía que amedrentaba mi corazón. Él había convertido aquel miedo de la infancia en una sinfonía. Y al igual que él, yo tampoco soportaba nada de mí. Ni mi crimen ni mi silencio. La expresión «apacar una mentira de orgullo» me había mordido la nuca. Un estremecimiento, desde el cuello hasta los pies. Por la noche estaría solo en la celda, dado que durante el juicio me vigilaban especialmente. La víspera había dejado de comer. El director del centro penitenciario ahora me despreciaba. Y yo detestaba al acusado que se metía en el furgón policial frente a los flashes de los periodistas. Aquel hombre había dejado de parecerse a mí. A medida que transcurrían las horas, cada vez me avergonzaba y me horrorizaba más. El fiscal tenía razón. No era mi juicio. Yo no era aquel hombre postrado en el banquillo de los acusados, que fingía no escuchar lo que decían de él. Detestaba mi manera de no contestar. Detestaba toda mi historia. Detestaba haber hecho sufrir a mi madre y a mi mujer. Aquel casco de minero que había llevado toda la vida para inspirar compasión. Aquel brazalete negro que había lucido durante años para emborracharme de luto. Detestaba la mina, la espantosa trampa en la que me había encerrado. Me detestaba. Yo, yo solo, había forjado las cadenas de mis

esposas. Quería reunirme con Cécile. Quería que abriera los ojos. Que regresara del reino de los muertos. Quería que estuviera viva, un poco más. Quería susurrarle la verdad. Las manos negras de Jojo al subir de la mina, su frente ensangrentada la víspera de no morir en la mina. Quería mirarla de cara, al fin. Quería que su belleza remediara mi fealdad. Quería pedir perdón, a ella, a Lucien Dravelle, a todos aquellos a quienes había arrastrado en medio de los ataúdes alineados. Quería respirar un cielo sin carbón, un horizonte sin escoriales. Quería que se apagarán los ruidos del día antes. El alarido del ciclomotor desbocado, aquella aceleración mortal que se me clavaba en el corazón. Aquella coz de caballo salvaje. Quería apartar la cortina de chispas blancas. La sombra trágica de mi hermano encima de mí, sus brazos aterrados aleteando en la noche como alas de pájaro. Quería olvidar aquel olor a aceite caliente, a goma, a gasolina derramada, aquel veneno que me había asqueado toda la vida. Olvidar aquel ruido de eternidad, aquel último pedazo de chatarra girando sobre sí mismo como una peonza. Y luego el silencio. La nada que anuncia el dolor más inmenso. El resplandor del fuego extinguiéndose en las fachadas vacías.

Quería que terminara el juicio. Iba a pedirle a mi abogada que no pleiteara. Ya se habían dicho demasiadas palabras que mancillaban otras. Quería volver a la celda. Quería estrecharle la mano a Aude Boulfroy como quien se despide al pie de una tumba. Quería acabar de una vez. Que el tribunal se retirara. Que se hiciera justicia. Que los periodistas se marcharan. Que las luces se apagaran. Todo aquello ya no me cambiaría la vida.

Era un prisionero y seguiría siéndolo.

20

## El juicio

Último día

(Saint-Omer, miércoles 22 de marzo de 2017)

—¿Sabe en qué consiste mi papel de defensora, Michel?

Aude Boulfroy se había levantado. Acababa de pedirle que no pleiteara.

—Responda al menos: ¿lo sabe?

Estaba pálida.

—Mi papel es hacer que admitan el hecho de que no pueden comprenderlo todo.

La miraba. Se estaba abotonando la toga negra.

—¡Llevamos dos días callando, Michel, dos días!

Reunió sus expedientes.

—Y a fin de cuentas, ¿a partir de qué va a juzgarlo el jurado? ¿Lo sabe?

Me encogí de hombros.

—De la espantosa acusación del fiscal. ¡Nada más!

Estaba metiendo un estuche en la cartera.

—¿Y qué vas a decirle al jurado?

Me daba la espalda.

—¿Perdón?

—¿Al jurado, qué le vas a decir? ¿Qué le vas a explicar? ¿Qué le vas a pedir? ¿Que me libere? Debe condenarme, lo sabes. Entonces, ¿de qué sirve continuar?



Aude se inclinó sobre la mesa, con las manos apoyadas en la madera.

—Soy abogada. Hace dos años, me encargó la tarea de defenderlo. No puedo callarme en el último momento.

Sonreí.

—Te privo de tu gran defensa, ¿verdad?

—Se priva de su defensa.

La había herido. Me lo reproché.

—Estoy cansado, Aude. Quiero que todo se acabe. No estoy de ánimo para escucharte hablar otra vez de Dravelle, de la mina, de mi hermano, del accidente. No tengo fuerzas para volver a empezar desde el principio. No quiero escucharlo de nuevo.

Se dejó caer en la silla.

—¿Y yo qué hago, entonces?

—Nada. Dices que tu cliente te ha retirado la palabra.

Negó con la cabeza. Hizo una mueca. Como Cécile cuando estaba contrariada.

—¡Qué desperdicio!

Me levanté.

—Ya se ha dicho todo, letrada. No hace falta que añadas nada.

—¡Por supuesto que sí! ¡Todavía no lo he defendido!

—Pero ¿quién te ha dicho que quiero que me defiendas?

Alzó las manos.

—¿Qué hago aquí entonces? ¿Por qué me llamó?

Lo dijo gritando. Por primera vez.

—Para que me ayudaras a enfrentarme a todo esto, no para escapar.

Aude Boulfroy esbozó un gesto de hastío. Me observó. Luego se puso en pie.

—Pues entonces ya ha ganado. No escapará a la cárcel.

\*

Todos estaban allí, como el primer día del juicio. El antiguo minero, sentado

entre el público sin su mono de trabajo ni su casco de protección. Miná y el dueño del bar, pegados el uno al otro, dándose las de importantes, como si lo supieran todo. Fafiot, al fondo de la sala, con una joven asiática. Jacky Delgove, mi jefe, recuperado de la enfermedad, que se atrevió a hacerme un gesto amistoso cuando cruzamos la mirada. El joven teniente que me había leído mis derechos en la comisaría de policía. El viejo gendarme de la escolta, hijo del picador del pozo número 11 de Béthune. El psiquiatra Croizet y el psicólogo Ricaud.

—No cabe todo el público —me anunció mi abogada con una sonrisa.

No quedaba ni un asiento libre. Habían instalado vallas en el vestíbulo. En los bancos de la prensa había caras nuevas. Un periodista conocido, que salía a menudo en el telediario. De pie junto a las paredes, algunos estudiantes de bachillerato con su profesor.

Cuando entré, el fiscal alzó la vista. Ninguna carpeta ante él, ningún bolígrafo en la mano. Recostado en el respaldo de su butaca, esperaba el asalto.

\*

—Letrada, tiene usted la palabra.

Aude estaba sentada delante de mí, con su lápiz entre los dedos. Tras la invitación del presidente, se dio la vuelta.

—Déjeme hacer, Michel. No se preocupe.

Quise protestar. Me sonrió. Y acto seguido se levantó. Apartó su butaca. Bajó los escalones que conducían a la sala de vistas. Sin artificios, con su cuaderno blanco en la mano. Caminó por la sala hasta el estrado de los testigos. Pasó junto al banco de la prensa. Miró al público. Se acercó a las pruebas materiales; puso una mano encima del plexiglás. Contempló mi mono de trabajo como si acabara de descubrirlo. El pañuelo blanco de Michel Delanet, la ropa de Jojo, su casco, colocado sobre la cadenita y los ganchos del guardarropa, mis cuadernos de espiral, sujetos con una goma ancha. Y el mango del mazo, que sobresalía de un

papel marrón, atado de cualquier forma con una cuerda gruesa.

Mi abogada estaba tomando posesión del lugar. Marcaba su territorio. Paso a paso, con una expresión impenetrable, recordaba al jurado, al secretario, al ministerio fiscal, a los periodistas y al público que allí un abogado estaba en su salsa.

«Nadie es propietario de un juzgado», me había dicho un día.

El presidente la seguía con la mirada. Sonreía detrás de sus manos entrelazadas.

—Señor presidente, señorías, señoras y señores del jurado, Michel Flavent me ha pedido que no lo defienda.

Su voz sin micro, forzada como en el teatro. Se pegó a la barandilla del estrado.

—Me ha pedido que no pleitee. Esa es su voluntad y la respeto.

Murmullos en la sala. El presidente se encogió.

—Por tanto, no contestaré a la acusación.

Se volvió hacia el magistrado.

—No le diré que se puede defender la sociedad sin humillar a dos de sus miembros, Michel Flavent y Lucien Dravelle.

Abrió su cuaderno blanco.

—Tampoco le diré que, como recién llegado de Saboya, parece no haber comprendido en toda su magnitud la historia de esta región.

Pálida sonrisa del magistrado. Ella le dio la espalda. Se dirigió al jurado.

—El señor fiscal procede de una tierra montañosa, no de un mundo de escombros. Por una parte, los pastos. Por otra, los escoriales. Dos universos.

Mirada hacia el público.

—¿Qué sabe de nosotros el hombre que hoy se encarga de la acusación?

Abrió los brazos, con un gesto muy elocuente.

—Nada. O poca cosa. De ahí su sorpresa ante la postura del señor Dravelle. De ahí su incompreensión ante el dolor que une al acusado y a su víctima. Los prados alpinos, los bosques, el águila real, las anémonas en primavera, nada de

eso le resulta extraño, señor fiscal. Pero aquí todo le resulta desconocido.

Aude volvió a recorrer la sala, con la mano izquierda cerrada en la espalda y el índice derecho en los labios.

—Como no puedo pleitear por Michel Flavent, defenderé la memoria de otro hombre, si me lo permiten. Un obrero ya fallecido.

Atravesó la sala. Volvió a su mesa. De pie, muy recta.

—Aquel obrero fue extractor del pozo número 5 de Bruay.

Yo la miraba. Era hermosa.

—En cuarenta años en la mina, nunca llegó ni un minuto tarde, no se puso enfermo ni un día. Al amanecer, salía a pie con su morral a la espalda. Volvía a casa para comer, dormir y recuperar fuerzas para la mañana siguiente. Nunca levantó la voz. Ni protestas, ni quejas. Toda la vida se mantuvo al margen de las reivindicaciones, de las huelgas. Temía por su familia. Temía las reprimendas, las faltas, la suspensión, el despido, el paro. Temía que las Minas de Hulla de Francia lo echaran de la colonia minera; perder el techo, el jardincito lleno de polvo, el palomar. Temía que expulsaran a sus hijos de la escuela de la mina, de los campamentos de verano de la mina; no poder comprarles la ropa en la cooperativa minera, no ser nada en esta comarca donde el carbón lo es todo.

Silencio. Miró afuera, todo aquel gris tras la ventana.

—Me acuerdo de su orgullo.

Se volvió hacia el fiscal.

—Cuando Michel Flavent me llamó, no dudé un instante. Tampoco dudé en seguir defendiéndolo cuando descubrimos que su verdad no era la nuestra. Me acordé de aquel viejo trabajador. Continué en su nombre.

Me pellizcaba la mano entre el pulgar y el índice. Me arañaba la piel. Aude Boulfroy me miró.

—No hablaré de mi cliente, sino del minero de Bruay.

Del bolsillo, sacó una placa de metal. La levantó a la altura de sus ojos, con las dos manos, como un sacerdote ofreciendo una hostia.

—Esta es la otra identidad de aquel hombre admirable, su número de

identificación. El 9823.

Enseñó la pieza de aluminio al jurado y al público.

—Esto es la ficha de una lámpara, señores y señoras. Se la devolvían a los mineros cuando entregaban su lámpara, después de su turno. Llevar la ficha a casa significaba haber subido a la luz del día. Y recuperar las fuerzas para volver a bajar.

Mantén la ficha en alto.

—Ya no hablamos de hombres, sino de números.

Dio algunos pasos en dirección a la silla de Lucien Dravelle.

—El propietario de la ficha 9823 nunca se rebeló, contra nada ni contra nadie. Los Yacimientos de Hulla del norte de Francia tampoco se quejaron nunca de aquel obrero ejemplar. Aquella sombra silenciosa y dócil, que trabajó para la compañía hasta el límite de sus fuerzas.

Aude examinaba el disco de metal, protegido por la palma de su mano.

—La mujer de aquel minero se llamaba Marthe. Le lavó la ropa negra durante toda la vida. Y cuando tuvo derecho a jubilarse, le limpió la sangre de los pañuelos. El obrero modélico sobrevivió dos años a su jubilación. Dos años, el amante esposo. Dos años privado de aire, el minero valiente. Parándose por la calle, con una mano en el muro y la otra en su bastón, para escupir todo lo que el carbón le había causado. Dos años aguantó aquel que nunca había levantado la voz ni el puño. Dos años de agonía, rodeado de dolor y ladrillos, muy lejos de los torrentes de montaña y de las gencianas púrpura, señor fiscal.

Mi abogada estaba emocionada. Le temblaba la voz.

—Aquel héroe del trabajo murió de silicosis el 4 de noviembre de 1960. Murió de fidelidad. Murió de lealtad. ¿Murió en la mina? ¡Por supuesto que sí! ¡Evidentemente! Aunque cerró los ojos en el fondo de su cama, entregó el alma en el fondo del agujero. Que un minero vuelva a subir a la superficie no significa que esté vivo. La última vez que dejó la ficha de su lámpara, el número 9823 ya estaba moribundo. Lo sabía. Su familia lo adivinaba. Y pasó de un pozo a un hoyo, en medio de la indiferencia general. Ni un funcionario ante su miserable

tumba. Ni una bandera. Ni un visitante de París. Ni un discurso, ni una promesa, ni una flor de la nación. Nada. La muerte de un hombre no es una catástrofe. Aquel mismo año, en la región de Nord-Pas-de-Calais, cada día morían dos mineros de silicosis y cada dos días se producía un accidente mortal.

La letrada se acercó al tribunal. Recorrió la larga mesa de marquetería. Observó a los miembros del jurado, uno a uno. Sonreía. Algunos le sostenían la mirada, otros bajaban la vista. La señora pelirroja le ofreció una lágrima. Me costaba horrores respirar. Vi a Aude de niña, con los brazos abiertos al anochecer, en equilibrio sobre la acera que llevaba a los castilletes. Su minero había regresado de la mina. Se había unido a nosotros. Un orgullo, una memoria, un dolor más. Un corazón noble para proteger el mío.

Aude Boulfroy se inclinó ante el Yayo Bowette.

—En nombre de todos esos mártires anónimos, tengo el honor de presentarles a Lucien Dravelle, víctima de la mina.

Mostró las pruebas materiales.

—Tengo el honor de presentarles a Joseph Flavent, víctima de la mina.

Me señaló con la mano.

—Tengo el honor de presentarles a Michel Flavent, víctima de la mina.

Levantó la ficha por encima de su cabeza.

—Tengo el honor de presentarles a Charles Boulfroy, mi abuelo, víctima de la mina.

«Creo que compartimos una historia en común», me había dicho mi abogada.

Mi vientre y mi cabeza protestaron. Un dolor en todo el brazo. Estaba boquiabierto.

Se volvió hacia mí. No me lo esperaba. Puso las manos en el borde del banquillo. Tenía la misma mirada que Cécile, el mismo pelo, la misma cara de

cansancio. Quise levantarme, pero no pude. La miraba, ella a un lado, yo al otro. Apretaba la ficha con el puño.

—Señor Flavent...

Se corrigió.

—Michel, antes de que el tribunal se retire para deliberar, antes de que se vuelva a hacer el silencio, antes de que cada cual salga de la sala para reanudar su vida, me gustaría saber si quiere decirle algo a Lucien Dravelle. Si quiere confesar algo al jurado, al tribunal, a las mujeres y a los hombres que han asistido a su juicio.

Se acercó a mi micro. Ya no hablaba, susurraba.

—Michel, ¿qué le habría gustado decirle a Cécile, su mujer, antes de que cerrara los ojos?

Y acto seguido se sentó, sin apartar la mirada de mí.

Me dolían la nuca y la espalda. Con la mano izquierda me agarré el brazo derecho, que me temblaba. El presidente se quitó las gafas.

—Señor Michel Flavent, ¿quiere añadir algo antes de que el tribunal se retire para deliberar?

Miré a mi abogada, a los ojos fatigados de Dravelle, a los miembros del tribunal, y luego a la sala, a todos aquellos desconocidos que lo sabían todo de mí. Miré al fiscal, al jurado, mis manos. Luego el techo, la lámpara de araña, la madera contrachapada del banquillo de los acusados y mis manos de nuevo. Me levanté como si saliera de la tumba. Un policía me ajustó la altura del micro. Puse los brazos detrás de la espalda, luego delante, luego a los costados. No sabía qué hacer conmigo mismo. Tenía la boca seca. Me dolía la garganta. Me ardían los ojos. Me incliné. Mi cuerpo protestaba. Mi cabeza, mis oídos. Zozobraba. Inspiré hondo.

Mi voz. Algunas palabras metálicas.

—Mi hermano Joseph Flavent resultó herido el 26 de diciembre de 1974 en un

accidente de ciclomotor. Conducía yo. Debería haber estado en su puesto al día siguiente, en el pozo de Saint-Amé. A la hora de la explosión, que mató a cuarenta y dos de sus compañeros mineros, mi hermano estaba en el hospital. Murió el 22 de enero de 1975, sin haber recobrado el conocimiento.

Me volví hacia Lucien Dravelle.

—Perdóneme por todo el daño que le he hecho.

Le temblaba el mentón. Asintió con la cabeza. Una señal de bienvenida.

—Mi hermano decía que usted era un minero y un buen hombre.

Lo miré a la cara.

—Es usted un buen hombre, señor Dravelle.



21

## Cárcel de Béthune

(Miércoles 22 de marzo de 2017)

Volví a las esposas, a la mirada silenciosa de los policías, a un retazo de cielo a través de las ventanillas del furgón. No sentía nada. La carretera estaba apagada, el horizonte negro de nubes. Nubarrones que lloraban a lo lejos. El día aguardaba a que yo cerrara los ojos para pasar a otra noche.

Era un condenado.

El tiempo ya no sería igual. Jamás.

Y los años solo servirían para esperar.

Aquella primera noche, iba a estar solo. Habían trasladado a Javor, el serbio. Ya no quedaba nada de él, ni su ropa, ni sus fotos pegadas a la pared de la celda. Era demasiado tarde para cenar. Antes del veredicto, me habían ofrecido un sándwich de atún.

Algunos detenidos pensaban que me trasladarían a la cárcel de alta seguridad de Vendin-le-Vieil; otros, a la isla de Ré. Todos blasfemaban, nadie sabía nada.

Primero me senté a la mesa, con las manos en las rodillas. Luego me tumbé encima de la manta, vestido y con zapatos. Iba a dormir mal, ya me había avisado mi abogada. En cuanto reinara el silencio, estallarían el tumulto. El accidente, mi crimen, el juicio. Toda mi vida, antes de la vida de después.

«¿Qué le habría gustado decirle a Cécile, su mujer, antes de que cerrara los ojos?»

La pregunta de Aude me encogía el corazón. Lo que había confesado por el micro del juzgado no era suficiente. Me había dirigido al jurado, al presidente, al fiscal, al público, a los periodistas. Me habían oído. Todos ellos habían vuelto a casa con mi confesión en el bolsillo.

Pero ¿qué habría podido saber Cécile de todo eso?

La lámpara de techo de la celda estaba apagada. De fuera llegaba un resplandor anaranjado. Las luces de la ciudad, los focos del muro exterior. La cárcel se encerraba. Ruido de puertas, de cierres eléctricos, de llaves giradas en la cerradura.

Oí el chasquido de un cerrojo metálico. El mismo que el de mi garaje parisino. Mi museo de los horrores, mi batalla perdida.

Entonces cierro los ojos. Ya está. Dejo esta celda, estos muros tan altos, doy media vuelta, reanudo mi vida, regreso a París, abro el cerrojo de mi mausoleo. Mientras tanto, Cécile pasea por la ciudad. Canturrea, la veo. Vuelve de la escuela, con los dibujos de los niños debajo del brazo. Yo he comprado bolsas de basura. De las negras, resistentes, para tirar mis escombros. Al entrar en el local, me estremezco. Miro las paredes de ladrillos, los libros alineados, las imágenes, alzo la vista hacia el guardarropa de Jojo.

«Dios mío, ¿qué es esto?», gimió mi mujer cuando lo descubrió.

Bajo al ahorcado como si arriara una bandera. Dejo que la cadenita se deslice entre mis palmas. La ropa de mi hermano. Su chaquetón gris y todo lo que llevaba el día del accidente. Y también su casco de minero, su pastilla de jabón, su espejo. Abro una bolsa. No doblo nada. Lo meto todo dentro como si lo enterrara. Vacío la biblioteca. Tiro los libros en desorden, arranco a puñados las páginas de mis cuadernos de espiral. Desdoblo la carta de mi padre, escondida en el cuaderno del delegado de minas. Su caligrafía fina. La releo una última

vez.

«Tenía dos hijos. Uno mató al otro. He decidido dejar de vivir.»

Beso el papel amarillento. Rasgo la hoja. En dos, en cuatro, en ocho, despacio, con respeto. Tiro las fotos de Lucien Dravelle, los artículos de prensa, las octavillas, las carpetas negras sobre el grisú. Amontono los periódicos en otra bolsa. Arranco las imágenes de las paredes. La entrada del pozo de Saint-Amé, los escoriales gemelos de Loos, los caras negras, el grabado de santa Bárbara junto a su torre. También lo rasgo, para que no perdure nada.

Vacíó los estantes. Las viejas lámparas de latón del pozo, los gorros de cuero, los cascos blancos. Doblo un cartel metálico que recomendaba a los hombres que ataran bien las vagonetas en los tramos inclinados. En una caja de cartón, guardo las herramientas de extracción, un pico de dos puntas, un mazo, un hacha. Tiro las anteojeras de un caballo muerto de agotamiento. La cantimplora de un *galibot*. La jaula de un canario que detectaba el grisú. Envuelvo las placas de Lens y de Bruay con el pañuelo gris de una cribadora de piedras. Me anudo al cuello el de mi hermano. Dejo la rueda de vagoneta de pie en su rincón, junto con el catre y el escritorio. Desenrosco las bombillas de las lámparas, desenchufo la calefacción eléctrica.

Al salir, enciendo la luz del pasillo. En la pared solo queda el cartel de cine. *Le Mans*, Steve McQueen, con su casco en la mano. Michel Delanet tiene mis ojos, Jojo tenía razón. Dudo. Abandono su mirada en la oscuridad.

\*

Y le pido a Cécile que me acompañe a las tierras de mi infancia. Es una locura. Y un regalo para mí. Que viajemos juntos al norte. Que por fin pueda enseñarle mi región natal. Le he hablado tanto de los escoriales, del ladrillo, de la mina, de mi hermano. De la gran catástrofe que me atormenta. Todavía tengo tanta

infancia en mi interior. Tantos miedos callados, tanta tristeza. Tantas cosas que confesarle. Le digo que mi fuerza procede de esa tierra. Y que quiero compartirla. Que vea lo que queda de nuestra granja, de nuestros campos, de los surcos labrados hasta el infinito. Que ponga la mano en el acero del último castillete. Que entre en Chez Madeleine. Quiero que oiga por todas partes ese extraño acento que no he perdido. Quiero regalarle el cielo de mi infancia, mi lluvia, mis adoquines mojados. Quiero mostrarle el campanario de Saint-Vaast. Quiero que recorra las callejuelas de la colonia minera.

Que cierre mis heridas con sus labios.

\*

Entonces Cécile me acompaña.

Contempla el castillete con las manos cruzadas sobre el vientre.

—Es como me habías contado —susurra mi mujer.

La llevo al pie de la torre de acero, frente a la placa de mármol gris que rinde homenaje a las cuarenta y dos víctimas del 27 de diciembre de 1974.

Unos niños juegan a la pelota en la acera. Un camión pasa por la calle. Una moto. Un hombre habla por teléfono, arrastrado por su perro. No queda nada de mi infancia.

—Cuéntamelo —me pide Cécile.

Me acerco a ella.

—Hoy es imposible comprender cómo era.

Levanta la vista.

—Pues precisamente por eso, Michel. Cuéntame cómo era antes.

Está sentada en el zócalo del monumento gris, homenaje de la población a todas las víctimas de los Yacimientos de Hulla. Yo me había acuclillado. Me pongo de pie.

Con un gesto de la mano, expulso a los niños, sus risas, al hombre y su perro, la pelota azul. Mando al camión al garaje, la moto, los coches que dan vueltas por la plaza. Destruyo los cobertizos tristes, los depósitos, la ciudad a mi alrededor. Arranco las farolas, las antenas parabólicas de los tejados. Despego los anuncios publicitarios de colores. Arranco el pie de hierro fundido del monumento a los muertos. Desato las cadenas que rodean los pozos. Quito la grava blanca.

Y entonces, ladrillo a ladrillo, reconstruyo los edificios del pozo 3bis. Erijo el muro alto que siempre los protegió. Pavimento la estrecha calle que lleva a la verja. Alzo el segundo castillete, la torre de cemento gris. Vuelvo a levantar las chimeneas como si elevara un obelisco. Vuelvo a plantar los árboles que bordeaban el camino hacia el pozo. Dibujo la gran primavera de ayer, el sol de la miseria. Y la tierra de mi padre que inunda el cielo.

Cierro los ojos.

De mi garganta brota un quejido de metal, un grito, un rechinar de dientes.

Vuelvo a poner en marcha las grandes ruedas de los castilletes. Primero despacio, después a la velocidad de trabajo. Su resoplido tranquilizador se extiende otra vez por la ciudad.

—Es fabuloso —dice Cécile, estremecida.

Me levanto. Doy vueltas sobre mí mismo.

—¡Espera! Mira.

Abro los brazos frente al horizonte gris. Como un director de orquesta, convoco a los muchachos para contratarlos. Y resulta que llegan de todas partes. A pie, en bici, en ciclomotor. De las colonias mineras de Liévin a las ciudades mineras de Lens, de Bruay, de Bully, de Vendin, de Grenay. Centenares y miles de caras negras. Hordas de valientes, un ejército de carbón. Mezclo a los vivos y a los muertos, los oficios, las estaciones, las épocas y los pueblos. Aquí están los franceses, los polacos, los belgas, los italianos, los españoles, los marroquíes. Algunos llevan una camisa de verano, otros una chaqueta forrada de piel y el gorro calado hasta los ojos. Desfilan delante del castillete como un regimiento que rinde homenaje a su oficial. Van al paso, marcando el ritmo sobre el

pavimento. Los *galibots* sin edad, los picadores, los entibadores, los botafuegos. Los enfermeros mezclados con los lampareros, los obreros con los *porions*. Llegan los capataces, los ingenieros, los vigilantes. Luego, en la fila, el director de la mina y el jefe de la explotación. Los pañuelos mugrientos conviven con las pajaritas negras. Los cuellos raídos, los trajes apretados de los jefes de servicio, las pipas obreras, las camisetas rotas. Cada cual saluda al castillete antes de proseguir su camino hacia el pozo, con andares pesados.

—¿Y ese quién es? —me pregunta Cécile, señalando a un tipo.

Me agacho a su altura, para ver al hombre que me indica.

Es un herrero, con su quepis con visera y el martillo a la espalda. Es de otra época. Como los obreros metalúrgicos que lo siguen, los fontaneros que lo preceden, los peones camineros, los leñadores, los galvanizadores, los mecánicos, los topógrafos. He reunido los gorros de cuero y los cascos modernos, las máscaras de protección y los pañuelos para cubrir la boca. La ropa de trabajo de hilo blanco de anteayer, la de dril azul de ayer. Las lámparas modernas y las lámparas de aceite colgadas del hombro de los muchachos. Llegan corriendo los niños con sus gorras, los torcedores, los rodadores, los gasistas, las cribadoras, sus talones en medio de maniobras con botines claveteados.

—¿Y estas qué hacen aquí?

Cécile, alargando la mano hacia el ejército de las cribadoras.

—Son las cribadoras. Las más miserables de todos.

Un pañuelo anudado a la cabeza, otro alrededor del cuello, blusas manchadas de hollín, faldas anchas, delantales de hilo, zuecos. No bajaban al pozo, sino que trabajaban cribando el carbón. Lo despedregaban encima de una superficie y llenaban su cesta de mimbre para alimentar los escoriales.

Silbo a los caballos de la mina. A los galeotes del pozo. Decenas de animales con los ojos vendados, pataleando el suelo con los cascos. Ordeno a todos los mozos de cuadra, a todos los cuidadores de la región que lleven a sus animales al pozo. Hago correr a los niños entre los animales, les llenan los ollares de

remolacha o de montones de paja.

Pido a los colombófilos que abran sus palomares. Que liberen a sus pájaros. Que venguen a todos los mineros del mundo invadiendo el cielo.

Reúno a los cuarenta y dos en la puerta de la iglesia. Nos importa un bledo la muerte. Mira a otro lado. Georges, Émile, Jacques, todos están allí, vivos. Hermosos y orgullosos. En silencio, como todos los demás, emprenden el camino hacia el pozo de Saint-Amé, rodeados por una guardia de honor, con Lucien Dravelle a la cabeza. Un joven *porion* que se pone corbata debajo del mono de trabajo, pero que no engaña a nadie. Es un obrero. Y un buen hombre.

Cécile sonrío. Se levanta. Quiere unirse al séquito.

Y entonces llega Joseph. En el portabultos del ciclomotor azul, con las piernas separadas por las alforjas como un cowboy de rodeo. Tiene los brazos levantados. Canta a voz en cuello. Canciones suyas, sin letra ni música, palabras al revés inspiradas por la cerveza. Y ese crío inclinado sobre el manillar, con la mano derecha empuñando el acelerador, una linterna de minero en el casco y una bufanda blanca levantada hasta los ojos.

—Cécile, tengo que contarte cómo murió Jojo.

Me arrodillo en la grava.

Ella baja la vista. Me pone un dedo en los labios.

—Lo sé —susurra mi mujer.

A nuestro alrededor, todo ha desaparecido. Las ruedas ya no silban. La moto circula por la calle. El hombre llama a su perro. Los coches dan vueltas como mariposas en la luz. La pelota azul golpea un muro con un ruido sordo. Los fantasmas han regresado a su tumba. Ese día solo estamos nosotros dos.

Contengo la respiración.

—¿Qué es lo que sabes?

Se encoge ligeramente de hombros. Su sonrisa.

—Lo sé, eso es todo.

Busco sus finos dedos.

—No puedes saberlo.

Cécile se ríe.

Me acerco a ella. Busco sus ojos, entrelazando mis manos con las suyas. Estoy perdido.

—Es imposible que lo sepas.

De nuevo, se ríe. Su hermosa risa, su rostro de mármol claro. Esa manera de fruncir el ceño y de buscar las palabras. Me llevo sus manos a los labios.

—Te lo suplico, dime qué es lo que sabes.

Asoma la lengua por la comisura de los labios, tiene las mejillas ruborizadas.

—Tu hermano no murió en la catástrofe.

Le doy la espalda. Me dejo caer en la grava, con las piernas muertas, la espalda apoyada en sus rodillas, la cabeza gacha. Alzo la vista hacia el castillete pintado de gris. Hacia los tejados. Hacia todo ese cielo que nos espera.

Cécile me pasa la mano por el pelo con dulzura.

Cierro los ojos.

—Yo conducía el ciclomotor.

—Lo sé.

—Fue un accidente.

Lo repite con dulzura:

—Fue un accidente, lo sé.

Me doy la vuelta.

Igual, tan hermosa. Un cristal sin miedo, sin furia, sin tristeza.

La oigo.

—Estoy orgullosa de ti, Michel.



Mi voz. En la oscuridad.

*En homenaje a Alphonse Baran, Roger Bernard, Pierre Bertinchamps, Klébert Blanchart, Louis Brasseur, Jean Delplanque, Émile Delvaux, Jean-Michel Devaux, Raymond Dheilily, Edouard Dupuy, Gilbert Fasseau, Henri Fayeule, Pierre Godard, André Grandin, Raymond Guilbert, Jean-Marie Jolie, Edmond Kaczmarek, Julien Krzych, Jean Kubiak, François Lefrère, Jules Legrand, Roland Lenfant, Émilien Lhermitte, Jean Lorensen, Roger Martiny, Victor Matuszewski, Georges Michel, Joseph Nagy, Henri Obert, Ahmed Ouchlih, Paul Pilch, André Piton, Adrien Pruvost, Daniel Ramez, Alfred Sereuse, Czeslaw Szymanski, Jacques Thery, Paul Vandenabeele, Edouard Walawender, Georges Warin, Joseph Zavodski y Joseph Zielewsky, muertos en el pozo de Saint-Amé de Liévin-Lens el 27 de diciembre de 1974.*

*Gracias a Aude Catala, que defendió a Michel en secreto.*

*Y a Marion Fontaine,  
que dio las gracias a un mundo obrero.*

**Una novela magistral, de uno de los mejores autores europeos del presente.**

**Libro del año para *Livres Hebdo*. Premio de los Libreros de París**



El 27 de diciembre de 1974 perdieron la vida 42 trabajadores en el pozo Saint-Amé, en la cuenca minera del Paso de Calais. Michel Flavent, el narrador de esta novela, nos explica que Joseph, su hermano menor, resultó fatalmente herido y murió poco después. Tras la tragedia, Michel abandonó el Norte de Francia para instalarse en París. Ahora siente la necesidad de contarnos su obsesión por el accidente, su convencimiento de que todo podría haberse evitado. Y también nos confiesa cómo sus deseos de justicia fueron desembocando, con el tiempo, en sed de venganza. Una sed tan insaciable que ni siquiera pudo sustraerse de ella cuando otros hechos graves acecharon a la familia. Ha necesitado cuarenta años para regresar al lugar y castigar a los culpables.

**«Un libro hecho de hollín y de sombra, con la apariencia de una novela de intriga y cuyas páginas finales son luminosas.»**

*Le Monde*

**«Una novela verdadera e incómoda.»**

*Paris Match*

**«Un libro aparentemente simple pero que, al avanzar, se va revelando más y más laberíntico.»**

*Le Figaro*

**«Un libro estremecedor sobre las promesas del pasado, y sobre lo que nos mantiene vivos.»**

*La Croix*

**«Una vibrante trama de suspense.»**

*Télérama*

**«Una novela que hace justicia por todos aquellos que cayeron en el olvido.»**

*L'Obs*

**Sorj Chalandon** (Túnez, 1952) es un escritor y periodista francés. Trabajó treinta y cuatro años en *Libération* y actualmente colabora con el periódico satírico y de investigación *Le Canard enchaîné*. Sus reportajes sobre Irlanda del Norte y el proceso de Klaus Barbie, entre otros, le valieron el Premio Albert Londres en 1988. Es autor de nueve novelas: *Le Petit Bonzi* (2005), *Une promesse* (2006, Premio Médicis), *Mi traidor* (2008, Premio Simenon y Premio Joseph-Kessel), *La légende de nos pères* (2009), *Regreso a Killybegs* (2011, Gran Premio de Novela de l'Académie française), *La cuarta pared* (2013, Premio Goncourt des Lycéens y Premio de los Libreros de Quebec), *Profession du père* (2015), *Le jour d'avant* (2017, Libro del Año según Livres Hebdo y Premio de los Libreros de París) y *Une joie féroce* (2019).

Título original: *Le jour d'avant*

Edición en formato digital: septiembre de 2019

© 2017, Éditions Grasset & Fasquelle

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Palmira Feixas Guillaumet, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de portada: © Philip Dunn / Alamy

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17511-82-1

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

[1] «Ya no vuelvo a ninguna parte, / me visto con nuestros sueños, / huérfano hasta los labios, / pero feliz de saber que ya llegas.» (*N. de la T.*)

[2] «A seis pies bajo tierra, Jojo, todavía sigues haciendo hermanos.» (*N. de la T.*)

[3] Expresiones en picardo, *chti* o *patois du nord*. (*N. de la T.*)

[4] Juego de palabras entre *porion* y *poireau* (puerro). (*N. de la T.*)

[5] «Cuando sube el mar, / me avergüenzo, me avergüenzo, / cuando baja, / lo espero.» (*N. de la T.*)



megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](http://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

El día antes

1. Joseph, mi hermano
2. La sala de los ahorcados
3. Cécile, mi mujer
4. La catástrofe
5. «*Tu frères encore*»
6. Lucien Dravelle
7. La carta de mi padre
8. La búsqueda
9. Regreso a Saint-Vaast-les-Mines
10. El Yayo Bowette
11. San José
12. Aude Boulfroy
13. El recién llegado
14. La confesión
15. La estupefacción
16. El día antes
17. El callejón sin salida

18. El juicio. Primer día

19. El juicio. Segundo día

20. El juicio. Último día

21. Cárcel de Béthune

Sobre este libro

Sobre Sorj Chalandon

Créditos

Notas